Primera edición: 1944
Primera edición en Lecturas Mexicanas: 1986

Producción: SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
Dirección General de Publicaciones y Medios

DR © 1986, de la presente edición,
Consejo Nacional de Fomento Educativo
Av. Thiers 251, 10o. piso
México, D.F. C.P. 11590

DR © Herederos de Rodolfo Usigli

Impreso y hecho en México, D.F.

ISBN 968-29-0207-X

ÍNDICE

Primera parte
Capítulo primero. El príncipe rojo
a 11
b 16
c 19

Capítulo segundo. Repóker de ases
a 23
b 28
c 30

Capítulo tercero. La reina de espadas
a 35
b 43
c 48

Capítulo cuarto. Tiempo de vals
a 54
b 58
c 60
d 67

Capítulo quinto. Segunda sección
a 69
b 72
c 75
d 83

Capítulo sexto. El asesino
a 89
b 92
c 96
d 101
e 104

Capítulo séptimo. La cuerda 108
a 112
b 115
c 122
d 125
e 127

Segunda parte
Capítulo primero. Un amigo de infancia 133
a 136
b 137
c 141
d 148

Capítulo segundo. El solitario 151
a 153
b 156
c 158
d 162

Capítulo tercero. Crescendo 165
a 169
b 171
c 174
d 180

Capítulo cuarto. La coda del vals 183
a 187
b 194
c 200
d 203
e 205

Tercera parte
Capítulo primero. La ley fuga 208
a 210
b 213
c 216
d 218
e 219

Capítulo segundo. Carlota y el sueño 223
a 229
b 233
c 235
d 238

Capítulo tercero. El vals olvidado 239
a 241
b 244
c 246
d 250
e 253
f 257

Capítulo cuarto. La boda 259
a 263
b 268
c 273
d 278

Capítulo quinto. La caja de música 281
a 285
b 289
c 293
d 295
e .....
f .....

PRIMERA PARTE

Capítulo primero

El príncipe rojo

a

El hombre que se afeitaba con una navaja libre en el soleado cuarto de baño de mosaicos blancos interrumpió de pronto su operación. Se llevó las dos manos a la frente y la oprimió un momento. Luego apoyó las manos sobre el borde del lavabo blanco y una gruesa gota de sudor resbaló de su ceja derecha a su mejilla dejándole una impresión refrescante. Sintió como si su cabeza, un momento cercenada y puesta a flotar en una atmósfera de bárbaro calor, volviera a quedar ajustada sobre sus hombros. Se pasó la punta de la lengua por los resecos labios e hizo un esfuerzo para reanudar el flujo de la saliva en su paladar. Sólo habría podido describir su sensación como una gruesa línea de amargura que recorría el centro de su paladar y su lengua y bajaba por su garganta hasta su estómago, repentina y agudamente adolorido. Sin dejar la navaja aunque, en realidad, había terminado ya de afeitarse, escudriñó su rostro en el espejo en busca de una explicación. No era la primera vez que esto le ocurría, estaba seguro: ese calor extraordinario que arrebataba su cabeza y la hacía flotar en un ambiente de vapor y de fuego. Mientras se examinaba en el espejo no pudo reprimir una sonrisa. No estaba tan mal para su edad. Las canas, ya numerosas, de sus sienes contrastaban agradablemente con su rostro todavía joven —sus labios eran especialmente juveniles, frescos, y la línea de su mentón suave, quizás demasiado suave para un hombre—. Sólo sus ojos no lo satisfacían. Eran unos ojos que siempre le habían dado la impresión de pertenecer a otra persona. Unos ojos dorados y ajenos. Su vieja nana solía decir de ellos que eran

de color mostaza. ¿Dónde estarían ahora su hermanita y su nana?

Limpió cuidadosamente su navaja y la cerró, guardándola en el pequeño botiquín-armario. Mientras se friccionaba la piel del rostro con alcohol, recordó, casi en voz alta, el verso: "¿A dónde van los muertos, Señor? ¿A dónde van?", y luego, por natural asociación: "Señor, ¡y qué solos se quedan los muertos!" Esto último le pareció definitivamente falso entre tanto se lavaba las manos. Era él, el vivo, quien estaba solo. Brevemente le pareció aspirar el olor de la vieja sala de familia, en su ciudad provinciana, amueblada con una sillería francesa tapizada de terciopelo azul con pasamanería dorada, donde él leía las *Rimas* de Bécquer mientras su madre hacía labor y su hermanita tocaba el piano y su padre los contemplaba a todos en silencio. Dispersó de un manotazo en el aire los recuerdos y pasó a su cuarto para terminar de vestirse.

La habitación contigua al cuarto de baño era baja y sombría a causa del decorado y los cortinajes. Las paredes estaban pintadas de negro y en una de ellas se deshilachaba pacientemente una vieja casulla. El olor penetrante de las maderas perfumadas de los escasos muebles —copias del Renacimiento Italiano— lo hizo reaccionar un poco. Se puso la blanca y suave camisa; se anudó luego la corbata Croydon Knit, color vino, y al ponerse el chaleco y el saco cruzado, el tacto de la vicuña lo hizo pensar que se trataba de su último traje gris de tela inglesa. Se encogió de hombros, tomó un sombrero gris suave, marca Christy, y salió de la habitación después de echar una última mirada a su cama desecha, de la que colgaba hasta el suelo la colcha de seda de Damasco adornada con galón dorado —otra antigüedad moderna—.

Bajó ligeramente la estrecha olorosa escalera de madera, dio los buenos días al pasar a una sirvienta vieja, y recorrió el patio que llevaba hasta la yerja exterior. Había flores ya y la atmósfera era clara. De una de las ventanas que daban al patio salió un grito:

—¿Qué pasa con ese desayuno?

El hombre sonrió. Se alegraba de no desayunar en la casa de huéspedes, pensó mientras abría la verja y salía a la calle de Hamburgo. En la esquina se detuvo a comprar un diario

cuya fecha ojeó casualmente: 22 de marzo. La primavera empezaba hoy, oficialmente. ¿Cuál primavera? En México no se observaba nada, no hay las grandes ceremonias rituales del cambio de estación como en los países de clima extremado: de nieve y de lilas, de sudor y de viento, de lluvia y de hojas muertas.

Caminando con un paso ligero había llegado al Paseo de la Reforma. Lo atravesó deteniéndose y apresurándose alternativamente para evitar los coches y los camiones que corrían como flechas sin blanco. Miró hacia Chapultepec y la majestad del Paseo le produjo el mismo, infalible sabor de seducción de siempre. No en balde lo había hecho construir el emperador Maximiliano, inspirado sin duda por la ambiciosa y admirable Carlota, que quería seguirlo con la vista en su camino hacia el Palacio. Era un paseo imperial. No lo había en otras partes. Tenía proporciones —tenía ritmo— tenía calidad. Satisfecho de su definición, que no lo ponía a mano con el Paseo que tan gran placer estético le producía, entró en el Hotel Reforma por la calle de París, pasó por la fuente de sodas, atestada de turistas, y se instaló en una mesa en el restaurante de la terraza azul. Mientras esperaba su desayuno desplegó su periódico y lo recorrió sin prisa. Toda la primera sección estaba dedicada a la guerra —la hizo a un lado—. El encabezado de la segunda fijó su atención.

Una Dama Linajuda y su Hijo Asesinados.

Entre el jugo de toronja y los huevos con tocino leyó apasionadamente los detalles. Luego meditó sobre ellos tomando a lentos sorbos su taza de café. Era un crimen como todos, cometido por dinero. No tenía importancia. Gradualmente, y sin deliberación, empezó a escuchar la conversación que sostenían dos hombres bien vestidos en la mesa vecina. Se volvió discretamente a verlos, no los conocía, pero era interesante lo que hablaban, y, sobre todo, creyó reconocer el nombre pronunciado varias veces por uno de ellos.

—Sí, en casa de Asuara, el licenciado, ya sabes.

—¿El gordo?

—Sí. Jugamos hasta las cuatro. Estoy rendido, pero gané bastante.

—¿Póker?

—Y dados. Asuara perdió como dos mil pesos en toda la noche.

—¿Cuándo vas a volver?

—Hoy. Ya es cosa diaria. Va buena gente.

—¿No hay peligro de la policía?

—Ninguno, hombre, van hasta diputados.

—Pero ha de necesitarse mucho dinero.

—Puedes empezar con cuatro o quinientos.

El otro hizo oír un silbido y los dos callaron mientras la mesera les servía el desayuno. El hombre de los ojos dorados pidió su cuenta. En la mesa vecina se reanudaba la conversación.

—¿Dónde vive Asuara?

—En Durango 300.

Un grupo de norteamericanos entró hablando en voz alta. El hombre de los ojos dorados salió del salón azul, se detuvo a comprar una caja de *Luckies*, la abrió mientras salía y encendió uno en la calle. Echó a andar despacio por la Reforma. Eran las diez de la mañana. Indudablemente conocía ese nombre. Le parecía de su tierra. Asuara. Al detenerse, a causa del tránsito, echó una mirada al monumento de la Revolución, que surgía a su izquierda. Sonrió recordando que la criada de la casa de huéspedes lo llamaba *el piedrón*. Pensó nuevamente en el asesinato de la dama linajuda. Un crimen vulgar, por dinero; pero los diarios daban siempre una publicidad inmoral a los delitos más ordinarios. A propósito de dinero, le quedaban sólo cinco pesos en la cartera. Se detuvo ante el edificio incompleto de la Lotería Nacional, para confirmarlo. Tendría que ir al banco. Pensó un momento en tomar un coche pero el viento era lento y agradable y la distancia desde la estatua de Carlos IV no era tan grande. Sorteó con discreto cuidado los coches, camiones y tranvías que recorren en dos sentidos la calle de Rosales, y siguió caminando por la avenida Juárez, del lado de la Secretaría de Relaciones. Caminó sin conciencia de pensar en nada hasta la Alameda. La Alameda era lo más bonito de México para su padre. A él le agradaban los árboles, en especial las araucarias, y las fuentes, pero el hemiciclo de Juárez le parecía de pésimo gusto. A su padre le simpatizaba la figura de Juárez, a él no. Había sido un motivo de distancia entre ellos, desde su niñez. Su padre era un hombre cuidadoso. Ayudó a la revolución, pero guardó la mayor parte de su dinero en un banco americano, y ahora él, que era el último de su nombre, estaba comiéndose los últimos pesos. Clavó sus ojos dorados en la cúpula del Palacio de Bellas Artes. El nombre de Asuara volvió a su memoria quizás porque un hombre gordo pasó a su lado. Después de recorrer tramos de asfalto desiguales, estrellados por el hundimiento progresivo del Palacio de Bellas Artes, cruzó la bocacalle. Como siempre, había mucha gente acumulada en la puerta de Sanborn's, y niñas bien que cruzaban desde el templo de San Francisco para ir a desayunar chismes en la protestante casa de los azulejos, sin ver jamás el fresco pintado por Orozco. Saludó al paso a dos o tres personas. Las indias vendedoras de tejidos discutían con los turistas.

—Guan peso.

—Oh, nou, *fifty* centavos.

Era como siempre. México invadido por extraños; pero ahora se invertían los papeles: el conquistador turista era el conquistado.

Sin saber cómo, dio vuelta en Gante y tomó por la avenida 16 de Septiembre. El tránsito crecía y se hacía intolerablemente ruidoso poco a poco. Rechazó a los vendedores de billetes de lotería, que lo asediaban chillando sus números y sus augurios. Siempre le había desagradado esta avenida. Él echaría abajo, si pudiera, uno de sus lados, para hacer una sola amplia vía de Capuchinas —nombre más romántico que Venustiano Carranza— y de 16 de Septiembre. Dejaría intacto, tan sólo, en una plazoleta, el edificio del Banco Nacional, que tan hermoso le parecía con su puerta tallada, su piedra de tezontle y su escalera gemela, única en México.

Para ir a las cajas de seguridad tomó el ascensor sin prestar atención a la multitud que llenaba el banco. Abrió su caja. Hizo a un lado la media docena de estuches que contenían las últimas alhajas de su madre y buscó. Había exactamente seiscientos ochenta pesos en billetes y plata, y ciento diez dólares. Maquinalmente guardó en su cartera quinientos pesos, en billetes de cien, de cincuenta y de veinte, y dejó el resto con

un encogimiento de hombros. No sabía, ni le preocupaba, sin que pudiera explicarse por qué, cómo iba a vivir.

b

Permaneció fascinado ante el escaparate de la vieja tienda de antigüedades de Bolívar. No eran las arañas de cristal cortado, que goteaban color a esta hora del sol, ni las grandes peinetas de carey y marfil, ni los mantones de pesada ornamentación y grandes flecos, ni las figuras de porcelana francesa o china, ni los juegos de cristal cortado, de colores de vinos, ni los exquisitos abanicos desplegados, ni los camafeos de gracia severa, ni la pedrería mezclada, diamantes y brillantes, zafiros, esmeraldas, rubíes, aguamarinas, ópalos, lapislázulis; ni eran los relojes de bronce y porcelana o los de bolsillo, hechos de monedas ahuecadas, ni los muebles de museo. Lo que lo tenía así era una caja de música. No podía ser más que una caja de música, con dos figuras 1870, primorosamente vestidas. Después de una larga contemplación entró en el bazar y pidió ver el objeto. Era una caja forrada, como una bombonera, de gruesa seda abullonada. Al abrirse la tapa del frente, sonaba la música y las dos figuras de hombre y mujer esbozaban pasos de vals. Era una cosa anacrónica, porque el vals...

No pudo pensar más. Repentinamente sintió su cabeza flotar otra vez en aquella atmósfera de fuego. El mismo vértigo de la mañana se apoderó de él mientras el sonido de la música se multiplicaba en círculos ardientes y se aceleraba cada vez más en su cabeza.

—¿Se siente usted mal?

El dependiente, un español joven del tipo corriente, lo miraba con extrañeza.

—No es nada.

Buscó apoyo en el mostrador de cristal mientras la caja seguía tocando un vals de Waldteufel —*El príncipe rojo*—.

—¿Cuánto vale?

—Cien pesos.

Era una suerte que se le hubiera ocurrido sacar dinero del banco esa mañana. Echó mano a la cartera mientras el dependiente cerraba la caja, interrumpiendo la música. Él sintió, como

si entrara de pronto en un invernadero, un grato aire que le envolvía la cabeza como una venda de frescura. Pagó sin regatear, y sin hacer pregunta alguna sobre el anacronismo que había entre el vals y las figuras fechadas por sus preciosos trajes.

Probablemente caminó una hora o más abandonándose al flujo creciente de gentes en las calles. Poco a poco un calor insoportable empezó a derretirse sobre la ciudad. El hombre tropezaba con los obstáculos de las calles en reparación, pasaba con dificultad sobre las tarimas y bajo los andamios de las interminables construcciones. No oía la estridencia de los cláxones, entregado a una nebulosa contemplación. En un momento dado oyó hablar junto a él a dos turistas.

—*What a noise!*

—*Mexican drivers drive with their horns.*

—*You bet*

Apretaba suavemente entre sus dos manos el paquete que contenía la caja de música, y *El príncipe rojo* resonaba en sordina en su cabeza, con una distancia de años y años y años. Poco a poco, mientras se dejaba llevar por los transeúntes en uno como trance de su voluntad y en una como abdicación de su movimiento, abandonado a una corriente, recordó, decididamente hoy era el día de los recuerdos. Recordó una calle de su provincia, sola en la mañana —no, en la media tarde—, y recordó que tenía ocho o nueve años solamente, y recordó que lo llevaba de la mano hacia el parque un militar, y recordó que el militar vestía camisola, botas y sombrero tejano y tenía unos bigotes a la Kaiser. No sabía bien por qué iba con aquel hombre; pero recordó su ciudad invadida por los revolucionarios, y recordó que su padre era amigo de ellos, y pensó que quizás su padre había pedido a aquel militar que cuidara de su hijo, por quién sabe qué circunstancia, y lo llevara a alguna parte. Y recordó el olor del cuero de las botas chillonas del hombre y escuchó su voz áspera, quebrada por una especie de rictus sonoro de risa.

—Mira, muchacho, para que te diviertas un poco.

Oyó la detonación de nuevo —nuevamente vio caer la figura negra de un viejo en la otra acera— y de nuevo sus ojos dorados vieron al militar enfundar su pistola. En la esquina

un cilindro callejero empezó a tocar, discordantemente, con un ritmo angustioso por lo lento, y cambiada, la música de un vals. Sí. Precisamente la música de *El príncipe rojo*. Las notas del organillo se multiplicaron en su cabeza produciéndole una sensación de ahogarse en ruido, en un ruido circular, sin salida. De pronto un espantoso silencio cayó en su cabeza como un golpe.

Se encontró detenido por la multitud y el tránsito hirviente en la esquina de la avenida Juárez y López. Como un resucitado, recobró de pronto el dominio de sus miembros, atravesó la calle en competencia con la marea de coches, entró en el bar de Manolo y pidio un whisky doble.

Después de un trago abandonó la barra y se instaló ante una de las mesas. Había poca gente, aunque los políticos y las mujeres —las "sobrinas" de Manolo— no tardarían en venir. Acabó su copa en dos tragos y pidió otra. La bebió más despacio. Se sentía como un corredor abierto por el que pasaban las ideas entre dos puertas agitando el aire. Decididamente éste era el día de la memoria. Ese asesinato de la dama linajuda y su hijo, cometido brutalmente por dinero, le hacía recordar una terraza fresca, con enredaderas cubiertas de rosas, y sembrada de árboles de tabachín, o jacaranda. A su lado estaba la única muchacha que le había interesado en su vida y con la que nunca se casó, a la que nunca había vuelto a ver sino a través de un poema:

Niña que me dijiste
en aquel lugarejo
una noche de baile
confidencias de tedio:
dondequiera que exhales
tu suspiro discreto
nuestras vidas son péndulos.

Claro que todo había sido al revés. Sonrió. Quien hizo las confidencias de tedio fue él, a sus veinte años silenciosos. Después del beso había hecho literatura. Él no era un hombre como todos, él tenía un destino. Él sería un gran criminal o un gran santo. Al ir a sacar un cigarrillo su mano tocó el paquete

que contenía la caja de música. Sintió un miedo espantoso a que se repitiera el último fenómeno que le había pasado ya dos veces hoy. Cortó la música que empezaba a sonar en su cabeza pidiendo con voz sonora un tercer whisky.

—¿Qué tal?

Un conocido le tendía la mano. Lo hizo sentarse con él, espeluznado ante la idea de que su soledad se prolongara un solo segundo.

Al cabo de un momento entraron dos mujeres. El conocido presentó, con una nota dudosa en la voz:

—Unas amigas.

Y los cuatro bebieron sendas copas y charlaron con animación sobre cualquier cosa.

Él se despidió pronto. Pagó, pretextó una invitación a comer, recogió su paquete y salió a la calle.

La atmósfera estaba caldeada. El pavimento parecía arder. Pensó: ¿Es primavera?, y abordó un coche.

c

No se atrevía a deshacer el paquete, pero al pasar las manos por él o al poner en él los ojos mientras comía, experimentaba una voluptuosidad mezclada de angustia. En realidad, las cajas de música habían constituido la gran pasión de su adolescencia, y ahora sentía renovarse aquel inocente fuego y le parecía hallarse en plena luna de miel con su paquete. Le agradó comer al aire libre en el Torino, y el recorrido en coche por la avenida de los Insurgentes refrescó su ánimo, sacudido por tantas agitaciones. Mientras comía miraba a los niños que jugaban en los columpios a un extremo del patio. Un papá gordo, en mangas de camisa, hacía mecerse alternativamente dos columpios entre la frágil gritería de su hijo y de su hija, cuyos cuerpecitos cortaban el aire como grandes pájaros chillones. Acabó por sentir vértigo, miró un poco a sus vecinos; comprobó, con una gran frialdad, que la turista norteamericana de finas y duras pantorrillas, como hechas a torno, no le llamaba la atención. En realidad, según pensó, nunca había tenido complicaciones femeninas. Escogió los platos más delicados, tomó dos vinos —cosa inusitada en él— y al final,

con el café, pidió un *Apricot Brandy* y luego otro. La vida y su sangre circulaban más ordenadamente en él ahora. Sonrió pensando en pedir champaña cuando miró su paquete. ¿No era una comida de bodas?

En realidad —encendió un cigarro y miró cómo el aire desflecaba el humo— era también una comida de divorcio. Recordaba su infancia en la ciudad provinciana y tranquila excepto en los años lentos y vertiginosos a la vez, de la revolución. Pero su vida en la ciudad, su carrera destripada. Sus pequeños viajes de recreo, su círculo decreciente de amigos y el círculo de su dinero, cada vez menor, constituían un largo corredor de niebla. Se divorciaba de todo eso, del dinero, de la despreocupación y de la niebla. Todo hombre se pregunta alguna vez en su vida para qué ha nacido, y él se lo preguntaba ahora clavando sus ojos dorados en el oro de su aguardiente de albaricoque. Involuntariamente evocó a su familia ida y repitió el verso recordado en la mañana: "Señor, ¡y qué solos se quedan los muertos!", reincidiendo en su idea la inexactitud del concepto. Él sólo era él. No sus muertos reunidos para siempre en el mausoleo de cantera regional de su ciudad provinciana, reunidos en la muerte como desesperado, cogido en un remolino de confusas ambiciones y de informes deseos.

Respondió mecánicamente adiós al adiós sonriente, tirado al paso por un antiguo compañero de tenis que salía del restaurante con una mujer.

Pidió una nueva taza de café. Su vocación real era aquélla, confesada en el baile pueblerino a una muchacha de humo con figura de novia: un gran santo o un gran criminal. Había comido demasiado bien para poder ser un gran santo. Lo hizo saltar de la silla un grito. La hijita del papá gordo se había caído del columpio. El papá la regañó y la zarandeó, y la niña gritó precoces respuestas. La mamá gorda intervino. Sí, no tendría más remedio que ser un criminal. Esta familia se prestaba para ser asesinada, bromeó para sí, y con uno de estos saltos peculiares a su imaginación, anticipó los encabezados de la primera plana de la segunda sección de los diarios: "Nuevo Romero Carrasco Asesina a Toda una Familia en Elegante Restaurante." Sonrió con burla de sí mismo mientras prendía otro cigarrillo. Ah, pero el motivo. El motivo sería muy

diferente: él mataría por estética, para acabar con los papás gordos, con las niñas malcriadas y con las esposas irascibles. Aunque en realidad, pensó borrando ya su sonrisa mental y con una actitud interior seria, lo interesante sería cometer el crimen insondable, inexplicable para el mundo. No por dinero, ni por amor, ni por celos, ni por venganza, ni por locura. Lo interesante sería el crimen gratuito, si es que eso existe.

Pensó, pagando la cuenta, que quizás no había nada gratuito en el mundo, ni en un sistema capitalista ni en un sistema comunista, ni menos aún, en un sistema nazi.

Mientras esperaba un coche, sus pensamientos siguieron el camino de la falta de gratuidad de las cosas. Recordó de nuevo el vacío de su caja. Aunque vendiera las alhajas de su madre —y eso no lo haría— no tendría con qué vivir en mucho tiempo. Detuvo un coche que pasaba y dio la dirección de su casa en la calle de Hamburgo. Bajó los cristales de las ventanillas para sentir el aire en las mejillas.

—¿Decía usted, señor?

El chofer lo miraba por el espejo y disminuía la velocidad.

—Creí que me hablaba usted. Perdone.

Así pues, hablaba en voz alta ya. Pero la cosa no era para menos. Hasta ese momento se daba cuenta de por qué había sacado en la mañana quinientos pesos de su caja del banco. Iría a jugar a Durango 300, a la casa del gordo Asuara. Todavía ahora el nombre resonaba en sus oídos con una familiaridad exasperante. Asuara —Asuara— Asuara. La palabra parecía incorporarse al rumor del viento y se perdió en él.

Buscó con las manos su paquete y no pudo evitar un estremecimiento voluptuoso —al tocarlo—; un estremecimiento propio de esa hora de la tarde en que la sangre enriquecida se vuelve un deseo que circula por todo el cuerpo.

Le quedaban unos trescientos setenta pesos. Podría jugar con ellos, y si perdía ya encontraría medios para vivir. Sintió una repentina prisa por llegar a su casa y abrir su paquete y poner en marcha la caja de música. Los últimos minutos del viaje los pasó en una ebullición agotadora.

Pagó, abrió la verja, cruzó el patio respondiendo a las buenas tardes de las sirvientas. La última en saludarlo le entregó dos sobres que él rasgó con impaciencia mientras subía la es-

calera. El primero contenía una factura pagada, el segundo una invitación a un concierto. Al entrar en su cuarto arrojó los papeles sobre una mesa, dejó su sombrero en una silla y se sentó en la cama para deshacer el paquete. Allí estaba al fin la cajita forrada de raso, abullonada, con sus muñecos vestidos a la usanza del Segundo Imperio, inmovilizados en una pirueta del vals —el hombre con una pierna recta, extendida en el aire hacia adelante; la mujer con una pierna extendida hacia atrás bajo el vestido estilo Emperatriz Eugenia—. Evocó vertiginosamente los recuerdos imperiales coleccionados por sus abuelos —Maximiliano y Carlota se alojaron en su casa cuando visitaron aquella ciudad— y bajó la tapa frontera de la caja de música. Las notas de *El príncipe rojo* envolvieron y arrebataron su cabeza en un fragmento de segundo. Sintió como un golpe de sangre en sus ojos y como un fracaso de agua tumultuosa en los oídos. La música y el agua inundaron el cuarto. Buscó apoyo en la cama y luego, sin lucha casi, sintió que se hundía en la doble corriente. La caja de música, caída al centro de la cama, seguía tocando: pero las figuras se enredaban en la colcha roja guarnecida de oro, sus movimientos se entorpecieron y la música cesó.

En unos minutos el hombre se había levantado. Se quitó el saco y la corbata, se lavó la cara y la cabeza en el baño y volvió a la recámara donde puso mecánicamente en orden las cosas.

Era extraño. Era la tercera vez en un día.

Miró con miedo la caja de música, la cerró antes de retirarla de la cama y la guardó en el pequeño armario pintado en tono oscuro que tenía una cajonera tallada. Ordenadamente colocó sus ropas sobre una silla, se quitó los zapatos metiendo los pies en unas sandalias, y puso su despertador para las ocho. Se tendió en la cama sin el menor ruido, como si quisiera escuchar su pensamiento. Pero no oyó nada. No pensaba en nada. Unos instantes después dormía tranquilamente.

Capítulo segundo

Repóker de ases

a

Eran quizás las nueve y cincuenta cuando llegó ante la reja de la residencia del licenciado Asuara. Después de pagar al chofer inspeccionó su traje oscuro, rectificó el nudo de su corbata gris y llamó. Un criado de pequeña estatura, que lo mismo podía ser totonaca que filipino, abrió la verja y, mientras lo dejaba pasar hasta la escalinata que había a mano izquierda, frente a la pared cubierta de enredaderas, le preguntó qué deseaba.

—¿El licenciado Asuara?

—Si quiere usted tener la bondad de darme su nombre, veré si está.

—Roberto de la Cruz.

El criado se alejó silenciosamente.

Roberto de la Cruz echó una ojeada casual al vestíbulo de mosaico gris, amueblado de modo convencional y un poco anticuado, pero con sobriedad. Al fondo, alfombrada de rojo oscuro, se alzaba una escalera cuyo pasamanos estaba rematado por una estatua de bronce —una mujer desnuda y más bien gorda— que sostenía en una de sus manos una lámpara cubierta por una pantalla de pergamino con guarniciones de terciopelo también rojo oscuro y flecos de seda. Se volvió a mirar el garaje que había atrás de la casa y que estaba sin luz. Se encontraba perfectamente repuesto de su absurdo accidente de la tarde. Para demostrárselo de nuevo, aspiró a plenos pulmones el aire de la noche y en seguida dio un salto. El felino criado —oriental o aborigen— estaba a su lado sin que él lo hubiera sentido llegar.

—Pase usted, señor.

Entró en el vestíbulo y se volvió a mirar al criado, que extendió su mano enguantada de blanco con un suave ademán.

—Por la escalera, señor.

Subió dos tramos de escalera, no sin sentir una pequeña molestia por no oír sus pasos sobre la felpa. Estaba habituado ya a la escalera desnuda de su casa de huéspedes. Una vez arriba, el criado se adelantó y abrió la segunda puerta de la izquierda.

—Pase usted, señor.

Un enorme bulto se adelantó a recibirlo en la pequeña sala —primitivamente costurero sin duda— en la que había entrado.

—¡Roberto de la Cruz! ¡Casi no puedo creerlo!

Al mirar al hombre gordo se desvanecieron todas sus dudas. Era Joaquín Asuara, un paisano, y además su condiscípulo en Leyes por breve tiempo, y compañero ocasional de juergas juveniles. Pero había engordado monstruosamente del cuerpo, aunque la cara se conservaba casi igual y era más reconocible por cuanto sólo parecía amplificada.

—¿Qué te has hecho?

Roberto de la Cruz explicó brevemente que la casualidad le había permitido averiguar dónde vivía Asuara, mintiendo al añadir que había querido saludarlo desde luego, y absteniéndose, por el momento, a lo del juego en lo más mínimo.

Asuara rió con una risa voluminosa que parecía —y era— la sombra de su cuerpo.

—Tú qué dijiste: ya me creyó, ¿no? Para saludarme has tenido tiempo de sobra, estoy en los dos directorios de teléfonos. Tú viniste al pokarito, sinvergüenza.

Lo hizo sentarse.

—Voy a explicarte rápidamente las condiciones, porque me esperan para jugar. Esto no es un garito profesional: aquí ni se roba ni se fía. Vienen puros amigos; gentes de sociedad, compañeros de profesión y uno que otro político de los copetudos. Pero eso sí, se juega fuerte y sin límite. Ahora que aunque tú eres camarada, y de los buenos, te quiero advertir esto: aquí nunca ha habido ni un suicidio ni un escándalo ni un pleito. Esto no es el Foreign Club. Jamás ha puesto aquí los pies un policía.

—¿Y yo qué soy?

Se volvieron hacia el hombre que había hablado —un hombre de mediana estatura, delgado, de pelo ralo, nariz un tanto curvada sin llegar a ser aguileña, ojos redondos, pequeños y brillantes—. Al sonreír sus delgados labios descubrían una dentadura uniforme, blanca, espléndida, pero siniestra, como una dentadura de presa. El mentón era enérgico, la voz opaca. El gordo Asuara se echó a reír.

—Tú eres un desgraciado romántico. Te presento a mi paisano y amigo Roberto de la Cruz, excelente firma. El inspector Herrera.

—Ex inspector—dijo Herrera mientras saludaba con mano vigorosa a Roberto de la Cruz.

Roberto de la Cruz preguntó:

—¿Valentín Herrera?

Poseía su crónica del crimen en México, y el nombre de Valentín Herrera figuraba allí en letras mayúsculas, como el de un policía de tan gran capacidad como pocos escrúpulos. Había salido de su puesto... Pero ya Asuara, con su voz ronca, riente y cordial, completaba la información.

—El mismo, el mismo. No es un hombre para México éste. Es el de los contrabandos de drogas...

—Supuestos contrabandos —interrumpió Herrera con una sonrisa.

—El comprador de chueco...

—Supuesto —insistió el ex inspector Herrera con igual suavidad.

—El autor intelectual de falsos atentados políticos...

—Supuesto.

—...para conservar su hueso. Finalmente, el mayor romántico de todos. Se le metió en la cabeza convertir a los ladrones en policías; no lo comprendieron, y lo peor fue que entonces los policías se convirtieron en ladrones. Fue el delirio.

—En suma —dijo Herrera— un pobre diablo cesado.

—Supuesto —dijo Asuara riendo. Se volvió hacia Roberto de la Cruz y añadió:

—Ven, voy a presentarte antes de que empiecen a jugar en serio.

Caminaron hasta la mampara que había al fondo de la pieza.

—¡Ah, me olvidaba! Aquí se juega a matar, como te dije,

pero tenemos hecho un pacto de caballeros. Los que ganan invitan a cenar a los que pierden. Bueno, o a desayunar, según.

Roberto de la Cruz sintió que sonreía tontamente. Asuara echo a reír de nuevo, abrió la mampara y los tres pasaron a una sala bastante grande en la que cinco o seis hombres charlaban y fumaban.

Asuara hizo las presentaciones. Los nombres, como siempre parecieron deshacerse entre los apretones de manos y las mecánicas fórmulas corteses.

—¿Qué pasa con ese cuarto, gordo? —preguntó un señor alto, con nariz de caballete y lentes de presión.

—¿Qué juegas tú? —preguntó Asuara a Roberto de la Cruz.

Se volvió al señor alto y dijo:

—Siéntense. En un segundo estamos listos.

Había unas seis mesas de bridge dispuestas en la sala. Roberto de la Cruz dudó un momento.

—Póker.

—Lo siento, viejo, pero tendrás que esperar a que haya un cuarto. Nosotros estamos completos.

Señaló hacia la mesa donde se habían instalado ya el señor alto y dos hombres más. En ese momento se abrió violentamente la mampara y entró una mujer hablando desde lejos, con un marcado acento del norte.

—Espero no llegar tarde, gordo mío. Buenas noches a todos.

—Lo siento, Ticha, pero ya armé el cuarto. Si quieres puedes jugar con Herrera...

La mujer hizo un gesto indefinible.

—...con Roldán y con mi amigo Roberto de la Cruz. La señorita Patricia Terrazas.

La señorita Terrazas tendió la mano a Roberto de la Cruz, que instintivamente la tocó apenas. Era una mujer más bien alta, cargada de pieles y sortijas y collares y pulseras. Roberto de la Cruz pensó:

"No le falta más que la mano del molcajete."

Podría tener cuarenta años, quizás cuarenta y cinco, aunque un examen más detenido producía el vértigo de lo insondable, y se sentía como si, bajo el *pancake* que le cubría la cara, Patricia Terrazas hubiera tenido mil años. Recorrió a Roberto de la Cruz con esa mirada de tasador que tienen los

hombres cínicos y las mujeres que no se deciden a envejecer. Sonrió.

—Yo estoy conforme —dijo con su desagradable inflexión ascendente—; falta que lo esté él.

Asuara no esperó la respuesta de Roberto de la Cruz. Con una agilidad increíble había llegado ya al otro extremo de la sala, sentándose ante la mesa donde lo esperaban los tres jugadores.

—¿Juega usted bien al póker? —preguntó Patricia Terrazas.

—Creo que estoy desentrenado —confesó Roberto de la Cruz.

—Eso se arregla con perder un poco —dijo Roldán, un hombre bastante común y corriente de aspecto, aunque al hablar se hacía inesperadamente agradable.

El ex inspector Herrera entreabrió sus delgados labios en una sonrisa sin decir palabra. Los cuatro se instalaron ante una mesa sin que Patricia Terrazas dejara de hablar un instante. Eran las diez y cuarto de la noche. En la mesa del fondo, el señor alto, con un insospechado buen humor, señaló el sombrero de Patricia Terrazas: un objeto negro y alto, en forma de *diávolo* alargado, rematado por una interminable gasa negra, y dijo:

—Parece un pozo de petróleo en erupción.

—La que está siempre en erupción es ella —dijo otro jugador.

—Ya oí —gritó Patricia Terrazas riendo agudamente—. ¡Ya verán!

Sortearon la banca y tocó el primer turno a Roldán. Se distribuyeron los lotes, convenidos en cien pesos que se pagaron a cambio de las fichas —la menor era de a peso, la mayor de a veinticinco—. Los cuatro se pusieron de acuerdo sobre los valores, y entonces Roldán cortó el paquete de naipes menor, barajó con discreta destreza y distribuyó cinco cartas a cada jugador después de poner diez pesos al centro.

Roberto de la Cruz examinó lentamente su juego. Un par de ases y el comodín. Descartó dos naipes y pidió otros dos aumentando las apuestas con una ficha de veinticinco pesos. Era una tontería, quizás, pero había sentido ese impulso. Sin apresurarse, barajó sus cinco cartas. Terminando el descarte, Patricia Terrazas fue veinte pesos más. Herrera se retiró. Roldán pagó la apuesta. Roberto de la Cruz dijo:

—Y treinta más.

Pagaron por ver. Pausadamente, Roberto de la Cruz volvió sus cartas sobre la mesa. Tenía cinco ases.

—Suerte de novato —dijo Roldán sonriendo—. Esa se acaba pronto.

El ex inspector Herrera se limitó a arquear las cejas.

Vulgarmente, Patricia Terrazas gritó:

—Este señor es de esos a quienes hay que decirles: ¡Nada de milagritos!

Roberto de la Cruz la miró penetrantemente mientras recogía sus fichas. Le parecía odiosa y su mirada lo decía del modo más indudable. Patricia Terrazas, ocupada en sacar un cigarillo de una cigarrera de oro y rubíes y en colocarlo en una larga boquilla de oro, marfil y rubíes, no sintió la mirada. Pero el ex inspector Herrera la captó y miró con divertida curiosidad a Roberto de la Cruz.

La siguiente mano correspondió a Patricia Terrazas. Barajaba y daba las cartas con torpeza, quizás a causa de sus muchos anillos y de sus uñas a todas luces postizas y barnizadas de morado oscuro. Dio un *down the river* sin dejar de hablar.

Las apuestas aumentaron bastante. Después de una breve discusión se aceptó que Roberto de la Cruz tenía flor imperial. Siempre en silencio, recogió sus ganancias.

b

Para las doce y media de la noche Roberto de la Cruz había ganado algo más de mil pesos. Sólo en dos manos había perdido y en una se había retirado, y se compensó forzando las apuestas en manos sucesivas. Mientras tanto, la sala se había llenado de jugadores que ocupaban ya todas las mesas. Entre ellos Roberto de la Cruz identificó a dos diputados, un senador y un ex gobernador. Ya no había presentaciones. Se jugaba, a pesar de lo que había dicho el gordo Asuara, profesionalmente. En una mesa de políticos los lotes eran de cinco mil pesos. La sala ahumada producía la impresión de un acuario. La atmósfera tenía totalidades de hielo sobre un calor insoportable. Alguien abrió un balcón. El criado de apariencia totonaca o filipina, y otro criado vertiginosamente igual a él sirvieron café solo. El gordo Asuara, que había dejado de jugar, se acercó a la mesa donde jugaba Roberto de la Cruz.

—¿Qué tal debut? —preguntó, y al ver las fichas acumuladas ante el hombre de los ojos dorados silbó con admiración.

Roberto de la Cruz tenía la mano. Mientras barajaba miró en torno suyo. A través del humo le pareció reconocer entre los jugadores de la mesa vecina a los dos hombres que había visto por la mañana en el restaurante de la terraza azul y que le habían inspirado la idea de venir aquí. Uno de ellos, el novato, tenía aspecto de perder. Roberto de la Cruz puso cien pesos al centro y sirvió un póker cerrado. El gordo Asuara, de pie detrás de él, seguía con interés su juego. Antes del descarte, Roberto de la Cruz hizo subir la apuesta en cincuenta pesos. Hecho el descarte de los demás, tomó dos cartas para sí y barajó su juego pausadamente, abriendo después las cartas como en un apretado abanico. Sentía la suerte como una cosa propia, como una especie de piel. Patricia Terrazas, evidentemente con un mal juego, empezó a tararear algo. Su voz sonaba más desagradable aún que al hablar. Roberto de la Cruz arrojó sus cartas violentamente sobre la mesa.

—Me voy —dijo.

Había reconocido, a pesar de todo, las notas de un vals de Waldteufel. Patricia Terrazas dobló las apuestas y ganó con un póker de reyes.

Sin ostentación, el ex inspector Herrera preguntó:

—¿Puedo?

Antes de que Roberto de la Cruz pudiera responder, el ex inspector Herrera había tomado y visto sus cartas desdeñadas. Era un repóker de ases —el segundo de la noche—. Sin hacer un comentario directo, dijo:

—¿Qué le pasó, amigo?

Roberto de la Cruz se encogió de hombros con despecho. No contestó, pero su mirada se clavó en Patricia Terrazas, que reía y hacía sonar sus pulseras al recoger sus fichas. El ex inspector Herrera sorprendió la mirada y sonrió. Podía comprender que esa mujer invitara al odio: la conocía bien y, además, acababa de ganarle doscientos pesos. Roberto de la Cruz se rehizo rápidamente, a pesar de todo. Para la una y pico tenía ya cerca de dos mil pesos ganados. Estaban concentrados todos en una mano tapada, de esas en las que cada jugador va

descubriendo su juego carta por carta hasta matar el punto del anterior. De pronto los distrajeron voces que se elevaban en una disputa.

—Para venir aquí hay que ser hombre —dijo uno de los políticos.

—No entienden ustedes, pero discúlpenlo —dijo otro en quien Roberto de la Cruz reconoció al hombre que esa mañana había invitado a jugar a su amigo—. Es que él pidió prestado ese dinero.

—Me importa una pura... —contestó el político—. El que gana, ganó, y al que pierde se lo lleva la...

El joven que había perdido lloraba. Su amigo salió para acompañarlo.

—Bueno, nosotros seguimos, porque yo voy ganando —dijo Patricia Terrazas con su inflexión ascendente.

Roberto de la Cruz sintió deseos de levantarse. Lo detuvo sólo la esperanza de ganar la mano a Patricia Terrazas, y la ganó.

c

A las dos de la mañana Patricia Terrazas dijo:

—Yo tengo hambre y quiero ir a "El Patio" y a usted le toca invitar, señor De la Cruz.

Se levantó.

—Si nos damos prisa alcanzaremos a ver algo de la variedad. Hay una pareja de bailarines preciosos. No sé quién me gusta más, si él o ella.

Pagaron a Roberto de la Cruz, que ganaba alrededor de dos mil trescientos pesos. Dijo:

—Estoy a sus órdenes.

El gordo Asuara los acompañó hasta la puerta, haciendo mil protestas de amistad a Roberto de la Cruz, riendo con su ronca y cordial risa, y burlándose un poco de Patricia Terrazas.

—Deja en paz a Roberto, Ticha, no lo seduzcas. A los buenos jugadores hay que dejarlos vivir, en vez de enloquecerlos como a los reyes de España.

—Al rey —dijo Patricia—, a uno solo.

—No seas modesta, Ticha —repuso el gordo Asuara ya en

la verja—. Las malas lenguas dicen que todos los Borbones, desde Felipe IV, han estado enamorados de ti.

Patricia Terrazas rió destempladamente.

—Adiós, mi gordo. Hasta mañana.

Pasados los adioses, se instalaron los cuatro en el coche de Roldán, un Cadillac un poco anticuado, pero de buen ver. Camino de "El Patio", Patricia Terrazas habló continuamente.

—Me hacen broma por mi amistad con Alfonso y Victoria Eugenia. En realidad yo los adoraba y ellos fueron exquisitos para mí. Son mi fuente predilecta de sufrimiento. No puedo remediarlo. Primero esa república odiosa, que ya ven cómo acabó, sin un gobernante que supiera morir por su causa. Luego, la separación de mis reyes, que me dolió tanto como si fuera mía. Luego, la muerte del pobre Alfonsito chico. La última vez que lo vi comimos juntos en Nueva York, en Fornos. El pobrecito era agente vendedor de automóviles. ¡Ay! ¿Qué va a pasar en este mundo todavía? Y luego la muerte de Alfonso. ¡Lloré tanto en su misa! ¡Morir sin volver a España! Es horrible. Los reyes en el destierro son la cosa más conmovedora del mundo. Y ellos me adoraban también. Usted verá las dedicatorias de sus retratos, señor De la Cruz, porque espero que me hará el honor de venir a mi casa un día. ¡Exquisitas! ¡Exquisitas! Yo creo que la pobre Victoria tenía un poco de celos de mí. Alfonso me floreaba siempre. Yo era muy bella entonces, y era muy elegante, aunque ustedes no quieran creerlo ahora.

El coche se detuvo ante la puerta de "El Patio", librando a los hombres de la necesidad de decir una frase galante. La sonrisa del ex inspector Herrera se cruzó con la de Roberto de la Cruz. Los dos sonreían por la misma razón.

—No cabe duda que es usted un hombre afortunado —dijo el ex inspector Herrera.

Roberto de la Cruz no tuvo tiempo de responder. Patricia Terrazas se había colgado imperiosamente de su brazo, y así entraron en "El Patio", Roberto de la Cruz se sentía ridículo. Detrás de ellos, Roldán y el ex inspector Herrera se detuvieron a saludar a unos amigos en una mesa. Patricia Terrazas aprovechó la ocasión para adelantarse hasta una mesa vacía.

—Tendrá usted que venir a verme —dijo—; no permitiré que sea de otro modo. Es usted el favorito de la suerte, y me gusta con esos ojos de oro que tiene.

Rió demasiado alto.

—No es una declaración de amor, claro, sino de amistad. Me doy cuenta de mi situación y me cuido, porque mi reputación es de oro, como los ojos de usted.

Volvió a reír demasiado alto.

—Pero tengo mil gentes y ningún amigo. Y me gusta usted para amigo. ¿Verdad que vendrá? Yucatán cuarenta y ocho. Vivo sola. No tengo sirvientas de pie porque no las soporto. Vivo sola con mis recuerdos, y con mis esperanzas.

Rió una vez más, siempre alto. ¿Por qué?

—Dígame que vendrá; usted es otro de mis reyes: el rey de la suerte.

Roberto de la Cruz sintió crecer su amistad por Roldán y, sobre todo, por el sonriente ex inspector Herrera, que llegaban a tiempo para sacarlo del apuro. Dirigió a Patricia Terrazas una sonrisa que, en realidad, era para los dos hombres, y ordenaron la cena.

La voz del afectado maestro de ceremonias, demasiado fuerte para el micrófono, anunció con adjetivos absurdos a la pareja de bailarines. Patricia Terrazas se extasió. Repitió insistentemente que le sería difícil escoger entre él y ella. Roberto de la Cruz pensó que el bailarín parecía una muñeca y la bailarina una manola de calendario, pero no discutió el punto.

Sirvieron el asado. Patricia Terrazas hablaba. Hablaba en general, pero era evidente que el blanco de todas sus palabras era Roberto de la Cruz. El discreto Roldán y el ex inspector Herrera parecían disfrutar más con este espectáculo que con la variedad profesional.

—Por ejemplo, yo nunca me canso de bailar.

—Es que usted es inmortal —dijo el ex inspector Herrera.

—¡Adulador! —repuso ella—. O quizás se burla de mí. Pero la razón es más *terre-á-terre*. La razón es el calzado que uso: zapatos de una suavidad maravillosa que me hacen especialmente en La Habana. Hay que tocarlos para creerlo. Miren ustedes, ¡sí, sí, miren!

Antes de que ellos pudieran comprender totalmente lo que

ocurría, la mujer se había descalzado y había puesto sus zapatos sobre la mesa, entre las fuentes del asado y los platos. Los tres hombres miraron los zapatos, de punto bastante grande, como fulminados.

—¡No, no! —gritó ella. Toquen, toquen y se convencerán. ¡Pero toquen!

Y con una sonrisa increíble hizo pasar sus zapatillas por las manos de los tres desconcertados hombres.

El resto de la cena fue un tanto difícil. Roldán y Herrera se esforzaron por ver la variedad. En realidad. nadie tocó el asado, fuera de Patricia Terrazas. Cuando Roberto de la Cruz hubo pagado la cuenta, salieron. El aire era frío y cortante.

—¿Quiere usted llevarme a casa? —preguntó Patricia Terrazas colgándose del brazo de Roberto de la Cruz.

—El señor Roldán se ha ofrecido a llevarnos —repuso él—, y no me agradaría desairarlo. Además, usted vive en Yucatán.

—En Yucatán cuarenta y ocho —completó ella.

Él movió la cabeza con impaciencia:

—En Yucatán cuarenta y ocho, y yo vivo en Hamburgo. Estoy más cerca que usted, y tengo una cita de negocios muy temprano.

El ex inspector Herrera, que se había demorado hablando con alguien en el guardarropa, se reunió con ellos mientras Roldán buscaba a su chofer.

—No se olvide usted —dijo Patricia Herrera—. Lo espero.

Un momento después estaban en marcha. Fuera de flojos comentarios sobre las variedades de "El Patio", no hablaron. Eran las tres y media de la madrugada.

Con sorpresa de Roberto de la Cruz el ex inspector Herrera bajó del coche al mismo tiempo que él.

—Vivo en Londres, cerca de aquí, y me gusta caminar un poco antes de dormir.

Dejaron a Patricia Terrazas a cargo de Roldán, que todavía alcanzó a dirigirles una mirada elocuente, y permanecieron de pie en la calle, en silencio, viendo alejarse el coche.

—¿Quiere usted caminar? —preguntó el ex inspector Herrera.

—No, gracias. Estoy en mi puerta ya.

Repitió la excusa de que tenía que levantarse temprano para

una cita de negocios y que, por consiguiente, iba a acostarse en seguida. El ex inspector Herrera le tendió la mano.

—Extraña mujer, ¿verdad? —dijo.

—Bastante —repuso Roberto de la Cruz.

Mientras el ex inspector Herrera se alejaba, Roberto de la Cruz permaneció de pie ante su puerta, como quien se dispone a abrir.

Pensó:

"Me encantaría asesinarla."

El recuerdo de la voz de la mujer tarareando *El príncipe rojo* lo irritó. Echó a andar en dirección opuesta a la que había tomando el ex inspector Herrera. Unos cuantos pasos más tarde, pensó:

"Será mejor que no vuelva yo a verla nunca."

En la esquina opuesta, sin deliberación aparente, el ex inspector Herrera se detuvo. Vio la silueta de Roberto de la Cruz, que caminaba en dirección contraria, y se sonrió. Se sonrió extrañamente, torciendo apenas sus delgados labios, y dio vuelta a la esquina.

Capítulo tercero

La reina de espadas

a

Lejos de cumplir la promesa que, en realidad, se había hecho a sí mismo, Roberto de la Cruz continuó viendo casi todos los días a Patrĭcia Terrazas. Siguió ganando al juego casi todas las noches. Por una coincidencia de carácter un tanto automático, ella y el ex inspector Herrera continuaron siendo sus compañeros o adversarios, y los tres, con la cuarta persona de la mesa —que variaba siempre— siguieron cenando en los restaurantes y cabarets más frecuentados. El ritmo de estas reuniones parecía acelerarse, y la actitud posesiva de Patricia Terrazas —en lo que se refería a Roberto de la Cruz— parecía crecer al mismo compás. Exceptuando al ex inspector Herrera, mejor enterado que los demás, aunque nunca hizo el menor comentario en ningún sentido, la amistad entre Patricia Terrazas y Roberto de la Cruz tomaba para todo el mundo veredas galantes y aun sentimentales. Roberto de la Cruz no creyó jamás que esto pudiera pensarse. De otro modo habría suspendido en seguida las reuniones o, por lo menos, las habría espaciado. En la casa del gordo Asuara se hacían comentarios picantes y se convenía de modo general en que la cruz era ella y no él. Ella, con su delirio de grandeza, con el acentuado y gritón cantar de su voz desagradable, con sus tocados que a veces parecían arrancados de un museo de familia del siglo XIX y oler a nafta, y a veces duplicados permanecen adelantadas y grotescas de las más notorias locuras de la moda según *Vogue*. Sus sombreros en especial eran alarmantes. Suscitaban dondequiera ese rumor inequívoco del asombro mezclado de burla y de interrogación. Roberto de la Cruz le preguntó una vez si aquello no le molestaba.

una cita de negocios y que, por consiguiente, iba a acostarse en seguida. El ex inspector Herrera le tendió la mano.

—Extraña mujer, ¿verdad? —dijo.

—Bastante —repuso Roberto de la Cruz.

Mientras el ex inspector Herrera se alejaba, Roberto de la Cruz permaneció de pie ante su puerta, como quien se dispone a abrir.

Pensó:

"Me encantaría asesinarla."

El recuerdo de la voz de la mujer tarareando *El príncipe rojo* lo irritó. Echó a andar en dirección opuesta a la que había tomando el ex inspector Herrera. Unos cuantos pasos más tarde, pensó:

"Será mejor que no vuelva yo a verla nunca."

En la esquina opuesta, sin deliberación aparente, el ex inspector Herrera se detuvo. Vio la silueta de Roberto de la Cruz, que caminaba en dirección contraria, y se sonrió. Se sonrió extrañamente, torciendo apenas sus delgados labios, y dio vuelta a la esquina.

Capítulo tercero

La reina de espadas

a

Lejos de cumplir la promesa que, en realidad, se había hecho a sí mismo, Roberto de la Cruz continuó viendo casi todos los días a Patrîcia Terrazas. Siguió ganando al juego casi todas las noches. Por una coincidencia de carácter un tanto automático, ella y el ex inspector Herrera continuaron siendo sus compañeros o adversarios, y los tres, con la cuarta persona de la mesa —que variaba siempre— siguieron cenando en los restaurantes y cabarets más frecuentados. El ritmo de estas reuniones parecía acelerarse, y la actitud posesiva de Patricia Terrazas —en lo que se refería a Roberto de la Cruz— parecía crecer al mismo compás. Exceptuando al ex inspector Herrera, mejor enterado que los demás, aunque nunca hizo el menor comentario en ningún sentido, la amistad entre Patricia Terrazas y Roberto de la Cruz tomaba para todo el mundo veredas galantes y aun sentimentales. Roberto de la Cruz no creyó jamás que esto pudiera pensarse. De otro modo habría suspendido en seguida las reuniones o, por lo menos, las habría espaciado. En la casa del gordo Asuara se hacían comentarios picantes y se convenía de modo general en que la cruz era ella y no él. Ella, con su delirio de grandeza, con el acentuado y gritón cantar de su voz desagradable, con sus tocados que a veces parecían arrancados de un museo de familia del siglo XIX y oler a nafta, y a veces duplicados permanecen adelantadas y grotescas de las más notorias locuras de la moda según *Vogue*. Sus sombreros en especial eran alarmantes. Suscitaban dondequiera ese rumor inequívoco del asombro mezclado de burla y de interrogación. Roberto de la Cruz le preguntó una vez si aquello no le molestaba.

—¿Por qué? —preguntó ella—. Me admiran. Lo mismo me pasaba en Europa. Todos los sombrereros de París trabajaban para mí, me hacían los sombreros más locos del mundo.

"Para una loca estaban bien", pensó él con disgusto.

Era una ocasión en la que excepcionalmente se habían reunido por la tarde. Patricia Terrazas había forzado la cosa de tal modo que sólo una negativa brutal habría podido remediarla; pero Roberto de la Cruz había ganado mucho esa noche y se sentía benévolo.

—Invíteme usted a tomar el té mañana —había dicho ella—, y le presentaré a unos amigos encantadores. En "Lady Baltimore", a las seis.

Y había vuelto a atender a sus cartas, tarareando un vals viejo.

"Viejo como ella", pensó Roberto de la Cruz.

Le exasperaba aquella manía de la mujer de canturrear, con una voz inexpresiva y pareja, música que había hecho soñar a tantas gentes en el mundo, y que ponía en él ese estremecimiento, esa fuga de su cabeza hacia una atmósfera de fuego. Canturreaba con la misma incómoda inconsciencia de esas gentes que agitan una cadena o un collar, sin gracia alguna, en las narices del interlocutor.

Así pues, había llegado a la puerta de "Lady Baltimore" a las seis en punto. La mezclada turba habitual estorbaba en la puerta, pasando revista a los transeúntes con esa mirada peculiar del mexicano que se extiende en dos trayectorias nada más: la de desnudar con una insolencia revolucionaria, de mercader grosero de cosas baratas, o la de decir: "Mira qué guapo soy. ¿Qué tal te verías conmigo?"

Roberto de la Cruz consumió un *Lucky* con lentitud, reclinado contra la pared, dejándose envolver por el crepúsculo sin ritmo, brusco y sin matices, que sobreviene tantas veces en México, y dejándose tocar por el aire y dejándose rozar por los transeúntes sin mirarlos siquiera. Cuando arrojó el cigarrillo consumido tuvo la impresión de que era ya de noche. Se estremeció desapaciblemente. Patricia Terrazas había llegado, hecha un tumulto de pieles, collares y pulseras, y con un sombrero de terciopelo verde que parecía una catedral o un barquillo.

—¿Me retrasé? Perdóneme, amigo mío. Figúrese que mis amigos, los encantadores, no vendrán.

Roberto de la Cruz tuvo la desagradable sensación de haber caído en una trampa. El movimiento que hizo para abrir la puerta de cristales le permitió ocultar el disgustado rostro. El interior de "Lady Baltimore" era un pequeño caos de voces, calor y cucharillas.

El ruido que hacen las gentes bien —pensó Roberto de la Cruz— para hacer ver su buena educación, demuestra que la tienen muy mala.

Delante de él, Patricia Terrazas caminaba, sacudiendo los brazos para saludar, haciendo un estrépito de fierros viejos, moviéndose como se movería el escaparate de una tienda de bisutería. Él recordó una vez más la frase que su madre aplicaba a sus amigas de aquel tipo:

"No le falta más que la mano del molcajete."

Saboreó las palabras mientras se sentaban a una mesa, recién desocupada, llena todavía de tazas de té y de chocolate, manchas de rojo; de colillas de cigarros a las que pintados labios habían puesto una desagradable boquilla. Entre los numerosos platos y las migas de pan se distinguía apenas una moneda de cincuenta centavos.

—¡Qué propina! —chilló Patricia Terrazas sentándose—. Me da vergüenza porque las que estaban aquí eran mis primas las Silva. Déme usted un peso.

Él le tendió la moneda a tiempo que la mesera se acercaba a retirar el servicio.

—Mire, muchacha —dijo Patricia Terrazas con su alta, ingrata voz—. Mis primas le habían dejado eso nada más. Por fortuna llegué yo para poner orden. Un tostón con lo que la han hecho trabajar a usted. ¡Las conozco!

La mesera sonrió. Excepcionalmente para el lugar era joven, rubia y alta, de aspecto fino y tímido, demasiado flaca quizás, pero con una sonrisa limpia.

—Gracias, señorita.

Roberto de la Cruz observaba la escena con tanto interés como desagrado. Remangándose pieles y pulseras, por decirlo así, Patricia Terrazas empezó a mover los platos y las tazas, so pretexto de ayudar a la mesera, revolviéndolo todo más,

dificultando el trabajo de la muchacha y hablando siempre.

—Ande, muchacha, la ayudaré, porque tengo prisa de que se lleve todas estas porquerías de las Silva. Pero, sobre todo, por miedo a que me manche el traje con algo. ¿Se acuerda que una vez me echó a perder un abrigo? Usted debería dedicarse a otra cosa. Tenga esta tetera y quíteme de aquí este plato con limones. Para mesera no sirve, es demasiado tonta. Si engordara un poco estaría buena para la calle. ¿Ve? Ya me manchó. Es usted una estúpida.

Bajo aquella llovizna de palabra la mesera había perdido el equilibrio, se había aturdido. Le brillaba en los ojos la inminencia de las lágrimas.

—Perdón, señorita, por fortuna es sólo un poco de agua.

Hizo ademán de enjugarla con una servilleta.

—¡No me toque usted! Acabará de estropearme el traje. Mire, váyase y que venga otra menos estúpida que usted. ¡Váyase!

La muchacha dirigió una mirada de súplica a Roberto de la Cruz. Él aprovechó un momento en que Patricia Terrazas saludaba a alguien con aquel alboroto de pulseras y con los mismos chillidos con que había ofendido antes a la meserita, para deslizar un billete de cinco pesos en la mano de ésta y para dirigirle una mirada llena de excusas. La meserita se alejó llorando. Vino a reemplazarla una vieja, fea y prieta, de movimientos bruscos pero seguros. Ordenaron té y pan de dátiles.

—Los meseros son todos idiotas —dijo ella—. Un día le gané una apuesta a Alfonso, a mi rey, en Cannes. Aposté a que el mesero le serviría a él lo que yo pidiera y a mí lo que pidiera él. Y así fue.

—¿Y qué apostaron? —preguntó Roberto de la Cruz sin interés, por preguntar algo.

—¡Ah! Eso no puede decirse. Pero fue algo extraordinario. ¡Extraordinario!

Llenó la pausa con una sonrisa llena de sugerencias obscenas.

—En fin, a usted puedo decírselo. Una noche juntos.

Él la miro de hito en hito.

—¿Bailando, o cenando?

Ella rió destemplada, aplanadamente.

—¡Qué ingenuo! ¿Qué espera usted para encenderme el cigarro? ¿No ve que hace diez minutos que lo tengo en la mano?

Aspiró el humo.

—Reina del rey por una noche. ¡Ah, amigo mío!

Él se sentía fuera de foco, absurdo, entre la incredulidad y la risa. Ella confesó:

—Lo hice invitarme a tomar el té porque quería que me viera usted a una hora más descente, y más en mi medio. Mi cutis se pierde de vista en la noche. Mírelo bien ahora, y llénese los ojos, amigo mío. Este cutis lo han cantado los poetas. Toque usted, ¡toque!

Completamente atónito, él se dejó llevar la mano. Lo extraordinario era que ella se veía peor que de costumbre, más pintada, más vencida por la indefinible edad, y que, sin embargo, su cutis era muy suave, con esa suavidad —pensó él— de la carne descompuesta. Ella había conservado la mano de él entre las suyas, y él no sabía cómo retirarla, más por molestia que por turbación. Si la hubiera retirado siguiendo su impulso, habría abofeteado a la mujer. Un grito de ella lo sacó del aprieto.

—¿Pero eres tú, encanto?

Ante la mesa había una mujer alta, elegante, de cabellos blancos y cutis fresco, sin una alhaja, sin una gota de pintura, fuera de los labios, llena de chic natural, que se movía como las diosas de Virgilio. Pareció contrariada por el encuentro.

—¡Anda, siéntate, vamos!

—Gracias, Patricia, pero tenemos cita con mi marido. Llegará de un momento a otro.

—No importa, siéntate un momento.

La señora dudó. Miró en torno suyo. Patricia Terrazas siguió su mirada. Rió.

—Tendrás que sentarte aquí sin remedio, porque no hay una sola mesa libre.

Era cierto.

—Déjame presentarte. Mi amigo don Roberto de la Cruz, la señora de Cervantes. Anda, siéntate. ¡Pero si aquí está tu hija!

Una muchacha se había aproximado, como salida de un espejo. Exceptuando los cabellos blancos, era el duplicado más vertiginoso y más fascinador de la madre. Roberto de la Cruz las miró sintiendo crecer en él una emoción purísima.

dificultando el trabajo de la muchacha y hablando siempre.

—Ande, muchacha, la ayudaré, porque tengo prisa de que se lleve todas estas porquerías de las Silva. Pero, sobre todo, por miedo a que me manche el traje con algo. ¿Se acuerda que una vez me echó a perder un abrigo? Usted debería dedicarse a otra cosa. Tenga esta tetera y quíteme de aquí este plato con limones. Para mesera no sirve, es demasiado tonta. Si engordara un poco estaría buena para la calle. ¿Ve? Ya me manchó. Es usted una estúpida.

Bajo aquella llovizna de palabra la mesera había perdido el equilibrio, se había aturdido. Le brillaba en los ojos la inminencia de las lágrimas.

—Perdón, señorita, por fortuna es sólo un poco de agua.

Hizo ademán de enjugarla con una servilleta.

—¡No me toque usted! Acabará de estropearme el traje. Mire, váyase y que venga otra menos estúpida que usted. ¡Váyase!

La muchacha dirigió una mirada de súplica a Roberto de la Cruz. Él aprovechó un momento en que Patricia Terrazas saludaba a alguien con aquel alboroto de pulseras y con los mismos chillidos con que había ofendido antes a la meserita, para deslizar un billete de cinco pesos en la mano de ésta y para dirigirle una mirada llena de excusas. La meserita se alejó llorando. Vino a reemplazarla una vieja, fea y prieta, de movimientos bruscos pero seguros. Ordenaron té y pan de dátiles.

—Los meseros son todos idiotas —dijo ella—. Un día le gané una apuesta a Alfonso, a mi rey, en Cannes. Aposté a que el mesero le serviría a él lo que yo pidiera y a mí lo que pidiera él. Y así fue.

—¿Y qué apostaron? —preguntó Roberto de la Cruz sin interés, por preguntar algo.

—¡Ah! Eso no puede decirse. Pero fue algo extraordinario. ¡Extraordinario!

Llenó la pausa con una sonrisa llena de sugerencias obscenas.

—En fin, a usted puedo decírselo. Una noche juntos.

Él la miro de hito en hito.

—¿Bailando, o cenando?

Ella rió destemplada, aplanadamente.

—¡Qué ingenuo! ¿Qué espera usted para encenderme el cigarro? ¿No ve que hace diez minutos que lo tengo en la mano?

Aspiró el humo.

—Reina del rey por una noche. ¡Ah, amigo mío!

Él se sentía fuera de foco, absurdo, entre la incredulidad y la risa. Ella confesó:

—Lo hice invitarme a tomar el té porque quería que me viera usted a una hora más descente, y más en mi medio. Mi cutis se pierde de vista en la noche. Mírelo bien ahora, y llénese los ojos, amigo mío. Este cutis lo han cantado los poetas. Toque usted, ¡toque!

Completamente atónito, él se dejó llevar la mano. Lo extraordinario era que ella se veía peor que de costumbre, más pintada, más vencida por la indefinible edad, y que, sin embargo, su cutis era muy suave, con esa suavidad —pensó él— de la carne descompuesta. Ella había conservado la mano de él entre las suyas, y él no sabía cómo retirarla, más por molestia que por turbación. Si la hubiera retirado siguiendo su impulso, habría abofeteado a la mujer. Un grito de ella lo sacó del aprieto.

—¿Pero eres tú, encanto?

Ante la mesa había una mujer alta, elegante, de cabellos blancos y cutis fresco, sin una alhaja, sin una gota de pintura, fuera de los labios, llena de chic natural, que se movía como las diosas de Virgilio. Pareció contrariada por el encuentro.

—¡Anda, siéntate, vamos!

—Gracias, Patricia, pero tenemos cita con mi marido. Llegará de un momento a otro.

—No importa, siéntate un momento.

La señora dudó. Miró en torno suyo. Patricia Terrazas siguió su mirada. Rió.

—Tendrás que sentarte aquí sin remedio, porque no hay una sola mesa libre.

Era cierto.

—Déjame presentarte. Mi amigo don Roberto de la Cruz, la señora de Cervantes. Anda, siéntate. ¡Pero si aquí está tu hija!

Una muchacha se había aproximado, como salida de un espejo. Exceptuando los cabellos blancos, era el duplicado más vertiginoso y más fascinador de la madre. Roberto de la Cruz las miró sintiendo crecer en él una emoción purísima.

—Vamos, siéntense. ¡Estás preciosa, Nena! ¡Preciosa! ¡Como tu madre!

Patricia Terrazas las devoraba con la vista. Roberto de la Cruz seguía de pie, sin ser presentado aún a la chica, y sintió otra vez ese hondo desagrado que le producía Patricia Terrazas, acentuado ahora por el contraste con aquellas figuras de sueño. La señora de Cervantes dijo:

—Mil gracias, Patricia, pero allá veo llegar a mi marido. Buenas tardes, señor De la Cruz.

Él se sintió seguro, sin saber por qué, de que la señora mentía, de que, sencillamente, no había querido sentarse con ellos por alguna razón muy clara, pero impronunciable. Volvió a instalarse en su asiento.

—¿Ve usted qué mujer? —preguntó Patricia Terrazas—. Es viejísima, me lleva muchos años.

—Es muy bella —dijo él sintiéndose agredido sin saber por qué.

—Eso sí no hay manera de quitárselo —repuso ella—. Pero su dinero le ha costado. Es encantadora. Es una lástima.

Roberto de la Cruz dio un largo sorbo de té para no preguntar qué cosa era una lástima. Ella siguió de frente.

—¡Con un marido tan bueno! ¿Sabe usted por qué no quiso sentarse? Tuvimos un incidente desagradable una vez. La pobre, sabe usted, me hizo el amor.

Roberto de la Cruz estuvo a punto de atragantarse.

—Lesbiana, sí, ¡la pobre! Yo sentí una cosa tal que no puede contenerme, se lo dije todo a su marido. El infeliz estaba ciego, enamorado como un tonto o como un dios. Ella le hizo creer que era al contrario, que yo era la que...

Rió muy alto y destemplado. Los americanos que ocupaban una mesa vecina en el pasillo central se volvieron a mirarla.

—*My God, what a hat!* —dijo uno de ellos en voz bastante alta.

—*It looks like a dozen hats to me* —replicó otro.

Las mujeres que los acompañaron rompieron a reír.

—¿Oyc usted? —dijo Patricia Terrazas sonriéndoles—. Admiran mi sombrero.

Él miró el reloj. Tenía en la garganta un sabor de disgusto,

en parte la náusea del exceso de té con limón, en parte la náusea que le producía la mujer.

—No tendrá usted prisa, ¿verdad? —preguntó ella.

—En realidad, sí — repuso él.

—¡Qué lástima! Había yo pensado que me acompañara usted a casa. Tomaríamos una copa y nos iríamos juntos luego *chez* Asuara.

—Lo siento —dijo él sin mirarla—, pero no voy esta noche a casa de Asuara. Tengo un compromiso.

Por la forma en que ella lo miró él se sintió descubierto. Su mentira le sonaba de tal manera aguda, que creyó que ella no podría menos que entenderlo. Pero, a la vez, estaba seguro de que no podría resistir el pasar más tiempo al lado de Patricia Terrazas esa noche. Esperó un reproche o una agresión pero, con gran sorpresa, la oyó repetir:

—¡Qué lástima!, con una sincera pesadumbre.

Su voz se hizo grave y discreta por primera vez.

—Me siento tan espantosamente sola a veces, amigo mío. Hoy, por ejemplo.

Él sintió un primer movimiento de simpatía humana, que ella echó a perder levantando la voz y añadiendo:

—Con toda mi grandeza, con todas mis glorias, con tantos hombres como me rodean y me codician, me siento sola. Es irónico. Porque no hay uno solo que escape a la regla. Hasta Asuara...

—La cuenta.

Él oyó sonar su propia voz como un golpe descargado sobre la mesa, que dispersó las palabras de ella. Pagó y se dirigieron hacia la puerta.

En la primera mesa del centro, la señora de Cervantes y su hija, un hombre maduro y elegante y un joven singularmente bien parecido, conversaban y reían. Patricia Terrazas hizo sonar sus pulseras y su voz se quebró con estrépito en un grito de adiós. Las cuatro personas se pusieron serias. Quizás Roberto de la Cruz no pudo oír si contestaban al grito, pero quizás no contestaron. Se volvió a mirar a Patricia Terrazas y la vio agitando la mano y sonriendo hacia otro grupo ya.

En la calle la metió en un coche, pretextando una gran urgencia de llegar a alguna parte, e ignoró la marcada presión

de la mano de ella. Ella insistió. Subió su mano enguantada de sortijas a la altura de los labios de él. Él movió ligeramente la cabeza a un lado para dar la dirección al chofer, le pagó la carrera, y el coche arrancó oportunamente.

Una vez solo, caminó despacio por la Alameda, respirando a plenos pulmones, como un hombre escapado a la asfixia. En un rincón de la Alameda un penetrante olor a petate quemado mudó por poco tiempo el curso de sus pensamientos. Recordó que él nunca había fumado mariguana, y le divirtió pensar que no le interesaba ni le hacía falta probarla.

Caminó de frente sin sentir la distancia. Al llegar al crucero de Insurgentes volvió mecánicamente la esquina y llegó a su casa de huéspedes. Al sentarse en la cama sintió que todo su cansancio se le venía encima. Se levantó en seguida. Ahora tenía un surtido de licores en una pequeña cantina que había añadido a su mobiliario. Se sirvió un coñac doble. Lo bebió de un trago y se sirvió otro. Luego sacó del ropero, amorosamente, la caja de música, y la hizo funcionar sobre la cama, mirando las figuritas que valsaban y sintiéndose penetrado y arrebatado por la música mientras bebía. Dejó desenrollarse toda la cuerda, terminó su copa y sintió un cansancio parecido al que deja el placer satisfecho. De pronto sintió que lloraba. Fue una crisis de corta duración. Se miró al espejo y se limpió los ojos. Encendió un *Lucky* y se sentó, fumándolo con la cabeza apoyada entre las manos, sin retirarlo más de tres veces de sus labios antes de aplastarlo en un cenicero. Miró caer y acumularse la ceniza sobre la alfombra entre sus pies separados, y observó el movimiento del humo para subir por sobre su cabeza, sin levantar los ojos, como quien mira el tallo de una planta.

Cuando hubo terminado empacó unas camisas, un cepillo de dientes, una botella de whisky, un pijama, calcetines, pañuelos, su traje de baño y un suéter en una pequeña maleta. Encerró, amorosamente siempre, la caja de música, desechando el pensamiento de llevarla consigo. Se lavó las manos, bajó la escalera y telefoneó al sitio de automóviles cercano pidiendo un coche para ir a Cuernavaca. Por un momento pensó que no quería ir solo, y la delgada figura de la mesera rubia vino a su imaginación. Luego evocó la figura encantadora de

la señora de Cervantes y la vio duplicarse de nuevo, como una maravilla repetida, y moverse con suavidad. Pensó algo que la visión le sugería, algo inolvidable que no pudo recordar ya al minuto siguiente. El coche le esperaba y vino una sirvienta a avisarle. Indicó que estaría fuera unos días, se metió en el coche indicando al chofer que lo llevara sin detenerse hasta el Hotel de la Selva, se reclinó sobre el respaldo del asiento y se durmió todo el camino.

b

En Cuernavaca Roberto de la Cruz jugó bastante fuerte; perdió mucho al principio, pero salió al fin con una buena suma que le permitiría vivir varios meses con tranquilidad si moderaba sus gastos. Se prometió solemnemente no volver a la casa de Asuara, por lo menos en algún tiempo. Pero tan pronto como estuvo de vuelta en su cuarto de la casa de huéspedes de la calle de Hamburgo, empezó a ahogarse. Encontró esperándolo varias cartas y circulares sin interés, y cuatro recados telefónicos de Patricia Terrazas. Ni por un momento pensó en llamarla. En cambio, no podía apartar su pensamiento de la caja de música. Toda su voluntad se tendió en un esfuerzo para resistir la tentación de ponerla en movimiento. Se sintió como cuando, entre los catorce y los quince años, había resistido el deseo, natural en apariencia, de caer en el abandono sexual a solas. Era una cosa dolorosa, que le quebraba todos los huesos del cuerpo. Además, a pesar de su resistencia, había recaído siempre. No le pasaría ahora. Se quitó la bata que se había puesto, se puso un saco, metió una buena suma en su cartera y se marchó a la casa de Asuara.

Lo recibieron cordialmente. Ahora conocía ya a todos los asiduos, a casi todos los había invitado a cenar ya, y todos envidiaban su suerte increíble. Encontró acomodo en seguida en una mesa de políticos. En la mesa vecina el ex inspector Herrera perdía con silenciosa resignación. Le dirigió una sonrisa amistosa.

La sorpresa agradable que tuvo consistió en no encontrar allí a Patricia Terrazas. Jugó bien y con una suerte igual hasta cerca de las once. Cuando iba a encender un cigarro mien-

tras otro de los cuatro barajaba, el criado oriental o aborigen se acercó a él, le tendió un fósforo encendido y le dijo en voz baja:

—Lo llaman por teléfono, señor De la Cruz.

Supo inmediatamente de quién se trataba. Nadie más podía llamarlo allí, nadie más podía conectar la indiscreción de interrumpir su juego. Dudó un segundo, pensando en negarse, pero luego decidió que lo mejor sería ir al teléfono y liquidar la situación. Si hubiera estado menos preocupado o menos molesto, se habría dado cuenta de que el ex inspector Herrera lo observaba atentamente.

Fue al teléfono. Segunda sorpresa. La voz de Patricia Terrazas sonaba grave y recatada.

—¿No querría usted venir un momento a mi casa, Roberto?

—Sí, en seguida. Tengo algo urgente que decirle. Necesito que me aconseje usted. Estoy en un apuro. Por favor.

—Bien, voy para allá.

—Yucatán cuarenta y ocho.

Sólo esta frase sonó desagradablemente en sus oídos y despertó su repugnancia un momento adormecida por el tono de la llamada. Pero no tenía remedio; lo había prometido ya. No le costó trabajo irse. En realidad, los jugadores de su mesa se alegraron un poco. Cuando recogía su sombrero en el vestíbulo de manos del criado totonaca o filipino, sintió que lo tocaban en el hombro. Era el ex inspector Herrera. Se marchaba también.

—Se va usted temprano esta noche, amigo. Hace mal en huir de la suerte.

Roberto de la Cruz se encogió de hombros, forzándose a sonreír. Salieron.

—Hace usted mal en hacer algo que no quiera hacer —dijo el ex inspector Herrera.

Luego añadió, en tono casual.

—Allí tengo un carro. ¿Quiere que lo deje en algún lado?

—No, gracias.

Encendió otro cigarro, pensativo.

—No crea que ando espiándolo —continuó el ex inspector Herrera en su tono siempre igual.

Se sintió enrojecer, sorprendido en su pensamiento.

—Pero será mejor que no vaya a Yucatán cuarenta y ocho —terminó el otro sin el menor énfasis.

Roberto de la Cruz se echó a reír.

—Pues si no me espía usted, está muy bien enterado —dijo perdiendo de un golpe todo su mal humor.

—Es un juego de niños. ¿Lo llevo allí o a otra parte?

—Allí. He prometido ir.

Subieron al coche, que arrancó sin que el chofer preguntara a dónde iban.

En ex inspector Herrera, a su vez, rompió a reír de pronto, bonachonamente.

—Por más que hago por no meterme en las vidas ajenas, no puedo evitarlo. ¡Ah, qué yo! Me ha salido mal muchas veces, pero no escarmiento. Le dije al general Obregón que no fuera al banquete de la Bombilla, y no me hizo caso. Y luego quisieron complicarme.

—¿No creerá usted que van a matarme? —preguntó Roberto de la Cruz, sonriendo.

—Bueno, yo no sé cuáles son los sentimientos de usted, pero creo que los sospecho, y puedo decirle una cosa: hay muchas formas de morir, y *ésa* no es nada agradable.

—Tiene usted razón.

Callaron un momento. El coche había llegado a la entrada de la calzada hacia las Lomas de Chapultepec. Roberto de la Cruz se volvió con cierta molestia a mirar a su acompañante.

—Hombre —dijo el ex inspector Herrera excusándose—, se me pasó decirle al chofer adónde íbamos, y siempre que no le doy una dirección precisa enfila para las Lomas. Me encanta ir allá arriba a pensar. Dispénseme, amigo.

Alzó la voz:

—Llévanos a Yucatán 48, tú.

—No, no —protestó Roberto de la Cruz—, demos una vuelta de una vez. Yo también necesito pensar.

El coche continuó de frente. La noche de abril era grata y estrellada. Corrieron unos minutos en silencio. Roberto de la Cruz se dio cuenta de pronto de que no hablaban, pero, sobre todo de que él no podía hablar, no tenía nada de qué hablar, a pesar de la curiosidad que le inspiraba aquel hombre.

Ante la mirada de Roberto de la Cruz se echó a reír.

—¿Qué tal Cuernavaca? —preguntó el ex inspector Herrera.

—No, no diga usted nada. No puedo remediarlo. Para usted, por lo visto, la suerte no depende del lugar. Pero no me sorprende que haya ganado al póker allá también. Lo que me divirtió enormemente fue su cura de silencio.

Roberto de la Cruz saltó esta vez, francamente disgustado.

—¿También sabe usted eso?

—Muy divertido. Eso de limitarse a señalar con el dedo en la carta del restaurante me parece notable. Los meseros deben haber puesto cara de idiotas. Pero usted quería silencio, me lo explico.

Rió con aire bonachón.

—Por cierto que anduvo usted en mala compañía. El güero que jugó con usted la última noche, el pocho O'Higgins, es mala gente. Tuvo usted suerte de que no le hiciera nada.

Roberto de la Cruz se recogió sobre sí mismo. Encendió un tercer *Lucky*, aspiró el humo y dijo, mientras lo expulsaba en una especie de bocanada silábica:

—¿Por qué precisamente se interesa usted tanto en mí?

El ex inspector Herrera, se puso serio.

—No en usted —dijo preparando cuidadosamente un cigarro de hoja—. No en usted, en la gente. Va a parecerle cursi esto que le voy a decir: toda la gente tiene un objeto y un destino. Vemos a un hombre comercial con éxito, y parece que ése es su objeto; tiene una gran tienda, su trabajo lo relaciona con todo México, goza atendiendo a sus clientes. Pero, ¿cuál es su verdadero objeto en la vida?

Mojó su cigarro y lo encendió.

—Puede ser una mujer, la suya o cualquiera otra. Puede ser su hijo, puede ser su madre quien lo hace trabajar así; pero algo o alguien es su objeto. En el mundo no hay nada desinteresado, nada gratuito.

Roberto de la Cruz sonrió para sí, tan imperceptiblemente que le molestó verse descubierto de nuevo.

—Aunque se sonría usted, amigo. Y, para seguir con mi ejemplo, ese señor de la tienda puede ser casado, adorar a sus hijos, amar su negocio. Y parece que para eso nació, que ése es su destino. Una noche se equivoca de calle o de gente, le

dan una puñalada o un tiro, y la gente piensa que es absurdo. Pero, en realidad, ése era su destino.

Hizo un movimiento que Roberto de la Cruz no observó, absorbido en la idea de la contradicción que podría oponer a los razonamientos tan extemporáneos del ex inspector Herrera. En realidad se trataba de una señal para el chofer.

—Así pues —continuó el ex inspector Herrera reencendiendo su cigarro de hoja—, usted me interesa como toda la gente. Lo observo, y he observado que tengo a tal grado la costumbre de observar, que cuando no estoy observando a nadie me observo a mí mismo. Después de todo, yo también soy gente.

—¿Y conoce usted su objeto y su destino?

El ex inspector Herrera rió en silencio.

—No me sirve la medicina que receto —dijo—. Creo que los conozco, pero nadie sabe nada. Volviendo a usted, no crea que lo espío. Los informes sobre las gentes me llegan de un modo automático, y cuando me faltan los informes, hago deducciones. Es una cosa que está en mi naturaleza. Por eso le aconsejo que evite a Patricia Terrazas. Está marcada, es una persona que acabará mal y que, aun después de acabar, seguirá molestando a todo el mundo.

—A ella le halagaría saberlo —dijo Roberto de la Cruz—. ¿Por eso trata usted de impedirme que la vea?

El coche se detuvo en seco.

—Ya llegó usted —hizo observar el ex inspector Herrera.

—Pero, ¿no íbamos a las Lomas?

—Está usted muy distraído esta noche. Dimos la vuelta casi en seguida. El muchacho adivinó que no teníamos mucho que pensar, y yo no quise retrasarlo. ¡Bueno!, ya pensaremos juntos alguna noche en las Lomas.

Le tendió la mano. Roberto de la Cruz bajó en silencio del automóvil, después de estrechar la mano del ex inspector Herrera. Esperó a que se alejara el coche. Entonces se detuvo ante la puerta del número cuarenta y ocho de la avenida Yucatán. Miró hacia las ventanas altas. Había luces encendidas detrás de dos de ellas. Vaciló un momento, y tocó el timbre al fin. Una tercera ventana se iluminó arriba en seguida. Probablemente correspondía a la escalera. Unos instantes más tarde, Patricia Terrazas abría la puerta. Llevaba una bata de tercio-

pelo granate, llena de encajería. La mano que tendió a Roberto de la Cruz se sentía caliente, desagradable.

—Pase usted, amigo mío —dijo hablándole muy cerca de la cara.

Tenía ese aliento particular que se percibe sobre todo en los consultorios de los dentistas: el aliento de las personas que gastan dentadura postiza.

—¡Creí que no llegaría usted nunca!

c

Subieron la empinada escalera de madera que había ante la angosta puerta pintada de verde. Roberto de la Cruz observó que se trataba de una de esas escaleras que tienen un desván a un lado. Comprobó también que, en efecto, la luz que había sido encendida al llamar él correspondía a la escalera. En lo alto había un vestíbulo cuadrado, con puertas pintadas de blanco en dos de los lados. Observó que, aun en la intimidad, Patricia Terrazas estaba colmada de pulseras, anillos y collares. Pensó que, en realidad, era una persona que no tenía la más mínima intimidad. Por lo demás, el interior de la casa de Patricia Terrazas se parecía a ella como un carro de paja a otro carro de paja.

La sala daba la impresión de que los muros iban a venirse abajo en cualquier momento. Las pesadas cortinas de terciopelo rojo oscuro, los tapices, pero, más que nada, los innumerables retratos enmarcados que colgaban de las paredes, comunicaban esa inminencia de derrumbe. Los muebles eran todos viejos sin llegar a ser antiguos. Había, en especial, una grande, auténtica otomana, y un vis-a-vis un tanto luido, y sillas y taburetes moriscos con incrustaciones. A los dos extremos de la pared frontera a la puerta, sobre la otomana, colgaban sendos retratos, enmarcados en plata, de los últimos reyes de España. El de Victoria Eugenia estaba a la izquierda, el de Alfonso a la derecha. Entre ellos había una panoplia sin armas, de la que colgaba un enorme crucifijo de plata y marfil. Al centro había una gran mesa Imperio, cubierta de chucherías de plata, pisapapeles, jades chinos, pequeñas figuras de porcelana, todo en confusión y bastante polvoso.

Patricia Terrazas se paró ante el retrato del ex rey de Espa-

ña recogiéndose la bata por el frente de modo de acentuar la línea de su cuerpo. La actitud general, la manera de echar atrás la cabeza, el juego de las manos anilladas, como serpientes, todo sugería una *pose*, una cosa elaborada o estudiada, según pareció a Roberto de la Cruz.

—Aquí lo tiene usted —exclamó en tanto que él pasaba la vista por sobre la abrumada mesa de centro—. ¡Aquí tiene usted a mi rey!

Él no hizo ningún comentario. Su atención se había detenido en un pisapapeles chino. Era grande, un león de bronce sobre un pedestal, un león divertidamente estilizado.

—Y allí está ella —continuó Patricia Terrazas haciendo ondular con ruido de baratijas un brazo hacia el retrato del otro extremo, sin moverse de su lugar, sin volver la cabeza casi—. Allí está la reina, la pobre reina. ¡Qué tragedia, llamarse Victoria y sufrir una derrota tan amarga!

Sonaba como un disco rayado. Roberto de la Cruz sintió un desagrado profundo.

—Supongo que no me llamó usted para presentarme con sus reyes —dijo sin curarse de suavizar el tono.

—No, amigo mío. No.

La mujer se volvió lentamente. Tendió la mano hasta encontrar apoyo en el brazo de Roberto de la Cruz, lo oprimió y se dirigió entonces hacia el vis-a-vis luido, que estaba situado entre las dos ventanas. Allí volvió a oprimirle el brazo para indicarle que se sentara.

Roberto de la Cruz decidió para sus adentros que se encontraba en la posición más ridícula de su vida, sentado en aquel mueble absurdo y delicioso. Delicioso para sentarse lado a lado con una muchacha hermosa y virgen, absurdo para sentarse lado a lado con Patricia Terrazas.

—¿Por qué no contestó usted a mis recados? Le llamé cuatro veces, una diaria durante dos días, y luego dos el mismo día.

Él explicó de mala gana que se había sentido cansado, que había ido a Cuernavaca.

—Lo esperé cuatro noches en la casa de Asuara —siguió ella. El sobreentendido de su voz era insoportable. Parecía como si creyera que él iba allí por ella, que le había prometido verla allí.

—Me ha abandonado usted —terminó ella desbordando de un golpe el disgusto creciente de Roberto de la Cruz.

Se levantó casi indignado, pero ella no lo dejó protestar.

—No diga usted nada. Ya sé que no me ha dicho nada nunca; ya sé que es usted muy respetuoso, pero esas cosas se sienten, se adivinan sin palabras.

—Cuando me llamó usted —dijo Roberto de la Cruz—, me dijo que necesitaba de mi consejo y vine a dárselo nada más. ¿Quiere usted decirme de qué se trata? ¿Le ocurre algo de veras?

Tenía la vista fija, mientras hablaba, en el león chino de bronce de la abrumada mesa. Ella tomó de pronto una actitud grave. Su voz sonó un momento como él la había oído por primera vez aquella noche por el teléfono, discreta, mesurada, fiel expresión de una mujer madura.

—Tengo miedo —dijo ella con sencillez.

—¿Miedo de qué? —preguntó él bruscamente.

Ella se reconcentró. Fijó la vista en el espacio. Habló como si recitara un papel ya tan sabido que sonaba mecánico, irreal y sin matices.

—Vivo sola, eternamente sola en esta casa. Hay gente que no me quiere. No sé por qué. Hay una mujer que viene a limpiar la casa en las mañanas. El resto del tiempo estoy sola. De día y de noche. Voy a casa de Asuara menos por jugar que por sentir gente alrededor mío. Ayúdeme usted.

—¿Cómo? —preguntó él clavando tercamente sus ojos dorados en el león chino de bronce.

—Su corazón debe decirle cómo.

Él hizo un movimiento de impaciencia, descortés, grosero casi. Quiso decirle que estaba loca si pensaba que él podía tener el menor interés sexual o sentimental o afectuoso siquiera en su persona; que la consideraba como una compañera ocasional de juego, nada más. Quiso decirle que lo dejara en paz, que le molestaba hondamente aquella actitud suya. Quiso decírselo, pero no lo dijo. Ella se había levantado y se había dirigido a la mesa de centro diciendo:

—Mire usted —y tomando de ella precisamente el pisapapeles de bronce.

Él experimentó, pero más brutalmente esta vez, la misma

sensación de verse adivinado, descubierto, desnudo, que le había dado el ex inspector Herrera dos veces ya esa noche.

—Mire usted —repitió ella, tendiéndole algo.

Era un naipe francés. Era la reina de espadas. Sobre la carta había algo escrito. Él leyó: "Roberto de la Cruz-Mexicana L-17-18". Recordó entonces que Patricia Terrazas le había pedido su número de teléfono una noche en la casa de Asuara y que él lo había anotado en aquella carta, tomada de una de las barajas desechadas. La miró sin entender.

—Hago muchos solitarios —dijo ella—, el de cuatro cuartas, el de cinco, el de siete, el de toda la baraja vuelta hacia abajo. Hace muchos días que ninguno me sale, y siempre es porque la reina de espadas no llega, o porque llega antes de tiempo. ¿Sabe usted lo que significa la reina de espadas?

—No —dijo él, riendo con cierto mal humor todavía—. Sé que el as de espada significa muerte, pero la dama...

—Significa odio —completó ella—, odio mortal de una mujer morena. Peligro de muerte.

Él se encogió de hombros.

—¿Es usted jugador y no es supersticioso?

—Gano —repuso él—. Los supersticiosos son los que pierden, se consuelan con explicaciones de magia.

—Cállese usted —chilló ella—. No tire a broma estas cosas. Lo más extraño es que apuntó usted en esta baraja su nombre y su teléfono. Y sólo hoy me di cuenta de lo que significa. Significa que usted puede ayudarme contra el augurio de la dama de espadas. ¡No se burle usted!

Dijo la última frase con un tono chillón que quería ser infantil y gracioso.

—Creo que también usted necesita descansar —repuso Roberto de la Cruz—. ¿Por qué no se va unos días afuera?

—Veo que no me toma usted en serio. Tengo miedo de morir, amigo mío.

Luego, muy bajo:

—¡Tengo miedo de que me maten!

—¿Quiere usted salir a cenar? —sugirió él con una absoluta frialdad que le causó asombro—, ¡como si hoy hubiera perdido al póker!

—No —repuso ella—. Hoy no. Gracias. Quiero que me pro-

meta usted venir más a menudo, cuidarme un poco, ayudarme con su presencia. Hasta que pierda yo el miedo siquiera. Ya sé que parece una cosa tonta; pero sólo usted puede ayudarme. Ésta es la prueba.

Agitó entre sus dedos la reina de espadas que tenía el nombre y el teléfono de él, y la cosa le sonó de pronto tan deliberada, tan falsa, que se exasperó pensando que ella hubiera discurrido ese absurdo pretexto para atraerlo.

—Es muy tarde —dijo Roberto de la Cruz—, y yo tengo una cita...

Recordó que acababa de invitar a cenar a la mujer, y añadió rápidamente:

—En "El Patio", con un amigo.

—Pero no ha prometido usted nada —exclamó ella una horrible maquillada coquetería—. ¡Prométa!

Él asintió con la cabeza.

—Tiene usted mi teléfono, ¿verdad?

Él volvió a asentir con la cabeza.

—Prométame entonces que me llamará.

—Sí, si usted me promete dejarse de locuras. No hay nada concreto en todo lo que ha dicho usted.

—Así parece, pero la intuición de una mujer no falla nunca. Como decía Óscar Wilde, el misterio no está en lo que vemos, sino en lo que no vemos.

Él quiso replicar que lo que decía Óscar Wilde no era eso, sino lo contrario, pero se encogió interiormente de hombros. No se corrige a quien ya no puede aprender.

—En fin —su tono era completamente frívolo y desagradable ahora, una desmañada pretensión de *nonchaloir*— otro día que usted venga, que ha de ser pronto, ¿verdad?, le enseñaré mis cosas: mis alhajas, mis trajes, mis perfumes.

"Como si no los pusiera todos juntos", pensó él.

Ella hundió su alhajada mano en uno de los bolsillos de su bata.

—Me perdonará que no baje a despedirlo, amigo mío. ¡Estoy tan cansada! Pero no podría dormir tranquila si no me hiciera usted el favor de darle dos vueltas a la cerradura de abajo.

Le tendió la llave. Él dudó.

—Tómela, por favor. Yo tengo otra. Me la devolverá usted la próxima vez que venga. ¡Sí! ¡Sí! Así vendrá más pronto y no necesitará usted tocar y hacerme bajar toda esa escalera.

Le tendió la mano a besar. Él iba a besarla, decidido a pagar aun ese precio por marcharse ya, cuando ella añadió, con todo su chillón acento ascendente.

—Entre nosotros sobran muchas palabras, ¿verdad?—Él entonces se limitó a estrecharle la mano. Patricia Terrazas lo miró bajar la escalera y abrir la puerta, haciéndole entonces una sonora seña de despedida con su mano cargada de pulseras.

Automáticamente Roberto de la Cruz dio dos vueltas a la llave en cerradura, se metió la llave en un bolsillo del chaleco después de mirarla un segundo, y dio algunos pasos. La noche había refrescado. Miró su reloj. Era la una.

—¡Libre!

Abordó el coche que se ofrecía y dijo:

—Al "Patio".

Pensando que allí podría encontrar a alguno de los clientes de Asuara y matar un rato para olvidar la ridícula escena que acababa de vivir. Todo era un pretexto, no le cabía duda, una artimaña de las habituales en las mujeres, pero doblemente desagradable por venir de Patricia Terrazas. Un truco que se caía de viejo.

"Como ella", pensó rabiosamente.

No encontró en "El Patio" a ninguno de sus amigos de juego. Tomó una cena ligera, esperó la variedad de las dos de la mañana, pagó, salió, se metió en el primer coche que le ofreció sus servicios y fue directamente a su casa. Después de lavarse los dientes, la cara y las manos, se acostó y apagó la luz en seguida.

Cayó en esa especie de semisueño en que parece que se está tendido sobre aire y en que el cuerpo cansado flota, cae y rebota en el piso de la imaginación. Sus ojos y sus oídos permanecieron activísimos. Sus ojos veían continuamente el león chino del pisapapeles de bronce. Sus oídos trataban de coger, en una atmósfera de vagos sonidos, la hebra de *El príncipe rojo,* y su imaginación intentó, mil veces, inútilmente, abrir la caja de música.

No logró dormir en toda la noche.

Capítulo cuarto

Tiempo de vals

a

En el transcurso de los diez días siguientes, Roberto de la Cruz visitó tres veces a Patricia Terrazas. Tirado esa tarde en su cama de la casa de huéspedes, repasó todos los detalles mientras fumaba.

La primera vez, antes de sentarse en el vis-a-vis, le devolvió la llave de su casa. No quiso utilizarla para entrar, por temor a que hubiera algún otro visitante. Pero antes de entrar había probado sigilosamente el duplicado de la llave, eficazmente hecho "al minuto" por cincuenta centavos. Le desconcertó que Patricia Terrazas no mostrara desconcierto alguno, ninguna molestia, al recibir su llave. Lo hizo sentar y le habló de sus deseos de volver a viajar por Europa —donde, naturalmente, la conocía todo el mundo—, frustrados por esta odiosa guerra. En particular sufría por Viena, por Praga y por París. Había visto a Hitler una vez en Nuremberg, pero no la había impresionado, etcétera. Se levantó para preparar una taza de té, pero primero se detuvo, como la vez pasada, ante la fotografía de Alfonso XIII y dijo algo semejante a lo que había dicho ya —lo que confirmó la idea de Roberto de la Cruz de que se trataba de un disco rayado—, añadiendo algo en el sentido de que sólo los reyes por derecho divino pueden gobernar a los pueblos. Roberto de la Cruz se había puesto de pie también, observando sin deliberación que era posible pasar por detrás de ella, teniéndola un poco a la derecha, mientras que con su mano izquierda alcanzaba a tocar la orilla de la mesa de centro. Ella había cambiado repentinamente de idea y decidió tomar el té en la calle, si él la invitaba. Sólo en ese momento se había dado cuenta él de que la mujer estaba arreglada para salir. En el tiempo que Roberto de la Cruz empleó

en prender un cigarrillo, Patricia Terrazas se puso el sombrero. Al salir él observó que el león chino del pisapapeles de bronce estaba casi al centro de la mesa, por consiguiente, fuera del alcance de su mano izquierda en aquella posición.

Tomaron el té en *Swástika*. Él había recordado la teoría del ex inspector Herrera de meditar en Las Lomas de Chapultepec, pero no pudo meditar. Lo único que hizo, mientras ella hablaba siempre, fue calcular el tiempo que Patricia Terrazas podría invertir en repetir su frase sobre Alfonso XIII. Medio minuto quizás, quizás tres cuartos. La tarde había sido tan exquisita de atmósfera que la mujer le había parecido más tolerable y pudo sonreír y decir dos o tres bromas. Ella explicó que no pensaba ir por la casa de Asuara en unas noches. Él no quiso recoger ninguna insinuación de sus palabras. Pero al despedirse ella había repetido la cosa, añadiendo que le alegraba que él se hubiera conducido como un hombre de mundo al devolverle la llave. Ella comprendía, y era mejor así. Él había pedido una explicación. Ella había sonreído.

—Es lo que haría un hombre de mundo, devolver el original y quedarse con un duplicado. ¿Verdad?

La rabia que había experimentado entonces resucitó en él ahora, al recordarlo, con una vida extraordinaria. Se levantó y fue a su armario, de donde extrajo con gran cuidado su caja de música. La contempló un largo momento, pensativo, hasta que sintió que el cigarrillo le quemaba los dedos. Se levantó, entro en el baño, tiró la colilla, se lavó las manos y volvió a su cama. Tumbado junto a la caja de música reconstruyó su segunda visita.

Había tocado el timbre, y un joven de rostro bastante equívoco, le había abierto la puerta. Cuando él entró, Patricia Terrazas estaba de pie ante el retrato de Alfonso XIII dirigiéndose a una extraña mujer ensombrerada, de edad entre dos luces, entre dos sombras, mejor dicho. Pasadas las presentaciones, se había charlado un momento de cualquier cosa. Las mujeres se habían despedido con un beso en el aire; el joven de rostro equívoco que tenía el pelo nauseabundamente bien peinado, había hecho un chiste.

—¿Saben ustedes por qué se besan así las mujeres?

—Por el *lipstick*, hijito —había dicho Patricia Terrazas.

—Porque si se tocaran los labios, el beso, al estallar, les volaría las caras.

Las mujeres no rieron.

Esta vez había sido necesario quedarse largo rato en la casa. Patricia Terrazas había servido whisky con excesiva liberalidad, bebiendo bastante. Estaba alegre. ¿Cómo había podido adivinar que había visitas y tocar el timbre?, era el exquisito tacto de un acabado hombre de mundo. Ella no se equivocaba nunca al juzgar a un hombre. Se alegraba tanto, en este caso. Pero también estaba triste, la entristecía la reserva de él. ¿Quizás había algo en su vida? ¿Quizás era un encuentro tardío? ¿Quizás era un encuentro prematuro? Por lo pronto, él debería visitarla, así, como hasta ahora; pero con mayor frecuencia. ¡Necesitaba tanto de la protección de un hombre como él!

Roberto de la Cruz había encontrado difícil mantener el equilibrio ante esta ofensiva. Le daba una profunda vergüenza mentir, comprometerse en cualquier forma ante la mujer. Había sonreído como un imbécil y le había hecho una pregunta sobre el marco de plata del retrato de Alfonso XIII. Ella se había levantado entonces y empezado una disertación sobre la pieza, que era un labrado italiano, de Florencia. Mientras Patricia Terrazas hablaba, él había clavado los ojos en el león chino. Luego se había levantado para reunirse con ella, rodeando la mesa de centro de modo que pudiera quedar situado detrás de la mujer, como la vez anterior. Al pasar junto a la mesa había levantado el pisapapeles de león, dejándolo nuevamente en la mesa. Ella no había observado nada.

Cuando se sentaron de nuevo —esta vez en la otomana— ella había vuelto a la carga. ¿No podría él dejar de jugar unos cuantos días? Ya veía que ella no había ido a la casa de Asuara. Él sí. Ella lo sabía. Él adujo razones de dinero. Estaba pasando por una racha fantástica de suerte, quería aprovecharla. Ella había sonreído. Si él quisiera, no tendría que jugar. No, no necesitaba ofenderse. Ella hablaba de un préstamo, a largo plazo. Él se había sentido enrojecer de rabia y se había levantado. Entonces ella se superó a sí misma. No le cabía duda ya de que él era un perfecto caballero, más aún, un hombre completo, como le gustaban. Lo admiraba más ahora que

antes. Su intuición nunca le había mentido. Si pudieran viajar juntos, ella sería feliz, etcétera. Había servido otro whisky.

Roberto de la Cruz se había marchado después de las ocho, dejando entender, sin decir nada claro, que quizás regresaría más tarde esa noche. Ella lo había seguido con la vista, divirtiéndola muchísimo la circunstancia de que él se equivocara de camino y, en vez de tomar la puerta, se hubiera dirigido al fondo del corredor de abajo.

—Debe usted de estar muy preocupado, porque no ha bebido lo bastante para distraerse así —había gritado ella desde lo alto de la escalera.

Él había sonreído, disculpándose. En efecto, estaba preocupado, ella comprendía, etcétera. Había tenido tiempo de observar que el desván de la escalera no estaba cerrado con llave. Naturalmente, no había regresado aquella noche.

Roberto de la Cruz encendió un segundo cigarrillo que fumó con gran voluptuosidad, tumbado siempre en su cama. En momentos acariciaba, en momentos miraba la caja de música.

En su tercera visita había utilizado su llave. Patricia Terrazas estaba lista para salir, sombrero y todo. Al entrar él, se había desecho en recriminaciones tan patéticas como exasperantes. Él no sabía, él no entendía, entonces, lo que era una mujer como ella. Había vuelto a pararse ante el retrato de Alfonso XIII. Alfonso XIII sí que había comprendido en seguida. Y, además, ella tenía miedo: la reina de espadas frustraba continuamente sus solitarios, la había hecho perder al *rummy* y al póker en casa de unas amigas; tenía la impresión de que un hombre siniestro la había seguido; tenía miedo, tenía miedo. Y él la dejaba abandonada. Era un mal amigo, un ingrato.

Al evocar la escena desde su cama, en el humo de su cigarrillo, Roberto de la Cruz se maravillaba todavía de no haber estallado, de no haberla destruido allí mismo, en ese instante, mientras ella hablaba como una poseída por la locura de la palabra continua. La mujer se calmó poco a poco y sirvió té exhumando un samovar de plata. Fría, deliberadamente, él había derramado el contenido de su taza sobre su pantalón y su mano izquierda, que sostenía un cigarrillo. Ella había interrumpido su aria de recriminaciones para secarlo con una

servilleta. Estaba bien, no tenía importancia, pero decididamente tendría que lavarse las manos. Patricia Terrazas lo había guiado entonces al cuarto de baño, que quedaba al fondo del pasillo superior y tenía una salida sobre la escalera y otra a la recámara. Era más cómodo así. Luego lo había hecho salir por la recámara, abrumada también de cortinajes, de tapices, de cuadros y de espejos. En el tocador había una colección increíble de enormes botellas de perfume de Chanel, de Guerlain, de Jean Patou, de Coty; frascos de Schiaparelli, de Babany y de Orsay, de Garon, de Chícharo, de Ámbar y de todo. Él no había querido demorarse en aquella atmósfera, prefiriendo volver a la sala a pesar de la calurosa, casi sudorosa presión de la mano de ella.

En la sala el aria de recriminaciones había recomenzado hasta hacerlo temer que no podría irse esta vez como las otras, cuando, de pronto, sonó el timbre de la puerta. Pero Patricia Terrazas se había rehusado a abrir mientras él no prometiera. El timbre seguía sonando. Entonces él había prometido. Se despidió y bajó abriendo la puerta, ante la cual estaba un camión de la Tintorería Francesa. El que tocaba era un empleado que llevaba un zorro blanco, recién limpiado. Roberto de la Cruz había oído todavía chillar la voz de Patricia Terrazas diciendo al hombre que subiera.

Había prometido. Aquello lo irritaba por encima de toda expresión, pero había prometido. Había prometido volver a verla, sin reserva alguna ya, al día siguiente. Al día siguiente a las seis. Y el día siguiente era hoy.

Miró su reloj, que marcaba las tres y doce minutos.

b

Roberto de la Cruz fue hacia su pequeña cantina. Se sirvió un *Apricot Brandy*, encendió un tercer cigarrillo y volvió a tumbarse en la cama. Luego bajó la tapa frontera de la caja de música. Las notas de *El príncipe rojo* empezaron a desenvolverse y las figuras a valsar. Era un encanto verlas ejecutar aquellos movimientos pautados, limitados, y tan parecidos, sin embargo, a los movimientos de las gentes. Había gentes que tenían un número todavía menor de movimientos que estos pequeños autómatas, y menos perfectos. Patricia Terrazas, por ejemplo. Observando el vals de las figuritas se dio cuenta de que la música no le producía el efecto de siempre. Su cabeza seguía sobre sus hombros y no la rodeaba el fuego. El vals se desenvolvía en su tiempo encantador. Era el mismo, el del organillo callejero de su ciudad de provincia y, sin embargo, ahora tenía un efecto calmante sobre él. Sintió como si pudiera oírlo toda la vida, en una serena fascinación. Una desilusión profunda corrió por sus venas como una sangre sin color, sin vida. Poco a poco, no obstante, empezó a ver las cosas con una fría claridad, y se abstrajo tanto en su contemplación que no se dio cuenta de que toda la cuerda de la caja de música se había desenrollado, de que las figuras estaban inmovilizadas en un paso del vals y de que la música no sonaba ya. Con la precisión de un reloj empezó a contar.

Uno. Llegaría a la puerta.

Dos. Esperaría hasta que no pasara nadie por la calle.

Tres. Abriría con su duplicado de la llave.

Cuatro. Subiría la escalera sin ruido, sin prisa.

Cinco. Entraría en la sala.

Seis. La saludaría besándole las manos.

Siete. Se sentaría en el vis-a-vis.

Ocho. La dejaría hablar.

Nueve. La haría levantarse con cualquier pretexto para que se detuviera ante el retrato de Alfonso XIII. Quizás se mostraría celoso del rey para obtener el efecto buscado.

Diez. Cuando ella estuviera allí, se levantaría.

Once. Pasaría rodeando la mesa de centro.

Doce. Al pasar recogería el pisapapeles de bronce con el dragón chino.

Trece. Se situaría detrás de ella, un poco a su izquierda.

Catorce. Pasaría el pisapapeles a su mano derecha.

Quince. La golpearía en la cabeza con el pisapapeles. Un solo golpe debería bastar.

Dieciséis. Tiempo para un segundo golpe, si fuera necesario.

Diecisiete. Dejaría el pisapapeles en el suelo —no, en la orilla de la mesa de centro—, después de borrar sus huella con un pañuelo de seda.

Dieciocho. Examinaría su traje para cerciorarse de que no tenía manchas de sangre.

Diecinueve. Pasaría por encima del cuerpo de ella —la cosa no tenía remedio— para ir al cuarto de baño.

Veinte. Se lavaría las manos y se secaría.

Veintiuno. Bajaría la escalera. Era difícil que se marcaran huellas en la madera semidespintada. En todo caso, arrastraría un poco los pies.

Veinticuatro [*sic*]. Empujaría con el codo la puerta del desván y tiraría en él su duplicado de la llave.

Veinticinco. Abriría la puerta cubriéndose la mano con un pañuelo.

Veintiséis. Saldría a la calle.

Veintisiete. Cerraría la puerta de un golpe.

Veintiocho. Si pasaba alguien por la calle, se volvería hacia la puerta y fingiría llamar.

Veintinueve. Tomaría un coche.

Treinta. Volvería a su casa a cambiarse.

Todo le parecía tan natural y tan sencillo, que se sonrió con cierta puerilidad. Eran las tres y cuarenta y lo tenía todo calculado. Le sobraban dos horas veinte minutos. Arregló su despertador para las cinco y treinta, guardó en el armario la caja de música y volvió a tenderse en la cama. Se durmió casi en seguida.

c

La campanilla del reloj lo hizo despertar sobresaltado, con un nudo de angustia en la garganta, aun cuando no tenía conciencia de haber soñado. Después de un momento se percató de que le dolía la cabeza, y buscó una cafiaspirina en el buró. La tomó masticándola, para acelerar su efecto. Después escogió cuidadosamente su traje. Lo necesitaba de un color que absorbiera cualquier posible mancha de sangre, y tras varios minutos de duda optó por un traje azul marino, cruzado, y se lo puso metódicamente, sin prisa. Pero la idea de la sangre se transformó en un sabor de sal en su boca. Se lavó los dientes minuciosamente en el cuarto de baño, enjuagándose luego la boca con listerina. Ya completamente vestido, se puso en

la boca una gragea de violeta que sacó de una caja de plata, recuerdo de su madre. Luego eligió con cuidado sus pañuelos: uno de seda y uno de lino, y se metió uno extra en la bolsa trasera del pantalón.

"Como si fuera a una cita con una muier", sonrió para sí.

Al tomar su sombrero y echarse una última ojeada en el espejo recordó la frase del ex inspector Herrera y pensó en voz alta:

—Tengo mi destino.

Luego pensó que iba hacia su destino, pero sin más objeto que su propio destino, sin ningún otro interés, y este pensamiento le trajo una sensación desconocida de descanso. Dio una mirada a su reloj Movado, de estuche forrado con piel de víbora, y no pudo evitar un regusto de satisfacción ante la finura del reloj. Eran las seis menos trece. Su dolor de cabeza había desaparecido por completo.

Bajó ligeramente la escalera de madera olorosa. No había nadie en el pasillo ni en el patio. Las criadas estaban ocupadas en el interior de la casa. En la calle detuvo un coche de modelo reciente y dijo:

—Una dejada a Yucatán.

Se reclinó cómodamente contra el respaldo forrado de felpa y encendió un cigarrillo. Tenía la cabeza enteramente libre y ágil. La tarde era azul y clara. Había un saldo de sol todavía, pero soplaba un viento agradable. Al paso cruzó chicos y chicas que volvían a la escuela, demorados. Los uniformes azules y blancos, las largas piernecillas desnudas y los menudos pies de las niñas, y los cabellos revueltos y las sonrisas de los niños le parecieron milagrosas novedades. En un momento llegó a volverse para ver un momento más a un niño y una niña, excepcionalmente bonitos, que atravesaban la bocacalle.

Hizo detenerse el coche en la esquina de la avenida Yucatán, del lado opuesto de la casa; pagó al chofer, y se quedó allí de pie hasta que el coche se hubo perdido de vista. Había poco tránsito. La brisa era deliciosa. Caminó por la acera opuesta hasta llegar a la altura de la casa, y entonces atravesó la bocacalle, hollando el prado del camellón. Arrojó su cigarrillo. Instintivamente arregló su saco, que se había arrugado un poco, y reajustó el nudo de su corbata y miró sus manos.

Su pulso estaba bien. Se encontró ante la puerta del número cuarenta y ocho; pero antes de que hubiera tenido tiempo de desabotonar su saco para sacar la llave que llevaba en el bolsillo del chaleco, la puerta se abrió y un hombre salió de la casa. Era un hombre alto y vulgar, mal vestido, aunque no era posible precisar por qué. Llevaba en una mano un estuche negro, desgastado a trechos, como los de las cámaras fotográficas de la prensa. La mano era enorme y velluda. Al levantar la vista —todo en un segundo— Roberto de la Cruz vio que el hombre tenía grandes orejas y una cara larga y simiesca de facciones extrañamente desagradables. Se miraron un instante. Aparentemente los dos experimentaron esa breve molestia que oscila entre ceder el paso y forzarlo. Al fin, el hombre de la cámara fotográfica y las enormes manos velludas echó a andar hacia Insurgentes. Roberto de la Cruz lo siguió con el rabillo del ojo; esperó a que llegara a la esquina, y sacó su llave. El hombre se volvió una sola vez. Por la acera opuesta pasaron dos obreros, luego una criada. Un automóvil cargado con una familia pasó haciendo oír en un claxon unas cuantas notas de una canción popular. La calle quedó desierta. Roberto de la Cruz abrió la puerta y entró, cerrándola tras sí con el ruido natural. Subió la escalera. La misma lucidez, el mismo equilibrio de toda la tarde iluminaban su cabeza. Encontró abierta la puerta de la sala y entró, sin ver a nadie. La puerta de la recámara estaba cerrada. Con una sonrisa malévola imaginó a Patricia Terrazas, perfumándose ante su tocador con todos los perfumes que tenía.

De pronto la casa entera giró en torno suyo. Con una explosión espantosa las notas de *El príncipe rojo* empezaron a perseguirse en su cabeza, golpéandola en su giro. Sintió que su cabeza lo abandonaba, elevándose en una atmósfera de fuego más vivo y terrible que nunca, y que sus piernas y sus pies se volvían de hielo.

Patricia Terrazas estaba tirada en el suelo, al otro lado de la mesa de centro, entre ésta y la otomana. Tenía puesta una bata blanca y rosa, una triple gargantilla de perlas, un camafeo, y los brazos abiertos a los lados de su cuerpo estaban llenos de pulseras que parecían, en esa postura, llegarle hasta los codos.

Por tercera vez, al verla, Roberto de la Cruz repitió mentalmente la familiar frase crítica de su madre:

"No le falta más que la mano del molcajete."

Pero tenía la cabeza espantosamente destrozada. A un lado, sobre su pelo hecho un mazacote por la sangre, estaba el pisapapeles de bronce con el dragón chino ensangrentado.

Roberto de la Cruz retrocedió dos o tres pasos. El asombro no le permitía sentir ni pensar nada. Sintió que su cabeza volvía lentamente a sus hombros. El nudo de angustia que había sentido esa tarde al despertar volvió a apretarle la garganta, y el sabor de la sangre inundó su paladar. Rápidamente, corriendo casi, salió a la escalera, cuyos escalones bajó de dos en dos. Un sudor frío y lento le perlaba la frente bajo el ligero fieltro. Cuando estuvo junto a la puerta se dio cuenta de que no había respirado en largos instantes, y lo hizo al fin, profundamente. Por fortuna, pensó, no había tocado nada.

Pero apenas hubo formulado este pensamiento cuando un impulso indescriptible se levantó en él. No para contenerlo, sino para prolongarlo, volvió a subir la escalera, lentamente, escalón por escalón. Volvió a entrar en la sala. Sin mirar el cuerpo de la mujer lo pasó de un breve salto, llegó hasta la otomana y se sentó en ella. Entonces se dio cuenta de que sus piernas temblaban. Encendió un *Lucky* y se reclinó mirando el humo. Poco a poco recordó su programa, sus treinta puntos. Recordó, concatenándolos todos ahora con un orden y una claridad poéticos, los antecedentes de su decisión. Sus angustias, su incertidumbre, sus fugas; pero, sobre todo, el desagrado por el cual había tenido que pasar tan a menudo para no abandonar su intento. Sus noches de semiinsomnio pobladas por la caja de música, por el pisapapeles chino, por la voz inefablemente ingrata de Patricia Terrazas, por el extraño pudor que habían suscitado en él las provocaciones y las ofertas de la mujer. La promesa que se había visto obligado a hacer, ayer apenas, para no perder su destino. Y todo había sido inútil. Un hombre había entrado allí antes que él, un hombre mal vestido, con un estuche de cámara fotográfica, con manos enormes y rostro simiesco, y lo había destruido todo, había derrumbado el edificio mismo de su vida. Porque no le cabía duda. Había sido aquel hombre. Recordó el segundo de inde-

cisión que el hombre pareció sufrir al encontrarse de pronto en la puerta con él. Repentinamente cayó en la cuenta de que, sin embargo, era agradable estar allí sentado, fumando cómodamente sin escuchar la voz de Patricia Terrazas. Entonces miró el cuerpo, caído con los pies hacia la otomana y la cabeza hacia la mesa de centro como una línea diagonal entre los dos muebles. Una demoníaca curiosidad se apoderó de él. Se levantó y examinó el terreno metódicamente. El ataque debió de ser vertiginoso, pero era indudable que, para caer así, Patricia Terrazas no había estado de pie frente al retrato de Alfonso XIII, sino frente al de Victoria Eugenia. Excepción hecha de este detalle, todo parecía haber ocurrido tal como él lo había planeado. Por lo demás, todavía al caer la cabeza de la mujer había golpeado contra el filo de la mesa Imperio. Había una huella allí, sangre y sesos. Examinó la mesa y vio, en el lugar en que había estado el león chino, la carta con la reina de espadas que contenía su nombre y su dirección. Instintivamente se apoderó de ella y se la puso en el bolsillo. Pero reaccionó en seguida. Volvió a sacar la carta, se inclinó hacia el cuerpo, levantó el león de bronce y debajo de él puso la carta. Era indudable que se adhería al pisapapeles, por la sangre. Por eso puso la carta vuelta hacia abajo, de modo que su nombre y su dirección no se borronearan con la sangre. Luego fue hacia la puerta de la sala y colocó dos veces su mano sobre el picaporte. Hizo lo mismo con la de la récamara. Aunque le repugnaba un poco, tomó el pisapapeles —tal como había pensado hacerlo— por la cabeza del león, y volvió a dejarlo. Miró fríamente su mano manchada de sangre. Su cabeza funcionaba con una rapidez y una claridad aterradoras. Mojó la punta de su zapato derecho en la sangre y lo estampó varias veces en la alfombra y en los tramos descubiertos del piso. Cuidadosamente puso sus huellas en un cenicero de cristal, en el que aplastó su cigarrillo dejando en evidencia el círculo dorado con las letras de oro que decían *Lucky Strike*. Luego se enjugó los dedos con su pañuelo de lino, sin iniciales, y lo dejo caer junto a la muerta. Se detuvo un momento para confirmar que no le quedaba nada que hacer allí, y pasó a la recámara. Allí tocó varios objetos, un cofrecillo, un frasco de colonia, la puerta de un gran ropero francés. Como la puerta estaba entreabierta, la abrió por completo y miró al interior.

Había un gran desorden de ropas y estuches de alhajas. Sin embargo, era imposible determinar si el desorden era obra del asesino o característico de Patricia Terrazas. Al azar abrió varios estuches y los encontró vacíos. En la parte baja del ropero había una caja de metal. La cerradura había sido forzada. En la caja no quedaban más que unas cartas, atadas con un listón azul pálido, y encima de ellas un billete de diez pesos y unos centavos. Sacó las cartas, desató el nudo y las examinó rápidamente. Eran cartas de amor, banales, firmadas por el nombre de Manuel, y fechadas en París en 1900. Con ellas había dos tarjetas postales de la Exposición. ¿Qué edad tenía entonces aquella mujer que lo había creído enamorado de ella? Cuando iba a dejar las cartas nuevamente en la caja, vio que en el fondo de ésta había dos monedas de oro de cincuenta pesos, dos "centenarios", y, sin poder resistirlo, tomó uno de ellos y se lo guardó en un bolsillo del chaleco, junto al duplicado de la llave. Dirigió una mirada circular a la recámara, y las arrugas de la colcha, y la depresión del colchón en algunos lugares, le hicieron creer que allí había pasado algo. Se estremeció pensando en que eso podía haberle ocurrido a él.

Pasó entonces al baño, que encontró en gran desorden. había una toalla grande de baño y dos toallitas de manos tiradas en el suelo y horriblemente manchadas de sangre. Sacó una toalla limpia y, después de encontrarla, se lavó las manos cuidadosamente. Se secó entonces con la toalla y buscó en el botiquín un poco de talco. Lo encontró, se frotó las manos con él y salió por la puerta del baño que comunicaba con el corredor alto y la escalera. Bajó la escalera apoyando varias veces los dedos en el pasamanos. Al llegar abajo recordó su idea de tirar en el desván el duplicado de la llave. Sacó la llave de su bolsillo y empujó la puerta del desván. En el momento en que iba a arrojar la llave, el timbre de la calle sonó. Quizás era sólo por el contraste con el largo silencio, pero le pareció que sonaba demasiado fuerte. El timbre sonó una segunda vez. Roberto de la Cruz penetró en el desván y frotó un fósforo. Vio que había un foco en el desván, buscó y encontró el botón, y encendió la luz. El desván estaba lleno de maletas. El

timbre sonó por tercera vez, más largamente ahora, como con una insistencia especial. Él examinó un baúl tapizado con etiquetas de hoteles de todas las partes del mundo —Europa, Oriente, Estados Unidos, Sudamérica—.

El timbre sonó una vez más. Roberto de la Cruz hizo un movimiento que le dio la impresión de que la escalera crujía. Imaginó a la mujer de la cabeza destrozada bajando a abrir la puerta envuelta en su bata pretensiosa, con sus perlas y su camafeo y sus pulseras, bajando en silencio por primera vez en su vida quizás. Contuvo la respiración y escuchó. El timbre volvió a sonar. Roberto de la Cruz comprobó que dando un paso a la derecha él mismo hacía crujir el piso del desván. No se decidía a salir. Cuando, después de un momento, se dirigió a la puerta de la calle, recordó que no había tirado la llave. Después de todo, la llave lo había salvado. Si no hubiera pensado en tirarla, habría salido directamente y tropezado con la persona que llamaba. Le habría ocurrido lo que al asesino de las enormes, vellosas manos. Pensó que era mejor, después de todo, conservar la llave.

Iba a abrir la puerta cuando el timbre volvió a sonar tres veces, imperiosa, intolerablemente. Se quedó allí pegado a la puerta, tratando de escuchar a través de la madera. Sólo pudo oír el sonido de un claxon. Sacó su reloj y esperó, mirándolo todo el tiempo. Había decidido esperar cinco minutos y lo hizo. Fueron interminables, pagados con un silencioso sudar y con un contenido deseo de gritar y de tirarse por el suelo con una crisis de nervios. Pero, cuando hubieron transcurrido, dejó pasar dos más. Entonces pegó de nuevo el oído a la puerta. No oyó nada. Se enjugó el sudor con su tercer pañuelo. Había hecho bien en traerlo. Se arreglo el traje y la corbata con movimientos rutinarios que tuvieron la virtud de devolverle toda su sangre fría. Abrió la puerta y salió con decisión, cerrándola de un golpe. No había nadie en la calle. Por lo menos, nadie cerca de la casa. Había oscurecido totalmente ya, y Roberto de la Cruz experimentó una angustiosa sensación de certidumbre de haber perdido la luz del día y de duda de volver a recobrarla.

Tomó un coche y se dirigió a su casa de huéspedes para cambiarse de ropa.

Esa noche se jugó fuerte en la casa de Asuara. La suerte de Roberto de la Cruz pareció más desmedida que nunca. Jugó con tres políticos, y uno de ellos se marchó a las once. El ex inspector Herrera, que había estado observando el juego, tomó su lugar. Jugaba en silencio casi. Los lotes eran de mil pesos y las apuestas cada vez más espaciosas. Roberto de la Cruz volvió a ganar una vez y otra vez. El gordo Asuara se acercó a mirar.

—A ti vamos a tener que correrte —dijo con su gruesa, ronca risa—. ¡No hay derecho! Si no te conociéramos todos, pensaríamos que haces trampas.

—Ésas se hacen sólo para perder —dijo uno de los políticos.

—No cabe duda que estás de vena —continuó Asuara—. Parece que a todo el mundo le gusta perder contigo, como a Patricia.

Roberto de la Cruz barajaba. Se interrumpió para levantar la vista con una despreocupada sonrisa hacia el gordo Asuara.

—A propósito de Patricia Terrazas —terció el ex inspector Herrera—, hace mucho que no se le ve por aquí. ¿Pero supongo que ustedes seguirán viéndose?

Roberto de la Cruz volvió a sonreír con una extraña felicidad.

—Yo la vi hoy —dijo—, pero ella no me vio ya.

Apenas lo hubo dicho se sintió enrojecer. Inclinó rápidamente la cabeza y empezó a dar cartas. El adverbio resonaba como un golpe de gong en la cabeza.

—¿Cuánto al centro? —preguntó uno de los políticos.

—¿Qué va a ser? —preguntó el ex inspector Herrera mirando a Roberto de la Cruz con su bonachona sonrisa.

Roberto de la Cruz no contestó.

Repitió mentalmente:

"Pero ella no me vio ya. No me vio ya".

—¿De a cómo? —volvió a preguntar el político.

Roberto de la Cruz arrojó al centro todas sus fichas. Los demás protestaron.

—Garañón; todo o nada —dijo él alegremente.

El ex inspector Herrera volvió a mirarlo, con una curiosa luz en los ojos.

Jugaron hasta las cuatro de la mañana. Roberto de la Cruz invitó a todo el mundo a los caldos de Indianilla. Fue una alegre fiesta. Cuando se quedó solo, caminó hasta encontrar un papelero. Compró *El Universal, Excélsior* y *La Prensa*, y los hojeó en el camino. Ninguno contenía la noticia que él esperaba. Cuando llegó a su casa de huéspedes eran las seis y media de la mañana.

Capítulo quinto

Segunda sección

Primera plana

a

Roberto de la Cruz despertó cerca de las dos de la tarde sintiendo ese cansancio que parece friccionar con una suave electricidad todo el cuerpo después de una desvelada. Se dio un largo baño de tina durante el cual consumió dos cigarrillos, se vistió, entregó su traje azul a una criada ordenándole que lo mandara lavar a vapor en la tintorería, y salió para comer. A unos pasos de su casa un papelerillo gritaba las *Noticias* y el *Gráfico*.Compró los dos diarios vespertinos y tomó un coche ordenando al chofer que lo llevara a Sanborn's. Tan pronto como estuvo instalado hojeó febrilmente los periódicos. No había nada en ellos, nada de lo que él esperaba. Dejó los diarios en el coche al bajar y entró en la vieja casa de los azulejos. Lo habían fascinado siempre las proporciones del antiguo patio, convertido en comedor por la industria del pequeño norteamericano. Buscó una mesa en el centro, desde la cual pudiera ver el fresco de Clemente Orozco, evitando los pavos reales que ensuciaban las otras paredes. Era el momento de tregua entre el almuerzo y el té; había poca gente, y las meseras del segundo turno, con sus trajes falsamente aborígenes, cuchicheaban reunidas en pequeños grupos. Roberto de la Cruz no tenía hambre. Ordenó una comida ligera y un gran vaso de limonada, y mató el tiempo viendo a las mujeres que subían y bajaban por la señorial ancha escalera, de ida o de vuelta del tocador de señoras. Inspeccionó también, sin impertinencias, a sus escasos vecinos, un grupo de americanos en una mesa, y el mixto grupo de economistas, periodistas y pseudoliteratos que se reunían cotidianamente a tomar el café. Más allá

estaban los marxistas con empleo oficial. Cuando hubo terminado de comer se demoró fumando y observando cómo poco a poco volvían a poblarse las mesas y cómo el ruido de las voces y las cucharillas aumentaba gradualmente hasta atronar el ámbito. Eran las cinco. La edición extraordinaria de *Últimas Noticias* no tardaría en salir. Pagó la cuenta añadiendo una propina generosa, y salió a la calle poniéndose en la boca una de las mentas color de rosa tradicionales en la casa. Había mucha gente en la calle. Se acomodó al paso de la multitud y se dejó llevar hasta la esquina de Madero y la Palma, mirando ocasionalmente los escaparates, sin detenerse nunca, y saludando una o dos veces a conocidos que pasaban. Dio vuelta en la Palma y luego tomó por la avenida Cinco de Mayo. A la altura de Motolinía compró la extra. Dudó en mirarla. Dobló el periódico y se lo metió en el bolsillo del saco, caminando entonces hasta el café París-Express con su ridícula Torre Eiffel en miniatura, recortada en el rótulo.

Apenas hubo entrado, experimentó un violento deseo de salir. El café era como un baño de los más desagradables ruidos. Las voces le recorrían a uno el cuerpo igual que una corriente eléctrica, y la mezcla de gentes y de idiomas acusaba una especie de prisa vertiginosa, hirviente casi, como si quisieran llegar a una culminación siempre pospuesta, a un inalcanzable silencio. Vio las mesas verdes rodeadas de escritores, poetas y artistas; de refugiados españoles: de quintacolumnistas, espías y traficantes en drogas heroicas; de toxicómanos, mujeres equívocas y homosexuales; de políticos y comerciantes; de estudiantes y de jovencitas que tomaban té, café o cocacola con el aire superior de estar al fin en el mundo y en su movimiento. Le desagradaban, además, en lo general, las meseras, familiarizadas con los clientes hasta la desatención, y vestidas, con sus uniformes negros y sus delantales verdes, que parecían pintadas por Grosz, con sus caras viejas y maquilladas y sus cuerpos informes. Progresaba una decidida antipatía por el sitio, sobre todo desde el día en que había conocido los inefables lavatorios. Pero ya estaba allí. La cosa no tenía remedio. Frente a él, junto a una de las columnas, había una única mesa vacía. La ocupó dándose cuenta, al sentarse en el sillón de mimbre pintado de verde, de que estaba extraordi-

nariamente fatigado. Ordenó un café. La voz de la gorda patrona francesa sobresalía, a modo de una sonora batuta infernal, de aquel fabuloso concierto de voces que chocaban en el aire. Roberto de la Cruz esperó pacientemente hasta recibir su taza de café express, que era lo mejor del lugar. Entonces encendió un *Lucky*, dio un sorbo a la taza y sacó su periódico, desdoblándolo para leerlo. Volvió a sentir el mismo vacío. Las noticias de la guerra ocupaban toda la primera plana. Por un prurito de minuciosidad recorrió toda la extra, cabeza por cabeza, sin encontrar nada de lo que esperaba. Decididamente, tendría que aguardar hasta el otro día. Porque era evidente que la noticia no tardaría más. Sintió un vago deseo de especular un poco sobre las conjeturas y las investigaciones de la policía, pero el ambiente del café lo desalentó. Sintió sólo un grato calor interno al imaginar fugazmente el momento en que las investigaciones llegarían hasta él. Pagó y salió.

El tránsito había crecido ruidosamente en la calle. Los grandes y destartalados camiones amarillos de Tacuba, y los de desagradable color café de Santa Julia, y los verdes y más pretensiosos de las Lomas; los coches de alquiler y los particulares; las gentes presurosas que se agolpaban en las esquinas, todo le pareció profundamente feo y estúpido. Atravesó hacia la otra acera y caminó por ella en dirección de Bolívar. A media cuadra un grupo de gentes lo hizo detenerse un momento. Volvió los ojos hacia el edificio en cuya puerta se había detenido, y los clavó involuntariamente en una de las placas de inquilinos. Era de latón y decía simplemente:

Valentín Herrera.

Agencia de Investigaciones.

Pensó que sería divertido subir a ver al ex inspector Herrera y charlar un poco, conocerlo en su madriguera; pero no sintió un gran deseo de hacerlo. ¿Para qué? También eso vendría a su tiempo, sería interesante. Nuevos transeúntes lo empujaron. Pero él maniobró para dar la vuelta y seguir hacia el callejón de la Condesa. Se detuvo ante los escaparates de la tienda de antigüedades del Pasaje América y vio, en uno de ellos, un sofá Imperial. Pensó que le agradaría comprarlo, pero no tenía casa. En medio de todo, sería entretenido poner

una. Ahora tenía tiempo. Pero, ¿después de todo, para qué? ¿Para qué quería una casa? ¿Para qué ahora?

Dio vuelta en la calle del Teatro Nacional, que ahora lleva el nombre de Juan Ruiz de Alarcón, únicamente porque no se llevaron a escena sus obras.

Caminando, deteniéndose, atravesando las bocacalles con cuidado, llegó a la entrada del cine Alameda y, sin deliberarlo mucho, entró. Vio todo el programa, aunque no hubiera podido decir qué cosa había visto cuando volvió a salir a la calle. El cine era, decididamente, un escape maravilloso. Eran las nueve. No sabía si iría o no esa noche a la casa de Asuara. No tenía ganas de jugar y, a la vez, no quería estar solo. Mientras lograba decidirse, se metió en el primer coche libre y se dirigió a su casa. Al llegar se tendió en la cama, sin quitarse el saco siquiera, y fumó, pensando.

Pensó que no había elaborado plan alguno para el momento en que las investigaciones llegaran hasta él, y le pareció que debía hacerlo cuanto antes. Desde luego, podría describir el crimen. ¿No lo había planeado en todos sus detalles? Sonrió pensando que la policía y el juez instructor pasarían un mal rato para dilucidar el motivo. Nadie querría creer en un crimen desinteresado. Quizás supondrían hasta que él... No lo dejó continuar el disgusto. Sería intolerable que pensaran que él había tenido la menor relación íntima con la difunta Patricia Terrazas.

De cualquier modo, sentía que respiraba mejor ahora. Aquella atmósfera asfixiante de los últimos días se había disipado para él. Y, después de todo, dejaría que la policía y el juez se quebraran la cabeza tratando de adivinar el motivo de su crimen.

Con una especie de jactanciosa, casi voluptuosa tranquilidad, puso en orden sus escasos papeles y su ropa. Más valía estar prevenidos. Como fuera, la policía no podría tardar demasiado. Después se cambió de ropa y se fue, al fin, a la casa de Asuara. La idea de que no encontraría allí a Patricia Terrazas le produjo un refrescante alivio.

b

A la mañana siguiente, con gran asombro de las sirvientas, ordenó un desayuno que tomó sentado en la cama. Envió a

comprar los periódicos, y el encabezado de la primera plana de la segunda sección de *El Universal* le produjo uno como choque de sangre:

Misterioso Asesinato en la Colonia Roma.

La lectura de las primeras líneas lo desilusionó en seguida. Se trataba de un hombre, fichado como homosexual y asesinado probablemente por otro *homo* en el lavado de un restaurante. Renunció a recorrer todos los encabezados. Un crimen así tenía que exigir todo el espacio del periódico y que llamar toda la atención del público. Con todas sus chifladuras, Patricia Terrazas no era una cualquiera. Los demás periódicos le causaron la misma desilusión. Recordó entonces que Patricia Terrazas no tenía sirvientes de pie; que viajaba con frecuencia y que, probablemente pasarían varios días antes de que alguien, por alguna razón específica, la echara de menos. Lo pensó para inyectarse un poco de paciencia; pero al mismo tiempo su imaginación empezó a funcionar. Había sido un estúpido al no dejar alguna huella exterior susceptible de atraer la atención de la policía. Es cierto que no lo había planeado porque, al idear el crimen, había pensado en borrar sus huellas, no en dejarlas. De todas maneras, al sufrir la situación aquella modificación tan radical, él debía haber hecho algo, y no lo había hecho. Quizás estaba a tiempo todavía. A tiempo de volver a la casa de la avenida Yucatán y hacer algo para ese fin. A tiempo. Pero desechó la idea en seguida. Se parecía demasiado a esa tentación de volver al lugar del crimen que se atribuye de modo general a los criminales. Y, después de todo, en el fondo él no podía engañarse. Sabía que no era él quien había matado a Patricia Terrazas y esto seguía molestándolo. Esto seguía molestándolo, pero no caería en esa trampa, no volvería al lugar del crimen. Esperaría. ¿No había esperado semanas enteras para planear su crimen? ¿Qué le costaba esperar ahora? De todos modos, a este paso la cosa no sería tan inminente. Al vestirse y buscar algunas cartas que no había contestado restauró automáticamente sus papeles y su ropa al desorden familiar, sin el cual se sentía incómodo. Tendría tiempo de volver a ponerlo todo en orden.

Salió a mediodía. Los diarios vespertinos estaban igualmente a oscuras, pero no le importó mucho. Comió en *Henri*, paseó

un poco, tomó el té, con un sabor de desquite, en *Lady Baltimore*. Era agradable estar allí solo, entre el ruido de las conversaciones y de las cucharillas. Buscó inútilmente a la mesera rubia, le habría agradado darle una buena propina. Repentinamente sintió como un deslumbramiento. La señora de Cervantes y su hija, buscando una mesa vacía, se habían detenido ante la de él. No había lugares libres. Se levantó, las saludó y les ofreció su mesa. Pero la señora de Cervantes no aceptó.

—Les aseguro que yo me marchaba ya. Le ruego que acepte, señora.

—No, señor de la Cruz; tendría yo siempre la idea de que lo había echado de su mesa. Mil gracias. Pero, además, nuestras amigas deben de estar allí adentro. Buenas tardes.

Las dos se dirigieron hacia el saloncito interior, desapareciendo de sus ojos como una maravillosa visión maravillosamente duplicada. Se dio cuenta de que la negativa no tenía razón de ser. Un momento después volvían a pasar, por el otro lado del café. Se dio cuenta de que si la señora de Cervántes había rehusado su invitación era porque lo había conocido al lado de Patricia Terrazas. Se dio cuenta de que Patricia Terrazas tenía la culpa de aquella negativa. Sintió un furioso deseo de correr tras ellas, de obligarlas a aceptar su mesa, decir a la señora de Cervantes:

—Esté usted tranquila, tenga confianza en mí. Sé que Patricia Terrazas la calumnió y le hizo daño; pero yo he matado a Patricia Terrazas.

Hubiera sido delicioso. Se apresuró a pagar su cuenta, pero las Cervantes habían salido del café, habían desaparecido. Ya en la calle, se encogió de hombros. Después de todo, tendrían que saberlo cuando estallara la noticia y, muy en el fondo, la señora de Cervantes tendría que agradecérselo un poco.

Se cruzó con dos de los políticos menores que frecuentaban la casa de Asuara y aceptó ir a tomar una copa con ellos. Fueron a *Mac's Place*, donde, a poco, dos mujeres se reunieron con los políticos. Él se aburrió cortésmente, escuchando, contestando a veces, bebiendo con la moderación que el exceso de sus compañeros le permitía, hasta que una de las dos mujeres decidió que se sentía demasiado solo, pidió un teléfono y llamó a una tercera amiga que llegó bastante pronto.

Los seis cenaron en Chapultepec, otro lugar que nunca había sido particularmente agradable para Roberto de la Cruz. Pero allí se encontró con la mujer ensombrerada y el joven equívoco que había conocido en la casa de Patricia Terrazas. Lo obligaron a sentarse con ellos y a tomar una copa. Aceptó. El joven se levantó a poco, excusándose. Era evidente que había bebido demasiado y que tenía que ir a los lavabos.

—Yo no sé si usted es muy amigo de Patricia —dijo la mujer— pero si lo es, ni modo. Patricia es una de las personas más cómodas que conozco para hablar mal de ellas. A su edad es una locura hacer ciertas cosas. Quería meterse con Luisito, este chico que me acompaña y que es amigo mío. Yo tuve que pararle los pies. Precisamente la tarde que usted llegó acabábamos dé aclarar la cosa. Es una loca, una inconsciente. ¡A su edad!

Roberto de la Cruz pensó que la mujer ensombrerada era cuando menos tan vieja como Patricia Terrazas, y se explicó entonces aquel chiste que había hecho el jovencito acerca de los besos. "Si se lo hubieran dado en los labios, se habrían volado las caras." Ahora tenía todo su sentido. Estaba bien. El joven regresó con aspecto de haberse lavado la cara, desesperadamente bien peinado. Roberto de la cruz se excusó y volvió a su mesa.

Los políticos querían seguir la juerga, pero él no tenía interés. Prefería ir a jugar. Regaló un billete de cincuenta pesos a su compañera ocasional, se despidió y se marchó a casa de Asuara. Había gentes nuevas. Se sentó a una mesa y perdió continuamente. El ex inspector Herrera, parado detrás de él, observó:

—Esta noche tiene usted el santo de espaldas, amigo.

—No me extraña —intervino Asuara riendo gigantescamente—, ¡como que detrás de De la Cruz está el diablo!

c

Tampoco los periódicos del tercer día contenían novedad alguna. Roberto de la Cruz se repitió, con todo el énfasis posible, sus razonamientos del día anterior. En todo caso era evidente que la cosa no podía tardar ya. Volvió a poner sus

objetos en orden, y mientras lo hacía recordó la envenenada confidencia que le había hecho el día anterior la mujer ensombrerada. Parecía increíble y, sin embargo, era obvio. Patricia Terrazas no podía haber sido de otro modo. Había tenido aquella escena y, sin embargo, se había despedido con un beso de aquella mujer. Perseguía a aquel jovencito equívoco y, sin embargo, lo asediaba a él. ¿Sería posible que hubiera amado alguna vez de veras? ¿Que hubiera inspirado amor a alguien algún día? Pensó que había sido un imbécil dejando en el ropero aquellas cartas de amor del 1900. Después de todo, le habría gustado leerlas. Viva, Patricia Terrazas no había suscitado más que su repugnancia; le había parecido ilegítimo siempre, desde la primera noche, que pudiera vivir y robar el aire a los demás. Pero muerta empezaba a inspirarle curiosidad. Quizás podría ir aún por aquellas cartas. Quizás. Pero tampoco ahora cayó en aquel truco de su imaginación. No volvería al lugar del crimen. Estaba definitivamente resuelto.

Se diluyó en cafés y restaurantes; dio un paseo en coche por Villa Obregón; fue a un cine, y a eso de las diez volvió a casa de Asuara. Esa noche perdió nuevamente, y en mayor cantidad. El ganancioso fue Roldán, aquel comerciante simpático a quien él había ganado en su primera noche de juego. Esta vez fue Roldán quien lo invitó a ir a "El Patio". Roberto de la Cruz empezó a exasperarse. Un sordo despecho se apoderó de él y lo tuvo de pésimo humor todo el día. Volvió a *Lady Baltimore*, con la esperanza de ver a la señora de Cervantes y a su hija, pero no las encontró.

Dos veces se detuvo ante la placa del ex inspector Herrera en el Cinco de Mayo, y las dos veces reanudó su camino sin decidirse a entrar. Lo vio por la noche en casa de Asuara, pero estuvieron en mesas separadas y apenas si se saludaron. Asuara, en cambio, no se apartó de él. Lo molestó toda la noche, ya extrañando en voz alta la ausencia de Patricia Terrazas, ya diciéndole en broma que la tenía secuestrada, y repitiendo los dos temas con divertida variedad. Sin embargo, esa noche Roberto de la Cruz ganó bastante. Se acostó sintiéndose más optimista, confiando en que algo pasaría al día siguiente.

Pero tampoco los periódicos del quinto día publicaron nada. Esta vez no se tomó la molestia de repetirse sus razonamientos, no se enfadó siquiera. Lo que lo salvó de caer en un estado de ánimo más negro que el del día anterior fue el pensamiento del asesino. Estaba convencido de que el hombre de la cara simiesca, de las enormes manos y del estuche de cámara fotográfica era el asesino. Nadie más que él podía ser el asesino. Pero, ¿quién era? Y, sobre todo, ¿cuál podía haber sido su relación con Patricia Terrazas? ¿Era un ladrón común y corriente? ¿Era un criminal de profesión? ¿O era, simplemente, uno más de aquella ronda de hombres que había alrededor de la mujer? Recordó las ropas arrugadas de la cama, las huellas, que tan evidentes le habían parecido, de una escena de amor en la recámara. Había sido tonto no recoger alguna huella de aquel hombre en la casa.

—Y no voy a pensar que estoy a tiempo de hacerlo —se dijo—, porque no.

De todas maneras, cuando salió a la calle se descubrió el afán de hacer un poco de *detectiveo* por su cuenta. En los restaurantes, en los cafés, en las calles, miró a toda la gente pensando que podía dar con el hombre. Estaba seguro de reconocerlo en seguida. Su afán fue creciendo hasta convertirse en un vértigo. Le sirvió para mantenerse apartado de otras inquietudes durante todo el día, y para fatigarse además al extremo de no ir a jugar aquella noche. Se acostó temprano pensando que, si la policía le daba tiempo, al día siguiente buscaría al hombre fuera del centro de la ciudad, por la Lagunilla, por Peralvillo. Durmió bien.

Pero tampoco los periódicos del sexto día dieron información alguna sobre la muerte de Patricia Terrazas. Esta vez Roberto de la Cruz entró en un verdadero paroxismo de rabia. Rompió un par de vasos y desgarró una camisa un poco rebelde de dejarse desplegar. Recorrió su cuarto de extremo a extremo, a grandes trancos, hasta que tuvo que sentarse, rendido. Esto no podía seguir así. Tendría que hacer algo para poner término a esta absurda, estúpida, increíble situación. Tendría que hacer algo aunque tuviera que volver al lugar del crimen. Con la llave del número cuarenta y ocho de la avenida Yucatán entre las manos, pensó encarnizadamente en lo que podría hacer, hasta que el sudor y el dolor de la mano en que apretaba la llave lo obligaron a ceder. Habitualmente

no le sudaban las manos. Miró su palma enrojecida, con la huella blanca de los dientes de la llave y cubierta de sudor. Sintió repugnancia y fue a lavarse. Esta sencilla operación le cambió las ideas y le permitió salir, un poco más tranquilo, a la calle. No miró a nadie esta vez, no buscó al asesino. Al diablo el asesino. Lo que le interesaba era él, lo que él había apostado a este fantástico juego, lo que resultaría de su acción en el lugar y en el día del crimen. Por la noche, mientras merendaba, sintió un brusco deseo de ir a la casa. Pensó que bastaría quizás con dejar la puerta abierta. ¿Cómo no se le había ocurrido esto antes? Era tan sencillo, y la noche estaba tan oscura... Pero pensó en seguida que si llegaba a la puerta, que si abría la puerta, entraría. Y eso estaba formalmente decidido a no hacerlo. Huyó de la casa de Asuara, donde volvió a ganar, y llevó a los perdidosos al *Grillón*, recién reabierto. El ex inspector Herrera no se presentó a jugar esa noche.

Los periódicos del séptimo día le dieron la impresión de grandes hojas en blanco. Se propuso seriamente no desesperar. Por la mañana fue al banco a guardar el dinero que se había acumulado en su cajón. Antes de salir subió y bajó como un chiquillo por las escaleras gemelas de mosaico y piedra que tanto lo fascinaban. Almorzó temprano en *Gallia*, sin perdonar una gota de su sopa de cebollas, "la sopa perfumada", ni un grano de azúcar de sus *crèpes Suzette*. Estaba absolutamente resuelto a no dejarse llevar por la desesperación. Después de todo la cosa era más interesante así, ofrecía un terreno más amplio a la especulación. ¿Y si el crimen no se descubriera en años? No era imposible. Había casos análogos sin duda en los anales criminales. Podría matar la tarde en la Biblioteca Nacional, revisando alguna colección de causas célebres.

Al salir del restaurante sintió que el corazón le daba un vuelco. Atravesó la bocacalle corriendo casi, y en la esquina de Madero y Gante alcanzó al hombre al que había creído reconocer. Pero era un turista norteamericano. Despechado dio con el pie en el pavimento. El gringo se volvió a mirarlo con pasajera extrañeza. Esto cambió el curso de sus ideas. No fue a la Biblioteca Nacional. Después de todo, la erudición es enemiga de la invención. En una pequeña tienda de antigüedades de la avenida Juárez compró un anillo de diamantes, con una

singular montadura en oro cincelado a mano, y un viejo reloj de repetición que le encantó. Cuando estudiante había vendido el heredado de su padre y no se lo había perdonado nunca. No desesperaba todavía de volver a encontrarlo algún día.

En *Lady Baltimore* vio a la hija de la señora de Cervantes. Se limitó a saludarla con un movimiento de cabeza que, sin embargo, estaba cargado de admiración, de un deseo de acercamiento. La muchacha le sonrió. Fue una sonrisa que lo hizo estremecerse de gozo. Se sintió compensado, y jugó con tanta distracción esa noche, que perdió. El ex inspector Herrera no apareció hoy tampoco.

Los periódicos del octavo día le provocaron una crisis de lágrimas. ¿Cómo podía ser posible? Recordó cómo, el día del crimen, había sentido que tenía un objeto y un destino, y cómo lo había henchido el orgullo. "Un objeto y un destino." ¿Por qué no ver al ex inspector Herrera? No sabía bien de qué hablaría con él, porque tampoco quería traicionarse desde luego; pero quizás quería ver si el ex inspector Herrera podía ser tan sutil que percibiera algún cambio en él. Si podía reconocer ese cambio como el filósofo romano había reconocido la transformación sexual de una mujer sin hacer más que mudar su saludo de "Ave, virgo", a "Ave, muliere". Tenía, además, un buen pretexto para presentarse, puesto que hacía dos noches que Herrera no se había presentado por la casa de Asuara. Pero ya en la puerta, desistió.

—Ave, virgo; ave, muliere.

"Qué maravilloso saludo para la señora de Cervantes y para su hija", pensó.

Estimulado por la idea, fue a *Lady Baltimore*. Las vio y las saludó desde su lugar, repitiendo para sí la frase latina. La señora contestó con un movimiento de cabeza; la muchacha también, y no sonrió esta vez. Roberto de la Cruz sintió una desesperada amargura. Tenía que romper aquella barrera, obra de la mujer asesinada. En un sobre que encontró en su bolsa escribió:

"No soy amigo de Patricia Terrazas. ¿Podría serlo de ustedes?"

Lo releyó diez veces y diez veces estuvo a punto de llamar a la mesera y darle el sobre para que lo entregara. Pero no

podía decidirse. La cosa le parecía tan pueril como incorrecta. No era ésa la manera de entablar una amistad. Era ridículo. Al fin, se armó de valor.

—Hágame el favor de entregar esto a la señora que está en aquella mesa, la señora de las canas. No, déjelo. No importa.

Al mirar hacia la mesa se había dado cuenta de que las Cervantes no la ocupaban ya.

Se metió en un cine; luego cenó, y fue a jugar. Excepcionalmente, salió a mano.

La ausencia de noticias en los diarios del noveno día no lo afectó al pronto. Decidió recorrer la Lagunilla y Peralvillo en busca del hombre del rostro simiesco y las enormes, vellosas manos. Salió bastante temprano. Dejó su coche en la Lagunilla y se puso a caminar por la parte exterior del mercado. Abandonó las aceras cubiertas por puestos de fruta perfumada, de ropa olorosa a percal y de zapatos olientes a cuero recién curtido, y tomó por media calle, mirando a la gente. Pero pronto capturaron su atención los puestos de baratijas que vendían, en pintoresca promiscuidad, piezas de cristal, de porcelana y de plata; viejas pinturas en lámina y en tela; cubiertos, gemelos para teatro y libros encuadernados en piel, manteles y muebles, instrumentos de precisión, medallas y aretes y pulseras; piedras sueltas —sobre todo ópalos—, tapices para muebles y gobelinos y mantones y máquinas de coser y planchas eléctricas y máquinas de escribir. Los precios eran irrisorios, en el mal sentido de la palabra. Una fuente de plata que le interesó costaba lo mismo que en "La Esmeralda" o en "La Perla". Éste era otro lugar prostituido y mercantilizado por los turistas. Era absurdo. Se internó por los callejones, entre los vendedores de maletas y de fierros viejos, y se detuvo de tal suerte en cada puesto, sin decidirse a comprar nada, que cuando vio su reloj eran las tres de la tarde.

Fue a comer a "El Oriental". El viejo restaurante porfiriano, con su señorial aparador de madera tallada y planchas de mármol en el que lucían los fruteros de porcelana vieja; con su magnífica, mexicanísima comida sin concesiones al turista, que le recordaba la de su casa en la provincia, cocinada

por las limpias manos de su madre; con sus aguas frescas de horchata y de piña, y con sus incomparables dulces de larga tradición doméstica, le produjo un gran alivio.

Pasó una tarde excelente, caminando por las calles de la época colonial, mirando detenidamente cada nicho de piedra, cada zaguán de piedra trabajada, cada viejo patio a la española, lleno de macetas florecidas y de ropa húmeda y de colores fuertes en los tendederos. A eso de las seis, sin embargo, cuando más tranquilo se sentía, se dio cuenta de que lo que silbaba era la música de *El príncipe rojo*, y se dio cuenta de que su cabeza flotaba en aquel vértigo de fuego, arrebatada a sus hombros, y de que sus pies se helaban, como cuando descubrió el cadáver de Patricia Terrazas. Tuvo que apoyarse en un zaguán. Le hacía daño, sobre todo, la indecisa luz de aquella hora. Sintió clavarse en él un impulso urgente de no esperar ya, de volver a la casa del crimen, sin que le importara ningún razonamiento, sin que le preocupara ya la idea de caer en el lugar común que se atribuye a los asesinos. Tenía que ir, para lo que fuera.

Era evidente que faltaba algún detalle, que había pasado o que había dejado de pasar algo, que la cosa no estaba completa y que él tenía que completarla como si, efectivamente, él fuera el asesino, el asesino de Patricia Terrazas. Tenía que ir. Tenía que ir. Tenía que ir. Palpó el duplicado de la llave en el bolsillo de su chaleco, y sus labios secos y el ahogo que sentía en su garganta le quitaron toda su fuerza de voluntad. Era preciso que volviera a la casa.

En el coche se serenó un poco, y gradualmente, conforme el automóvil se acercaba por la avenida de los Insurgentes a la esquina de la avenida Yucatán, sintió que su pecho no estaba ya deprimido por aquel peso, que su cabeza empezaba a funcionar. Una cuadra antes ordenó al chofer que lo llevara hasta Guadalupe Inn. Allí bajó del coche y caminó un poco. Ahora podía pensar con absoluta frialdad en la cosa. Era inútil acalorarse o tratar de engañarse con sofismas psicológicos. Lugar común o no, él debía volver a la casa. Había iniciado aquello y ahora tenía que terminarlo; pero no podía seguir así, entregado al azar, destrozado por el tiempo. Se daba cuenta de que, mientras no volviera, no estaría tranquilo. Las cosas

no se hacen solas, hay que ayudarlas. No había por qué alterarse ni atormentarse, era tan sencillo volver.

Indicó al chofer que lo llevara de vuelta a México. Se sentía firme en su decisión y seguro de sí. Sin nerviosidad alguna ya, tranquilo por haberse resuelto, volvió a palpar el duplicado de la llave en su bolsillo. Pero cuando estaba cerca de la avenida Yucatán pensó con un desagrado invencible en los procesos operados por la muerte en el cuerpo de Patricia Terrazas, y su imaginación fue tan lejos que la náusea le impidió ordenar al conductor que diera vuelta en esa esquina. Se quedó en la calle de Hamburgo y entró a su cuarto. Pensando siempre en lo mismo, llegó al punto de no resistir más. Fue al cuarto de baño y depuso con una horrible violencia apretándose la frente con las dos manos, arrojando inagotablemente, como si hubiera bebido mucho, hasta que sintió en la garganta un sabor a clara de huevo y pensó que eran sus jugos gástricos ya los que subían. Se forzó a contenerse. Tomó Alka-Seltzer para asentar su estómago, y volvió al problema.

Habiendo sido tan repugnante como fue en vida, ¡cuánto peor no sería Patricia Terrazas muerta! Muerta desde hacía diez días ya. Y, sin embargo, él tenía que volver a la casa. Caminó horas enteras por la calle, decidiendo a cada paso tomar la dirección de la avenida Yucatán y desviándose a cada paso de ella. No podía ir a jugar, puesto que era domingo y Asuara dedicaba esa noche a su familia. No sabía a quién visitar, tampoco. Y le daba un miedo atroz pensar que tendría que ir al fin al lugar del crimen, un miedo físico inexpresable, traducido en un sudor frío, mientras que un insano, ciego impulso que se traducía en un calor intolerable, lo conminaba, lo urgía a ir. Caminó hasta cerca de las dos de la mañana, hasta que una espantosa, animal fatiga empezó a arder en todo su cuerpo. Arrastraba los pies y, aunque se había quitado el sombrero, sudaba a chorros, y sudaba frío. Cuando se sintió físicamente anulado, detuvo un coche en cuyo asiento se dejó caer como si se deshiciera, y dio su dirección al chofer.

Pero una vez en su cuarto la fiebre de volver al lugar del crimen recorrió de nuevo todo su cuerpo, a pesar de su fatiga enorme. Un momento pensó que podría huir de sí mismo yendo a un burdel, o bebiendo hasta agotarse. No podía moverse y,

sin embargo, estaba seguro de que no podría dormir. Se desnudó y se sirvió un whisky antes de meterse en la cama. Tendría que hacer algo. Tendría que hacer algo sin pérdida de tiempo. Tendría que hacer algo al día siguiente.

Tenía un miedo horrible de no dormir. Sin embargo, dejó caer su *Lucky* a medio consumir y, vencido por el whisky, se durmió en seguida. Soñó que iba a la casa y que Patricia Terrazas estaba allí, viva. Que lo recibía en esa bata blanca y rosa, ridículamente perfumada y cargada de pulseras; que lo tomaba de la mano y le señalaba la recámara. Entonces él la golpeaba con un pisapapeles de bronce que tenía un león chino gigantesco. La golpeaba y ella seguía en pie, viva, sujetándolo por la mano izquierda y señalando siempre hacia la recámara. Y él volvía a golpearla y ella seguía viva y señalando, y entonces todos los retratos de las paredes empezaban a reír y las puertas a abrirse y cerrarse de golpe como en un terremoto. Y, sobre todo, Alfonso XIII, en su marco de plata florentina, se reía a grandes carcajadas, con la risa de Asuara.

Despertó sudando frío, con la angustia con que se despiertan de los vuelos soñados, y prendió un cigarro. Pero las carcajadas persistían. Había un grupo de gentes en la calle, sin duda. Se despedían ruidosamente mientras alguien contaba el cuento verde "del estribo", para cerrar con broche de oro alguna regocijada reunión. Volvió a oír el ruido de puertas cerradas de golpe. Gentes que se retiraban. El silencio lo cubrió todo. Fumó como un sediento, jadeando casi. Al día siguiente haría algo. Y se durmió al fin, esta vez sin sueños.

d

Los periódicos del décimo día no lo alteraron ya con su vacío. Lo deprimieron y parecieron clavarlo en la cama, donde los leyó mientras desayunaba. Pero no estuvo tranquilo sino cuando, cerca del mediodía, hubo salido a la luz del sol. Entonces todo se desvaneció como una columna de humo. Había claridad y alegría en las calles. Las gentes sonreían, el sol era tónico sin exceso y el aire estaba limpio y, como fuera, la vida no parecía un fardo hoy para nadie. Ni siquiera para la vieja pordiosera sentada a la entrada de la iglesia de la calle

de Praga. Roberto de la Cruz paseó lentamente por el Paseo de la Reforma. Cuando se sintió cansado —era un cansancio suave y amable comparado con el del día anterior— se sentó en una de las bancas y reflexionó. Reflexionó en que no era posible seguir así. Reflexionó que no debía volver a la casa de Patricia Terrazas, y que si algún impulso morboso lo urgía a hacerlo, él debía suprimirlo fríamente. Su problema era la llave. Tendría que deshacerse de ella, pero, a la vez no se hacía el ánimo de tirarla simplemente en una alcantarilla, porque entonces no podría responder de sus nervios. No se atrevió siquiera a pensar en la desesperación que eso representaría para él. Necesitaba dejarla en algún lado de donde no pudiera sacarla a voluntad, pero donde supiera siempre que estaba guardada. Desechó en seguida la idea de confiarla en la caja del Banco Nacional. Este pensamiento lo tuvo ocupado todo el tiempo.

Comió nuevamente en *Henri*. Ni siquiera buscó los diarios de la tarde, anticipadamente seguro de su vacío. Hizo pequeñas compras aquí y allá —pañuelos, camisas y corbatas—; fue a unas pruebas de trajes con Pérez y con Paoly, sin darse prisa, pero sin detenerse demasiado en ninguna parte. A las seis de la tarde, después de arrojar una rápida ojeada a la placa de latón que decía:

Valentín Herrera

Agencia de Investigaciones

Entró en el anticuado elevador y subió hasta el tercer piso. Apenas había dado su nombre a un empleado cuando se abrió la puerta que tenía sobre la de cristal la palabra "Privado" y el ex inspector Herrera salió cordialmente a recibirlo. No le escapó que la explicación estribaba en el teléfono especial *inter-office* que había sobre el escritorio del empleado.

Cuando estuvieron sentados, fumando el uno un *Lucky* y el otro un cigarro de hoja, Roberto de la Cruz mintió:

—Descubrí su placa al pasar y quise saludarlo. Lo hemos echado de menos estas noches, en casa de Asuara.

—Un pequeño viaje —explicó el ex inspector Herrera—. Asuntos de profesión.

Sobre su escritorio, asomando apenas bajo un montón de cartas, había un gran sobre con la impresión en tinta azul.

Roberto de la Cruz no quiso perder la oportunidad de corresponder al ex inspector Herrera. Dedujo en un instante de qué viaje se trataba.

—¿Y qué tal California? —preguntó.

El ex inspector Herrera se echó a reír.

—Yo no he dicho nada. Está usted invadiendo mi profesión —repuso.

Sacó completamente el sobre impreso en azul, que era, en efecto, de la Pan American Airways. Lo guardó en un cajón.

—Tengo la chifladura de conservar esas cosas —dijo—, los talones de los boletos de los viajes que hago, los programas de teatros y cines, una serie de tonterías. California está preciosa. Fue una pena ir por tan poco tiempo.

Reencendió su cigarro de hoja.

—¿Por qué dijo usted California? Podía yo haber ido a Mazatlán, o a Guadalajara.

—¿En avión? Me latió que se trataba de California por el tiempo que estuvo usted ausente, y por la corbata que trae. Acabo de verla en un magazine americano, y sé que no han llegado a México.

—Muy bien, hombre, ¡muy bien! En sus ratos desocupados debería usted ayudarme un poco en mi trabajo. ¿Va a jugar esta noche?

—Supongo que sí. No tengo nada más que hacer.

Por el teléfono *inter-office* vino la voz del empleado. Roberto de la Cruz no entendió lo que decía, pero el ex inspector Herrera se levantó en seguida.

—Si tiene usted cinco minutos, espéreme. Se trata de un cliente.

Lo dejó solo en la oficina, que Roberto de la Cruz examinó sin demasiada atención. En las paredes había retratos autografiados de varios presidentes de la República. Por lo demás, el mobiliario acusaba pobreza y, hasta cierto punto, ineficiencia. Desde que se había sentado le llamó la atención una caja redonda, ancha y alta, que parecía una lata de tabaco. La to-

mó para examinarla y lo confirmó, aunque las etiquetas habían desaparecido y la caja estaba llena de *clips*. Sin pensarlo mucho, Roberto de la Cruz sacó del bolsillo de su chaleco el duplicado de la llave de la casa de Yucatán, apartó los *clips* e introdujo la llave en la lata hasta tocar su fondo. Entonces volvió a arreglar los *clips* de manera que la ocultaran completamente. Repuso la lata en su lugar y esperó. Unos instantes después el ex inspector Herrera regresaba.

—Perdóneme, pero era cosa urgente.

Abrió el cajón del medio de su escritorio y, con tan poca ostentación como era posible, guardó en una caja de metal que había en él un billete de mil pesos. Luego cerró con llave la caja y el cajón.

—En realidad —dijo Roberto de la Cruz sin saber bien por qué—, mi visita no es enteramente desinteresada. ¿Cree usted que podría conseguir algunos informes sobre cierta persona? En plan de negocio, claro.

—No le digo que usted podría conseguirlos solo —respondió el ex inspector Herrera—, porque eso iría contra mis intereses. Pero así pasa en la mayoría de los casos. Dígame de qué se trata. Estoy a sus órdenes.

Obedeciendo a su ilógico impulso, Roberto de la Cruz dio el nombre y las señas de la señora de Cervantes, añadiendo que quería conocer su situación conyugal, su posición en la sociedad, etcétera.

—Investigación difícil —dijo el ex inspector Herrera—. No me gustan esos casos.

—¿Por difíciles?

El otro sonrió, sintiendo la provocación.

—No, por íntimos. Porque no tienen nada que ver con los delitos ordinarios. Sin embargo, para que no crea usted que no puedo, lo tomaré.

—Entonces nos veremos en la casa de Asuara.

Una vez en la calle, Roberto de la Cruz se reprochó su indelicadeza con bastante vehemencia. ¿Por qué ensuciar algo que le parecía tan limpio?

Mató el tiempo hasta las diez. Fue a la casa de Asuara, jugó fuerte y ganó. El ex inspector Herrera no llegó a presentarse. Al día siguiente, muy temprano, Roberto de la Cruz se fue

a Cuernavaca, donde se quedó tres días. Pasó el fin de semana en Cuautla dos días más, y luego una semana en Taxco, descansando, leyendo, paseando sin objeto y sin destino, añadía con una sonrisa, y jugando algunas veces con quien se presentaba. Se sentía estupendamente. Revisaba con cortés puntualidad los encabezados de los diarios, por pura fórmula. Regresó a México el vigesimotercer día.

Encontró varios recados del ex inspector Herrera, pidiendo que se comunicara con él. No lo hizo. Estaba sinceramente arrepentido, dolido casi, de su indelicadeza. El vigesimocuarto día sintió el más desesperado impulso de ir por la llave, de volver al lugar del crimen, de acabar de una vez para siempre con todo aquello. La crisis fue de corta duración, pero sin duda la más destructora de cuantas había pasado.

Fue a "Manolo", seguro de encontrarse con alguien, y se topó con aquellos dos políticos con quienes había ido a cenar al restaurante de Chapultepec. Iban con mujeres. Bebieron y comieron, y después de comer siguieron bebiendo. Roberto de la Cruz volvió a su casa a las cinco de la madrugada, completamente borracho, con una borrachera sorda, espantosa. Entró en el baño, volvió el estómago y se acostó a medio desvestir.

Vio los periódicos del vigesimoquinto día cerca de las seis de la tarde. No tenían nada —nada— nada. No salió a la calle. Por una parte el cansancio producido por aquel exceso, por la otra esa gran lucidez mental que acompaña ciertos estados de agotamiento físico, lo enfrentaron con la realidad. Había fracasado. Había fracasado estúpida, absurdamente, metiéndose en el enredo más absurdo y más estúpido que pudiera concebirse. Sólo a él podía habérsele ocurrido semejante cosa. En un estado próximo a la postración nerviosa, se acostó a las nueve y durmió hasta las ocho del día siguiente.

Cuando salía del baño, afeitado y sintiendo en todo su cuerpo una frescura prodigiosa, una como resurrección de todo su organismo, entró la sirvienta con el desayuno y los periódicos.

Empezó a desayunar y apartó con brusquedad los diarios. Al caer al suelo, se desprendieron las dos secciones de *El Universal*. El tenedor con que se llevaba a la boca un pedazo de

jamón con huevo se le escapó de la mano. A ocho columnas el encabezado de la primera plana de la segunda sección, decía:

Macabro descubrimiento en la avenida Yucatán.

La segunda cabeza decía:

La Aristócrata Patricia Terrazas Misteriosamente Asesinada.

Y más abajo, el encabezado de la columna decía:

La Policía Está Sobre la Pista del Asesino.

Capítulo sexto

El asesino

a

Roberto de la Cruz leyó detenidamente la información publicada por *El Universal*. Decía así:

"Causará sensación en la alta sociedad de México, y quizás en el mundo entero, el asesinato de que fue víctima la señorita Patricia Terrazas, persona universalmente conocida y figura prominente de nuestra aristocracia, en su residencia de la avenida Yucatán.

LA VÍCTIMA

"La señorita Patricia Terrazas era originaria de Chihuahua y miembro de una de las más importantes familias del país. Se educó en Europa y vivió muchos años en España, donde el difunto Alfonso XIII y la ex reina Victoria Eugenia la honraron con su amistad. Aunque la revolución mermó considerablemente la fortuna de los Terrazas, la señorita Patricia, hija única y que permaneció soltera hasta su trágica muerte, heredó una suma que le permitió vivir suntuosamente y hacer frecuentes viajes a Europa, La Habana y los Estados Unidos. Era una persona de carácter singular, llena de excentricidades, y en los últimos años de su vida dio en vivir enteramente sola, sin criados ni compañía alguna. La forma peculiar en que se conducía le originó más de un disgusto, y en varias ocasiones diversos restaurantes y cafés se negaron a servirla. Por las declaraciones de algunos testigos —la lavandera, la recamarera y los vecinos inmediatos— la policía ha deducido que la señorita Terrazas desapareció de la circulación hace aproximadamente un mes. Al principio, ni los sirvientes, ni los vecinos, ni los amigos, la echaron de menos, porque tenía la costum-

bre de salir de viaje con frecuencia, y se pensó que estaba fuera del país o, por lo menos, de la ciudad. La tarde de ayer, sin embargo, tanto la lavandera, Juana Macías, como una vecina, la señora Enriqueta Freyre, después de comentar la prolongada ausencia de la señorita Terrazas, dieron parte al policía No. 113, Antonio Buendía, que estaba de guardia en esa demarcación, de su extrañeza ante la ausencia de la señorita Terrazas y ante un repugnante olor que salía de la casa. Varios vecinos confirmaron esto último, añadiendo que al principio habían pensado que se trataba de una cañería rota, de tal modo era insoportable la pestilencia. El técnico 113 dio parte a la delegación de policía, y varios funcionarios policiacos tuvieron que amarrarse pañuelos a la cara para poder entrar. Subieron la escalera, y en la sala de la casa encontraron el cuerpo de la señorita Terrazas, en estado de descomposición.

EL CRIMEN

"El examen practicado por los funcionarios policiacos y por el médico de guardia en la delegación parece indicar que el crimen fue cometido hace unos veintidós o veinticinco días. A pesar del estado del cadáver, pudo comprobarse que la señorita Terrazas fue golpeada varias veces en la nuca y en la parte posterior de la cabeza con un instrumento contundente que resultó ser un pisapapeles chino de bronce, que representa un león. El cuerpo estaba tendido boca arriba, completamente estirado y con los brazos abiertos y envuelto en una *négligée* blanca y rosa, manchada de sangre, por la que pululaban los gusanos. El espectáculo era impresionante. Por el desorden reinante en la recámara de la muerta, y por el examen de los objetos y de su pertenencia, es fácil deducir que el móvil del crimen fue el robo.

EL ASESINO

"Bajo el pisapapeles de bronce la policía encontró un naipe, una reina de espadas de la baraja francesa, que contiene un dato importantísimo sobre el cual se nos ha pedido la más absoluta reserva. Se recogieron, además, huellas digitales y pe-

dales en abundancia, que evidencian que el asesino no es un profesional experto y avezado. No podemos decir sino que la policía esta sobre su pista y que su aprehensión es cuestión de horas. Lo único que parece desconcertar a las autoridades policiacas es la idea, basada en ciertos datos, de que el cuerpo de la víctima fue atrozmente ultrajado. Pero en todo caso, no sería imposible que el asesino fuera a la vez un ladrón y un necrófilo. Esperamos fundadamente informar a nuestros lectores en la edición de esta tarde de *El Universal Gráfico*, o a más tardar en nuestra edición de mañana, de la aprehensión del repulsivo autor de este crimen, que hará época en los anales policiacos de México.

Roberto de la Cruz echó una ojeada a su reloj. Eran casi las once, y él sabía que a esa hora se cerraba la edición del *Gráfico*. Por consiguiente, sería difícil que contuviera novedades. Leyó entonces los demás periódicos. *Excélsior* decía que el crimen debía de haberse cometido entre quince y veinte días antes, y recargaba de alusiones irónicas la biografía de Patricia Terrazas, ennegreciendo bastante su figura en el aspecto social. *La Prensa*, en cambio, a partir del encabezado, explotaba la teoría de la violación del cadáver, especulando a gusto sobre el asesino, a quien pintaba como un monstruo, y exigiendo pronta acción de la policía. En lo que coincidían las tres informaciones era en la inminencia de la aprehensión del culpable.

Sintiendo en su sangre una ligereza extraordinaria, Roberto de la Cruz se vistió tranquilamente, y puso en orden sus cosas como quien se prepara para un largo viaje de recreo. Luego se sentó a fumar mientras llegaba la policía. Espero hasta las dos de la tarde, y a esa hora salió a comer teniendo buen cuidado de decir a varias sirvientas que iba a comer al "123" y que volvería pronto. En la calle compró el *Gráfico* y las *Noticias*, que nada notable contenían. Al contrario, reducían la noticia de los diarios matutinos a sus más escuetas proporciones en lo relativo a los hechos, aunque las inflaban exagerando las características del crimen, y la bestialidad del asesino y la falta de protección de que gozaba la sociedad mexicana. Sólo en una columna venían dos o tres chistes. Uno de ellos hizo sonreír a Roberto de la Cruz. Decía:

"Si la versión del ultraje es exacta, prueba una vez más la mala distribución de la riqueza. Parece un despilfarro dar a una mujer muerta aquello de que tantas mujeres vivas carecen. El asesino debe ser miembro de la CTM, que pretende dar a los niños mimados de la industria lo que tantas gentes no CTMizadas querrían tener."

Comió agradablemente en el pequeño restaurante de la calle de Liverpool mirando el jardín y las pajareras de cristal, y pidió al acordeonista húngaro que tocara *Los bosques de Viena* y *El príncipe rojo*. Fumó un cigarrillo con el café y encendió otro al salir. Volvió a pie a su casa, dando primero una vuelta por la Reforma. Al llegar encontró a un agente de la Procuraduría del Distrito que lo esperaba. Era un hombre joven, vestido con cierta ostentación, pero agradable, apellidado Madrid. Con gran lujo de cortesía, Madrid explicó que las autoridades deseaban hacer al señor De la Cruz algunas preguntas.

Un momento después, Roberto de la Cruz y el agente se dirigían en un automóvil de alquiler a la Procuraduría de Distrito, donde fue necesario llenar algunas formalidades de rigor, entre ellas, la de estampar sus huellas digitales en una tarjeta. El persistente olor de la gasolina que se le proporcionó para limpiarse los dedos lo molestó largo rato.

b

El señor procurador, que era un hombre gordo, estaba ocupado. Tan ocupado que no pudo asistir a su oficina esa tarde. Había un banquete de políticos aquel día, y los espíritus malévolos que son la sal de México relacionaron la presencia del procurador en el banquete con la del senador agasajado, reo de varios delitos del orden común. En consecuencia, fue el subprocurador quien, al cabo de una media hora consumida en cigarillos silenciosamente fumados, interrogó a Roberto de la Cruz. El señor subprocurador era un hombre todavía joven, con una fina trama de plata en los negros cabellos, vestido con cuidadosa elegancia. Roberto de la Cruz lo había conocido en una comida literaria tiempo atrás, y los dos habían simpatizado gracias a un punto tangencial de encuentro —las *Rimas* de Bécquer— y departido larga y sabrosamente del mun-

do, de la carne y del demonio. Porque el señor subprocurador era un hombre de mundo, había sido un hombre de la carne y era tan hombre del demonio como la mayor parte de la clase católica de México, que se limita a poner la cruz delante del diablo para subsistir. Era, además, tan soltero como un cura o como el mismísimo demonio, a quien nadie le ha conocido mujer legítima nunca. Roberto de la Cruz experimentó cierta molestia al verse confrontado con el funcionario en aquella oficina oscura e incómoda. Analizando de más cerca su reacción, comprendió que no era sino el temor de que el señor subprocurador, conociéndolo, fuera a sospechar su inocencia. Pero el señor subprocurador no pareció reconocerlo siquiera. En realidad, no llegó a mirarlo de frente y a los ojos más de dos veces a través del interrogatorio. Un taquígrafo, provisto de lápiz y cuaderno, se sentó a un lado de la mesa.

Tras una pequeña relación del asesinato de Patricia Terrazas, que tenía algún viso de explicación de la presencia de Roberto de la Cruz en aquella dependencia, el señor subprocurador levantó entre dos dedos, con un exquisito gesto, un naipe de la baraja francesa —una dama de espadas— y la agitó brevemente ante los ojos de Roberto de la Cruz.

—¿Podría el señor De la Cruz explicarme por qué están aquí su nombre y su número de teléfono? ¿Podría decirme si reconoce o no este naipe?

Aquel sistema de pregunas indirectas satisfizo a Roberto de la Cruz, pareciéndole que añadía una niebla peculiar a la situación. Sí, el señor De la Cruz recordaba haber anotado su nombre y su número de teléfono en aquella carta alguna vez.

—¿Por qué en un naipe?

Había sido el único papel disponible.

—¿Reconoce el señor De la Cruz como su escritura la de estas líneas?

Sí. ¿Por qué no?

—¿Sabía el señor De la Cruz que esta baraja fue encontrada precisamente bajo el arma contundente utilizada para asesinar a la señorita Terrazas?

No. Pero los periódicos lo han publicado. ¿No los lee el señor De la Cruz? Es posible, a veces. No se había dado cuenta. ¿No? No, y si se dio cuenta nunca pensó en relacionar.

—¿Sabía el señor De la Cruz que de este naipe se han recogido sus huellas digitales?

No, no lo sabía.

—¿Sus huellas digitales manchadas de sangre? Los peritos las han comparado ya con las impresiones que le fueron recogidas a su llegada a la Procuraduría.

El señor De la Cruz se manifestó muy sorprendido. Pidió una información precisa: ¿Se trataba de huellas ensangrentadas, o de una impresión dactiloscópica puesta de relieve por una mancha de sangre?

El señor subprocurador tosió. No. No había lugar a duda.

—¿Querría el señor De la Cruz explicar con claridad desde cuándo conocía a la señorita Terrazas, dónde y en qué circunstancias la había conocido, y en qué exactamente habían consistido sus relaciones con ella?

El señor De la Cruz había conocido a la víctima en casa de un amigo mutuo. ¿Quién? El licenciado Asuara. ¿El gordo Asuara? (El señor subprocurador se mordió los labios, como para comerse la sonrisa que le produjo su involuntario desliz.) La había visto media docena de veces, quizás una docena, pero no podía definir sus relaciones con ella por la razón muy sencilla de que no admitía que su conocimiento tuviera el carácter de una relación.

—¿Podría el señor De la Cruz detallar el empleo de su tiempo el día del crimen?

No, seguramente que no. Ese día había sido particularmente importante para la víctima y para su asesino, pero para el señor De la Cruz había sido un día como cualquiera. ¿Testigos? Muchos, ninguno. ¿Coartada? Quizás sí, quizás no: tenía que reflexionarlo.

—¿Está seguro el señor De la Cruz de no haber ido a la casa de la señorita Terrazas, de no haberse acercado siquiera a su casa el día de autos?

No. El señor De la Cruz no estaba seguro de una cosa ni de la otra. Quizás ésa fue una de las contadas ocasiones en que visitó a la señorita Terrazas. Quizás no. ¿Podría el señor subprocurador indicarle con precisión que día había sido ése? Si alguien pudiera ayudarle a recordar, alguien, por ejemplo, que lo hubiera visto en la casa o cerca de ella...

Roberto de la Cruz esperó la respuesta del señor subprocurador con una sonrisa que le secó la boca. Pero no vino respuesta alguna. El señor subprocurador hojeó unos papeles, tosió y cambió el rumbo del interrogatorio. Hasta cierto punto, Roberto de la Cruz deploró que nadie lo hubiera visto.

Lo que más le divirtió fue la discreción con que el señor subprocurador eludió toda alusión a los juegos de azar en casa del gordo Asuara. Parecía dar por hecho que las reuniones a que había asistido allí Roberto de la Cruz eran amenas recepciones de carácter social y hasta artístico.

La entrada de un empleado cerró los labios a Roberto de la Cruz. El empleado se acercó al señor subprocurador y le habló al oído lo que decía. Cuando hubo terminado y salido, el señor subprocurador se volvió a Roberto de la Cruz con una helada sonrisa.

—¿Por qué no confiesa usted de una vez que dio muerte a la señorita Terrazas?

—Pruébelo usted.

—Pruebe usted lo contrario —el señor subprocurador hizo una pausa; Roberto de la Cruz se encogió de hombros.

El señor subprocurador continuó:

—Se han encontrado las huellas digitales de usted en varios sitios del baño y en diversos objetos de la casa.

Hizo una pausa. Tomó aliento.

—Se han encontrado las huellas digitales de usted en el instrumento contundente, el león chino de bronce con que fue muerta la señorita Terrazas.

Roberto de la Cruz volvió a sentir aquel extraño calor que subía a su cabeza mientras que una frialdad repentina congelaba sus piernas.

El señor subprocurador se levantó, llamó a otro empleado y le dio algunas órdenes en voz baja. El agente Madrid, que había detenido a Roberto de la Cruz, se presentó un momento después. Entre él y otro hicieron salir al presunto asesino y, después de los trámites de rigor, lo condujeron en un automóvil de alquiler a la Penitenciaría del Distrito Federal.

Eran más de las seis de la tarde cuando Roberto de la Cruz quedó detenido en prisión preventiva. Una cosa se guardó de decirle al dramático subprocurador, y era que las huellas del

pisapapeles de bronce, distintas en parte, resultaban imposible de desembrollar y se confundían en el objeto con otras impresiones y que él —el señor subprocurador— no había logrado formarse la menor idea clara del caso.

c

En el curso de sus setenta y dos horas de prisión preventiva, Roberto de la Cruz fue llevado tres veces a la oficina del juez penal en cuyas manos había quedado el asunto, que apasionaba a la opinión pública, del asesinato de Patricia Terrazas. Descubrió que le era fácil obtener permiso para ir al juzgado en automóvil de alquiler; pero, sin embargo, la segunda vez prefirió viajar en la *julia*. Le agradaba, como un masaje, la vigilancia que sentía sobre él todo el tiempo. También se había sentido a gusto en la Penitenciaría, olvidándose de su proceso ante la atracción que ejercían sobre él los innumerables y variados reos, los criminales emboscados o adormecidos en los celadores y guardianes, y aun en algunos de los oficiales. Aunque su caso no estaba definido todavía, pudo sentirse clasificado inmediatamente entre los grandes señores del crimen. Percibió la admiración, con delicioso olor a incienso, y la curiosidad de los criminales, la envidia de los ladrones y rateros, y tardó poco en darse cuenta de que en aquel mundo tan minúsculo como insondable existían las más rígidas jerarquías, los amos más crueles y los sirvientes más abyectos. Por primera vez en su vida se encontraba en un mundo sin máscara, en una sociedad desnuda, y lo saboreaba voluptuosamente, aspirando el aire del lugar como una posesión inagotable y como un delicioso veneno. En la segunda mañana, mientras fumaba un cigarrillo y observaba el movimiento de reclusos, visitantes y guardianes, sus ojos se detuvieron en una figura de hombre. Era de aspecto juvenil, de ojos brillantes y movimientos nerviosos, sus mandíbulas temblaban pasajeramente a ratos, como bajo un ataque relámpago de frío. Aquel hombre fumaba con frecuencia y jugaba a tirar las colillas de sus cigarros consumidos en una coladera descubierta que había al centro del pasillo sobre el cual convergían los patios y crujías, cerca de la primera puerta de salida. Otras veces aquel

hombre alzaba los ojos al cielo con una expresión reflexiva, cuando zumbaba sobre su cabeza el motor de algún avión. Vestía con una curiosa mezcla de elegancia y simplicidad, combinando un pantalón inglés con una camisa de mezclilla y con una chaqueta de fina pana. Roberto de la Cruz oyó que los presos llamaban maestro a aquel hombre, y se informó sobre él. Era un pintor célebre —Manuel Rodríguez Lozano— encarcelado de modo inexplicable por la desaparición de unos grabados de Durero, robados de la escuela de artes plásticas que dirigía. El preso que le daba los informes a cambio de un cigarrillo, añadió:

—Ése está limpio. Si estuviera chueco habría salido a las doce horas. Lo dice Tostado.

—¿Tostado?

El preso explicó quién era aquel extraordinario personaje que, en habiendo dinero, libraba de la cárcel y del castigo a cualquier ladrón o criminal. Roberto de la Cruz sintió deseos de charlar con el pintor, pero en ese momento lo llamaron para llevarlo al juzgado.

El juez de instrucción era un hombre de mediana edad, seca cortesía y mirada aguda. Sus preguntas se caracterizaban por una brusca destreza que hacía pensar en un prestimano, y daban la impresión de manos que, a cada acometida, arrancaban una prenda de ropa. No adelantaba mucho, sin embargo, con este extraordinario acusado que nunca perdía la línea ni decía una sola palabra de más. A través de sus interrogatorios, Roberto de la Cruz se dio cuenta de que el gordo Asuara había presentado un testimonio favorable para él. Buen gordo. Quizás, otras personas habían sido llamadas a declarar —quizás entre ellas, el ex inspector Herrera— pero no había medio de saberlo.

Por lo demás, el acusado se había negado categóricamente a nombrar defensor, aunque un instante lo divirtió la idea de utilizar a Asuara. En realidad, sus respuestas concisas y metódicas, que no admitían, pero que no rechazaban la idea de culpabilidad; su mesura, su calma, su absorción en la contemplación de todo aquel mundo nuevo del que tenía la impresión de haberse apoderado como un conquistador, lo protegían mejor que cualquier abogado aunque, a la vez, lo situa-

ban en un peligro mayor. Pero, por lo pronto, no quería abogado, para ahorrarse complicaciones.

Sólo cuando el juez insistió en interpretar sus relaciones con Patricia Terrazas como de carácter sexual, Roberto de la Cruz estalló con violencia, inundando al magistrado en un flujo de palabras que expresaban, más que nada, un sentimiento de repugnancia por la muerta. Había llegado a odiarla ahora, quizás porque no había podido matarla. Si lo habían indignado los sobreentendidos de Patricia Terrazas, si le había dado náusea sentir que ella lo creía enamorado, lo exasperaba más allá de toda medida el que otra persona pudiera pensarlo por un momento siquiera. El juez quedó encantado por la explosión: había descubierto al fin un punto débil en el acusado.

Las preguntas se sucedieron unas a otras en un ritmo acelerado y creciente, reapareciendo, encadenándose en series, en contrastes, a veces como persiguiéndose entre ellas. Era evidente, en todo caso, que el señor subprocurador no lograba atar cabos y que estaba perplejo. Roberto de la Cruz ampliaba sus respuestas en una forma parecida a ese método de ensanche gradual de las lentes fotográficas. Le producía asombro a él mismo sentir su cabeza cada vez más clara y firme, en tanto que el señor subprocurador perdía poco a poco la suya, víctima de la drámatica actitud con que había pretendido fascinar al detenido.

El taquígrafo, en quien Roberto de la Cruz había concentrado toda su atención durante el último cuarto de hora —como las gentes propensas al vértigo se concentran en un punto fijo en el espacio cuando se ven obligadas a girar— había despuntado varios lápices y cubierto un cuaderno de danzantes signos. Aprovechaba todas las pausas para frotarse la muñeca derecha con un discreto ademán. En una hora el señor subprocurador no había conseguido más que intensificar en Roberto de la Cruz aquella actitud de dejarlo creer lo que él quisiera. Admitía con menos vaguedad que podía haber estado el día de autos en la casa de la avenida Yucatán, pero nada más. Después de una pausa más honda que otras, el señor subprocurador dio un manotazo en la mesa, como si quisiera despertarse a sí mismo de aquel marasmo de preguntas repetidas o contradictorias.

—¿Por qué no dice el señor De la Cruz que es inocente?

Roberto de la Cruz se encogió de hombros. ¿No es eso lo que dicen todos los culpables, al igual que todos los inocentes? Un agente de las Procuraduría lo había sacado de su casa con una especie de pretexto. Se le había tratado como a un criminal, cuando menos, como a un sospechoso, tomándole las impresiones dactiloscópicas, sujetándolo a un tedioso interrogatorio.

Clavó sus ojos dorados en el señor subprocurador, que no evitó su mirada en esta ocasión, a la vez que rompía con la línea de pregunta y la respuesta indirecta.

—A usted le toca averiguar y probar si soy culpable o inocente. Si soy culpable, para que se me castigue; si soy inocente, para impedir que la justicia se equivoque. Ya he dicho todo lo que podía decir sobre esto.

Y ante la mirada atónita del señor subprocurador, asombrado por aquella repentina, apasionada verbosidad, repitió: 1) que no podía explicar la presencia de sus huellas digitales, si eran recientes, en la reina de espadas; 2) que ninguna relación íntima lo había asociado jamás a Patricia Terrazas; 3) que quizás había estado en su casa el día del crimen, y que esto había que averiguarlo; 4) que no le quedaba más que esperar.

Por lo demás, las pruebas en contra de Roberto de la Cruz, aunque imprecisas y vagas, iban acumulándose gradualmente. El examen dactiloscópico llevó a ciertas precisiones al fin en lo que hacía a las impresiones que Roberto de la Cruz había planteado deliberadamente en la casa del crimen. Había varias otras huellas que se mezclaban y confundían a menudo con las suyas, pero éstas resultaron perfectamente distintas en dos o tres casos. La investigación efectuada en el Banco Nacional no dejó de poner perplejo al juez, porque Roberto de la Cruz resultó tener demasiado dinero para haber matado con el móvil de adquirirlo. También resultó imposible, gracias a las declaraciones de Asuara, Roldán y otros, comprobar la existencia de un nexo sexual o sentimental siquiera entre la muerta y el presunto culpable. Pero, por otra parte, Roberto de la Cruz no podía explicar satisfactoriamente el empleo de su

tiempo el día del crimen. Admitía que quizás había ido a la casa de Patricia Terrazas aquel día, pero lo hacía con una sonrisa de concesión impertinente que llenaba de silencioso furor al juez. Roberto de la Cruz recordó de pronto el adverbio que se le había escapado aquella noche, mientras jugaba con el ex inspector Herrera: "Yo la vi hoy, pero ella no me vio *ya*." Pensó en nombrar al ex inspector Herrera, pero luego temió que el adverbio mismo pudiera revelar su inocencia. "No me vio ya. ¿Por qué? Porque *ya* estaba muerta." Era mejor callar, y calló.

Sin embargo, la policía trabajó pronto y bien. Al examinar los objetos personales de Roberto de la Cruz, se encontró entre ellos la moneda de cincuenta pesos, el *centenario* que había tomado del ropero de Patricia Terrazas. Era del mismo año que el otro, que había dejado allí. Aunque esto no probaba nada, pues muchas personas podían tener monedas semejantes, pareció de excelente augurio al juez. Por otra parte, como Roberto de la Cruz no era muy claro al hablar del origen de su dinero, aludiendo sólo a una herencia, el magistrado aprovechó hábilmente esta otra circunstancia para fundar su acusación. Pero todavía en el tercer interrogatorio Roberto de la Cruz sintió miedo —el miedo más extraño que pudiera darse— el miedo de ser descubierto inocente y puesto en libertad. Cuando estaba a punto de decir algo que pudiera comprometerlo un poco más, sin encerrarlo definitivamente en un callejón sin salida, el juez sacó a relucir, dramáticamente, sus últimas pruebas.

Un zapato, propiedad de Roberto de la Cruz, conservaba en la punta de la suela una mancha que el análisis demostraba ser de sangre. Este descubrimiento se debía al agente Madrid. Finalmente, al día siguiente de aquel en que fue cometido el crimen, Roberto de la Cruz había entregado a una de las sirvientas de la casa de huéspedes de Hamburgo un traje azul para que lo llevara al tintorero. El tintorero recordaba perfectamente el incidente. Le había llamado la atención que se mandara lavar a vapor un traje inmaculado, como parecía ser aquél cuya espléndida tela inglesa recordaba, y lo había examinado con minuciosidad, descubriendo varias menudas manchas de sangre en la valenciana de la pierna derecha del pantalón

y bajo los botones de la manga derecha del saco. También este dato había sido recogido por el agente Madrid.

Al terminar el juez, con un dramático punto, esta pequeña relación, Roberto de la Cruz experimentó un alivio inefable. La gota de sudor que resbaló por su frente pareció al juez el dato definitivo. Con una voz llena de mecánica pasión hizo un resumen de los hechos, subrayando el ultraje al cadáver, y decretó la formal prisión del acusado.

Cuando Roberto de la Cruz volvió a la Penitenciaría, cerca de la siete de la tarde del tercer día, experimentó la curiosa sensación de entrar en su casa como quien vuelve a descansar de un largo, azaroso viaje.

d

Las mañanas de la Penitenciaría eran largas y lentas. Había que levantarse temprano y que tomar un baño frío. Después del desayuno venía la lectura de los periódicos, desbordados los primeros días de noticias, a menudo fantásticas, sobre Patricia Terrazas y su presunto asesino y amante. La insistencia sobre sus relaciones amorosas con la muerta era la única amargura de Roberto de la Cruz. A veces, después de afeitarse en la barbería del penal, atendida por un peluquero que servía su condena, había un pequeño paseo por el jardín anexo al hospital, o bien una partida de cartas o de dominó, interrumpida en ocasiones por altercados violentos en los que salían a relucir puñales y chavetas de cuya existencia los guardias no parecían tener noticias. Roberto de la Cruz, jugador de suerte, tuvo que resignarse a perder al principio; pero pronto aprendió el abecedario de las marcas de fichas y barajas y se adentró en el arte de prevenir las trampas haciéndolas, cosa que le atrajo la consideración de los reclusos. Naturalmente conservaba su distancia a favor de la aureola que le confería su delito. Se trataba sólo con la crema, con los asesinos profesionales, y oía con nerviosa delicia sus relatos, sus exageraciones, sus atroces verdades. Oyéndolos, se sentía iniciado, aceptado, reconocido, y pensaba a veces que con sólo escuchar a aquellos hombres era posible convertirse en un criminal. Le ocurría lo mismo que al personaje de Hysmans que

tuvo la sensación de haber estado en Londres después de pasar media hora en un bar inglés de la calle de Amsterdam, en París, entre marineros ingleses, humo de pipas y vapores de cervezas, por lo cual se volvió a su casa sin embarcarse. Su serenidad ante lo que veía y oía; su auténtica curiosidad, y las circunstancias que rodeaban el asesinato de Patricia Terrazas, le granjearon una consideración universal. Sin saber cómo, se encontró respetado y temido. Nunca quiso, sin embargo, relatar los pormenores de su crimen, limitándose a sonreír indefiniblemente cuando surgía alguna alusión a él. Era tan frío y desenvuelto, que nadie ponía en duda su capacidad para el crimen. Un día que vio a un recluso apoyar un puñal sobre el estómago de otro, y los vio sonreír a los dos mientras sendas gotas de sudor resbalaban por sus frentes, él sintió el fuego y el vértigo de *El príncipe rojo*; pero se quedó reclinado contra la pared mirándolos, fumando, esperando. No ocurrió nada, pero Roberto de la Cruz guardó una reserva absoluta sobre el incidente y esto aumentó su buen nombre en el penal. Sólo un celador parecía desconfiar de él.

—He visto reos —le dijo alguna vez—, y de los grandes; pero todos parecían tener miedo de algo. Se les notaba una inquietud, un sobresalto. A usted no. Usted parece que no tiene nada. Está tan tranquilo como el maestro, y el maestro no está chueco.

El maestro era Manuel Rodríguez Lozano. Roberto de la Cruz obtuvo permiso para visitarlo mientras trabajaba en su fresco *La Piedad*, en el nuevo pabellón de tuberculosos. Encontró un gran alivio charlando con el pintor, comentando con él la división piramidal de clases que se observaba en la prisión; la miseria de las gentes; su extraordinaria sinceridad; las entradas y los mutis vertiginosos de los ladrones, que volvían a la calle, a veces, antes de veinticuatro horas; cambiando anécdotas escalofriantes o pintorescas. Aquel hombre nervioso y lleno de energía a quien visitaban artistas, escritores, mujeres bellas y elegantes, gentes humildes, estudiantes de pintura, profesores universitarios, lo apasionaba con su conversación.

—Este es el México desnudo —solía decirle—; el México prodigioso del beso y la puñalada. Aquí he visto acciones de maravilla y canalladas sin igual, pero todo es verdadero, y me

siento más seguro y mejor entre éstos que entre los externos, que fueron los que me mandaron aquí.

Roberto de la Cruz lo absorbía todo a plenos pulmones. Admiraba al pintor, que se había ganado el amor y la confianza de todos los reos tratándolos como a iguales, como a seres humanos, y en quien los reos ponían una pueril esperanza de salvación.

—Vea usted —decía Rodríguez Lozano—, unos le prenden velas a Dios y otros al diablo porque salga yo y escriba sobre el sistema del penal. Y lo haré. Haré lo que pueda por ayudarlos.

Y era cierto. El sistema era disciplinario, de valor externo y de carácter militar; pero había una muralla de odio entre él y los reclusos. Una noche, muy tarde ya, desde su celda de distinción, Roberto de la Cruz oyó un ruido inusitado, gritos soeces y voces alteradas. Se asomó a la reja de la crujía, y desde allí vio cómo los guardias alineaban en fila a unos sesenta presos, bajo la vigilancia de un oficial. Cuando estuvieron alineados, el oficial los azotó con su fuste, uno a uno. Luego lo oyó subir jadeante la escalera de hierro que conducía al dormitorio de los oficiales.

Otro día, con Rodríguez Lozano, visitó las "colonias". Era una especie de corte de los milagros a la que los oficiales mismos no tenían acceso. Allí estaba la hez y gloria del crimen. Los principales "colonos" habían invitado al pintor a tomar el café con ellos. Allí se enteró de mil cosas que le parecieron fabulosas a él que conocía la tradición y la genealogía del crimen en México. Fue una tarde aterradora y fascinante. Mientras paseaban, comentándola, por el jardinillo del Padre Jiménez, vieron cómo dos guardias conducían a la enfermería, deshecho y sangrante, a un muchacho de unos veinte años. Llegaba allí después de pasar tres días en el cuartel de Pocito, donde había sido sometido a todo género de torturas.

Por primera vez Roberto de la Cruz se planteó el problema de la justicia. No lo refería a su propio caso, puesto que él no se sentía castigado; pero le apareció en toda su monstruosidad la mecánica del castigo y del premio, la inmemorial disputa por el poder entre los muchos y los pocos; la capacidad para el daño que es parte de toda sociedad organizada y que

la coloca al nivel mismo del individuo criminal o de la bestia salvaje. Este muchacho castigado lo hizo sufrir de pronto, tanto como los inocentes encerrados allí, tanto como los culpables que, pudiendo tener una vida múltiple, estaban condenados a ser carne de prisión, a eliminar todos los demás panoramas y todos los demás pensamientos y todas las demás acciones de su vida, condenados a no ser ya más que criminales cuando podían ser muchas cosas más. Parafraseó, amargamente, la frase de Lugones: Después de todo, un criminal no es más que un hombre igual a todos los demás hombres y que, además, ha cometido un crimen.

Al pasar junto a las rejas de las crujías comunes sintió un olor tal de podredumbre que le dio náusea. Era la primera vez, también, que se levantaba en él un sentimiento de repugnancia por aquel ambiente. Dejó a Rodríguez Lozano disertar sobre las posibilidades de redención bajo un sistema más piadoso y más profundamente psicológico. Él pensaba que el crimen es una parte de la vida, y que sin él la vida no es completa. Todos los hombres cometen crímenes, deformando naturalezas humanas, destruyendo moralmente a una esposa, a un subalterno, a un rival —pero no todos se atreven a hacerlo derramando sangre—. Engendrar un hijo, sembrar un árbol, escribir un libro, y cometer un crimen. Ésos eran para él los actos fundamentales de la vida. Pero un crimen limpio, elevado, gratuito.

Se refugió en su celda para no gritar su teoría. Desde allí podía oír radio, puesto a todo volumen, que envenenaba el aire con una música de cervecería. Durmió mal.

e

Ese domingo acompañó a Rodríguez Lozano a presenciar las peleas de box habituales. La orquesta del penal tocaba incesantemente bajo el sol cuyo calor crecía minuto a minuto. El regocijo y el bullicio eran ensordecedores. Le dedicaron una de las peleas, y distribuyó algún dinero entre los pugilistas.

Mejor que la lucha, observaba las reacciones del público, más desnudas, más directas y más terribles que en la mejor corrida de toros. Los gritos de "¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Rematalo!" adquirían aquí un significado siniestro, y la fascinación de este espectáculo era increíble y tonificante para él, como uno de esos tónicos que matan.

En lo mejor de la pelea sintió que lo tocaban en el hombro, era un celador.

—Aquí lo buscan.

Le pareció tan extraordinario recibir una visita, que no lo creyó cierto al pronto. Desde su lugar trató de descubrir a su visitante, pero no pudo lograrlo. Avanzó entonces, con lentitud, abriéndose paso por entre las gentes apiñadas, hacia la reja del patio. Pensó en Asuara, en el ex inspector Herrera, en el comerciante Roldán; pero inmediatamente desechó estas imágenes. Le parecía absurdo que pudiera ser alguno de ellos. Quizás una mujer... Pero esto era inadmisible, a no ser que se tratara de su patrona o de alguna de las criadas de su casa de huéspedes. Se le ocurrió una broma macabra, de mal gusto: ¿No sería Patricia Terrazas, con todas sus pulseras y collares y baratijas? Llegado a la reja vio a un grupo confuso de gentes en el que predominaban mujeres y niños del pueblo. El salón de los visitantes, donde se firmaban las boletas de visita, estaba al otro lado del patio, a uno de los costados del polígono. Le pareció probable que su visitante estuviera allí, y tomó esa dirección, pero de pronto le cerró el paso una figura oscura. Alzó los ojos sin reconocer al hombre; pero cuando volvió a bajarlos, recorriéndolo, sintió que su respiración se paralizaba.

Vio dos enormes manos, todas cubiertas de vello, que colgaban como racimos de unas mangas negras, demasiado estrechas. Reconoció entonces las facciones simiescas, el corpachón que había buscado inútilmente por las calles. Estaba frente a frente con el hombre a quien había visto salir de la casa de Patricia Terrazas cuando él llegaba para asesinarla. Estaba frente por frente, al fin, con el asesino. Tuvo como un acceso de celos rabiosos, y un deseo de huir lo recorrió eléctricamente, pero se contuvo. Miró con lentitud al asesino, que lo miraba con ojos llenos de un pasivo asombro, una mirada que escurría de él como una baba, justificando esa popular designación de baboso que se da a los mirones. Ninguno de los dos habló por un momento. Roberto de la Cruz pensó

que una sola palabra de aquel hombre desharía toda su ficción, y sintió miedo. No estaba dispuesto a consentirlo. Como si no reconociera al asesino, preguntó con voz fría:

—¿Qué desea usted?

El hombre conservó su expresión atónita. Luego movió la cabeza, como contestando negativamente a sus propias palabras.

—¿No me conoce usted? ¿No?

A su vez, Roberto de la Cruz movió la cabeza, pero sin decisión. La voz del hombre revelaba una angustia, quizás sólo una respiración defectuosa.

—No fue usted, no fue usted.

Roberto de la Cruz quiso imponerle silencio con brusquedad, pero, una vez más, se contuvo.

—¿Es a mí a quien quería usted ver?

El hombre dijo:

—No fue usted.

Y volvió a guardar un asombroso silencio. Luego una sonrisa sin flexibilidad, que quizás quería expresar simpatía pero que, en aquellas facciones, resultaba una obscenidad intolerable.

—Yo sé que no fue usted —dijo con su lenta voz—, pero no puedo decirlo. Sé que usted me vio. Pero sólo he venido para decirle que no puedo decirlo. ¡No puedo!

Roberto de la Cruz encendió un *Lucky*. Al guardar los cerillos dejó su mano en su bolsa, contraída sobre ellos, empapada en sudor. Lo invadió un fuerte desagrado porque habitualmente no le sudaban las manos. Sin un movimiento, sin un gesto, vio cómo el hombre daba media vuelta y se alejaba de él en dirección de la puerta de salida, moviendo desmañadamente su gran cuerpo que, en apariencia, no había aprendido a manejar. Mientras estaba así, inmóvil, sintió, sin verlo, que una figura se desprendía del grupo de la reja y enfilaba, siguiendo una veloz línea recta, hacia el asesino. No hubo una palabra. El asesino se volvió hacia aquella figura con una contracción en todo su cuerpo. Sus ojos se dilataron, su boca se abrio, pero no llegó a emitir sonido alguno. De pronto, el gran cuerpo enfundado en un traje negro demasiado chico, se dobló en dos sobre el enlosado, cayendo junto a la colade-

ra que servía de blanco habitual a las colillas de los cigarrillos de Rodríguez Lozano. En un segundo estaba rodeado de guardias y visitantes, aunque ni un solo recluso se acercó. El heridor había desaparecido. Sonaron silbatos, los celadores alinearon a los presos, y un momento después el gran cuerpo era transportado a la enfermería en una camilla.

Roberto de la Cruz seguía clavado en su sitio, mirando al aire. Arrojó automáticamente la colilla de su cigarro. La colilla cayó en la coladera abierta, apágandose en un pequeño charco de sangre.

Capítulo séptimo

La cuerda

a

El hombre apuñalado respondía al nombre de José Asturias y era fotógrafo de profesión. Aparentemente no estaba fichado por la policía, pero no le era desconocido gracias a un viejo asunto en el que había actuado como testigo de cargo. Su declaración había llevado a la cárcel a un conocido suyo que se decía inocente, y que, según se descubrió muy pronto, era el mismo que lo había herido ahora. Se murmuraba también que el verdadero culpable en aquel caso había sido Asturias, y que había aprovechado las circunstancias para "cargarle el muerto" a su conocido, un hombre apellidado Ríos. Otras lenguas describían a José Asturias como un desequilibrado, una especie de sátiro, que llevaba más de un delito en la conciencia. Era fácil ver que, de modo general, las simpatías estaban con el heridor y no con el herido. Sin embargo, Ríos fue castigado con extremada severidad, aun cuando Asturias no murió de la puñalada.

Al investigarse la procedencia del arma usada por Ríos, resultó complicado un celador que, a su vez, denunció a un grupo de reclusos influyentes, que tenían organizada una *maffia* en connivencia con varios abogados sin escrúpulos, los cuales, por su parte, estaban complicados en tratos no muy limpios con algunos jueces y aun con funcionarios subalternos del penal. De modo inexplicable, algunos detalles de la averiguación se filtraron y cayeron en manos de una periodista, ventajosamente conocida por sus campañas contra la inmoralidad judicial, que los utilizó hábilmente en una serie de artículos, escandalosa campaña contra la delincuencia, la justicia y el sistema penal del país.

Según la periodista, Ríos era inocente y llevaba dos años de purgar un delito que no había cometido; su indignación a la vista de Asturias era explicable, y su agresión quedaba justificada a la luz de su desencanto de la justicia. ¿Cómo no iba a tomar la justicia en sus manos si la ley delinquía en esa forma? La articulista ennegreció bastante, de paso, la figura de Asturias, pintándolo como un extraviado sexual que merecía la prisión, y esto le prestó pie para volver al caso de Patricia Terrazas y clamar por el castigo de Roberto de la Cruz, que vivía "como príncipe" en la Penitenciaría, y cuyo nombre volvió a la actualidad de la primera plana, segunda sección, con este motivo.

La sensación fue general entre el público, pero el mayor revuelo se produjo, naturalmente, en el Palacio de Justicia y en la Penitenciaría del Distrito Federal. Por una parte, el juez que instruía el proceso por el asesinato de Patricia Terrazas, recibió órdenes terminantes de activar un fallo condenatorio. Por la otra, la severidad del sistema penal se recrudeció y la situación de muchos reos empeoró considerablemente. El primero en sufrir de los nuevos rigores fue Roberto de la Cruz, confinado en su celda de distinción y privado de sus primeras libertades para pasear por el penal y charlar con los presos. Varias veces pidió permiso para visitar a José Asturias en el hospital, pero le fue negado. Pasó días enteros presa de angustiosa inquietud. Por una parte, temía que Asturias, apremiado por su gravedad, hablara del asesinato de Patricia Terrazas, y casi llegó a desear que muriera sin haber confesado la verdad. Pero, por otra parte, si José Asturias moría sin hablar él perdía la única prueba, el único testigo de su secreta inocencia, y una angustia desconocida hasta entonces le secaba la garganta ante ese pensamiento. No es que quisiera especialmente aclarar la situación o verse libre. No era eso. Pero, en medio de todo, Asturias vivo tenía un valor potencial estimable para el caso de que Roberto de la Cruz se viera obligado a renunciar a su sueño de crimen, por lo menos a este sueño... Sin embargo, si Asturias hablaba ahora, ya muriera o no, eso sería el fin prematuro del sueño de Roberto de la Cruz.

Cuando las noticias sobre la salud del herido se hicieron alarmantes y llegó a saberse que había pedido un confesor, Roberto

de la Cruz no pudo resistir ya el vértigo de su curiosidad. Deliberadamente se cortó una vena de la muñeca con una hoja de afeitar usada. La infección le ocasionó fiebre, molestias físicas y especialmente imaginativas, pero satisfizo su deseo de ir al hospital. En el hospital, acostado a dos catres de Asturias, pasó los días observándolo con avidez, estudiando sus rasgos, imaginándolo en el momento de asesinar a Patricia Terrazas, tratando de dilucidar sus motivos, acechando sus reacciones, bebiéndolo literalmente a grandes tragos.

Como si sólo hubiera esperado eso, Asturias no tardó en reaccionar, y entró pronto en vías de curación. La herida no había sido tan profunda como infecciosa, por las condiciones del arma empleada por Ríos, así que, vencida la infección, los tejidos se regeneraron con bastante rapidez y desapareció todo peligro. Desde su cama, Asturias, a su vez, miraba infatigablemente a Roberto de la Cruz con su mirada lenta, interminable. No llegaron a cruzar palabra, pero siempre que se encontraban sus ojos se establecía entre ellos una como silenciosa corriente eléctrica. Todas sus miradas tenían un valor entendido, pero eso era todo.

La herida de Roberto de la Cruz sanó rápidamente. Tuvo que volver a su celda, desde donde siguió, paso a paso, la recuperación de Asturias. Un día supo que Asturias sería dado de alta de un momento a otro y que no tardaría en dejar el penal. Pero pasó una semana. Se vio a Asturias pasear por los jardines y patios su gran cuerpo desgarbado, su rostro simiesco y sus manos colgantes, sin que nadie se acercara a él y sin que los observadores gratuitos supieran a qué atribuir su permanencia en la prisión. Circuló pronto, insistentemente, el rumor de que el proceso de Ríos estaba siendo revisado. Por otra parte, se supo o, por lo menos, se dijo, que varios agentes de policía habían sido encargados especialmente de investigar el pasado de José Asturias con el objeto de encontrar en él un motivo lo bastante sólido para retenerlo en prisión.

Cuando se habló de esto, Roberto de la Cruz sintió crecer en él la duda. Si alguien podía dar un dato definitivo, era él. Al mismo tiempo, la campaña periodística en su contra lo hacía desear un cambio de situación. El último retrato suyo, tomado en el Palacio de Justicia cuando iba a declarar por enésima vez, se publicó en todos los diarios acompañado de

encabezados y leyendas deprimentes. El necrófilo, el vicioso, el sórdido asesino, el repugnante violador, eran los nombres que le daban en los periódicos. Valía, pues, la pena hacer algo y desengañar a México. Pero entonces toda la armazón de su nueva vida se vendría abajo y su simulación quedaría expuesta. Igual que en el momento de descubrir que alguien se le había adelantado asesinando a Patricia Terrazas, sentía ahora que su vida quedaría otra vez desnuda de objeto si la verdad saliera a la luz. Nadie podía aconsejarle nada. Quizás Rodríguez Lozano; pero ya no tenía tantas oportuniddes de hablar con él como antes. Además, eso hubiera sido despilfarrar su secreto, que sólo él y Asturias sabían. Hubiera sido ponerse al nivel de esos hombres que hacen confidencias de alcoba, y la sola idea de traicionarse le daba asco y miedo a la vez.

Una mañana —precisamente aquella en que apareció su retrato acompañado de insultos en los diarios—, le llegó una cesta de fruta. Era fruta exquisita, elegida con un mangífico gusto y con un sentido de la combinación de los colores verdaderamente refinado. Había sido entregada por un mozo de la agencia Servico y no contenía el menor dato sobre el remitente. Quizás la remitente. Roberto de la Cruz envió una maravillosa manzana a Rodríguez Lozano, "por Cézanne", y comió con deleite parte de la fruta, sin dejar de pensar quién podía habérsela enviado. Solo en la noche, mientras fumaba acostado un último cigarrillo, le vino una idea a la cabeza; le pareció tan absurda que se burló cruelmente de su imaginación, insultándose con un silabeo exasperante. Sin embargo, no pudo apartar de sí la idea, y esa noche soñó. Soñó que estaba sentado ante una mesa cargada de frutas deslumbradoras, entre dos mujeres inmóviles cuyos ojos no lo miraban nunca, y que eran idénticas al extremo de producir vértigo. Soñó con la señora de Cervantes y con su hija. Y, todo el tiempo, sonaba en el jardín la música de *El príncipe rojo*. Lo despertó una voz que sonó ásperamente, como una pedrada, en el silencio de los patios y crujías. Despertó sudando frío, y mientras buscaba con mano nerviosa sus cigarros en la oscuridad, recolectó sus vagos recuerdos de pintura. Había soñado *El desayuno en el jardín*, de Renoir; pero lo había soñado frío y estatuario y pálido, con una profundidad de perspectiva que le hacía mal en el estómago todavía. *El desayuno en el jardín*, de Renoir,

pero pintado por Chirico. Dispersó con un movimiento estas ideas; pero entonces pensó con extraña frialdad en la cesta de frutas de la mañana y sintió una tranquila certidumbre. Nadie más que la señora de Cervantes podía habérsela enviado. Ahora sabía ya lo que él había querido que supiera antes: lo creía el asesino y, quizás, la víctima de Patricia Terrazas. Era claro todo.

No logró conciliar el sueño por completo en todo el resto de la noche.

b

Al día siguiente era domingo. Roberto de la Cruz estaba ya familiarizado con los ruidos del penal, desde la diana matutina hasta el de la entrada de nuevos reos o de visitantes. Sabía que los ruidos parecían hacerse más libres y sonoros los domingos, como si la atmósfera de la prisión se quitara de pronto el maquillaje de la rutina, o como si la rutina se cubriera de pronto con un maquillaje conmovedor, como de circo. Habitualmente distinguía los pasos de los celadores, las voces de las gentes, el olor del pan y del café, todo, en suma, lo que constituía el movimiento, la circulación de la sangre, dijérase, de aquel sitio. Pero en este amanecer lo fue invadiendo un desconcierto creciente. No tenía la impresión de reconocer nada. Había algo en el aire frío y nebuloso, algo que parecía alargar las distancias, ahondar el ámbito, alejar las voces unas de otras, interpolar zonas de distancia, de niebla y de silencio entre los ruidos y entre los minutos. Una angustia lo sobrecogió de pronto. Se vistió rápidamente y se asomó a la reja. Desde allí vio cómo los reclusos iban siendo sacados de sus celdas. Era la rutina habitual y, sin embargo, parecía diferente. En el patio, los presos se miraban en silencio al reunirse. Se miraban sin hablar, pero con una especie de terror en los ojos. Además, no eran todos los presos, alineados en el orden habitual, y casi todos llevaban consigo algún paquete, o una frazada. Al centro del patio, entre el grupo de oficiales, había un hombre vestido de paisano, que tenía en las manos unas largas hojas de papel.

—Es una cuerda para las Islas Marías.

Roberto de la Cruz se volvió son sobresalto. Detrás de él

estaba uno de los reclusos de distinción, acusado de haber substraído una gran suma del Banco del Estado. Miraba el espectáculo con cierta estúpida satisfacción: la de sentirse a salvo de aquella contingencia, y añadió con tono de superioridad:

—Pobres diablos.

Sin saber por qué, Roberto de la Cruz sintió una contracción en el estómago.

Poco a poco, sin que sufriera cambio aquel clima de silenciosa y aterrada actividad, la actitud de los presos aún encerrados, los murmullos, la opresión, evidenciaron que todo el penal estaba ya al corriente de la noticia. Desde su reja, mientras devoraba el espectáculo con los ojos, Roberto de la Cruz se percató de que los reos incorporados a la cuerda cambiaban mensajes y objetos, hacían enviar recados y peticiones. Yendo de un grupo a otro, vio a Rodríguez Lozano, que daba ánimo y dinero aquí y allá, y que a veces se acercaba al hombre vestido de paisano, el director, para solicitar cosas que éste concedía o negaba. Pasaron quizás dos horas en esta contemplación, sin que Roberto de la Cruz se diera cuenta del transcurso del tiempo. Varias veces su vecino de distinción le dijo cosas a las que él no prestó atención alguna, absorbido por el cuadro que contemplaba y que le parecía recargarse más y más de sombra y de silencio. Recordó la muerte de su madre, los rostros familiares como pasmados en una expresión de dolorosa sorpresa, los ojos vacíos, las voces acalladas, y ese como caer en un agujero que los hombres sienten ante la muerte, y le pareció que era lo mismo que veía ahora pero multiplicado fabulosamente, igual que si cada uno de aquellos hombres hubiera muerto.

Ayer apenas los había visto reír, los había escuchado decirse bromas insultantes en el patio, caminar con desenvoltura y aun con alegría, como seres vivos, olvidadizos de sus crímenes y aun de la prisión. Y ahora estaban allí, ateridos, silenciosos, aterrados, inmóviles en la fila, como cadáveres.

Allí estaba el vendedor de objetos de hueso tallado, con su uniforme sucio y raído; estaba el marido engañado a quien había oído contar como mató al amante de su mujer, y luego a su mujer, con un puñal que penetraba como si lo hubiera clavado en mantequilla; estaba el recluso destacado para el servicio de los oficiales, asesino por hombría, a quien todavía

le parecía oír gritar, con una sonrisa de sandía: "¡Chipotudo! ¡Chipotudo!" en el entusiasmo de las peleas de box; estaba el cornetista de la banda de reclusos, que había disuelto a puñaladas la orquesta en que tocaba en un cabaretucho de Juan Polainas, estaba el Firpo, campeón de boxeo del penal, y estaban los raterillos humildes, algunos ladrones de escuela, y tantos que lo habían apasionado relatando con rudas palabras sus estremecimientos al matar, su pasión por el crimen, su destino y su objeto. Los veía tan lejanos y tan inalcanzables, cadáveres sin ataúd, que sintió una especie de desgarramiento. Su vecino volvió a hablarle y aunque tampoco lo oyó, entendió el sentido de sus palabras porque en ese momento sus ojos estaban detenidos en la figura del director. Vio cómo el director alzaba los ojos en dirección de su reja y cómo decía algo a un oficial. Vio cómo el oficial, después de escuchar al director, movía la cabeza de un lado a otro y, finalmente, cómo, encogiéndose de hombros, se dirigía hacia la escalera de hierro que conducía a la crujía de distinción

Entre la media docena de presos allí instalados corrió un vertiginoso estremecimiento. Todos se miraron a los ojos con la respiración cortada, sintiendo esa misma inminencia de muerte que había escalofriado antes a Roberto de la Cruz. Sólo él permaneció con la frente pegada a la reja, mirando siempre lo que ocurría allá abajo.

—De la cruz.

El oficial estaba de pie junto a él. Roberto de la Cruz se volvió a mirarlo en silencio. El oficial dudó un segundo, se rascó la oreja como si buscara la expresión más adecuada, y al fin dijo con brusquedad:

—Ándele, recoja sus chivas, porque también a usted se lo llevan de paseo.

—¿A mí?

Roberto de la Cruz permaneció inmóvil un momento. La expresión de asombro de sus ojos fue tan intensa como si hubiera recibido un golpe por la espalda de manos de un amigo. Los demás reclusos se habían apartado en un grupo al fondo.

—¿A mí?

No podía creerlo, ni pensar, ni moverse. El oficial lo empujó bruscamente, como disimulando un sentimiento cordial.

—Muévase.

No podía ser. Su sentencia no estaba pronunciada, y lo dijo así:

—¿A mí? No estoy condenado, no puede...

El oficial se impacientó:

—Muévase, le digo.

Añadió, con cierta turbación:

—Lo siento amigo, pero está usted en la lista. El director tiene copia de su sentencia y bueno, ¡a mí qué! Órdenes son órdenes.

Y para borrar esta expresión sentimental, añadió mientras empujaba de nuevo a Roberto de la Cruz:

—¿Ya ve? Para que aprenda a andar matando viejas tales por cuales.

c

Al inclinarse sobre su catre para reunir algunas prendas de ropa, Roberto de la Cruz sintió que iba a desmayarse, de tal modo había sido fuerte el choque nervioso que acababa de sufrir. Esperó así unos segundos, inclinado sobre el catre, apoyando en él sus manos, sintiendo toda su sangre agolpada en su frente, sus venas dilatadas, sus ojos casi congestionados y su pensamiento disperso. Se repuso y siguió reuniendo objetos —su máquina de afeitar— no le permitían usar la navaja libre a la que estaba habituado —su talco invisible, su ejemplar de las *Rimas*, un paquete de cigarros—.

Poco a poco su cabeza se despejó, pero sentía siempre, cada vez más intensamente, el latido de su sangre conjugado en una negación creciente y tumultuosa. —No —No —No —No. Una pausa. —No —No —No —No. Se sintió ensordecer. —No —No —No —No. No era eso lo que él buscaba. Si partía con la cuerda estaba perdido, y perdido por un sueño, por una cosa de humo, por un crimen que no había cometido. Toda la fachada que tan cuidadosamente había levantado se le venía abajo con un estrépito negativo, atronador. Comprendió que la fachada lo halagaba, pero que no podría llenarla nunca, que era quizás una fuga buscada para eludir el verdadero objeto de su vida, para salvarse de cometer un crimen. Pero el vacío

de este bovarismo criminal hacía levantarse en una protesta colérica todo su ser. Lo que él quería era la verdad, la realidad de un crimen, de un crimen como lo había soñado: gratuito, perfecto, y todo lo demás era publicidad. Si se iba ahora, perdería todas las posibilidades de realizar su vida. No debía irse. La negación de su sangre pareció alcanzar una culminación sinfónica.

Levantó con aire resuelto su maleta de mano, tendió al oficial su cesta de fruta, y bajó presurosamente la escalera de hierro. El oficial lo seguía a duras penas. Al llegar abajo, corrió desatentadamente hacia el grupo compuesto por el director y los oficiales, pero un celador lo tomó por un brazo y lo metió bruscamente en línea. Fue inútil que explicara, que insistiera, se le hizo callar. Con una rabia ciega, apretó los puños y los labios hasta hacerse daño. Una especie de deseo de llorar se licuó en su garganta haciéndolo toser.

Entre tanto, los procedimientos de rutina continuaban. Los reos pasaban, uno a uno ante una mesa donde recibían de manos de un empleado una boleta de salida, dos pesos, dos cajetillas de cigarros y dos tortas. En su caso, aparentemente, se consideró innecesario este viático. El oficial que había ido a buscarlo le entregó su boleta. Un sol frío y pálido, una sombra de sol, lo estremeció. Faltaba poco ya, sin duda, para la partida de la cuerda. Ahora que estaba en ella no se curaba de observar a los demás, sumergido hasta el cuello en su angustia, y comprendió por qué todos aquellos hombres le habían dado antes la impresión de cadáveres. Los ataúdes eran invisibles, pero ciertos. Cadáveres enterrados en transparentes ataúdes de angustia. Conocía por primera vez el ahogo, la impotencia, la desaparición de la inteligencia humana, la animal sumisión al miedo. Dos veces trató de salir de la fila, pero la primera no pudo mover pies ni manos, lejano de todo su cuerpo como en una pesadilla. La segunda vez adelantó un paso, pero un guardia lo tocó rudamente con la culata de su fusil y retrocedió el paso que había adelantado. Para escapar al vértigo mortal que sentía, clavó los ojos en uno de los oficiales. Era un hombre pequeño, fuerte, negruzco, de ojos inyectados y mirada abominable. Tenía la gorra echada hacia atrás, y por debajo de la visera asomaba el extremo de un sobre. Parecía un mono. Roberto de la Cruz lo miró fijamente, con una fijeza llena de salvaje desesperación, a tal grado y por tanto tiempo, que el oficial volvió varias veces hacia él su mirada rojiza y turbia. De pronto, Roberto de la Cruz recordó un incidente ocurrido a Rodríguez Lozano con este oficial. Para molestar al pintor, hospedado en el cuarto de los oficiales, solía soltar la última carga de agua del excusado empotrado al fondo del cuarto, y ocuparlo entonces, cuando ya no quedaba más agua para desalojar los desechos. Era, también, el mismo que una noche había fueteado a unos sesenta presos.

Un sobresalto jubiloso se apoderó de Roberto de la Cruz. ¿Era posible que no lo hubiera pensado antes? El único que podía ayudarlo, era Rodríguez Lozano. Lo buscó desesperadamente, con los ojos adoloridos por la fijeza con que habían permanecido sobre la figura del oficial. No lo vio por ninguna parte. Se volvió entonces por turno a la izquierda y a la derecha. A su derecha estaba el Diablo Mayor, el personaje más poderoso de la Penitenciaría. ¿Era posible que él también se viera en la cuerda? A su izquierda estaba Baltazar, el antiguo sirviente de los oficiales, a quien había distinguido desde arriba.

Había aprendido a hablar sin mover casi los labios. Se dirigió al Diablo Mayor y le preguntó por Rodríguez Lozano. Los labios del Diablo Mayor dibujaron una maldición. Entonces se dirigió a Baltazar, tan abatido que Roberto de la Cruz tuvo que hacer tres veces su pregunta. Baltazar también buscó al pintor con la vista, sin encontrarlo. Adelantó el labio inferior y arqueó las cejas en ese universal gesto para expresar ignorancia, a la vez que se encogía imperceptiblemente de hombros.

—Tengo que hablarle —dijo Roberto de la Cruz con los ojos llenos de desesperación—. Soy inocente. Él puede salvarme. ¡Búscalo!

Baltazar guiñó un ojo, como si no creyera en lo de la inocencia, se volvió hacia su compañero de la izquierda, y un instante después el mensaje pasaba de boca en boca por todos los reclusos alineados.

El Diablo Mayor, que se había percatado de la maniobra, la seguía con una sonrisa burlona. En los largos minutos que

transcurrían lentamente, mientras sus ojos buscaban con terquedad a Rodríguez Lozano, Roberto de la Cruz no pudo menos que pensar en la nota cómica que la presencia del Diablo Mayor ponía en la cuerda. Era un hombre rico, con grandes intereses petroleros, que en unión de su hermano había dado muerte a un conocido abogado. En el penal había gozado siempre de una situación privilegiada. Desde allí había seguido despachando sus asuntos, rodeado de empleados y comodidades. Leguleyo y hábil, había logrado liberar a algunos presos y estafar malévolamente a otros con la promesa de sacarlos. Entre sus víctimas se contaba el antes alegre Baltazar, que ahora lo miraba ocasionalmente con ojos encendidos de rencor que no anunciaban nada bueno. En las Islas Marías, Baltazar podría vengarse. La audacia y la desvergüenza del Diablo Mayor había llegado al extremo de acusar de allanamiento de morada al nuevo director del penal por haber entrado en su celda sin anunciarse. Y allí estaba ahora, entre estos cadáveres vivos, y pronto estaría entre los muertos si la mirada de Baltazar no mentía.

Roberto de la Cruz se encolerizó al percatarse de que pensaba en cosas tan ajenas a su situación. Con la boca amarga y los ojos doloridos seguía buscando a Rodríguez Lozano, pero Rodríguez Lozano no aparecía. Cuando Baltazar dijo a su lado, con voz casi imperceptible: "Ya mero estamos", sintió que un sudor frío se cuajaba en su frente. Todo parecía dar la razón al hombre. La actitud del director y de los oficiales, el abatimiento de los reos, los movimientos del empleado encargado del registro, el ir y venir de los celadores, hacían sentir que la cuerda no tardaría en salir de la Penitenciaría. Roberto de la Cruz sintió de nuevo, pero con una intensidad increíble, aquel tumultuoso grito de negación en su sangre. Se pasó la mano por los cabellos y la retiró empapada de sudor. Al secarla con un pañuelo se dio cuenta de que tenía los dedos agarrotados casi. A su lado, Baltazar decía una historia que hacía reír silenciosamente a los reclusos que la transmitían. Su mujer le había prometido pollo para ese domingo, y se lo había hecho llegar por conducto de un guardia. Pero él no había podido comerlo. Se había limitado a mirar las piernitas y la pechuguita y se le había formado un nudo en la garganta.

El director avanzó algunos pasos dando instrucciones a los oficiales que lo seguían y que movían las cabezas afirmativamente, de una manera rítmica, al caminar. El empleado del registro cerró su libro, se levantó y se reunió con el director, hablándole. Los guardias abandonaron su posición de descanso; algunos de ellos sudaban, y podía verse resbalar las gotas de sudor bajo sus gorras. Roberto de la Cruz sintió que aquella negación que lo ahogaba iba ya a estallar en un grito incontenible y atronador. Se llevó una mano a la garganta y sintió de pronto sus labios como cosas extrañas, como dos pedazos de pergamino que ya se juntaran en un crujido. Apretó los dientes. La orden de marcha iba a sonar. Sintió un impulso irrefrenable de echar a correr, aunque lo mataran. Al volverse, azorado, a un lado y otro, vio una lágrima en el ojo derecho de Baltazar. Pero no era por él. Nadie lloraría por él.

—¿Qué se le ofrece amigo?

Rodríguez Lozano estaba ante él, pálido de fatiga, sonriendo con esfuerzo, pues todo el espectáculo, sin duda, le había molido los nervios. Roberto de la Cruz habló rápido y concisamente, sacando una tras otra las palabras precisas, como por un milagro de lucidez. Su encuentro con Asturias en la puerta de la casa de Patricia Terrazas, su inocencia, su fantasía de dejarse creer culpable para llegar allí, para conocer aquello, y, antes, su miedo a comprometerse denunciando el asesinato, la visita de Asturias, que él no se había explicado y, al fin, el recuerdo de dónde lo había visto. Pero ahora no podía dejar que lo quemaran en esa forma. Asturias era el asesino. Asturias estaba en la Peni. Asturias podía hablar. Además, su condena había sido precipitada a todas luces por la campaña de la prensa. Rodríguez Lozano escuchó con tanta intensidad como ponía en hablar Roberto de la Cruz. Dijo:

—Espéreme —y se alejó para abordar al director. Roberto de la Cruz observó el diálogo apasionadamente. El director tuvo un gesto de sorpresa, luego uno de incredulidad, luego uno de gran molestia. Se encogió al fin de hombros y se apartó del pintor, que lo siguió y que, tomándolo por un brazo, lo hizo detenerse y escuchar otra vez. El director tuvo un movimiento de impaciencia, miró su reloj y después clavó la vista en el suelo mientras Rodríguez Lozano seguía hablando.

Al fin sacudió negativamente la cabeza y enseñó su reloj al pintor. Roberto de la Cruz se sintió nuevamente a punto de gritar. De pronto, el capitán que lo había sacado de su celda se acerco al director, que en toda evidencia lo había llamado, escuchó un momento y se dirigió hacia el polígono. Camino del hospital, pensó Roberto de la Cruz con un alivio próximo a las lágrimas. Pero eso no era todo. No bastaba que el director estuviera de acuerdo en hacer una investigación. ¿Qué diría Asturias? ¿Negaría o aceptaría la verdad? Con un escalofrío, Roberto de la Cruz recordó las últimas palabras que le había dirigido el asesino aquel otro domingo en que estuvo a visitarlo y que tan mal acabó para él: "Yo sé que no fue usted. Sé que usted me vio. Pero sólo he venido para decirle que no puedo decirlo. ¡No puedo!"

Con una impaciencia vecina de la desesperación, Roberto de la Cruz aguardó, mirando al grupo del director, que seguía hablando con Rodríguez Lozano. El capitán regresó al fin y dijo algo que el director escuchó atentamente, volviéndose después a Rodríguez Lozano se acercó a él, yo lo haré confesar, exclamó Roberto de la Cruz con tanta firmeza que varios reclusos se volvieron a mirarlo.

—¿Y yo, maestro? —preguntó Baltazar con una voz turbia de lágrimas—. ¿Y yo?

—Espérate —repuso el pintor—. Estamos en eso, y yo soy más terco que el director.

—¡Pero si máxime que ya nos vamos, maestro!

Sin contestar, haciendo sólo un gesto de ánimo en dirección de Roberto de la Cruz, el pintor volvió al grupo de los oficiales y se puso a hablar con el director. Roberto de la Cruz vio cómo éste decía algo al oficial de los ojos rojizos, cuya voz resonó un instante después haciendo añicos brutalmente el silencio del ambiente.

—¡Firmes! Media vuelta a la derecha, ¡derecha!

Los guardias repartieron algunos culatazos entre los remisos, y un instante después la cuerda empezaba a desfilar. De acuerdo con el orden de la columna, los últimos eran dos reclusos que seguían al Diablo Mayor, el cual, detrás de Roberto de la Cruz, que seguía a Baltazar, venía a ser el antepenúltimo de la fila. En la reja cada uno de aquellos hombres mostraban su pape-

leta. La salida era métodica. Roberto de la Cruz se volvió varias veces hacia el director, y se dio cuenta de que Rodríguez Lozano seguía hablándole. A juzgar por los ademanes, la conversación era bastante acalorada. De pronto, sin que la marcha de la columna se interrumpiera, el oficial de los ojos inyectados se acercó a la cola. Dio un empellón a Baltazar, haciéndolo salir de la fila. Luego tocó con el fuete a los dos reclusos que seguían al Diablo Mayor, indicándoles que tomaran el sitio de Baltazar. De este modo quedaron situados delante de Roberto de la Cruz, y el Diablo Mayor vino a ser el último.

El ruido de un motor de avión, en lo alto, hizo volver la cabeza a todos los presos. También Rodríguez Lozano alzó la vista al cielo. Roberto de la Cruz contó maquinalmente el número de presos. Habían salido unos quince. Delante de él quedaban cuarenta y tres, y detrás de él no quedaba sino el Diablo Mayor, de suerte que eran sesenta en total los presos expedidos. Cuarenta, treinta y nueve, treinta y ocho, treinta y siete. El sol pareció irse afirmando poco a poco, y empezó a extenderse por sobre las losas del patio. Treinta y uno, treinta, veintinueve, veintiocho. Rodríguez Lozano y el director seguían hablando. Baltazar se había quedado en un extremo, inmóvil, asombrado, dando vueltas entre sus manos a su pequeño lío de ropa. Se oyó una exclamación de pronto —un grito de dolor. El oficial de los ojos inyectados se apartó de la fila de reclusos haciendo estallar su fuete en el aire. Veintitrés, veintidós, veinte, diecinueve. Los presos trasponían la reja uno por uno, y Roberto de la Cruz tenía la impresión de que caían en una oscuridad aterradora. El gris edificio, con sus rejas mal cubiertas por pintura verde, comida por el tiempo y la lluvia, le pareció de pronto un mundo de luz viva, codiciable como un paraíso. Con sólo cruzar la puerta, había en la calle tranvías, automóviles, camiones, gentes libres en traje de domingo; pero ellos no iban hacia la calle: iban hacia la sombra. Recordó el anticuado caló de los ladrones de folletín: poner a la sombra. Eso iban a hacerles a ellos, ponerlos en la sombra para siempre, ponerlos a pudrir en la sombra. Doce, once, diez, nueve, ocho. Él sería uno de ellos. No lograba darse bien cuenta de que ya no era sólo un espectador. Tenía un papel, un número. Detrás de él quizás también el Diablo Mayor llevaba la

cuenta. Cuando él hubiera contado tres, dos, uno, habría caído en la sombra. Pero los números seguirían viviendo, y el Diablo Mayor volvería a contar dos, uno. Él sería el uno entonces, y el Diablo Mayor el cero que él era ahora. Y así, interminablemente. Nadie lloraría por él, ni siquiera él mismo, que no podía verter una sola lágrima para suavizar aquel trozo de dura miseria que sentía en la garganta. Cinco, cuatro, tres.

Lo tocaron en el hombro, suavemente, pero él reaccionó con un sobresalto mortal casi. No supo cómo se encontró fuera de la fila. El Diablo Mayor, imperturbable, irónico, llegó a la reja, pero entonces fue el director en persona quien lo detuvo.

—¿Qué tal el susto, Diablo? ¿Por qué me vas a demandar ahora?

El Diablo Mayor se encogió de hombros y sacó un cigarro. Baltazar dio un grito de júbilo añadiendo algo sobre el pollito. Roberto de la Cruz sintió que la luz del cerillo con que el Diablo Mayor encendía su cigarro se agrandaba desmesuradamente, incendiando todo el edificio.

d

Cuando se hubo repuesto de su desmayo, fue conducido a la oficina del director, donde se le sometió a un minucioso interrogatorio. Pero ya había recobrado para entonces el dominio de su cabeza, y volvió a ser el exasperante, mesurado declarante que era la desesperación de su juez. Omitió todos sus sentimientos personales hacia Patricia Terrazas. Declaró que había ido a buscarla esa tarde, por ociosidad, por tener tiempo de sobra. Refirió cómo había tropezado en la puerta de entrada con José Asturias, haciendo hincapié en que éste llevaba consigo una caja negra que parecía el estuche de una cámara fotográfica de las usadas por los fotógrafos de la prensa. Explicó que tenía una llave de la casa porque en su visita anterior Patricia Terrazas se la había dado para no bajar la escalera, suplicándole que se la devolviera en su próxima visita, pues tenía miedo a dormir si la puerta no estaba cerrada con llave. Aseguró que esa tarde había tocado el timbre varias veces y que, al no recibir respuesta, había entrado en alarma, recordando que

Patricia Terrazas le había hablado alguna vez de vagos temores. Sospechando que el hombre que había visto salir fuera un ladrón, había abierto con su llave, esperando no encontrar en la casa a Patricia Terrazas, o bien, encontrarla atada y amordazada. Al descubrir el cadáver en la sala había perdido la cabeza. Quizás había tocado algunos objetos sin darse cuenta. No se había decidido a dar parte a la policía por miedo a verse mezclado en un asunto enfadoso para su reputación. ¿La llave? La había tirado en una alcantarilla, no sabía dónde. ¿Por qué no había mencionado ante el subprocurador ni ante el juez su encuentro con el hombre desconocido de la cámara? Porque no hubiera podido callar lo demás, hubiera tenido que explicar por qué tenía en su poder la llave de la casa, y no había querido que se pensara mal de la señorita Terrazas. Su conducta había sido absurda, si se quería, pero tenía por clave un sentimiento de caballerosidad. ¿No había temido ser condenado, en vista del carácter abrumador de las pruebas encontradas? No. Él sabía que era inocente; había confiado siempre en la habilidad de la policía y en que todo saldría bien. ¿No había reconocido a Asturias al verlo aquel domingo en la Penitenciaría? No. Sin embargo, Asturias, según la boleta de entrada que fue expedida en su favor, había ido a verlo a él. ¿No lo sabía? No. ¿Cómo lo explicaba? Bueno, allí estaba precisamente la clave de todo. Asturias no había resistido el deseo de ver de cerca al inocente acusado en su lugar. Había obedecido a la misma regla a que obedece el asesino que vuelve siempre al lugar del crimen. ¿Por qué había hablado ahora? Porque al fin, a fuerza de pensar en ello, había logrado recordar dónde había visto a Asturias. ¿Cuándo? Hacía dos o tres días, pero no había querido hablar hasta estar enteramente seguro. No hubiera podido nunca, por nada, acusar a un inocente.

Sus argumentos parecían estar a prueba de todo. Eran lógicos, convincentes y, sobre todo, tenían una honda raíz en la vieja y decantada caballerosidad mexicana. El supuesto asesino se convertía en un Don Quijote *sui generis*, en un inocente glorioso. Esto pareció impresionar mucho al señor director.

El director hizo llamar a Asturias a su oficina. Lo interrogó separadamente y luego lo careó tres veces con Roberto de

la Cruz. En las dos primeras ocasiones Asturias se mantuvo firme. No sabía de qué le hablaban, no entendía una palabra nunca había visto a Roberto de la Cruz, y no le cabía duda de que todos estaban locos allí. Al exaltarse, su informe y lenta voz cobraba un peculiar acento regional. Era el acento del Norte, del lado de Chihuahua. Roberto de la Cruz llamó la atención del director hacia esta circunstancia. Asturias negó vigorosamente primero, pero la actitud era pueril, puesto que un examen de su expediente demostró que era originario de Chihuahua. Juró primero que jamás había conocido a Patricia Terrazas; pero resultaba tan improbable que un chihuahuense no conociera el nombre más destacado socialmente de su provincia; que acabó por admitirlo. Tampoco pudo negar que era fotógrafo de profesión. Acabó por embrollarse y por admitir que conocía a Patricia Terrazas, que Patricia Terrazas lo había protegido varias veces dándole trabajo; pero persistió en su afirmación de no saber nada del crimen y de no haber estado aquella tarde en casa de la mujer asesinada.

El director no tenía tiempo que perder, ni le complacía, como a los jueces, aquella esgrima interminable de asalto por sorpresa, de ingenio y de inteligencia. Ayudado de dos oficiales, acosó a Asturias, lo amenazó, lo amagó con un fuete, con una pistola, con una promesa de ley fuga. Asturias siguió chillando que era inocente, que no había estado en la casa de Patricia Terrazas el día del crimen y que, por lo tanto, Roberto de la Cruz no había podido tropezar con él en la puerta de la casa de la avenida Yucatán. Se lo llevaron a una celda con una crisis de nervios mientras, para calmar los suyos, el director bebía un coñac doble con los dos oficiales y con Roberto de la Cruz. Roberto de la Cruz apremió al director. Le hizo ver las ventajas que había en la publicidad que traería consigo la revelación de la verdad. Él, el director del penal, superaría a la policía y a los jueces, establecería un precedente extraordinario, aumentaría el buen nombre y la reputación de los jóvenes oficiales del ejército. Otro coñac doble se hizo necesario. Antes de una hora, Asturias, con los nervios deshechos, volvía a ser conducido a la presencia del director, y el tercer careo se efectuaba. Esta vez Asturias no resistió mucho, aunque lo hizo desesperadamente.

El director, poseído por el demonio de la controversia inventó pruebas y testimonios y dio, al fin, su golpe maestro. ¿Por qué creía Asturias que se le había retenido en la Penitenciaría después que hubo sanado de su herida? Porque había datos contra él. Nada le habían dicho hasta tener la certeza absoluta de su crimen. Ahora la tenían. Él había asesinado y ultrajado después a Patricia Terrazas. Ésta fue la última gota. Asturias se dejó caer en una silla, llorando como un niño, pataleando y agitando desenfrenadamente sus enormes brazos.

—¡Eso no! ¡Eso no! ¡Era una perra! ¡Esa mujer era una perra! Abusaba de mí porque tenía dinero. Me hacía acostarme con ella y hacerle otras cosas porque tenía dinero y yo lo necesitaba. ¡Era una loca! Una perra! Yo la odiaba, pero no la maté. ¡No la maté! ¡No la maté! Yo también tenía una llave, pero ese día la encontré ya muerta, espatarrada en la sala. Y no la toqué. ¡Dios me libre! ¡No le hice nada! ¡Ni la maté ni la...! ¡Ni le hice nada! ¡Nomás la escupí y salí corriendo por la puerta...!

e

La tarde del lunes Roberto de la Cruz se despedía de Rodríguez Lozano.

—Tenemos que hablar algún día —le dijo el pintor con una sonrisa cordial—. Tiene usted que contarme toda esa historia.

Esa noche, de vuelta en su casa de huéspedes de la calle de Hamburgo, donde fue recibido como un triunfador, Roberto de la Cruz tomó un largo baño tibio, fumando en la tina y con los ojos fijos en su caja de música.

Descansaba voluptuosamente. Era agradable estar allí, de vuelta en el mundo, fuera de la sombra. Siguió con sus ojos dorados una larga espiral de humo que se deshizo al fin en un círculo perfecto. Pero, ¿dónde estaban entonces su objeto y su destino?

El tono de los diarios había cambiado, en efecto. El sórdido asesino se había convertido en el heroico inocente; y el violador, y el necrófilo en el caballeroso protector del buen nombre de una mujer. Era una distribución de flores y de premios. Para todos había; para la justicia, para el hábil y sagaz director del Penal que había descubierto al culpable y salvado al inocente; para los agentes policiacos, pero, sobre todo, para Roberto de la Cruz, el mexicano sin tacha. En cambio, José Asturias recibía un baño unánime de lodo y envilecimiento. La campaña que, a partir de esa fecha, abrieron los periódicos en su contra, acumuló en él todos los defectos, todos los vicios, todas sus degeneraciones, todas las formas del cinismo, todas las culpas, en suma, que habitualmente corresponden a una sociedad entera.

—Novelesco, de lo más novelesco que he visto —proclamó Asuara mientras Roldán acompañaba las palabras del gordo con un rítmico balanceo de subrayado.

Se fueron pronto. No era posible dudar de su cordial sinceridad, pero tampoco era posible olvidar su ausencia anterior. Sin embargo, Roberto de la Cruz sintió agrado al verlos, aunque sabía que se trataba sólo de una impresión pasajera, y que después le sería indiferente, quizás molesto, tener que saludarlos de nuevo.

Se había levantado tarde y sintió de pronto una especie de miedo ante la idea de salir a comer. No se había acostumbrado aún a su libertad. Se hizo servir en su cuarto una comida que la italiana dueña de la casa y las sirvientas pusieron esmero en presentar perfecta. Mientras comía leyó los periódicos. No sólo la información ordinaria se refería a él. Encontró dos caricaturas alusivas a su caso: una de García Cabral, con un encabezado que decía "Gloria Póstuma", y que representaba al juez y al director de la Penitenciaría poniendo sobre una tumba llena de flores una placa con esta inscripción: "Nuestras más cumplidas excusas. Es usted inocente". Los artículos de fondo de todos los diarios se referían a los errores judiciales, a la criminalidad desatada en México, a la necesidad de civilizar estos aspectos de la vida nacional, y al caballero inocente. Tampocó falto el epigrama de Kien:

Esta receta infalible
me dio un juez de lo penal:
Si busca usté a un asesino,
en la calle lo hallará,
que a todos los inocentes
los embotellamos ya.

De todos modos, los cigarrillos le sabían menos bien ahora que en la prisión, quizás porque no pensaba en nada al fumarlos. Era un vacío agradable, pero él recordaba con cierta nostalgia los que había fumado a oscuras en su celda, mirando formarse y transformarse la minúscula isla de fuego y de ceniza de sus cigarrillos, rodeada de sombra por todos lados, y que tantos edificios extraños le sugería siempre. Terminaba su café cuando llamaron a la puerta. Se levantó a abrir, con un principio de fatiga. Uno de los inconvenientes de estar libre era no poder aislarse, como en el penal, donde los hombres le habían dado a menudo la impresión de peñascos lejanos unos de otros, insensibles a la marea humana del exterior. Pero su cansancio se mudó en una alegre sorpresa al encontrarse con el ex inspector Herrera, acompañado por dos hombres más. Uno de ellos era el agente Madrid, el mismo que lo había detenido. Bromeó:

—¿Otra aprehensioncita?

Madrid se echó a reír. No, esta vez venía a hacerle una simple visita de cortesía. Si él hubiera sabido a tiempo que era amigo del jefe Herrera...

—No me diga usted que no me hubiera detenido.

—No, pero no lo habría engañado.

—Le hubiera echado el guante con más ganas —dijo el ex inspector Herrera—. Bueno, me alegro de verlo vivo y libre. Si no hubiera yo estado todas estas semanas fuera de México, habría usted salido mucho antes. En fin... Le presento a Miró Santillán, el periodista. Quiere entrevistarlo.

Roberto de la Cruz conocía bien aquel nombre. Pertenecía al iniciador de una de esas activas secciones de chismes que parecen haberse convertido en el eje y la sal del periodismo en México, y que tantas molestias han ocasionado a todas las personas que tienen la desgracia de ser conocidas. Era, ade-

más, el nombre de quien más lo había atacado y adjetivado en las últimas semanas. Sin embargo, guardó para sí sus reflexiones y ofreció café y coñac a sus visitantes. Miró Santillán resultó ser un joven bastante cortés y moderado, tímido casi, de esos periodistas que se envenenan a sí mismos cuando escriben, pero que, sin pluma, podrían ser personas decentes. Le hizo una serie de preguntas recogiendo de tal modo sus labios al hablar que a veces parecía que no quedaría espacio para dejar pasar las palabras. Roberto de la Cruz aprovechó para contar sus impresiones de la cuerda y dar un capotazo a favor de Rodríguez Lozano. De Asturias habló lo estrictamente indispensable, y no pronunció una sola vez el nombre de Patricia Terrazas. Miró Santillán se retiró a la media hora, cordial y sonriente, y el agente Madrid partió con él después de hacer alguna broma sobre lo pasado. En la puerta se volvió.

—Se me olvidaba devolverle esto.

Era el *centenario* que Roberto de la Cruz había tomado del ropero de Patricia Terrazas.

—Consérvelo usted —dijo Roberto de la Cruz—, como recuerdo de que por poco me quema.

—Yo también colecciono —repuso el otro riendo—. Ya tengo el compañero.

Le dejó la moneda en las manos y los dos hombres se alejaron hablando. El ex inspector Herrera había permanecido sentado y liaba meticulosamente un cigarro de hoja. Se lo pegó a los labios, sin encenderlo, se rascó la cabeza y dijo:

—¡Ah, qué yo, hombre!

Roberto de la Cruz lo conocía lo bastante para saber que detrás de esto había algo más serio. Encendió un cigarrillo, ofreció el fuego al ex inspector Herrera y se sentó frente a él, esperando.

—Ya le había yo dicho que nuestra amiga le iba a dar quehacer hasta después de muerta, ¡y ya ve qué quehacer! ¿Recibió usted mis recados telefónicos?

Roberto de la Cruz recordó entonces. El ex inspector Herrera lo había llamado por teléfono varias veces durante su ausencia en aquellos días de expectación. Explicó vagamente por qué no se había comunicado con él.

—Fue una lástima —declaró el ex inspector Herrera—. Yo

tuve que salir precisamente en aquellos días para un caso importante. Fue una lástima, porque si nos hubiéramos visto entonces usted no habría ido siquiera a la Peni.

Mientras hablaba se llevó la mano al bolsillo izquierdo del chaleco y sacó de él un objeto que hizo brillar ante los ojos de Roberto de la Cruz.

—Aunque puede que entonces le hubiera yo estropeado a usted todo el teatrito, amigo.

Le tendió el objeto brillante. Era una llave. Roberto de la Cruz, cogido enteramente por sorpresa, lo miró sin comprender.

—Es molesto, pero las cosas vienen siempre a dar a mis manos sin que yo sepa cómo. Lo que siento es que haya usted confundido mi despacho con una alcantarilla.

El hombre de los ojos dorados sostuvo su mirada, tomó la llave y la arrojó sobre la mesa sin una palabra.

—Ahora ya puede usted tirarla —siguió diciendo el ex inspector Herrera —porque han cambiado la cerradura de Yucatán 48. Han renovado todo el interior de la casa, pero nadie quiere rentarla. El pobre propietario ha acabado por ofrecerla gratis por tres meses a quien la habite, y no se ha presentado un solo candidato.

Calló, reencendiendo su cigarro de hoja metódicamente. Un fragmento de hoja mal consumida le cayó en el pantalón, y lo removió con un cuidadoso papirotazo. Por primera vez, Roberto de la Cruz sintió una tensión asfixiante en aquel silencio. Lo apartó con un ademán para servir coñac, pero el otro rehusó sin hablar. Se miraron a la cara. Roberto de la Cruz, poniendo a prueba su pulso, se sirvió una copa sin temblor alguno, sin verter una sola gota fuera de ella. Bebió un lento trago y dijo:

—¿Qué cosa decía usted de mi teatrito?

El ex inspector Herrera sonrió cordialmente.

—No me haga caso. Es mi mala costumbre de meterme en todo lo que no me importa. Además, no sé nada todavía, ni me importa. Allá usted y sus cosas. Pero sí quiero advertirle que un día me voy a enterar de todo sin buscarlo. Me pasa siempre igual.

Suspiró con una cómica resignación, y luego se puso serio y añadió:

—Le tengo ya los informes que quería.

Esta vez Roberto de la Cruz comprendió inmediatamente, y aguardó los informes sin demostrar curiosidad alguna, mientras el otro fumaba.

—La señora de C..., perdone usted la inicial, que es un hábito ridículo de la profesión, la señora de C... es una de esas pocas mujeres ante quienes puede descubrirse un hombre honrado.

Roberto de la Cruz apuró el resto de su coñac para disimular la sensación de enorme alivio que experimentaba.

—Nuestra amiga Patricia la metió una vez en un enredo muy feo. Ya sabe usted que era ambidiestra, o de doble escape, como dicen los peladitos. Le hizo la corte, y cuando la señora de C... la puso en su lugar, inventó que era la señora de C... quien le había hecho el amor a ella, y la colocó al borde del divorcio. Unos dos años después de esto, un extranjero rico, Ch..., se enamoró de la señora de C... Era buen tipo y gran partido. La persiguió un año entero sin ningún éxito. Al cabo del año, la señora de C... aceptó tener una entrevista privada con él. Al día siguiente él se suicidó.

El ex inspector Herrera volvió a callar, aplastando su cigarro en el cenicero de plata.

—Desde entonces ha vivido en paz con su marido y con su hija. Nadie habla mal de ella. Su marido es arqueólogo. Tiene una reputación excelente, pero llevan una vida bastante aislada. Por cierto —sonrió como excusándose—, por cierto que le mandó a usted una cesta de fruta sabrosísima a la Peni. Bueno, amigo...

Se levantó, sacudiendo de su pantalón un poco de ceniza.

—Nos veremos. Yo sigo yendo con frecuencia a casa de Asuara, y supongo que usted también volverá.

—¿Cuánto le debo por sus informes?

—Ya se los cobraré algún día, en informes.

Se marchó sonriendo, caminando flojamente como si su cuerpo careciera de energía muscular. Roberto de la Cruz lo siguió con la vista hasta que hubo bajado la pequeña escalera de madera oscura y olorosa, y desaparecido.

Siguieron algunos días de aturdimiento, de reporteros y fotógrafos, de encuentros casuales culminados en comidas o cenas o parrandas de celebración. Una de aquellas noches sus amigos políticos invitaron a varias mujeres, entre las cuales había una excepcionalmente elegante, fina y discreta para su clase. Roberto de la Cruz sintió una atracción hacia ella, tan peculiar, que no se decidió a aceptarla en las condiciones normales. Se rebeló ante la idea de ir a un hotel con ella y, por otra parte, sabía que no podía llevarla a su cuarto de la calle de Hamburgo, sin acarrearse una serie de pequeñas molestias: sonrisas de la patrona y gestos de complicidad de las sirvientas, que le parecían intolerables. Era tan inusitado en él sentir esa atracción, que decidió aprovecharla. Le interesaba la mujer sin que supiera bien por qué, y de pronto resolvió abandonar su cuarto y alquilar un apartamiento. Al despedirse de ella se dio cuenta de por qué lo atraía. Era bastante parecida, en silueta y en porte a lo menos, a la señora de Cervantes.

Al otro día se entregó febrilmente a la búsqueda de un apartamiento. Tomó un coche por varias horas y recorrió todos los que anunciaba *El Universal*, sin encontrar uno solo que le agradara totalmente. Sin desanimar, recorrió al atardecer algunas tiendas de antigüedades en busca de muebles. Separó un sofá Imperio, una vitrina y unas consolas del Chippendale original, un diván Recamier y un candil. Le sería más difícil encontrar una recámara como la deseaba de tiempo atrás, de estilo isabelino; pero encontró que estas nuevas ocupaciones lo divertían en grande.

Por la noche llevó a cenar a la mujer, que le agradaba cada vez más y que tenía un sugestivo nombre latino: Lavinia. No le dijo una palabra de sus planes.

Al otro día reanudó su búsqueda sin prisa. Comió en un pequeño restaurante húngaro de la avenida Insurgentes, atestado de consumidores judíos, tomó otro coche y siguió adelante. Cerca de las cuatro dio, al fin, con un apartamiento que le gustó bastante, al final de la Colonia Cuauhtémoc, frente al futuro parque Melchor Ocampo. Era, en realidad, una especie de estudio, con un enorme ventanal de piso a techo, pro-

visto de persianas venecianas. La planta baja consistía en un gran salón con chimenea, que podía servir de sala y comedor. En realidad, marcaba esta división una escalera de caracol que conducía a una especie de *mezzanino* donde había espacio suficiente para instalar una recámara. En el *mezzanino* quedaban también el cuarto de baño y una alacena excelente, provista de cajones, secciones y dispositivos para colocar toda clase de ropa. Quiso cerrar el trato en seguida y lo indicó al portero, que le dijo que podría ver al administrador en la casa vecina. El mismo portero tocó el timbre, indicando a la sirvienta que abrió que aquel señor deseaba tomar el departamento vacío, para lo cual debería ver al señor don Felipe.

Roberto de la Cruz fue introducido por un pequeño patio de sabor muy moderno hasta un vestíbulo entresolado, amueblado con gran sobriedad y al mejor gusto del día. Se sentó en una butaca color *beige* mientras la criada lo anunciaba. Unos momentos después, el hombre todavía joven, pero prematuramente calvo, apareció en la puerta de la habitación contigua, que era una biblioteca-despacho, y lo hizo pasar. Los dos hombres se saludaron con mecánica cortesía y luego se quedaron mirándose en un vano, vago esfuerzo por reconocerse. El hombre calvo se sentó ante su escritorio y sacó de un cajón unas formas de contrato mientras recitaba las condiciones requeridas para el arrendamiento. Dos veces se detuvo y miró a Roberto de la Cruz como si fuera a decir otra cosa, pero en seguida recobró su mecánica actitud. Por su parte, Roberto de la Cruz lo miraba de hito en hito, tratando de situar aquel rostro de rasgos finos, un poco impersonales.

—¿Quiere usted hacerme el favor de darme su nombre?

—Roberto de la Cruz.

—¡No!

El otro lo miraba atónito, con alegre asombro.

—¡Con razón! ¡Esos ojos dorados! ¿No te acuerdas de mí?

Roberto de la Cruz lo miró negativamente.

—Felipe, Felipe Inclán, ¡hombre!

¡Claro! Era Felipe Inclán, su vecino y condiscípulo de primaria en la provincia. Pero le faltaba algo, algo característico y esencial.

—He cambiado, ¿verdad? Entre nosotros, siempre tuve la

impersión de que mi pelo era demasiado fino para ser de este mundo.

¡Claro! Le faltaba el magnífico pelo ensortijado y rubio que había sido la envidia perenne de Roberto de la Cruz y la fascinación de todas las niñas del pueblo y de sus niñeras. ¿Por qué? —se preguntó—, ¿por qué todos los hombres calvos han tenido en el pasado una absalónica cabellera rizada? Se abrazan. El dueño de la casa ofreció un whiskey, y los dos permanecieron sentados un buen par de horas, fumando y charlando. La voz brillante de Inclán removía lentamente el pasado, descubriendo aquí y allí recuerdos intactos durante mucho tiempo.

—Cuando vi que estabas preso pensé mucho en Sara. ¿Te acuerdas de mi hermana Sara? Una vez la dejaste asustadísima, diciéndole que te gustaría ser un gran criminal. ¿Te acuerdas? Pero, ¿quién realiza sus sueños?

La sonrisa se perdió de pronto en sus labios recogidos.

—La pobrecita murió. No, no llegó a casarse. Todos creímos siempre en la familia que estaba enamorada de ti.

Sirvió otro whiskey y continuó hablando. Era uno de los arquitectos de mayor porvenir en México. Se alegraba mucho de tener como vecino, y casi como inquilino, a un viejo amigo.

—¿Casi? ¿Quién es mi casero entonces?

—Administro el edificio temporalmente, por hacer un servicio a la persona que me encargó su construcción.

Una voz de timbre magnético, que Roberto de la Cruz creyó reconocer, sonó en la puerta.

—¿Se puede?

Los dos hombres se levantaron.

—Precisamente hablábamos de usted —dijo Felipe Inclán.

Se volvió hacia Roberto de la Cruz añadiendo:

—Te presento a tu casera.

De la penumbra pasó al pequeño arco de luz que se filtraba todavía por la ventana de la biblioteca, una figura delicada de mujer. Roberto de la Cruz sintió un pequeño vacío en el estómago al distinguir las facciones de la señora de Cervantes. Iba vestida con su misma exquisita simplicidad, y parecía más pálida, más nevada y más misteriosa que nunca.

—Tenía ya el gusto de conocer al señor De la Cruz —dijo suavemente. Los dos hemos padecido de un mismo mal. Me ale-

gra verlo en libertad y poder decirle que nunca lo creí culpable, señor De la Cruz.

Se volvió hacia Felipe Inclán.

—Pasé por usted porque hemos cambiado el itinerario de esta tarde y tenemos que recoger a la Nena en casa de María Pavignani.

Felipe Inclán sonrió.

—Si no nos damos prisa —continuó ella—, cuando lleguemos la Nena habrá comprado ya los trajes más caros, menos el de boda.

Felipe Inclán se volvió hacia Roberto de la Cruz.

—La Nena Cervantes y yo vamos a casarnos, dijo con una feliz expansión de cordialidad que, sin embargo, impresionó a Roberto de la Cruz como si ocultara una ironía especial.

El hombre de los ojos dorados sintió un inexplicable malestar en el estómago, como cuando, un rato antes, Inclán había mencionado aquella confidencia hecha a su hermana Sara. Quiso decir alguna frase de felicitación, pero se dio cuenta de que tenía un nudo en la garganta y se limitó a sonreír, estúpidamente, según le pareció.

c

Durante varios días Roberto de la Cruz dio al olvido su idea del apartamiento, no obstante que había firmado ya los contratos y que había pagado algunos de los muebles siguiendo su primer impulso. Eludió a Lavinia, que parecía haberse interesado auténticamente en él, y mató su fastidio jugando hasta muy tarde varias noches en casa de Asuara, donde fue recibido con tanto entusiasmo como si en efecto hubiera matado a Patricia Terrazas, por quien ninguno de los jugadores tuvo nunca la menor simpatía. Al entusiasmo se mezcló, sin embargo, cierta amarga resignación, a causa de su inmutable buena suerte. El ex inspector Herrera no apareció por allí en esas tres noches.

Al volver la última a su cuarto, Roberto de la Cruz se sentó junto a su ventana esperando el amanecer. Al cabo de un rato sacó su caja de música, la miró largamente y al fin la puso en movimiento. El fino sonido lo invadió sin arrebatarlo, pero lo ayudó a pensar, a desentrañar un poco el enigma de su ánimo en aquellos últimos días. Se dio cuenta de dos cosas. Se dio cuenta de que, sin definirlo, había creído siempre que aquella especie de amor —no tenía otro nombre que aplicar a su sentimiento— que le inspiraba la señora de Cervantes, podía desviarse hacia su hija, y de que había esperado, sin razón alguna, poder hacer una vida entre aquellas dos figuras gemelas que lo perseguían. Y se dio cuenta, también, de que más de una vez había sentido impulsos de matar a Felipe Inclán. Sintió un estremecimiento angustioso y volvió a poner en marcha la caja de música, cuya cuerda se había desarrollado toda. Esto significaba que el último sueño humano desaparecía de su vida. Informe como era, había sido un sueño acariciado, alimentado diariamente. Pero significaba, también, que él había estado a punto de trastocar, de hundir su objeto y su destino, de frustrar toda su teoría del crimen gratuito cometiendo un crimen pasional. No. Estaba bien perder aquel sueño, llegar tarde al amor; pero no perder lo demás. Lo demás era lo único que él tenía, era como su propia piel.

Se tiró en la cama y durmió profundamente. Por la tarde, después de comer, descubrió y compró su recámara isabelina, incompleta. Esa noche cenó con Lavinia en "Los Cocoteros", y le dio la noticia de su mudanza haciéndole entender con qué intención se había resuelto a instalarse en un apartamiento. Ella sonrió con cierta tristeza. Su amistad con aquel hombre extraño y agradable, de ojos dorados, iba a tomar el rumbo de las cosas de siempre. Sonrió también, con esa timidez que es la aguja en el pajar, la perla en el estercolero, y que sólo se encuentra intacta en algunas mujeres perdidas.

Sin embargo, Roberto de la Cruz pospuso todavía por unos días su instalación. Colocó sus muebles, lo arregló todo, pero conservó su ropa y sus efectos personales en la calle de Hamburgo, sin decidirse a abandonar aquel cuarto.

d

Cuando no faltaba ya detalle alguno en el apartamiento de la calle de Melchor Ocampo, Roberto de la Cruz invitó a La-

vinia a comer con él y después la llevó a visitarlo. Ella espació los ojos por el gran salón y por el ventanal enorme con discreta melancolía. Él la prefería en cierto modo cuando callaba, aunque su voz era rica y agradable. Sus frases, en cambio, parecían muertas, vulgares.

—Me encanta —dijo varias veces—. Parece cosa de cine.

Él sonrió. Tomaron una copa, oyeron un poco de música por la radio y hablaron, como siempre, con gran descanso por parte de la mujer. Tenía unos veinticinco años, pero representaba dos o tres menos por ser tan delgada. Tenía ojos de un verde oscuro indefinible, manos delgadas y largas y una historia absolutamente vulgar. Vestía bien, pero su ropa se veía demasiado nueva siempre; sus angostos y menudos zapatos de altos tacones, demasiado brillantes. Carecía de huellas de abandono o confianza, al extremo de dar la impresión de ropa prestada. Sin embargo, no le faltaba encanto ni atracción física. Su vida en vez de reducirla a la desnuda vulgaridad de su origen, pasada la juventud esplendorosa, parecía haberla afinado un poco, dándole un patetismo particular. Con una pequeña dosis de confianza en la vida y en sí misma hubiera podido pasar por encantadora.

—¿Quieres que vayamos a un cine?

Roberto de la Cruz hizo la pregunta más bien por salir del paso, por ahuyentar de su imaginación el cuadro en que se contemplaba a sí mismo, encerrado en aquella sala, encadenado indefinidamente a la compañía de aquella mujer. Ella aceptó con una sonrisa agradecida. El atardecer se venía encima, y también ella prefería salir.

Cuando trasponían la puerta principal, un coche se detuvo frente a ellos y por la ventanilla asomó la señora de Cervantes, saludando a Roberto de la Cruz con un ademán que, a la vez, indicaba que quería hablarle. La señora de Cervantes bajó del coche y se dirigió a Roberto de la Cruz desplegando un encanto tal en su saludo y en sus palabras, que Lavinia se sintió turbada y se apartó unos pasos.

—¿Se mudó usted ya? Cuánto me alegro. Es necesario que no se nos esconda usted más tiempo. Felipe me ha contado cosas interesantísimas de usted.

—Hace mucho tiempo que debí darle las gracias, señora

—dijo él con un brusco deseo de agresión localizado en el temblor de sus mandíbulas.

—¿A mí?

—Por una canasta de fruta que recibí en la Penitenciaría.

Ella sonrió como para desmentir sus propias palabras.

—No sé de qué habla usted. Mañana doy una fiesta para anunciar la boda de la Nena a unos cuantos amigos. ¿Quiere usted hacerme el favor de asistir?

Roberto de la Cruz se volvió, buscando a Lavinia. Rápidamente se acercó a ella, la tomó por el brazo y la presentó a la señora de Cervantes. Palpitó una especie de desafío en sus frases de cajón. Pero la señora de Cervantes era inmune al desconcierto y a todo. No perdía jamás la línea, no bajaba de su pedestal.

—¡Qué linda es la señorita! —dijo sonriendo—. Creo que —la miró dos o tres veces—, creo que se parece un poco a mi hija, pero en mejor. Es encantadora. Tráigala usted a la fiesta si gusta.

Roberto de la Cruz y Lavinia hicieron en silencio el camino al Centro. Sólo una vez dijo ella:

—¡Qué guapa señora! ¡Y qué distinguida! Es la primera persona decente que me invita a una fiesta. ¡Pobrecita!

Rió con más amargura que vulgaridad.

—¿Quieres ir tú? preguntó Roberto de la Cruz con un deseo rabioso de llevarla.

—¡Ni loca! La mejor manera de pagarle su invitación es no yendo. Así cumplimos las dos.

Al salir del cine merendaron en "Tampico". Roberto de la Cruz estaba pensativo. La mujer parecía haber cobrado un poco de confianza. Le puso una de sus delgadas manos sobre la muñeca.

—¿Estás preocupado?

La voz era grata, tierna casi. Él siguió mirando la huella de espuma en su vaso de cerveza.

—¿Te gusta el departamento? ¿Te gusta de veras?

—No sé explicarte lo que siento, pero es precioso.

—¿Y los muebles? ¿Te gustan los muebles?

Ella sonrió con cierta turbación, como un niño que tiene que decir algo y no está seguro de sus palabras.

—¿Los preferirías modernos? Dilo.
—Al contrario —repuso ella después de un momento—. Creo que es más elegante lo antiguo.
Él tomó aliento. Había que acabar con aquello, que acabar para siempre.
—Quédate con todo.
Ella lo miró, boquiabierta.
—¿Estás loco?
—Sí, con todo. Te regalo los muebles y te dejo el departamento pagado por un año. Dime que aceptas.
—No puedo —dijo ella, con sincera angustia—, ¡no puedo! Lo que yo te podría dar a ti en cambio no vale tanto, en realidad, no vale nada.
—Yo no quiero nada en cambio —contestó él lentamente—, más que verte de vez en cuando, como hasta ahora, como amigos. Te suplico que aceptes.
Oprimió su delgada mano con un gesto de persuación. Una lágrima redonda, brillante, perfecta, resbaló por la mejilla de la mujer.

Capítulo segundo

El solitario

a

Terminado el episodio de Lavinia, Roberto de la Cruz se sintió como liberado de una gran preocupación. Le parecía haber roto un espejo que reflejaba imperfectamente a la señora de Cervantes, haber destruido una especie de aproximación cuya posesión lo había torturado siempre con su mediocridad, a la vez que lo habría encadenado definitivamente a la imagen que trataba de borrar. Asistió, más tranquilo, a la fiesta de la señora de Cervantes y a la boda de su hija con Felipe Inclán. Se mudó de casa también, trocando el cuarto de la calle de Hamburgo por un pequeño apartamiento en la calle del Neva, a dos pasos del Paseo de la Reforma. Era cómodo, aunque pequeño, y lo amuebló fácilmente con muebles modernos, salidos casi todos de "Artes de México". Esto lo conservó ocupado algunos días. Tomó una sirvienta, mujer de edad, de esa variedad particular de la clase media que se proclama siempre venida a menos, aunque en realidad se nota que ha subido al llegar al rango de la servidumbre. La contrató por recomendación de la señora de Cervantes.
La publicidad que lo aureolaba dándole cierta molestia, acabó por desvanecerse como un cohete después de un chisporroteo final en la boda de Felipe Inclán. Volvió poco a poco a la oscuridad que lo aliviaba, a su sombra personal en la que, como el personaje de Chesterton, se encerraba para pensar más claramente. Cuando estuvo instalado por completo reanudó su vida habitual: por las noches iba a la casa de Asuara, dormía hasta tarde en la mañana, y paseaba o hacía compras o se encerraba a pensar por las tardes. Conservó su costumbre de comer en la calle y casi nunca tomaba en su casa más que el desayuno.

Podía salir a caminar un poco por la Reforma, y esto le agradó, convirtiéndose en pocos días para él en algo necesario. A veces llevaba un libro pero casi nunca lo abría. Después de recorrer cincuenta o sesenta metros, se sentaba y se ponía a mirar a la gente que transitaba por el espléndido Paseo. A menudo no había más que niñeras y niños. Con esa extraña facultad que tenía para descubrir el lado malo de las cosas, observaba los juegos de los niños, en los que a veces había detalles de inconsciente crueldad, y el trato que las niñeras en general les daban. Una mañana riñó a una de ellas que, sentada estúpidamente sobre el césped, trataba de adormecer a un niño de pocos meses chupando su pequeño sexo. Otro día oyó cómo una de ellas se jactaba de golpear a los niños puestos a su cuidado, aprovechándose de que no hablaban todavía. Pero éstos y otros incidentes lo aburrieron pronto. Se dio cuenta de que estaba al acecho, de que buscaba continuamente, con una tensa vigilancia, una solución para el gran problema de su vida. Lo descubrió cuando tenía los ojos clavados en la figura de un hombre, que venía diariamente a pasear por aquel lado y que, a juzgar por su indumentaria, debía de vivir cerca de allí. Un hombre que parecía tiritar de frío. La estación cambiaba, como ocurre siempre en México, sin sorpresas, sin lirismo; pero los ojos rojizos del otoño empezaban a asomar ya. El otoño muy pronto y él no había hecho nada. Quizás acabaría el año sin que él hubiera podido hacer nada.

Aquel hombre que parecía tiritar recorría un corto tramo del Paseo en un sentido, y luego en sentido inverso, deteniéndose siempre en los mismos puntos, con exasperante fijeza. No daba la idea de pasear al aire libre, en una avenida hermosa y amplia, sino de recorrer de un lado a otro una habitación estrecha. Un hombre sedentario sin duda. Su cara parecía oxidada. Era un cardiaco o un hepático quizás. Usaba una cachucha inglesa, a cuadros, bastante ruidosa, y con frecuencia llevaba un saco de casa, de lana gris, con bolsas y puños a cuadros, cuidadosamente atada por el cordón de seda; pantalón flojo; de buen paño, y pantuflas que hacían juego con el saco de casa. De pronto se quitó la cachucha y Roberto de la Cruz sintió moverse en él un desagrado extraño y, sin embargo, familiar, a la vista de aquella cabeza monda y amarilla, que daba la impresión de estar untada de sebo. Era el mismo desagrado que experimentó al conocer a Patricia Terrazas. Esto lo puso en seguida sobre la pista de sus sentimientos. Aquí estaba, sin duda, su hombre, el hombre destinado para su idea de crimen; un hombre a quien no conocía, con quien nunca había cruzado una palabra, quizás ni una mirada y que, como Patricia Terrazas, le producía la impresión de estar absurdamente de más en el mundo. A partir de ese momento lo observó minuciosamente, grabando en su memoria con fijeza cuanto en el hombre venía a confirmar su idea. Fumaba infatigablemente, *coleando* los cigarros, y sus dedos amarillos de nicotina hacían juego con su cabeza patinada y monda. Tenía cejas muy negras y escasas, y un bigote amarillo y blancuzco, a la Lloyd George, bajo el cual se perdía el contorno de sus labios. Parecía espeso y fuerte, aunque no era muy alto. En la mano derecha llevaba un anillo antiguo con una gran esmeralda, y usaba una mascada de dibujos Paisley en vez de corbata, sujeta por un gran fistol con un ópalo verdoso. Propiamente hablando, no tenía forma, y de toda su persona se desprendía un quién sabe qué de equívoco. Quizás era un solterón nada más, con tipo de solterona, como ocurre a menudo entre los norteamericanos, y era indudablemente extranjero, sajón quizás.

Esa mañana Roberto de la Cruz había salido de su casa vestido para comer, con sombrero y con un bastón que había comprado unos días antes en una tienda de antigüedades. Era una vara de carey con empuñadura de marfil rodeada por un anillo de oro en el que había engastados esmeraldas y diamantes. Era una prenda absurda, pero la compró por eso mismo, y aunque no solía usar bastón, le agradaba ejercitar su tacto en las cosas bellas y finas. Sentado en su banca, siguiendo discretamente con los ojos el ir y venir del extraño individuo, pensaba cómo entrar en relación con él cuando, de pronto, alguien le dio una palmada en el hombre.

—Tengo ganas de que no se ande usted metiendo en dificultades.

Reconoció la voz del ex inspector Herrera y se volvió hacia él con una sonrisa, invitándolo a sentarse en la banca y a explicarse.

Podía salir a caminar un poco por la Reforma, y esto le agradó, convirtiéndose en pocos días para él en algo necesario. A veces llevaba un libro pero casi nunca lo abría. Después de recorrer cincuenta o sesenta metros, se sentaba y se ponía a mirar a la gente que transitaba por el espléndido Paseo. A menudo no había más que niñeras y niños. Con esa extraña facultad que tenía para descubrir el lado malo de las cosas, observaba los juegos de los niños, en los que a veces había detalles de inconsciente crueldad, y el trato que las niñeras en general les daban. Una mañana riñó a una de ellas que, sentada estúpidamente sobre el césped, trataba de adormecer a un niño de pocos meses chupando su pequeño sexo. Otro día oyó cómo una de ellas se jactaba de golpear a los niños puestos a su cuidado, aprovechándose de que no hablaban todavía. Pero éstos y otros incidentes lo aburrieron pronto. Se dio cuenta de que estaba al acecho, de que buscaba continuamente, con una tensa vigilancia, una solución para el gran problema de su vida. Lo descubrió cuando tenía los ojos clavados en la figura de un hombre, que venía diariamente a pasear por aquel lado y que, a juzgar por su indumentaria, debía de vivir cerca de allí. Un hombre que parecía tiritar de frío. La estación cambiaba, como ocurre siempre en México, sin sorpresas, sin lirismo; pero los ojos rojizos del otoño empezaban a asomar ya. El otoño muy pronto y él no había hecho nada. Quizás acabaría el año sin que él hubiera podido hacer nada.

Aquel hombre que parecía tiritar recorría un corto tramo del Paseo en un sentido, y luego en sentido inverso, deteniéndose siempre en los mismos puntos, con exasperante fijeza. No daba la idea de pasear al aire libre, en una avenida hermosa y amplia, sino de recorrer de un lado a otro una habitación estrecha. Un hombre sedentario sin duda. Su cara parecía oxidada. Era un cardiaco o un hepático quizás. Usaba una cachucha inglesa, a cuadros, bastante ruidosa, y con frecuencia llevaba un saco de casa, de lana gris, con bolsas y puños a cuadros, cuidadosamente atada por el cordón de seda; pantalón flojo; de buen paño, y pantuflas que hacían juego con el saco de casa. De pronto se quitó la cachucha y Roberto de la Cruz sintió moverse en él un desagrado extraño y, sin embargo, familiar, a la vista de aquella cabeza monda y amarilla, que daba la impresión de estar untada de sebo. Era el mismo desagrado que experimentó al conocer a Patricia Terrazas. Esto lo puso en seguida sobre la pista de sus sentimientos. Aquí estaba, sin duda, su hombre, el hombre destinado para su idea de crimen; un hombre a quien no conocía, con quien nunca había cruzado una palabra, quizás ni una mirada y que, como Patricia Terrazas, le producía la impresión de estar absurdamente de más en el mundo. A partir de ese momento lo observó minuciosamente, grabando en su memoria con fijeza cuanto en el hombre venía a confirmar su idea. Fumaba infatigablemente, *coleando* los cigarros, y sus dedos amarillos de nicotina hacían juego con su cabeza patinada y monda. Tenía cejas muy negras y escasas, y un bigote amarillo y blancuzco, a la Lloyd George, bajo el cual se perdía el contorno de sus labios. Parecía espeso y fuerte, aunque no era muy alto. En la mano derecha llevaba un anillo antiguo con una gran esmeralda, y usaba una mascada de dibujos Paisley en vez de corbata, sujeta por un gran fistol con un ópalo verdoso. Propiamente hablando, no tenía forma, y de toda su persona se desprendía un quién sabe qué de equívoco. Quizás era un solterón nada más, con tipo de solterona, como ocurre a menudo entre los norteamericanos, y era indudablemente extranjero, sajón quizás.

Esa mañana Roberto de la Cruz había salido de su casa vestido para comer, con sombrero y con un bastón que había comprado unos días antes en una tienda de antigüedades. Era una vara de carey con empuñadura de marfil rodeada por un anillo de oro en el que había engastados esmeraldas y diamantes. Era una prenda absurda, pero la compró por eso mismo, y aunque no solía usar bastón, le agradaba ejercitar su tacto en las cosas bellas y finas. Sentado en su banca, siguiendo discretamente con los ojos el ir y venir del extraño individuo, pensaba cómo entrar en relación con él cuando, de pronto, alguien le dio una palmada en el hombre.

—Tengo ganas de que no se ande usted metiendo en dificultades.

Reconoció la voz del ex inspector Herrera y se volvió hacia él con una sonrisa, invitándolo a sentarse en la banca y a explicarse.

—Es muy complicado, pero va usted a pasar un rato divertido. Fíjese.

Se volvió hacia el hombre de la cachucha, que en ese momento caminaba de espaldas a ellos, y gritó:

—¡Conde! ¡Señor conde!

El hombre amarillo se volvió con una viveza inesperada. Al distinguir al ex inspector Herrera se dirigió hacia él vociferando, con un pastoso acento extranjero, una andanada de palabras, de la que Roberto de la Cruz pudo deducir que acusaba al ex inspector de perder el tiempo y de no servir como policía. El otro lo miraba con una plácida sonrisa. Se volvió para hacer un guiño a Roberto de la Cruz a tiempo que el hombre amarillo llegaba hasta ellos.

—Permítame usted —dijo el ex inspector Herrera—. El señor conde Schwartzemberg, el señor don Roberto de la Cruz.

Los dos hombres se hicieron un saludo que el conde interrumpió casi inmediatamente para seguir vociferando. El ex inspector Herrera lo interrumpió, diciendo con una sonrisa:

—Quería usted su bastón, ¿no es eso? Aquí lo tiene.

Señaló el que Roberto de la Cruz tenía en las manos, y se volvió a mirar alternativamente a los dos hombres con una especie de taimada satisfacción. El conde Schwartzemberg fue el primero en hablar.

—¿Como es posible? Pero el señor no es el ladrón, ¿verdad?

Le quitó el bastón de las manos sin que Roberto de la Cruz pudiera hacer un movimiento para impedírselo, y lo examinó ansiosamente.

—¿Ve usted? ¿Ve usted? —exclamó—, ¡aquí está la firma!

Señalaba una línea de oro incrustada en el carey, que decía, en letra inglesa apenas legible: "Lambert".

—Claro que es el mío, mi precioso bastón.

Lo palpaba nerviosamente con sus manos regordetas y amarillas. El ex inspector Herrera parecía disfrutar indeciblemente de la sorpresa de Roberto de la Cruz. Por su parte, el conde estaba encantado y no pedía explicación alguna, limitándose a acariciar amorosamente la vara de carey.

—Gran detective, gran detective —dijo sonriendo con una sonrisa tan amarilla como su cabeza y sus manos.

—¿Quiere usted explicarme...?

Roberto de la Cruz experimentaba tanta molestia como curiosidad.

—Verá usted. Aquí el conde colecciona objetos de arte. Es su chifladura, o por lo menos una de ellas. Hace unos veinte días le saquearon uno de sus salones. No quiso dar parte a la policía porque, como buen avaro, sabe que el ruido atrae a los rateros, y me llamó a mí. Recobramos todos los objetos menos este bastón. Hace cinco días supe que estaba en una tienda de las calles de Allende, donde compran y venden chueco. Cuando llegué, usted se lo había llevado ya. No quisieron darme sus señas, y sólo ayer supe que se trataba de usted. Como sabía que usted y el conde tienen la costumbre de pasear por aquí, pues me vine a saludarlos a los dos juntos.

—Pero entonces...

—Yo estoy satisfecho —dijo el conde—. Siento que usted lo haya comprado, señor, y que pierda su dinero.

—¡Ah, pero es que no lo va a perder! —exclamó el ex inspector Herrera—. Él pagó trescientos cincuenta pesos por el bastón al vendedor, que lo compró en setenta y cinco. Por lo tanto, yo recogí en la tienda doscientos setenta y cinco pesos...

Se interrumpió para sacar de su cartera un cheque, lo tendió a Roberto de la Cruz y siguió hablando:

—...y ahora usted, conde, tendrá que darle los otros setenta y cinco que él pagó por el objeto. —El conde Schwartzemberg rió pastosamente.

—Usted está loco, Herrera, ¡usted está loco! ¿Por qué voy a pagar nada? El bastón es mío.

El ex inspector Herrera movió plácidamente la cabeza.

—No, señor conde. Por el momento el bastón le pertenece aquí a don Roberto. Si quiere usted recuperarlo, tendrá que pagar.

Al decir esto arrebató el bastón de manos del conde Schwartzemberg..

—Usted está loco —repitió por tercera vez el conde.

—En todo caso —dijo Roberto de la Cruz tendiendo el cheque al ex inspector Herrera—, déle usted esto. De ese modo será como si el señor conde me vendiera el bastón a mí.

La sonrisa del otro se adelantó apenas una fracción de segundo a la torrencial vociferación del hombre amarillo.

—Usted está loco también, señor, ¡todos están locos! Yo soy un coleccionista particular de objetos de arte, yo no soy un comerciante, yo no vendo nada, yo no estoy loco. Yo soy un caballero, yo colecciono grandes piezas. Pueden robarme, pero yo no vendo. Yo compro. ¡Señor! Le compro este objeto entonces; soy el robado, soy la víctima, pero yo compro.

Hablaba con una pasión extraña, a gritos, como un sordo, y poniéndose más y más amarillo en vez de enrojecer. Se palpó frenéticamente los bolsillos en busca de su cartera quizás, pero no encontró nada, y acabó su discurso jadeante, con espuma cuajada en los labios y acentuándose aquel temblor de todo su cuerpo que había dado a Roberto de la Cruz la impresión de que el hombre tiritaba.

El ex inspector Herrera volvió a sonreír. Hizo que todos se sentaran, instalándose entre los dos, dibujando figuras en la arena con el bastón de carey que tenía en las manos. Explicó al conde Schwartzemberg que también el señor De la Cruz era un caballero y un coleccionista. Explicó a Roberto de la Cruz el violento fanatismo que aquel hombre ponía en coleccionar vejestorios y objetos de arte, que era su cliente desde hacía mucho tiempo, y le pidió que prescindiera en su favor del objeto robado, con lo cual le prestaría un servicio personal. Lo hizo con tan buena gracia, burlándose tan bonachonamente del coleccionista con esa especie de quieta sorna que lo caracterizaba, que Roberto de la Cruz acabó por ceder. Fue más difícil persuadir al conde Schwartzemberg de que debería completar la restitución del precio pagado por Roberto de la Cruz, que no tenía por qué salir perdiendo. El hombre estallaba a cada palabra, gritando atropelladamente las mismas frases en tono tan alto que más de un transeúnte se volvió a mirarlos. Un grupo de niños interrumpió sus juegos para escuchar, riendo, y a poco las niñeras se sumaron a ellos. El ex inspector Herrera consiguió, primero, que el conde Schwartzemberg bajara la voz; después que callara completamente, y, al fin, que pagara.

—Voy a mi casa por un cheque; esperen aquí —dijo.

—De paso —sugirió el ex inspector Herrera—, puede usted extenderme otro, por mis honorarios.

El otro hizo un gesto de desagrado y empezó a hablar, pero su interlocutor le tendió tranquilamente un papel azul. Era la cuenta, en regla. Esta vez el conde Schwartzemberg se puso rojo de ira.

—Mil quinientos pesos —exclamó tartamudeando bajo el efecto de la cólera—, ¡mil quinientos pesos! ¡Es un robo! Usted es un...un ¡es ladrón!

—Eso dicen los de la policía —replicó el ex inspector Herrera sacando un cigarro de hoja.

—No, es peor que un ladrón, ¡es un detective!

—Eso dicen los ladrones —contestó el otro preparando su cigarro.

El conde Schwartzemberg dispersó a los curiosos con un furioso ademán. Luego dio con el pie en el suelo.

—¡No pagaré! ¡Es un robo! —repitió coléricamente, y se dejó arrebatar de nuevo por un atropellado flujo de palabras telescopiadas, incompletas, mal pronunciadas, pero ofensivas todas.

El ex inspector Herrera se puso de pie, arrojando su cigarro de hoja sin encender. Con una voz que Roberto de la Cruz no le conocía, una voz peligrosa, dijo:

—No sea tarugo, señor conde. Por mil quinientos pesos le he devuelto más de veinticinco mil de porquerías. Si quisiera hacer un buen negocio, le daría su dirección a Horcasitas, o a la Gringa, y entonces iríamos a medias y yo ganaría más. Págueme como la gente y cállese antes de que le rompa la boca.

Toda la acometividad del conde amainó de pronto. Miró a los dos hombres tembloroso, en silencio, y al fin dijo:

—Está bien. Le pagaré.

—Será mejor que lo acompañemos —propuso el ex inspector Herrera.

—No, ¡no! —objetó el conde—. En mi casa no entra nadie. Ahora regreso. ¡En mi casa no entra nadie!

—Es lástima —el ex inspector Herrera hablaba otra vez con su tono indolente, como si no hubiera pasado nada—, es lástima porque el señor De la Cruz conoce mucho de antigüedades.

Sin decir una palabra más, los dos vieron alejarse la temblorosa y amarilla figura del conde Schwartzemberg. El ex inspector Herrera se echó a reír de pronto.

Al día siguiente, el conde Schwartzemberg salió completamente vestido con un terno de vicuña cuya apariencia inglesa completaban una mancha de tinta y dos de grasa. Cerró con cuidado su apartamiento y caminó con deliberada lentitud hacia el lugar donde había ocurrido la desagradable escena el día anterior. Encontró a Roberto de la Cruz sentado en su banca habitual, fumando un *Lucky* con aspecto de absoluta despreocupación. El conde hizo un saludo que Roberto de la Cruz contestó llevándose la mano al sombrero, y siguió adelante. Unos veinte pasos más allá se detuvo, como si no supiera qué hacer.

—Está más amarillo y más oxidado que nunca el hombre de sebo —pensó Roberto de la Cruz.

Y en seguida se propuso alcanzarlo y entablar conversación con él, aunque la escena de la víspera lo hacía desconfiar del resultado. Se sobresaltó como un animal cuando oyó la voz del conde tan cerca de él.

—Quiero presentarle mis excusas —dijo el hombre amarillo con su indefinible acento extranjero. Sí, sí, mis excusas por lo que pasó ayer. ¿Puedo sentarme?

Aceptó el cigarrillo que le ofrecía Roberto de la Cruz y, como quien recita una lección penosamente aprendida, continuó:

—No me gustan los policías. Yo soy un caballero y un caballero no puede soportar el mal olor de un policía. Creo que prefiero a los ladrones. También usted es un caballero, por eso le presento mis excusas. ¿Sabe? No me sorprendería nada que Herrera hubiera organizado ese robo.

Roberto de la Cruz protestó con una sonrisa.

Una peculiar sensación se apoderó de pronto, irresistiblemente, de Roberto de la Cruz. Estuvo a punto de echarse a reír, porque aquello le parecía increíble. Él siempre había pensado que los hombres homosexuales eran necesariamente hermosos, femeninos, delicados, y ese ser de sebo... No era posible. Pero no había duda. El tono de voz con que el conde había pronunciado la palabra *espantosos* y el ademán que hizo... No había duda... Se había llevado el pulgar y el índice a la punta de la lengua y de allí a la punta de la oreja, y había hecho un

gesto y sus ojos habían girado de tal modo... El conde seguía hablando.

—Yo he hecho mis deducciones y es claro que tuvo que ser él. Es casi la única persona que conoce mi nuevo departamento.

Hizo una pausa.

—¿Usted también es coleccionista?

Roberto de la Cruz sonrió modestamente. Le gustaban las cosas antiguas, le encantaba comprarlas, pero de allí a coleccionar había una distancia considerable.

—Tiene usted que enseñarme sus cosas y yo le enseñaré las mías alguna vez.

El conde Schwartzemberg se mordió los labios como arrepentido de su ligereza. Después de todo, según pudo colegir Roberto de la Cruz, este hombre era para él sólo aquel que había comprado su bastón de carey en una tienda de chueco. Volvió a llevarse los dedos de la lengua a la oreja y se levantó.

—Espero volver a verlo. Es tarde ya y tengo algo que hacer en el Centro antes de comer. Tengo que asistir a una comida de hombres solos.

Otra vez el equívoco se acentuó, en contraste con la espesa figura que se alejaba.

Esa noche Roberto de la Cruz jugó distraídamente, con gran regocijo del ex inspector Herrera, que estaba en la misma mesa. Pero como el ganancioso fue esta vez el ex inspector Herrera, tuvo que invitar a cenar a los otros tres jugadores. Dos de ellos se excusaron, querían seguir jugando. Roberto de la Cruz aceptó. Fueron al *Tap room* del Reforma, y mientras tomaban un whisky Roberto de la Cruz dejó caer del modo más natural el nombre del conde Schwartzemberg, contando cómo le había presentado sus excusas aquella mañana.

—¿Schwartzemberg? No es mal tipo —dijo el ex inspector Herrera—. Es un loco, a veces un loco divertido, a veces un loco de lo más aburrido.

—¿De dónde es?

—De México —el ex inspector Herrera dio un gran trago de su *higball*— de México, sí —repitió ante la mirada incrédula de Roberto de la Cruz—. Nació en una de las antiguas casas ricas de Tacuba o Donceles o Medinas, no recuerdo bien. Entre sus antigüedades ha comprado ese título de papel, y

le tiene tanto amor que cuando se hace dar grasa en la calle, o cortar el pelo en una peluquería nueva, se presenta al bolero o al peluquero con toda formalidad.

—¡Vamos!

—Sí, sí. Dice, "Soy el señor conde de Schwartzemberg, y para dirigirme la palabra tiene usted que decir: señor conde".

—Exagera usted.

—Muy poco, se lo aseguro. Hubiera sido una pareja estupenda para nuestra amiga la difunta Patricia Terrazas.

Hubo un pequeño silencio frío, cubierto por la oportuna llegada de los platillos que habían ordenado. Roberto de la Cruz encontró extraño que el ex inspector Herrera estableciera la misma relación que él entre Patricia Terrazas y el conde Schwartzemberg. Apuró el resto de su *higball* y con cierta turbación inició su pregunta.

—¿Es...?

Completó con un gesto expresivo. El ex inspector Herrera soltó a reír.

—De lo más completo y absoluto. Claro. Pero sólo lo deja ver cuando se interesa en alguien. Espero que no abrigue intenciones hacia usted. ¡Demonio! Qué mal escoge usted a sus amistades.

El ex inspector Herrera estaba contento porque había logrado ganar aquella noche jugando contra Roberto de la Cruz. Se dejó llevar por su buen humor y estuvo locuaz, contando anécdotas y chismes entre plato y plato. Ocasionalmente el nombre del conde Schwartzemberg reaparecía en su conversación. Era un animal extraño, enteramente solitario y riquísimo. Buena persona en el fondo —es decir, no era malo, que no es lo mismo—; pero intolerable para todo el mundo. Se decía de él que se parecía a Dios en que estaba en todas partes y nadie lo podía ver. Tenía dos departamentos, uno donde hacía su vida normal, social, donde a veces recibía gentes. Otro, en el mismo edificio del Paseo de la Reforma, donde tenía en vitrinas sus colecciones de abanicos, tabaqueras, cristal, pedrería, muebles, tapices, etcétera. Allí no había entrado nadie fuera de él y del ex inspector Herrera —quizás también alguna persona muy íntimamente ligada—. Otra risa.

—Tiene tan mala sangre que no sería difícil que creyera que yo organicé ese robo para sacarle dinero. Un bicho maniático.

Roberto de la Cruz no pudo disimular una sonrisa. El ex inspector Herrera lo miró curiosamente.

—Cinco pesos a que se lo dijo, ¿verdad?

Roberto de la Cruz tiró un billete de cinco pesos sobre el mantel.

—Está usted en su noche de suerte.

Había llegado el coñac. La cena había sido en forma. Mientras preparaba su cigarro de hoja, el exinspector Herrera dirigió una profunda mirada a Roberto de la Cruz.

—Apártese del conde Schwartzemberg, amigo, apártese de él. Ese también está marcado.

Se despidieron bastante tarde.

c

Pasaron cinco días. El conde Schwartzemberg no apareció en los dos primeros. El terceró saludó con cierta frialdad a Roberto de la Cruz, sentado en su banca de siempre; el cuarto, al verlo allí, dio un rodeo pasando por detrás de la banca; el quinto, se detuvo a treinta pasos de él, dio media vuelta y echó a caminar presurosamente en dirección opuesta.

Roberto de la Cruz no acertaba a explicarse esta actitud. Había distribuido su tiempo de tal modo que pasaba horas enteras en su pequeño apartamiento, pensando, oyendo a menudo *El príncipe rojo* y fumando. Sabía que no podría trazar plan alguno mientras no entrara en la intimidad del conde Schwartzemberg pero cada vez se entregaba con mayor goce a las desorbitadas sensaciones que le producía aquella música. Cuando su cabeza flotaba en una atmósfera de fuego, él experimentaba un sentimiento de superación física. Era como un amor que ejercitaba, agotaba y luego renovaba sus fuerzas y sus nervios.

El sexto día, mientras desayunaba, desplegó el periódico sin interés. Lo primero que vieron sus ojos lo llenó de frío. Tiró el periódico, se quitó rápidamente la bata, se puso un saco, tomó un sombrero y salió al paso. Sabía que la señora de Cervantes vivía en las Lomas de Chapultepec, pero se detuvo en

el Parque Melchor Ocampo y llamó sin vacilar a la puerta de la casa de Felipe Inclán. Allí estaba la señora de Cervantes, vestida de negro, hablando con una voz apagada hasta hacerse angustiosa. Roberto de la Cruz tuvo que hacerla sentar y entonces formuló, quedamente, sus preguntas. Ella movió la cabeza afirmando con lentitud. Sí, era cierto. Todo era cierto. El coche en que la Nena y Felipe volvían de Acapulco se había volcado en la carretera. Felipe había muerto en seguida. No, la Nena estaba herida, pero parecía que no era cosa seria. Su esposo había salido ya a buscarla y a recoger el cadáver de Felipe. Era una desgracia horrible, pero, sobre todo, estúpida, inexplicable. Cosas que ella no entendía, que ella no podía entender. El dolor y el luto la hacían más delgada, más etérea, como si fuera a desvanecerse en ellos igual que una visión de sueño.

Roberto de la Cruz prometió estar en contacto, volver pronto; dejó su número de teléfono por si algo se ofrecía —le daría gusto servir de cualquier modo— y se despidió lleno de turbación. Inútilmente intentó analizar sus sensaciones. Sabía que Felipe Inclán, vivo o muerto, nada significaba para él; sabía que había borrado de su imaginación toda idea posesiva en relación con la señora de Cervantes y su hija. Sin embargo, no pudo apagar una inquietud que ardía en él como una tenue llama y que, horas después, parecía quemarlo.

Cuando volvió esa noche, el cuerpo y la joven viuda habían llegado ya. La señora de Inclán había sufrido lesiones, pero allí estaba, con un brazo vendado, puesto en cabestrillo en una mascada de gasa negra, que se destacaba discretamente sobre su traje de luto. Sus ojos sin expresión ofrecían el único indicio de que había pasado por un trance terrible. Por lo demás, parecía fría y hasta indiferente. Roberto de la Cruz encontró singular contraste entre la madre y la hija. Era la madre quien parecía la viuda, mientras que el cuerpo de la hija daba la impresión de palpitar de vida bajo la tela negra del traje. Era indudable, pensó Roberto de la Cruz, que aunque la imaginación sufría, y quizás el corazón también, el cuerpo se alegraba de vivir.

El entierro en el Panteón Francés fue muy concurrido. Mientras los sepultureros hacían bajar el féretro con las bandas que

giraban en sus carretillas, Roberto de la Cruz se apartó un poco para fumar. Buscaba su encendedor cuando alguien le puso una llama delante. Era el conde Schwartzemberg, más amarillo que de costumbre en su traje negro. Llevaba en la mano derecha un pesado anillo de oro cincelado con una gran amatista de matiz muy oscuro, una joya del siglo XVII. Cambió una mirada de condolencia con Roberto de la Cruz, y movió la cabeza con ese gesto de tristeza convencional que los hombres hacen ante lo irremediable. Se separaron en silencio.

Al salir del panteón, la señora de Cervantes, más dueña de sí que el día anterior, buscó a Roberto de la Cruz con la mirada. Sus ojos se cruzaron y ella le hizo seña de esperarla. Se acercó al cabo de un momento y le habló en voz baja, sin ninguna emoción particular.

—Vaya usted a vernos pronto y con frecuencia, señor De la Cruz. Por supuesto, la Nena se va a vivir con nosotros. No hemos querido que se quede sola en la casa del pobre Felipe. Le agradará hablar con usted, que fue amigo de infancia de su marido. Prométame que irá.

Él prometió con palabras que le parecieron torpes tan pronto como las hubo pronunciado. Experimentaba una molestia inefable al darse cuenta de que la liga que había querido romper era reanudada por las circunstancias. Mientras prometía en voz alta a la señora de Cervantes que iría a visitarla, se prometió a sí mismo no hacerlo.

Regresó a pie a su casa desde el Panteón Francés, saboreando la atmósfera húmeda de la tarde con cierto acre placer. Después de todo, quizás hubiera sido mejor no ir al entierro; pero el recuerdo de su encuentro con el conde cambió el curso de sus ideas.

d

Se levantó temprano y tomó el desayuno en el restaurante de la Terraza Azul del Hotel Reforma, donde se quedó largo rato leyendo en los diarios las notas sobre el entierro de Felipe Inclán. Sin buscarlo, pensó que no quedaba ya nada, fuera de él mismo que conociera su secreto deseo de llegar a ser un gran criminal. Pagó su cuenta añadiendo una propina gene-

rosa y caminó sin prisa por el Paseo; poniendo cierta coquetería en demorarse, porque estaba seguro de que el conde Schwartzemberg lo buscaría hoy. Cuando llegó a su banca habitual, encontró instalado en ella al conde, que daba vueltas a sus anillos mientras fumaba un cigarrillo colocado en una larga boquilla Dunhill, hecha de una sola pieza de marfil. Se saludaron como viejos amigos.

—Triste cosa, lo de Felipe —dijo el conde Schwartzemberg con un acento más extranjero que nunca.

Roberto de la Cruz movió afirmativamente la cabeza.

—Pobre Felipe —continuó diciendo el otro—, aunque quizás sea mejor así.

Roberto de la Cruz lo miró en busca de una explicación.

—Para ciertas gentes vale más estar muerto que casado.

Otra vez tenía aquel tono equívoco que no dejaba lugar a duda, pero recargado ahora por lo ofensivo de la alusión a Felipe Inclán.

—Hay personas así, que creen que casándose van a cambiar las cosas o a engañar al mundo. Una estupidez. Yo se lo dije a él antes de que se casara, pero no me hizo el menor caso. En fin... ¡pobre!

Roberto de la Cruz calló, disgustado. Luego miró las amarillas, sebosas, anilladas manos del conde Schwartzemberg y le preguntó por el anillo de amatista, del día anterior.

—¡Ah! ¿Se fijó usted? Es una maravilla —1640— fue de Luis XIII de Francia, según dicen. Aunque sea una amatista es una verdadera perla.

—¿Podría usted enseñármela alguna vez?

El conde dudó un momento.

—Presiento que usted y yo vamos a ser buenos amigos, dijo al fin. Venga usted esta tarde a tomar el té conmigo y se lo mostraré. Pero antes debo decirle algo. No sé si se dio usted cuenta de que había yo evitado saludarlo estos últimos días.

Esperó ansiosamente la respuesta. Roberto de la Cruz indicó que le había parecido extraño, pero que lo había atribuido a distracción.

—Diga usted más bien miedo.

—¿Miedo?

—Me es usted muy simpático. Lo había observado ya desde antes que nos presentara ese ladrón de policía. Pero yo soy un ser solitario, vivo como una ostra. Trato a muchas personas, claro; pero me da miedo tener un amigo íntimo. Además, me daba usted miedo por otra razón.

Roberto de la Cruz miró inquisitivamente. El rostro del conde Schwartzemberg pareció oxidarse más de pronto. Era su forma de ruborizarse.

—Por lo de Patricia Terrazas —dijo.

Y sin dejar tiempo de hablar a su interlocutor, añadió rápidamente:

—Pero usted no la mató, ya lo sé; está usted libre y han reconocido su inocencia. Perdóneme, era una tontería mía, una niñada... pero era interesante.

Se puso serio, su rostro volvió a parecer más oxidado y terminó:

—Quizás era sólo una cosa morbosa. Usted entiende. En fin, aquí esta mi tarjeta, con mi dirección. Lo espero esta tarde a las cinco. Sea puntual.

Se alejó con rapidez. Al mirar la tarjeta, Roberto de la Cruz vio que la dirección estaba escrita a lápiz con aparente premura. Parecía como si el conde hubiera escrito la dirección allí mismo, sentado en la banca mientras lo esperaba, y como si hubiera preparado toda esta curiosa escena.

Capítulo tercero

Crescendo

a

Roberto de la Cruz se levantó aquella mañana con un acre sabor de conciencia. Había tenido sueños que no recordaba bien, pero le habían comunicado la angustiosa sensación de estar perdiendo el tiempo. Lo que él necesitaba para tranquilizar su espíritu era acción, pensó mientras se afeitaba con su navaja libre. Pero, ¿qué clase de acción? Sabía que podía matar al conde Schwartzemberg en su apartamiento, como si tal cosa, a media plática, o abatirlo a tiros en el Paseo de la Reforma una de estas mañanas. Como los asesinos de películas. Pero no era eso lo que él quería. Y lo que se reprochaba era la ociosidad de su pensamiento, pues sabía que el pensamiento es acción. Estaba resuelto a matar al hombre amarillo que la casualidad le había hecho conocer. No necesitaba razón alguna para ello. Bastaba que existiera aquel ser sin merecerlo, y no lo merecía. Pero, ¿era el conde, en efecto, su objeto y destino?

Mientras desayunaba, todavía en bata después del baño, decidió que no le convenía cenar en casa de la señora de Cervantes. La invitación había sido tan insistente el día anterior, que Roberto de la Cruz no había podido negarse. Había cenado en la larga mesa del comedor, sentado a la derecha de la señora de Cervantes y frente por frente con su hija, la viuda de Felipe Inclán. A la luz del recuerdo, la cena había sido fría y se había hablado en ella de pocas cosas. Por un momento él sintió un calor inusitado en el pecho ante aquella imagen de la vida que se había forjado, entre las dos mujeres tan parecidas que todavía le daban un poco de vértigo, más semejantes por el luto que las dos llevaban. De nuevo tuvo aquella extraña impresión de que la madre parecía más afectada que la hija por la muerte de Felipe, sin que hubiera el menor detalle que permitiera suponerlo. El señor Cervantes estaba fuera de México. Al despedirse le pareció que la señora de Cervantes trataba de comprometerlo a regresar pronto, en tanto que la Nena le había sonreído desde una profundísima distancia. Recordaba todavía las negras siluetas gemelas en la verja de la casa, hasta donde lo habían acompañado. De nada le sirvió ir a jugar un par de horas en casa de Asuara con suerte desigual. Estuvo como obsesionado todo el tiempo. No debía volver. La belleza y el silencio de aquellas mujeres se interponían entre él y sus planes, dispersaban su tiempo, su pensamiento, su acción.

No fue a su banca habitual del Paseo de la Reforma, trocándola por otra en el Parque Mariscal Santa Cruz, en el lugar donde estuvo antes la estación de Colonia. Pasó largo rato pensando y fumando, y cuando se hubo aburrido echó a andar sin rumbo fijo por la Colonia Cuauhtémoc. Cansado después de un rato, abordó un coche y se dirigió a Chapultepec, ordenó al chofer que siguiera hasta el rancho del Chivatito y allí bajó. Su coche acababa de arrancar apenas cuando él recordó el consejo del ex inspector Herrera. Debía haber seguido hasta las Lomas para pensar allí. Echó a andar mecánicamente, deteniéndose unos metros más allá para encender un *Lucky*. Soplaba viento y no consiguió hacer funcionar su encendedor. Se volvió a todos lados, en busca de alguien a quien pedir lumbre, y de pronto vio venir dos hombres en dirección de él, que hablaban con gran animación deteniéndose en momentos como para puntuar su diálogo. Iba a esperarlos, pero, mirando mejor, reconoció el traje gris de vicuña, el rostro oxidado, la figura amarillenta del conde Schwartzemberg. Era un encuentro singular.

Volvió a mirar a los dos hombres para darse cuenta de si podía eludirlos. Se habían detenido a unos quince metros y hablaban gesticulando y manoteando. No lo habían visto. Buscó entonces un sendero lateral y se alejó un poco, reclinándose contra una barda. Allí esperó. Cuando los dos hombres pasaron, el otro iba hablando en voz baja, mientras el conde escuchaba con movimientos de impaciencia. Un momento Roberto de la Cruz creyó reconocer al otro. Era un hombre joven, delgado, bien vestido, a quien él había visto en alguna

parte, no hacía mucho. Pasados unos minutos volvió al sendero principal. Los dos hombres se habían perdido de vista. El viento había dejado de soplar, de modo que Roberto de la Cruz pudo dar fuego con su encendedor al cigarrillo que había conservado entre los dedos. Llegó hasta la calzada de las Lomas y tomó allí un coche que lo llevó al Centro. Dejó el auto en el Correo y caminó un poco indeciso, hasta que pensó comer en el Café de Tacuba. Tuvo que esperar ante la puerta para dejar el paso a una señora quien, a su vez, tuvo que detenerse para permitir que saliera otra señora que iba acompañada de un señor. Al verse de frente, las dos señoras prorrumpieron en ruidosas exclamaciones de alegría. Superando la dificultad suscitada por sus enormes sombreros, se besaron en la punta de los labios.

Roberto de la Cruz tuvo una repentina iluminación. El acompañante del conde Schwartzemberg era aquel joven equívoco que él había reconocido en casa de Patricia Terrazas, en una de sus visitas. Recordó después el encuentro en el restaurante de Chapultepec con él y con la señora madura que lo acompañaba, y el chisme que ésta le contó: Patricia Terrazas había querido quitarle a su Luisito. Luisito, claro, el de la metáfora del beso-bomba. Sonrió al recuerdo, pero en seguida se puso serio. Mientras ordenaba su almuerzo sintió agudamente hasta qué punto era equívoco aquel joven, y recordó la categórica afirmación del ex inspector Herrera, en el sentido de que el conde Schwartzemberg era un homosexual indudable.

b

Ahora comprendía el porqué de su forzada inacción. No había podido elaborar plan alguno porque nada sabía del conde, salvo exterioridades, y no tenía manías. La manía de coleccionar objetos de arte, la manía de ocupar dos apartamientos, la manía de pasear por la Reforma. Pero lo demás era insondable. Sin la coincidencia de esta mañana. Roberto de la Cruz no se habría dado cuenta del problema con tanta claridad. Recapacitó

En diez días había tomado el té tres veces con el conde. "El

té" era un eufemismo. Él había tomado un *highball* y el conde una taza de chocolate con soletas, o bien un *highball*. Las visitas habían tenido lugar en lo que podía llamarse el domicilio social del hombre amarillo. Era un apartamiento pequeño, cómodo, bastante simple, con mobiliario Primer Imperio. Roberto de la Cruz no había visto sino la sala. Había una criada vieja, vestida de negro, que parecía una beata o una monja, silenciosa, de ojos apagados y de piel casi tan amarilla como la de su amo. Por dos o tres frases del conde era fácil colegir que se encargaba del aseo del apartamiento y que se marchaba temprano. Roberto de la Cruz recordó que en su tercera visita había llegado a las cinco y media, y que el propio conde le había abierto la puerta diciendo una frase vaga en el sentido de que esa tarde su sirvienta se había marchado más temprano que de costumbre.

Reunió lo mejor que pudo sus recuerdos del edificio. Era entresolado y tenía sólo cuatro apartamientos: uno en cada uno de los pisos primero y segundo, y dos en el tercero. El del conde estaba en el primer piso. Los sótanos, según parecía, eran varios, bastante amplios, y constituían en toda evidencia el lugar más indicado para contener las colecciones del conde. Faltaba saber si existía alguna comunicación entre los sótanos y el apartamiento del primer piso, aunque parecía lógico, si el cálculo era exacto, que la hubiera.

Roberto de la Cruz mató el tiempo viendo escaparates hasta las seis y veinte de la tarde. A esa hora tomó un coche. La intensidad del tránsito lo demoró quizás doce o quince minutos, de manera que eran más de las seis y media cuando llamó a la puerta del apartamiento del conde Schwartzemberg. Oprimió el timbre varias veces, a intervalos de un cuarto de minuto, y nadie vino a abrir. Entonces bajó la escalera, cruzándose en ella con una criada que llevaba una botella de leche y una bolsa de pan. Abajó miró a todos lados. Las puertas de los sótanos estaban cubiertas con cristales esmerilados y no se veía luz alguna detrás de ellas. Sin embargo, en la de la derecha, al fondo, le pareció percibir un destello. Quizás era sólo el reflejo de la luz del vestíbulo de entrada, que daba sobre la escalera. Después de un momento se decidió a llamar. No encontró botón alguno, de modo que llamó con los nudillos

de los dedos. No hubo respuesta. Insistió, no obstante, aumentando el número y la fuerza de los golpecillos. De pronto, cuando iba a llamar de nuevo después de una pausa, la puerta se entreabrió silenciosamente.

—Perdone usted —empezó a decir Roberto de la Cruz.

Recibió en el rostro un airado tumulto de palabras, en el que percibió una alusión a la circunstancia de que el portero no vivía allí y de que más le valía ir a molestar a otra parte en vez de perturbar así a las personas que estaban ocupadas y no podían estar abriendo la puerta a cualquiera a quien le diera la gana venir a...

—¡Cómo! ¡Es usted!

El conde Schwartzemberg había asomado la cabeza, reconociendo a Roberto de la Cruz. Le estrechó vivamente la mano, haciéndole una amistosa seña de que esperara; cerró la puerta. Un segundo después, el destello de luz desaparecía, y otro segundo más tarde, el conde, que parecía muy nervioso, salió, procurando entreabrir la puerta lo bastante apenas, y la cerró dando vuelta a dos llaves. La puerta tenía dos cerraduras.

—No tenía idea —dijo Roberto de la Cruz mientras subían la escalera; el brazo del conde, apoyado en el suyo, le comunicó una desagradable sensación de calor— no tenía idea de encontrarlo a usted aquí. Vine a saludarlo, y como nadie me abrió pensé buscar al portero para preguntarle si tardaría usted mucho.

La explicación era insuficiente. Roberto de la Cruz lo sabía, y el conde se tomó su tiempo antes de contestar.

—Mi sirvienta se marcha a las seis. No me gustan los criados: espían y hacen chismes. ¿Qué deseaba usted?

—Nada más que saludarlo —dijo Roberto de la Cruz.

El conde pareció dudar.

—Pero temo que le he interrumpido en algo importante, y prefiero volver otra vez.

—No, no —dijo el conde.

Parecía como si tratara de contenerse. Añadió:

—Ahora ya estamos aquí. Quédese usted. Tomaremos un vaso de oporto, ¿o prefiere usted un *highball*?

—En realidad, venía con la intención de invitarlo a cenar —mintió Roberto de la Cruz.

El conde pareció agradablemente sorprendido, pero en seguida se mostró desolado.

—No, no puedo hoy, se lo agradezco, pero hoy no es posible. No es posible.

Era indudable que algo le ocurría. No era sólo la molestia de haber sido interrumpido en lo que estaba haciendo. Repitió:

—No es posible. Esta noche me ha invitado ya un amigo a cenar.

—Lo siento —dijo Roberto de la Cruz haciendo ademán de levantarse.

—No, no se vaya usted. Me alegro de que haya venido.

Sirvió dos *highballs* con manos temblorosas. Después de que los dos hombres hubieron dado un trago, el conde se llevó la mano al bolsillo de su saco gris y extrajo de él un objeto que colocó en la palma de su mano izquierda mostrándolo a Roberto de la Cruz.

—¿Qué le parece? ¡Dígame qué le parece!

Era un camafeo italiano bastante antiguo, rodeado por un cerco de rubíes iguales, espléndidamente tallados, que parecían granos de granada en fuerza de vivos y extraordinarios.

—Es precioso —dijo Roberto de la Cruz.

—¡Precioso! ¡Esa es la palabra! —repitió el conde—. Pues bien, van a robármelo.

Roberto de la Cruz se echó a reír.

—No se ría usted.

—Si sabe usted que van a robárselo, puede impedirlo.

El conde movió la cabeza.

—No, no. Usted es mi amigo, ¿verdad? ¿Verdad? —Había una especie de imperiosa súplica en su voz, si esto puede expresarlo. El otro afirmó con la cabeza, no atreviéndose a mentir.

—Pues la persona con quien voy a cenar no es amigo, es un sinvergüenza... un —se mordió los labios, tragando sus palabras— sinvergüenza. Cometí la estupidez de enseñarle algunas cosas y quiere esto. Se ha encaprichado por esto como una puta. No sé qué hacer. Si no se lo doy, es capaz de... ¿Usted me ayudaría?

—Si puedo —repuso fríamente Roberto de la Cruz.

—Entonces dígame qué debo hacer. No quiero darle esto, preferiría darle dinero.

—¿Él sabe lo que vale?

—No, es un tonto, se ha encaprichado.

—Déle usted una imitación.

El conde se levantó irritado.

—No hay tiempo. Tiene que ser esta noche. Si no...

—¿Teme usted que le haga algún daño?

—No, no, no es eso. Es otra cosa. No puedo decírselo.

Algo inconfesable y equívoco pareció plasmarse en el ambiente. Roberto de la Cruz creyó adivinar todo lo que el conde callaba, y sintió un desagrado invencible. Se levantó a su vez:

—No veo cómo pueda ayudarlo entonces.

—Muy fácil, muy fácil.

Aquella repetición continua de las palabras crispaba los nervios a Roberto de la Cruz.

—Muy fácil. Yo le dije a él que no era mío, que era de otra persona, que trataría de comprarlo. ¿Quiere usted pasar por el dueño?

Roberto de la Cruz lo miró profundamente.

—¿Con qué objeto?

—Para decirme, delante de él, que no lo quiere usted vender.

Esperó ansiosamente. Roberto de la Cruz sonrió al cabo de un momento. El conde no lo dejó hablar, estrechándole cálidamente la mano.

c

El bar del Ritz estaba lleno. Había mujeres elegantes que se codeaban casi con los ocupantes de las mesas vecinas. En un extremo, un norteamericano gordo y rojizo hablaba ruidosamente por teléfono, mientras una mujer con líneas de galgo ruso fumaba impasible a su lado. Los camareros tropezaban con los clientes al transportar sus charolas llenas. Las voces no eran particularmente altas, pero el murmullo era ensordecedor. En una de las mesas del centro estaba sentado un ministro con dos senadores.

El conde Schwartzemberg se alzó sobre las puntas de los pies.

—¡Ah! ¡Allí! —dijo empezando a abrirse paso.

Roberto de la Cruz lo siguió con esfuerzo hasta el fondo. Allí, ante una mesa, estaba sentado el joven que acompañaba por la mañana al conde. Era, en efecto, el que Roberto de la Cruz había conocido en la casa de Patricia Terrazas. Vestía con gran aliño, y su pelo estaba peinado y asentado con tan exquisita perfección, que parecía que un solo cabello fuera de su sitio habría revestido las proporciones de una catástrofe.

El conde empezó a hacer las presentaciones, pero el joven las apartó con su ademán. Explicó que se conocían y dónde se habían conocido, añadiendo la expresión de su sincera simpatía por las molestias que aquella maldita vieja había causado a Roberto de la Cruz. A pesar de su desenvoltura, era visible que le molestaba en alto grado la presencia de este último allí. El conde se dio cuenta en seguida y pareció muy turbado. Cuando al fin tuvieron delante sus *highballs*, Schwartzemberg explicó que Roberto de la Cruz era el propietario del camafeo y que se negaba a venderlo. Luisito se mostró tan sorprendido como desolado. Vibraba incluso cierta indignación en su voz.

—¡Es adorable, verdaderamente adorable! —dijo—. No puede usted negarse a venderlo. ¡No puede usted!

—Es una joya de familia —repuso Roberto de la Cruz, divirtiéndose un poco.

—¡La familia! ¡Y qué es la familia más que un monstruoso estorbo? ¿No ha leído usted a Gide? Hay que romper con la familia y con los recuerdos de la familia, borrar hasta el último recuerdo de la familia.

—No puedo venderlo —persistió Roberto de la Cruz—, porque, además, me gusta mucho personalmente.

Gozaba interiormente viendo las diversas expresiones de Luisito y del conde. En aquél había una obstinación próxima a la cólera; en éste, una involuntaria placidez.

—Le pagaremos cualquier precio por él, ¡cualquier precio! ¿Verdad, conde?

—Cualquier precio no —protestó el conde tomando de pronto la cosa en serio—, cualquier precio no. ¿Cuánto es lo menos que quiere usted, señor De la Cruz?

Roberto de la Cruz se hizo el desentendido y llamó al camarero ordenando tres nuevos *highballs*.

El joven volvió a insistir; el conde trató de disuadirlo.

—Te aseguro que podemos comprar algo mejor, mucho más bonito. Tú tienes buen gusto, elige lo que quieras y yo te daré el dinero.

Luisito apuró su *highball* de un trago.

—Es inútil. Conste que te lo advertí. Entonces no hay nada de lo dicho.

Se levantó inesperadamente y con un seco "Buenas noches" empezó a abrirse camino hacia la salida. El conde se levantó trás él, completamente perdido, oxidado hasta el límite; dio unos pasos con gran trabajo; y con mayor trabajo los desanduvo. Cuando llegó de nuevo a la mesa estaba congestionado:

—Déme usted eso —dijo—, ¡démelo!, ¡démelo!

—¿Se olvida usted de nuestro trato?

—¡Démelo! ¡Véndamelo!

Roberto de la Cruz se echó a reír.

—A ningún precio —dijo poniendo el camafeo en las manos sebosas del conde.

Schwartzemberg echó a correr por entre las gentes, tropezando aquí y allá. Roberto de la Cruz lo siguió con la vista sin dejar de reír. Pagó la cuenta y se levantó. Al levantarse, a través del cristal vio cómo el conde Schwartzemberg alcanzaba a Luisito en la acera opuesta, cerca del cine Rex, y cómo lo asía por un brazo. La expresión del joven cambió radicalmente. Roberto de la Cruz lo vio sonreír, y un coche que se detenía ante el cine ocultó de su vista a los dos sujetos; cuando el coche reanudó su marcha, habían desaparecido. Volvió a reír.

—Está usted de buen humor hoy —dijo una voz al lado de Roberto de la Cruz.

—Y usted parece estar en todas partes —repuso estrechando la mano del ex inspector Herrera.

—Pero yo no soy como Dios y como el conde: a mí sí me pueden ver. ¿Se toma un *highball*?

Se sentaron a la misma mesa que ocupaban antes los tres hombres, y ordenaron.

—¿Por qué tanta risa? —preguntó el ex inspector Herrera preparando su inseparable cigarro de hoja.

Roberto de la Cruz le contó la historia, omitiendo las razones personales de su visita a Schwartzemberg. El ex inspector Herrera sonrió con cierto disgusto y, al terminar, Roberto de la Cruz se dio cuenta a su vez de que no había de qué reír. El asunto era de lo más desagradable.

—Apártese de ese conde —dijo el ex inspector Herrera—. Le va a dar un disgusto un día de estos. ¿Y cómo era el jovencito ése?

Roberto de la Cruz lo describió explicando la forma en que lo había conocido. El ex inspector Herrera pidió la cuenta.

—Hum —hizo—. ¿Va usted esta noche a la casa del gordo?

—No sé todavía. No tengo muchas ganas.

—Si va, allá lo veo —dijo el ex inspector Herrera alejándose con brusca rapidez.

d

Roberto de la Cruz se detuvo, indeciso, ante el teléfono. Marcó al fin un número, pero en seguida cortó la comunicación. Buscó un pequeño libro forrado de piel, marcó otro número y esperó. Una voz agradable contestó al cabo de unos instantes. Él saludó, identificándose.

—¡Qué milagro! —dijo la voz de la mujer.

—¿Quieres cenar conmigo?

—Encantada. Tenía un compromiso, pero voy a romperlo en seguida.

—Pasaré por ti dentro de un cuarto de hora.

Colgó, satisfecho de haber tenido aquella idea. Era la mejor fórmula para disolver en su cabeza la tentación de llamar a la señora de Cervantes. Recogió a Lavinia en su apartamiento de la Plaza Melchor Ocampo. La mujer parecía alegre de estar con él, se mostró locuaz y risueña, hablando con interminable satisfacción de su apartamiento y de lo mucho que se lo envidiaban sus amigas. Cenaron agradablemente en "El Oriental", observando a los viejos jugadores de ajedrez que sostenían una partida interminable, y de sobremesa Roberto de la Cruz tuvo otra idea. Echó una ojeada a su reloj. Eran las diez y media.

—¿Quieres que vayamos a bailar un rato?

Ella pareció arrebatada. Era temprano, pero fueron a "Los

Cocoteros'' y luego a ''El Patio'', donde se quedaron un buen rato, charlando, bebiendo cremas y bailando. Él explicó, pasada las doce:

—Tengo interés por conocer otro lugar del que me han hablado mucho. ¿No te importa ir allá?

—¡Estábamos tan bien aquí! —suspiró ella—. Pero tú mandas. No me digas siquiera a dónde es.

Tomaron un coche. Roberto de la Cruz ofreció y encendió los cigarrillos después de dar la dirección al chofer. Cuando el coche se detuvo y bajaron, Lavinia se volvió a mirar a Roberto de la Cruz con cierta extrañeza.

—¿Aquí?

Bajo el anuncio luminoso de gas neón, y obstruyendo la puerta, había gran número de individuos, aparentemente conductores de carros de alquiler, y algunas mujeres inmoderadamente pintadas y vestidas con dudosos, lastimosos trajes de noche. Se abrieron paso y entraron al fin en un gran salón adornado, a la antigua usanza mexicana, con cintas y flecos de papel de china de colores fuertes. A un lado del enorme salón estaba la barra, y a lo largo de las paredes había numerosos compartimientos *pullman*. La orquesta, muy buena, tocaba un son cálido y acentuado. Las luces azules y rojas herían los ojos, prestando al lugar una especie de falsa intimidad. La concurrencia era numerosa y variada. Por una parte, había bastantes mujeres, vestidas de modo desigual, pero pintadas con una clownesca uniformidad —*changuitas,* o *señoritas*, como se les anuncia—, encargadas de atender a los consumidores. Muchas tronaban el chicle al bailar y todas sostenían entre sus manos los sombreros de sus compañeros de baile, que eran, en lo general, tipos de obreros, de golfos o de esa variedad nueva en la fauna del vicio mexicano que, aunque tiene mucho del antiguo ''cinturita'', se distingue por una connotación de orden cinematógrafico: el ''tarzán''. El cine ha influido sobre su rostro, su cuerpo y su traje, prestándole una semejanza caricaturezca con el Tarzán de la pantalla, y confiriéndole un porte especial, un rizo caído sobre la frente y un grito de reclamo, en el sentido figurado.

Había, por otra parte, un gran grupo de personas vestidas de noche, ''apretados'' en busca de emociones fuertes en aquel

medio, que seguían la moda de ir de tugurio en tugurio por las noches, *slumming*, como dicen sin preocuparse por encontrar un equivalente español a la palabra.

En una de las mesas, una norteamericana alta y gruesa, de cabellos blancos, gritaba algo con voz pastosa. Aquí y allá había periodistas, escritores, pintores, ya sentados en los compartimientos, ya de pie junto a la barra, bailando con mujeres de sociedad y con niñas bien.

—¿Cómo se llama esto? —preguntó Lavinia mientras se sentaban—. Nunca había venido.

—Es el cabaret ''Leda'' —dijo Roberto de la Cruz llamando a un camarero.

Las bebidas no parecían auténticas, ni tampoco el ambiente, pero Roberto de la Cruz y Lavinia bailaron un par de piezas. Él parecía buscar a alguien con los ojos, tan insistentemente que ella lo miró en busca de una explicación.

—Esperaba encontrar aquí a unas personas —dijo él, excusándose.

La orquesta había dejado de tocar. Las parejas afluyeron hacia las mesas. Había muchos hombres de aspecto equívoco, pero ni el conde Schwartzemberg, ni su compañero aparecieron por parte alguna. Roberto de la Cruz se decidió a interrogar al camarero. Hizo una descripción minuciosa del conde, pero el mozo no lo conocía. Sin embargo, dijo que iba a informarse, y un momento después volvió con nuevas bebidas y acompañado por otro camarero, de pequeña estatura, que se hizo repetir las señas del conde.

—¡Ah! —dijo después de reflexionar—. ¿Cómo se llama?

Roberto de la Cruz pronunció el nombre con cierto recelo. El camarero se sonrió.

—¡Ah, sí! Ese que le dicen el conde. Sí, sí, ya sé. También le dicen *Catorce Letras*. Sí. Estuvo un rato más temprano, pero se fue con un amigo.

—¿Sabía adónde?

—Yo les serví. Creo que les oí decir que se iban al Club de los Locos.

Ante la pregunta de Roberto de la Cruz, aclaró:

—El Club de los Locos es un cabaretito que está en Santa María la Redonda.

Roberto de la Cruz pagó la cuenta, dio propinas a los dos camareros y se volvió hacia Lavinia.

—¿No te importa ir allá conmigo? ¿No estás cansada?

—Me he divertido mucho —repuso ella—, sobre todo con el truco del sombrero.

Cuando salieron, los choferes se precipitaron hacia ellos ofreciéndoles sus servicios en una abigarrada gritería de la que sobresalía sólo: "¡Peso la dejada!" Roberto de la Cruz eligió a uno.

—¿Sabe usted dónde está el Club de los Locos?

—Cómo no, jefe. Suba usted.

—Parece ser que allí no admiten señoras. En su lugar yo no iría a un sitio como ése —dijo una voz a su lado.

Roberto de la Cruz se volvió, electrizado, lleno de auténtica irritación.

—¿Otra vez usted? —dijo.

—Tanto gusto, señorita.

El ex inspector Herrera saludó sonriendo a Lavinia. Roberto de la Cruz hizo las presentaciones de mala gana.

—No lo sigo a usted —dijo el otro excusándose—. Ando en un negocio. Pero le aconsejo seriamente que no vaya al Club de los Locos. Está bien para amigos como los del camafeo, pero no para usted.

—Allí están precisamente —contestó Roberto de la Cruz.

—Gracias.

El ex inspector Herrera se metió sin ceremonias en el coche con la portezuela abierta que esperaba a Roberto de la Cruz.

—Después de todo —dijo éste—, creo que tiene razón Herrera.

Tomó otro coche y llevó a Lavinia a bailar una última pieza al *Tap room* del Reforma, que parecía oscuro y desteñido en comparación del "Leda". Luego la llevó a su casa. Ella quiso hacerlo entrar, con una insinuación conmovedora en los ojos, pero él se excusó. Eran más de las dos y media de la madrugada.

Volvió a su casa en el mismo coche y se acostó en seguida. Estaba decidido a terminar cuanto antes con el asunto del conde Schwartzemberg. Esa noche no soñó nada.

Capítulo cuarto

La coda del vals

a

Aquella presencia casi ubicua del ex inspector Herrera llamó poderosamente la atención de Roberto de la Cruz; pero estaba demasiado preocupado por sus descubrimientos recientes para dedicarle su pensamiento. Era indudable que el conde Schwartzemberg llevaba una vida doble o triple. En primer lugar, tenía aquel apartamiento accesible a todo el mundo; luego sus colecciones, substraídas a la vista de sus propios amigos; finalmente, era conocido en los cabarets dudosos, y concurría a lugares frecuentados de modo casi exclusivo por homosexuales. Roberto de la Cruz sonrió involuntariamente recordando la despedida del conde el día que debía asistir a una comida "de hombres solos". ¿En cuál de sus tres ambientes debería matarlo? Eliminó inmediatamente el tercero. Le repugnaba seguir o acompañar al conde a sus guaridas nocturnas. Quedaban los otros dos; debía entrar en los sótanos. Le parecía que era allí donde podría conocer totalmente al conde Schwartzemberg; pero le faltaba un pretexto. Pensó, por un momento, comprar su acceso con algo. Pasó la vista por las pocas joyas y objetos de arte que poseía; evocó luego los que había visto en los escaparates de los grandes anticuarios, y acabó por encogerse de hombros. Era pueril.

Salió de su casa con la certeza de encontrar al conde en el sitio usual, y sintió un desencanto excesivo al comprobar que se había equivocado. Se detuvo, indeciso, sin saber qué hacer, cuando le llamó la atención la figura de un hombre que atravesaba el Paseo de la Reforma eludiendo los coches que pasaban vertiginosamente en las dos direcciones. A pesar de que el hombre llevaba un abrigo de entretiempo, le pareció

reconocer al conde, y cruzó la bocacalle en seguimiento suyo, manteniéndose a veinte pasos de él. Lo vio entrar en la calle de Praga y cuando llegó a la esquina no encontró rastro alguno de él. Probablemente había entrado en alguna casa. Pero no. Saltaba a la vista que estaba en la iglesia del Santo Niño.

Roberto de la Cruz sintió un frío extraño al penetrar en la capilla. Hacía mucho tiempo que no pisaba una iglesia, exceptuando el día de la boda de Felipe Inclán, pero entonces había sido otra cosa. Pensó en su viejo dilema: ser un gran santo o ser un gran criminal, y sonrió. No era un místico, pero gustaba de la poética liturgia de la iglesia romana, que tantas relaciones tiene con los sueños. Descubrió a su hombre arrodillado en uno de los bancos. Ahora que no tenía sombrero, pudo reconocer perfectamente la cabeza amarilla y sebosa. Se sentó en el último banco y observó al conde. Rezaba con un fervor extraordinario y, siguiendo los episodios de la misa, se signaba, se levantaba, se arrodillaba, tomaba asiento, se golpeaba el pecho con unción y, de pronto, alzó los brazos, haciendo el signo de la cruz con ambas manos, y permaneció así largo rato, como en éxtasis. Roberto de la Cruz no esperó el fin de la misa.

Le agradaba el ambiente de la iglesia, pero se sintió mejor en la calle, bajo el tardío sol que asomaba perezosamente. Los árboles y el césped del Paseo seguían en pleno verdor, aunque en diversos puntos había parches rojizos que denunciaban el paso discreto del otoño. Algunas hojas secas, esparcidas por el suelo como por un *metteur en scène* impresionista, completaban la ilusión de la estación nueva.

Roberto de la Cruz echó a andar lenta y descuidadamente, haciendo lo posible para dejarse alcanzar por el conde, si acaso tomaba el mismo camino que él, mientras pensaba con encarnizamiento en algún medio que le permitiera visitar las colecciones del hombre amarillo. Ni una vez se volvió, aunque a menudo hacía breves pausas entre sus pasos. Al cabo oyó tras él un paso presuroso y en seguida aceleró un poco el suyo y siguió aumentando su velocidad hasta la esquina siguiente. Podía oír los pasos que seguían, cortos y rápidos. En la esquina se volvió para ver si podía cruzar sin peligro, y atravesó rápidamente la bocacalle hacia la otra acera, en la cual se dejó alcanzar por fin. El conde estaba jadeante, de modo que se sentaron en una banca después de cruzar un saludo.

—Tengo que presentarle mis excusas de nuevo —dijo el conde Schwartzemberg—. Ya se habrá usted dado cuenta de que soy un hombre muy débil. No debió usted darme el camafeo anoche.

El otro esbozó un ademán de protesta, pero el conde no dejó hablar.

—Ya lo sé, ya lo sé. Usted no tuvo la culpa. Usted no pudo apartarme de eso, no pudo. Yo tampoco pude evitarlo; pero estoy arrepentido, se lo juro. Creo que a veces vale la pena pecar por la gloria de arrepentirse.

Añadió, con un sonriente suspiro:

—Vengo de misa.

Roberto de la Cruz sintió pasar un estremecimiento por su espina. Quizás sería interesante pensó, quizás valdría la pena matarlo en la iglesia. La parecía nuevo.

—Y como estoy arrepentido —siguió el conde—, quiero portarme bien. Usted me hizo un favor ayer...

Esta era la ocasión que él buscaba. Dijo rápidamente:

—Entonces usted puede hacerme otro a mí.

—El que usted quiera, el que usted quiera —contestó el conde con énfasis —. Pero antes deseo pedirle que venga a ver mis colecciones. Sí, hoy mismo. A la hora que le acomode más.

b

Fijaron las cuatro para la visita, que duraría bastante. El conde había consentido en cenar con su visitante después. Roberto de la Cruz se preparó con gran cuidado mientras miraba danzar las figuras de su caja de música al compás de *El príncipe rojo*. Desde luego, no sabía si la cosa podría ser hoy. Era preferible hacerse simplemente el ánimo de explorar. Era mejor no esperar demasiado. Entonces, súbitamente, se planteó un problema que no le había venido nunca antes a la cabeza. Era un problema de conciencia que no se le presentó en el caso de Patricia Terrazas. ¿Permitiría o no que el conde supiera quién le daba muerte? Había que pensarlo bien, sin decidir a la ligera. Otra cosa. Valía más limitar esta primera visita a la exploración del terreno, puesto que estaba firmemente de-

cidido a no dejar ninguna huella esta vez. En el caso anterior había tenido el sueño, no la realidad; había buscado la publicidad en vez de la satisfacción interior. Ahora sería todo lo contrario. No tenía ningún complejo de vanidad ya. Era bastante realizar una acción gratuita que le parecía indispensable para completar su propia vida. Guardó su caja de música.

A las cuatro menos cuarto estaba listo para salir. Tomó su sombrero y se dirigió a la puerta. Tenía tiempo. En ese momento sonó el timbre. Abrió con la idea de que sería algún vendedor, o la criada que volvía, y que habría olvidado su llave; pero se quedó pasmado mirando de hito en hito a la señora de Cervantes, vestida de luto, que le sonreía parada ante la entrada de su apartamiento. Hizo un automático ademán de invitación, pero ella se excusó con una sonrisa.

—¡Qué suerte encontrarlo! Vengo a darle una molestia.

Él la miró, esperando.

—Vengo a llevármelo. La Nena está en el coche. Tenemos que ir a la casa de Felipe por unos papeles que ella necesita con urgencia, y me siento sin valor para dejarla ir sola, y sin valor para acompañarla yo sola.

Volvió a sonreír como quien solicita indulgencia.

—Creí que usted no tendría inconveniente en acompañarnos.

Roberto de la Cruz sintió un furioso impulso de negarse, pero de negarse violenta, groseramente, desahogando en su negativa todos los secretos y encontrados sentimientos que había acumulado en torno a la madre y la hija. Pero la señora de Cervantes había empezado a bajar la escalera, caminando tan majestuosa, tan divinamente como siempre, y él se sintió sin armas contra toda la graciosa dignidad que emanaba de ella. Asomada a la ventanilla de la gran *limousine* estaba la Nena Cervantes. Sonrió luminosamente al ver aparecer a la madre acompañada de Roberto de la Cruz.

—Se diría —pensó él—, que vamos a un día de campo.

Antes que pudiera pensar más, se encontró sentado en el coche que empezó a rodar con pausas, sentado entre las dos mujeres idénticas y enlutadas, como tantas veces había soñado verse. Sin embargo, no pudo menos que echar una ojeada a su reloj.

—Pero si tenía usted algo que hacer debió decírmelo —dijo

la señora de Cervantes con su mágica voz—. ¿Quiere que lo llevemos a algún lado? No tiene importancia para nosotras, y no queremos servirle de estorbo.

Él se sintió hecho un tonto. Balbuceó unas palabras explicando que tenía una cita, pero más tarde, y cobrando alientos añadió con energía que estaba encantado de acompañarlas. Eran las cuatro cuando llegaron a la casa del Parque Melchor Ocampo. La señora de Cervantes y Roberto de la Cruz permanecieron en el despacho de Felipe Inclán mientras la Nena subía a buscar aquellos papeles en la recámara. Charlaron un cuarto de hora quizás.

—¿Cómo es que siendo usted mi inquilino —preguntó ella de pronto— no vive en mi apartamiento? Sé que pagó usted un año adelantado a Felipe.

—Lo tomé para una persona amiga mía — replicó él con cierta sequedad.

—¿Aquella amiga con quien lo encontré una vez?

La pregunta estaba tan enteramente desprovista de malicia, que él se arrepintió de su sequedad y afirmó con la cabeza.

—Es muy atractiva —dijo ella, y siguió hablando de otra cosa.

La Nena entró en el despacho explicando que no había encontrado lo que buscaba.

—Me da no sé qué registrar su escritorio —dijo con voz fresca pero matizada de timidez—. ¿No querría usted ser tan amable?

Le tendió las llaves.

—Buscó la poliza de seguro de Felipe.

Y con cierta turbación añadió:

—Yo no sabía que él estaba asegurado, la compañía me ha escrito pidiéndome la póliza.

Roberto de la Cruz abrió los cajones del escritorio y los registró metódicamente. Todo estaba en un orden perfecto, como si el destino de Felipe Inclán hubiera sido sólo nacer para arreglar aquellos papeles y morir en seguida, por no ser ya necesario para ellos. Encontró pronto un gran sobre que contenía la póliza, y lo tendió a la joven viuda.

Cuando salieron eran las cuatro y veintinueve.

—¿Quiere usted tomar una taza de té con nosotras? —propuso la señora de Cervantes—. Es decir, ¿si le queda tiempo todavía.

Él iba a rehusarse cuando la Nena intervino.

—Hay un salón de té cerca de aquí —dijo—. No hemos ido al Centro desde lo del pobre de Felipe, pero creo que allí no nos encontraremos con nadie. ¿Verdad que acepta usted?

Con la última frase dio de pronto a Roberto de la Cruz la impresión de que por primera vez salía de una especie de sombra para colocarse en plena luz. Y su sonrisa era irresistible, más encantadora y más profunda que la de su madre. Ante el silencio de él, subieron al coche, que tomó el camino del Paseo de la Reforma. Tomaron el té en un pequeño salón vacío, charlando de todo y de nada con discreta animación. Roberto de la Cruz se olvidó de la hora. Cuando se despidió de ellas eran casi las seis y cuarto.

En pocos minutos llegó, caminando, al apartamiento del conde Schwartzemberg. Tocó inútilmente arriba, esperando varios minutos, y entonces se decidió a bajar y a llamar a las puertas de los sótanos. No había asomo de luz. Probó las puertas una a una, sin que nadie abriera. Lleno de un furioso despecho, paseó durante más de una hora por la calle sin que el conde llegara a aparecer. Volvió entonces a su apartamiento, por el que caminó de arriba abajo hasta rendirse de cansancio y de cólera. No cenó, acostándose temprano, y tuvo malos sueños. Despertó varias veces, la última a las tres y media de la madrugada, y no pudo volver a dormir.

Se levantó a las siete, molido, deshecho, con deseos de destruir algo, pero sin fuerzas para hacerlo.

c

El tiempo le pareció atrozmente lento en la mañana. Cada vez que sacaba el reloj le parecía ser víctima de un místico fraude al comprobar que no habían pasado más que unos minutos en tanto que él había hecho y deshecho planes, recogido y desechado ideas bastantes a llenar toda una vida. Había observado ya esa lentitud del tiempo cuando el día sucede a la vigilia por el placer o por el dolor, o a la noche llena de pesadillas que arrojan al durmiente del lecho acalorado, o al insomnio que parece un baño interminable. Varias veces pensó en salir, acariciando el pensamiento un minuto quizás antes

de rechazarlo. Necesitaba rehacerse, concentrarse, acabar con aquella extraña dispersión que sentía en su espíritu. El recuerdo de la Nena Cervantes lo acosó insidiosamente. La razón era sencilla: el día anterior había descubierto que era una joven, que la vida de su cuerpo y de su imaginación tenían un ritmo, un sabor diferente, algo que no duraría y que había que asir desde luego o nunca. Pensó en los poetas que han cantado la vida breve de la rosa, y comprendió el símil plenamente por primera vez. Se dio cuenta de lo pasajero de los bienes del hombre, que son su cuerpo y su juventud, y comprendió que él no era joven ya, y sintió deseos de abofetearse. Ninguna mujer valía el destino de un hombre, ninguna mujer valía por un buen crimen.

Aplastó con el pie un cigarrillo a medio consumir, abandonando toda medida, y sintió que le hubiera gustado hacer otro tanto con la imagen de la mujer y aun con la mujer misma. Un poco más tranquilo, preparó su programa para aquella tarde, aunque tenía que contar con el azar de que el conde no estuviera en su apartamiento.

Se vistió con cuidado, insistiendo en los pequeños detalles, y dudó largo rato ante dos corbatas de distintos tonos de azul, como si nada más hubiera tenido en la cabeza. Se hizo llevar la comida a su casa, y después de comer caminó mientras consumía dos cigarrillos, para entonar su cuerpo. A las cuatro en punto de la tarde, sin haberse dado la menor prisa, oprimía el timbre del apartamiento del conde Schwartzemberg. Le abrió la sirvienta, que le indicó con su voz apagada, como envuelta en algo, que tomara asiento. Lo hizo encendiendo un nuevo *Lucky* y mirando sin gran interés los tapices y grabados de la pared. Todos eran de la época de los muebles —Primer Imperio— aunque alguno reproducía un original de Delacroix. El conde tardó unos cinco minutos en presentarse. Su actitud era insondable, aunque parecía más amarillo que nunca. Quiso decir algo, pero Roberto de la Cruz no le dio tiempo. Expresó su satisfacción ante el inesperado privilegio que el conde le concedía al permitirle visitar sus colecciones. Tenía tal ansiedad por verlas que quizás había llegado demasiado pronto. Sacó el reloj, que marcaba las cuatro y siete minutos. El conde Schwartzemberg lo escuchó con un asombro

creciente. Dos o tres veces abrió la boca sin emitir sonido alguno.

—Yo lo esperé a usted ayer una hora y media —dijo al cabo—, la cita era para ayer.

Imposible. Aquello era imposible. ¿Cómo iba Roberto de la Cruz a olvidar una cosa así, a trastrocar las fechas en esa forma en su cabeza: No podía creerlo, tenía demasiado interés para... El conde insistió, él se sostuvo, con admirable candor, en su supuesta creencia, y al fin la atmósfera pareció despejarse un poco. Desgraciadamente, el conde tenía que salir. Estaba ya vestido y listo para salir, como podría ver. Pero aquello era terrible. Además, habían quedado en cenar juntos; Roberto de la Cruz había ordenado ya la cena en *Henry*. El conde pareció impresionado. Acabó por admitir que no podía explicarse aquella confusión, pero era miércoles, era la tarde en que él jugaba al bridge con tres amigos, y no podía dejarlo por nada del mundo. Ante la evidente desilusión de Roberto de la Cruz se conmovió un poco. Podría cenar con él, eso sí, a las nueve y media; pero ahora... Miró su reloj con cierto fastidio. Explicó que, en realidad, tenía un rato libre por delante, media hora quizás. Su bridge era a las cinco. Dejaría pendiente una compra que había proyectado hacer, eso era todo. Roberto de la Cruz protestó. De ningún modo quería trastornar sus planes, sentía muchísimo aquella confusión, pero lo dejarían para otra vez. Se defendió tan bien que el conde acabó por rogarle que bajara con él. Deliberadamente, Roberto de la Cruz se dirigió hacia la puerta principal del apartamiento, como para salir; pero el conde le indicó, mientras tomaba un sombrero, que había un camino directo. De este modo se facilitaba todo.

Roberto de la Cruz siguió al conde por un pasillo cubierto por una gruesa alfombra, en el que no había más que dos columnas a los extremos, que sostenían dos enormes candelabros Imperio. Pasaron luego por una pieza que, a todas luces, era la recámara del conde. Era una recámara desconcertante. No contenía más que una cama, duplicado del pequeño lecho, llamado *en bateau*, de Napoleón Primero, bajo un gran crucifijo suspendido en la pared; una mesa blanca de pino, de gran solidez, y un armario de puertas corredizas. Sobre un pe-

queño sillón de líneas griegas había un tosco hábito de franciscano. Dos o tres volúmenes forrados de un pergamino tan amarillo y oxidado como el propio conde, estaban artificiosamente dispuestos sobre la mesa.

Se detuvo, como si reflexionara, y volvió a la mesa tomando uno de los volúmenes.

—El único ejemplar completo que se encuentra de la *Escala espiritual* de San Juan Clímaco —explicó mostrándolo a su visitante.

Luego añadió con sequedad:

—Pero no me interesan los libros.

Al dejar el libro sobre la mesa, Roberto de la Cruz vio en ella un magnífico puñal en su vaina de viejo cordobán. La empuñadura era una cruz de zafiros y rubíes, y la pieza era indudablemente florentina. Automáticamente pensó que era conveniente que hubiera un arma allí, pero desechó la idea en seguida. No quería sangre. Sintió simultáneamente aquel horrible sabor salobre de la sangre en su paladar.

El conde Schwartzemberg descorrió una cortina de terciopelo verde oscuro, situada al fondo de la pequeña recámara, descubriendo una puerta de madera maciza —roble sin duda— provista de dos chapas, cada una de las cuales tenía un triple mecanismo. Al ser abierta, la puerta dejó al descubierto una pequeña escalera de madera.

—Esto es provisional —dijo el conde. Pasó por delante para mostrarle el camino.

Encendió un foco que pendía sobre la escalera y cerró de un golpe la maciza puerta, dando nuevamente vuelta a las llaves. Había otra puerta, idéntica, al pie de la escalera, también con dos cerraduras. El conde Schwartzemberg la abrió, dio vuelta a un botón, y Roberto de la Cruz se encontró en una amplia habitación, con piso de cemento, fuertemente iluminada.

—Aquí tengo alhajas nada más —dijo el conde.

La colección distaba de ser suntuosa. Había muchas baratijas, viejas montaduras de cobre y oro de baja ley para collares y aderezos; anillos sin piedras, pendientes deshermanados, piedras sin anillos, dispuestas sobre mesas bajas. Pero a lo largo de las paredes había vitrinas que contenían objetos más valiosos,

aderezos de esmeraldas, diamantes y rubíes, sortijas florentinas con depósitos para veneno, puñales de fina empuñadura, collares de perlas desiguales e interesantes si no espléndidas, peinetas de marfil y carey, tabaqueras con incrustaciones de nácar y pedrería, sellos de oro macizos, abanicos de nácar y oro, rosarios de corales. Había, sobre todo, corales de tamaño extraordinario y de formas casi cubistas que detuvieron la atención de Roberto de la Cruz.

—Son corales holandeses todos —dijo el conde—, y las perlas son todas de Ceylán. En realidad, tengo pocas cosas que valgan, pero son mi pasión.

Pasaron al sótano contiguo; pero Roberto de la Cruz tuvo oportunidad de comprobar que la puerta del primero que comunicaba con el vestíbulo estaba condenada y protegida por gruesos barrotes de hierro, invisibles desde afuera a causa de los espesos cristales esmerilados.

El segundo sótano era el del centro, el único con salida franca al vestíbulo de la casa. La puerta tenía también una doble cerradura de apariencia idéntica a las anteriores y, además, una barra de hierro atravesada para mayor protección. Contenía, como el tercero que, al igual del primero, estaba condenado, muebles, tapices, alfombras y candiles en un desagradable desorden. Credenzas y bargueños de taracea, mezclados con muebles moriscos incrustados de nácar, con piezas de Chippendale original, de los reinos de Carlos V, y Felipe II, meridianas y otros ejemplares del Primer Imperio y la Restauración. Había sobre todo piezas románticas, pero todas maltratadas, mutiladas en alguna forma. Los tapices y las alfombras eran realmente extraordinarios, aunque en su mayoría estaban deshilachados, luidos o rotos en algún punto. Los había persas y chinos, italianos y españoles, flamencos y franceses de las mejores épocas, y no faltaban las casullas y las estolas con sus bordados de hilo de oro. Algunas imágenes estofadas acusaban un gran conocimiento del arte religioso; había sobre todo, un par de ángeles negros tallados y cromados, con cabellos y alas de oro macizo. Una custodia exquisita, con un enorme rubí al centro, encantó a Roberto de la Cruz. Pero el desorden era incómodo hasta ser asfixiante, y estropeaba el gusto de ver las "colecciones" como si disminuyera el valor de los

objetos. El último sótano no tenía puerta. Sólo una ventana que daba a la calle, pero que estaba condenada también. Contenía unas cuantas pinturas, en mal estado.

—Velázquez, el Bosco, el Greco, un pequeño Tiziano, un Zurbarán, unos grabados de Goya, y un Renoir. Todo auténtico, amigo mío, mejor que todo lo de Pani junto. ¿Sabe usted cómo llamo yo a la colección de copias de Pani? La *panicoteca*.

Rió con cierta malevolencia.

—Es difícil reunir pintura, y en mi opinión, Renoir es el fin de la pintura. Me duele no tener un local más amplio para todo esto, pero no me decido a comprar una casa. Una casa grande, como yo la necesito, requiere demasiados sirvientes, y no me gustan los sirvientes. Yo mismo barro y limpio estos sótanos.

Roberto de la Cruz no hizo el menor comentario, aunque todo estaba empolvado y sucio. Insinuó que le gustaría volver a ver aquel anillo de amatista. El conde echó una ojeada a su reloj.

—Lo siento mucho, pero no puedo demorarme más. Le mostraré a usted el anillo al salir.

Cuando hubieron regresado al primer sótano, después de que el conde hubo cerrado con doble llave cada uno de los otros, sacó el anillo de una vitrina que no tenía cerradura. Roberto de la Cruz volvió a admirar la estupenda talla, el cincelado delicadísimo de la argolla, de un arte increíble, y el tono excepcional de la piedra.

—Merecería ser de Cellini, ¿verdad? —dijo el conde con súbito calor—. Tengo un vaso suyo, mire.

De la misma vitrina sacó un vaso de oro, bastante maltrecho, con unos amorcitos. No era un Cellini en lo más mínimo, pero tenía tanta edad como sus obras.

—Y ahora va usted a perdonarme.

Subieron. Roberto de la Cruz confirmó que las cerraduras no eran automáticas, cosa que le creaba una dificultad. Atravesaron la desnuda recámara, el largo pasillo, y llegaron a la sala del apartamiento superior.

—Creí que saldríamos directamente de abajo —dijo Roberto de la Cruz en tono casual.

—Pensé hacerlo —replicó el conde—. Me llevé el sombrero con ese objeto; pero no me gusta dejar la puerta de abajo sin la barra; por eso lo hice subir otra vez.

Cuando iban a salir, Roberto de la Cruz observó de pronto, junto al balcón, uno de esos artefactos que se usaban veinte o treinta años atrás para detener las puertas, una especie de delgadas y largas almohadillas. Esto le dio una idea.

En la puerta de la calle se despidieron, quedando en reunirse a las nueve y media en *Henri* para cenar. Roberto de la Cruz pensó tomar un coche, pero se dio cuenta de que necesitaba caminar un poco a fin de respirar a plenos pulmones. En realidad estaba ahogándose. Dio un largo paseo, e insensiblemente llegó a la altura del monumento ecuestre de Carlos IV, y entonces continuó a pie hasta el restaurante, donde ordenó una cena sobria pero impecable.

Cuando salía, encontró la definición que había buscado en vano para las colecciones del conde Schwartzemberg.

—Un muladar —dijo articulando hasta silabear casi—, un muladar de oro y piedras preciosas.

d

La tarde era bastante clara, y aunque el tránsito de personas y vehículos aumentaba continuamente, Roberto de la Cruz se sentía mejor, dispuesto a caminar y a sacar partido del buen aire que hacía. Lo peor de su fatiga había pasado ya, y sentía como si todo su cuerpo empezara a despertar, y era una sensación grata, discretamente voluptuosa. Se detuvo en una tabaquería para comprar cigarrillos, y hojeó el directorio de teléfonos en la sección clasificada. Cuando hubo encontrado lo que buscaba, abordó un automóvil que lo condujo difícilmente, a través de aquel ruidoso bosque de tránsito, al taller de un tapicero en las calles de Jesús María, cerca de la Merced. Ordenó descuidadamente, con cierto buen humor, uno de aquellos embutidos para detener puertas —se le había olvidado el nombre— explicando que quería una muestra nada más, pues necesitaría varios metros después. La muestra podría tener unos veinticinco centímetros de largo y el grueso, digamos, reglamentario; pero como las puertas de su casa eran bastante pe-

sadas, quería algo resistente, relleno de munición o de arena, y provisto de un buen forro de gruesa lona.

El tapicero era un hombre viejo, sencillo y ocuupado, con un fuerte acento de Jalisco. Ofreció tener lista la muestra dos días más tarde; antes le era imposible. Roberto de la Cruz insistió en pagar por adelantado y salió. Eran casi las siete de la noche y empezaba a cerrar. Aunque el tránsito era intenso había poca luz, y Roberto de la Cruz se dejó llevar por sus pies, evitando los sempiternos charcos y las cáscaras de fruta. Recorrió lentamente las calles cercanas el mercado de la Merced, aturdiéndose un poco en aquella Babel de olores ofensivos. Casi todos los puestos estaban vacíos ya, pero las tiendas continuaban abiertas con sus sacos de papa, frijol y chile y camarón seco, y sus cajones de semillas en la entrada. Al paso, Roberto de la Cruz veía los chorizos suspendidos en sartas y los enormes quesos añejos, las ceras colgadas como tubos de órganos, los negros pizarrones con los precios trazados con gis. Una especie de nostalgia le hizo buscar el viejo convento de la Merced. Recordaba la arquería medio derruida que había visto años antes, los bloques de piedra dispersos en el patio, cuando el edificio había sido convertido en escuela de escultura de talla directa, la luz insuficiente de los pequeños focos en el corredor alto, y la tradición revolucionaria del monasterio. Para un provinciano, como él seguía siendo en el fondo, el viejo edificio tenía un encanto peculiar, el encanto de recuperar un aire que se ha respirado antes. Llegó hasta a pasar dos veces por la misma cuadra en busca del convento, pero no pudo dar con él. Iba distraído, preocupado. No quiso preguntar, y desistió al cabo de un buen rato; buscó un coche y se hizo llevar a la calle del Neva.

Sin la menor huella de su cansancio de todo el día, se lavó un poco, se cambió de traje sin apresurarse, y se recostó a fumar un cigarrillo. A las nueve y diez se levantó. Estaba a tiempo. Salió. El aire había enfriado bastante. Echó a andar hacia la Reforma buscando un automóvil, pero no había dado veinte pasos cuando se detuvo en seco. Acababa de darse cuenta de que estaba silbando, silbando de un modo maquinal; pero lo que silbaba era *El príncipe rojo*. Lo importante para él no era esto, sino la circunstancia, de que silbaba detalladamente la

coda del vals, que nunca había logrado retener antes por completo. Sin moverse, la repitió, comprobando que la recordaba por entero. Esto le pareció un buen augurio. La coda del vals era el final de su sueño, la realización de su vida. Desde este momento se sintió seguro de todo.

Un coche que pasaba disminuyó la velocidad emparejando su paso al del hombre de los ojos dorados, que había reanudado su camino. El chofer gritó: "¡Libre!" y Roberto de la Cruz se instaló en el vehículo dando la dirección de *Henri*. Al hacerlo descubrió que tenía gran apetito.

Capítulo quinto

Las cenizas

a

A partir de aquel día Roberto de la Cruz vio al conde Schwartzemberg de modo casi continuo. Se invitaron mutuamente a comer o cenar en el centro, y en más de una ocasión fueron juntos a "Leda". El conde sentía, evidentemente, una gran curiosidad por descifrar la incógnita que constituía para él Roberto de la Cruz. Lo invitó a ir al Club de los Locos, pero el otro se excusó siempre, tratando, a su vez, de llevarlo a la casa del gordo Asuara. Como el conde no jugaba más que bridge, fue preciso condescender y jugar con él largas partidas de la variedad llamada luna de miel. Muchas veces el conde trató de hacer algunas confidencias que su nuevo amigo detuvo sin demasiado énfasis, dándose cuenta de que de las confidencias a las proposiciones no había más que un paso. Fueron a los teatros de revista, a las "carpas" obscenas, a los cabarets de barriada, viviendo toda la vida nocturna del bajo México que Roberto de la Cruz había conocido años atrás y que, indudablemente, había evolucionado. En todos los lugares, de modo invariable, el conde encontraba conocidos. A veces eran gentes bien, a veces choferes, o luchadores, profesionales, a veces escritores o artistas, a veces jóvenes elegantes tan equívocos como Luisito. A Luisito lo vieron una noche en "Leda", pero, con gran sorpresa de Roberto de la Cruz, el conde eludió el encuentro y le suplicó que se marcharan.

—Es un sinvergüenza —dijo a guisa de excusa—, lo sabía yo, lo sabía yo, pero caí como un estúpido. Ahora quiere estafarme, chantajearme, esa es la palabra: chantajearme.

En todas partes el conde conservaba su equilibrio, pero a veces repetía aquel ademán de llevarse el pulgar y el índice de

la lengua a la oreja derecha, como si alisara algo, y su voz cobraba registros y adoptaba entonaciones inesperadas. Por su parte, en esas tres semanas Roberto de la Cruz guardó siempre su línea, sin permitir el menor equívoco. Se daba cuenta de que el conde era un tímido, y explotaba esta circunstancia para mantenerse a cubierto de cosas que lo hubieran colocado en la necesidad de una ruptura. Preparaba su terreno poco a poco, convencido de que las cosas importantes van despacio, penetrando en la intimidad del hombre amarillo sin entregarse ni abandonarse nunca.

Conoció mejor al conde en las luchas libres y en las peleas de box a que asistía con asiduidad. El conde sabía los nombres de todos los peleadores y cambiaba pequeños saludos con muchos de ellos desde su asiento de ring. Entre la gritería desencadenada y las salvajes interjecciones, Roberto de la Cruz lo veía más oxidado o palidecer, apretar las manos sudorosas, gritar histéricamente o quedarse sin respiración, a punto de perder el sentido, de acuerdo con los episodios de la lucha o la pelea. A veces brincaba sobre su asiento como un poseído, con los ojos dilatados igual que por efecto de un bocio monstruoso y la saliva cuajada en los labios. Era un histérico y todas sus reacciones allí eran decididamente femeninas. Parecía como si en aquellos espectáculos abandonara su traje y su máscara habituales para quedar en otros, que le eran propios. Roberto de la Cruz tuvo que hacer grandes esfuerzos para no abandonar su propósito en esas ocasiones. Sintió miedo de llegar a encontrar en el conde un dato que justificara su existencia, su parte de sol y de aire, pero no sucedió nada de esto. El conde era un ser extrahumano, maniático, sexual y místico, encerrado en sí mismo, sin ninguna inteligencia humana con el mundo en que no parecía vivir y moverse más que a modo de una sombra amarilla.

Su nueva intimidad permitió a Roberto de la Cruz volver varias veces al "muladar". Sus visitas le sirvieron aparentemente para descubrir y apreciar las mejores posesiones del conde Schwartzemberg; pero, en realidad, iba concatenando su plan, ideando la forma de vencer las dificultades que se antojaban insuperables, como las puertas, las cerraduras, la barra de hierro, etcétera. Tenía guardado en su armario, al lado de

su caja de música, el saco relleno de munición que iba a usar en el momento oportuno.

En cada una de aquellas visitas el conde encarecía con sus palabras repetidas hasta la exasperación, lo inusitado de que permitiera a una persona el acceso a sus colecciones. Cada vez, al salir, Roberto de la Cruz echaba una ojeada al anillo de amatista, que era lo que más lo fascinaba de todo el "muladar". El conde se dio cuenta pronto de su interés por la joya. Era indudable que observaba estrechamente a su nuevo amigo y que también él elaboraba un plan que la reserva del otro modificaba o frustraba continuamente.

Un día, casi al marcharse, Roberto de la Cruz preguntó directamente:

—¿Por qué no me vende usted ese anillo?

El conde Schwartzemberg sonrió. Era una sonrisa sebosa, insoportable, y en aquella luz sus dientes se veían como verdosos en contraste con la oxidada amarillez del rostro.

—Yo soy un caballero —dijo repitiendo lo que Roberto de la Cruz le había oído decir el primer día al ex inspector Herrera—, y un caballero no vende sus cosas.

Se detuvo, se frotó las manos con indecisión, lentamente.

—Pero quizás podría regalárselo.

Hizo otra pausa.

—Es una anillo que me encanta, algo de lo mejor que tengo; pero usted es un amigo tan agradable, que creo que se lo regalaré algún día.

Subrayó las dos últimas palabras con su sonrisa sebosa, y tomó del brazo a Roberto de la Cruz mientras subían la escalera secreta. La presión de su brazo se parecía mucho a una insinuación. Roberto de la Cruz le dio las gracias, añadiendo que se sentiría más cómodo si le vendiera el anillo, y el conde retiró su brazo y calló.

Pasaron tres días más. Cenaban juntos, antes de ir al box, cuando el conde abordó de pronto, con alguna torpeza, el problema de su soledad. Su soledad era irremediable, quizás un día no volvería a quitarse aquel hábito de franciscano que usaba como bata, y abandonaría sus colecciones para hacerse religioso. La tristeza de su tono parecía tan convencional como su método de ataque. Era cosa tan vulgar, que Roberto de la

Cruz se sintió seguro de que ningún hombre decente se atrevería a decir esas cosas a una mujer. Sin embargo, era algo usual, que no fallaba. Era claro que el conde no podía tratar de deslumbrarlo, como a Luisito, con las riquezas de su "muladar". Pensó que si no se daba prisa todo su plan rodaría por tierra.

La tristeza del conde durante la cena, como el tono quejumbroso de sus confidencias, resultó tan deliberada que se desvaneció en el primer *round* de la pelea. Los boxeadores eran jóvenes y bastante buenos, a pesar de ser sólo preliminares. El arrebato del conde lo hizo olvidarse de su conducta habitual, y oprimir inmoderadamente el brazo de Roberto de la Cruz. Terminado el espectáculo el conde Schwartzemberg le propuso que tomaran algo con los jóvenes peleadores, a quienes conocía y había invitado previamente. Roberto de la Cruz se excusó con una sequedad que pareció regocijar al conde sin motivo aparente, y se fue a jugar a casa de Asuara. En la mitad del juego encontró de pronto la explicación del regocijo del conde Schwartzemberg.

"El imbécil se habrá creído que estaba yo celoso", pensó. Acabemos ya.

Acabemos ya. Era fácil decirlo, pero tenía que corroborar primero algunos detalles finales. Se sustrajo deliberadamente a todo encuentro con el conde durante tres días. Tuvo otras tantas llamadas telefónicas de él, pero no se presentó a verlo sino el cuarto día. Era miércoles otra vez. Aunque el conde tenía su compromiso habitual para jugar al bridge, se demoró charlando. A las claras se veía que se sentía contento y seguro de sí, en un terreno mejor conocido, y que había interpretado las cosas precisamente del modo que Roberto de la Cruz pensaba. Éste tuvo que recordarle su cita, pero el conde se encogió alegremente de hombros.

—Hemos cambiado la hora para las seis porque mi compañero tiene un negocio urgente. ¿No quiere usted ir allá abajo?

—¿Tiene usted algo nuevo?

El conde sonrió.

—Ha criticado usted tanto el desorden en que están mis cosas, que he arreglado un poco.

Bajaron. Roberto de la Cruz encontró que el arreglo consistía en haber colocado algunos de los muebles más estorbosos fuera del paso, en el pequeño sótano de las pinturas. El conde, que se había quedado atrás, lo alcanzó y dijo con un ligero temblor en la voz.

—Creí que no iba usted a volver ya. Me he decidido y quiero regalarle esto.

En su amarilla mano derecha brillaba el anillo de amatista. Roberto de la Cruz sonrió a su vez y se negó a tomarlo. Quizás en su próxima visita.

—Como usted guste, pero, ¿cuándo será eso?

—Mañana, por ejemplo. Sólo que...

El conde lo miro con ansiedad.

—Tengo algo que hacer en la tarde. No podría venir antes de las siete y media, quizás las ocho.

—¡No importa! ¡No importa! ¿Sabe qué? Compraré unos pollos asados y podremos cenar aquí en confianza.

Roberto de la Cruz rechazó inmediatamente, con energía, la inesperada proposición. No podía cenar con aquel hombre y luego... Además, esto obstruiría sus planes, el conde sería capaz de retener a su criada. No, había que acabar ya. Sugirió más bien en un restaurante nuevo que había descubierto en la calle de Atenas.

Camino de su casa se sorprendió repitiendo en voz alta:

—Acabar, acabar, acabar ya.

b

Su método de preparar las cosas detalle a detalle, numerándolas, seguía pareciéndole inmejorable. Oyó primero atentamente el vals de su caja de música, observando el baile de las figuras con verdadero deleite, descubriendo nuevos pequeños detalles de aquella maravilla mecánica. Fumó un rato, descansando con todo su cuerpo sobre la cama, sin apoyar la cabeza en la almohada. Al cabo de un cuarto de hora su pensamiento empezó a funcionar ordenadamente, tal como esperaba que ocurriría.

Había que decidir ante todo el punto que más le preocupaba. ¿Permitiría o no que el conde se diera cuenta de quién era

su asesino? En la primera circunstancia el caso se simplificaría extraordinariamente. Lo visualizó.

Uno. Llevando el saco de munición en la amplia bolsa de su abrigo de entretiempo, llamaría a las ocho menos cuarto al apartamiento del conde Schwartzemberg.

Dos. Después de la plática necesaria, sugeriría que bajaran por el anillo. a) Podría ser que el conde lo llevara ya consigo, en cuyo caso tendría que insistir en bajar con cualquier pretexto, digamos el deseo de volver a ver un collar de corales. b) Podría ser que el conde no llevara el anillo encima, en cuyo caso bajarían sin dificultad a los sótanos. Tenía especial empeño en que todo ocurriera en el "muladar" mismo del conde.

Tres. Una vez abajo, mientras el conde se dirigía a la vitrina para sacar el anillo, o distraído por él en cualquiera otra forma, él lo golpearía una vez, quizás dos, en la nuca, con el saco de munición. (Maquinalmente agitó su brazo derecho en el aire, como para convencerse de su elasticidad y de su fuerza.) Dejaría el saco en el sótano de las pinturas y regresaría al sótano donde hiriera al conde.

Cuatro. Tomaría las llaves del bolsillo donde sabía que las guardaba el conde, y abriría la puerta baja de la escalera secreta. Era indudable que, siguiendo su costumbre, el conde cerraría cada puerta con doble llave.

Cinco. Se pondría los guantes.

Seis. Apagaría la luz del sótano encendiendo desde abajo la de la escalera, que tenía un doble *switch*, de los llamados de escalera.

Siete. Cerraría con doble llave la puerta bajo de la escalera, subiría repitiendo la operación en la puerta alta: es decir, la abriría, apagaría la luz de la escalera desde arriba y cerraría la puerta con doble llave.

Ocho. Una vez en la recámara del conde, dejaría las llaves en el saco de cualquiera de los trajes que guardaba en el armario de puertas corredizas.

Nueve. Abriría la puerta principal para salir. Si alguien acertaba a pasar por la escalera gritaría un "¡buenas noches y hasta mañana!"

Diez. Cerraría la puerta de un golpe. Esta cerradura era la única automática.

Once. Bajaría la escalera sin ninguna precipitación y saldría tranquilamente a la calle.

Doce. Volvería a su casa para cambiar de ropa.

Parecía bastante sencillo. Sin embargo, no se sentía del todo dispuesto a dejar que el conde se enterase de que era él quien lo eliminaba del mundo. En este caso, con excepción de los dos primeros puntos y del último, todo cambiaba y se hacía mucho más complicado. Roberto de la Cruz había meditado largamente sobre la manera de hacerlo. La dificultad creada por las dos puertas de la escalera secreta era insuperable. No hubiera podido tomar los moldes de las cerraduras. Entonces el problema se situaba en dos ángulos diferentes. Había que robar las llaves del conde sin que él se diera cuenta, cosa difícil porque no las soltaba nunca. Sin embargo, no era imposible distraerlo de modo que al cerrar la puerta baja de la escalera dejara la llave puesta en la cerradura, y entonces no habría gran dificultad para sustraer el llavero. O bien, había que inducir al conde a retirar la barra de hierro del segundo sótano y a abrir la puerta, que daba directamente al vestíbulo del edificio. Se necesitaba un buen pretexto, pero, si lo conseguía, quedaban dos dificultades más, una, conseguir en alguna forma que el conde no volviera a colocar la barra de hierro ni a cerrar la puerta. Esto era difícil, a menos que se le hiciera salir por allí quitando los pasadores de la hoja izquierda de la puerta, de tal modo que, aunque quedara aparentemente cerrada, pudiera ser abierta de un empujón. Era muy verosímil, porque el conde solía cerrar las puertas minuciosamente, que se diera cuenta de esto y volviera a correr los pasadores. Poner una pequeña cuña en la puerta o en la cerradura resultaba igualmente azaroso, ya que no se trataba de cerraduras automáticas y que, además, eran dos. La otra dificultad era mayor y se oponía directamente a la posibilidad de hacer salir al conde, puesto que era indispensable encontrar un pretexto válido para retenerlo en el "muladar", despedirse de él y volver subrepticiamente a matarlo, en tales condiciones además, que no pudiera darse cuenta de quién lo hacía.

La complicación era grande, pero su mismo aspecto de im-

posibilidad fascinaba a Roberto de la Cruz. ¿Cómo resolver esto y conciliar todas las contradictorias necesidades?

En cada una de sus visitas, Roberto de la Cruz había observado con tanto detenimiento como le fue posible cada vez, las condiciones de las puertas de los sótanos que comunicaban con el vestíbulo del edificio. Los cristales esmerilados eran gruesos y sólidos, y el mastique que los sostenía en su lugar era reciente y, por lo tanto, firme. En suma, los elementos de resistencia eran importantes, y todo el chiste estaba en vencerlos sin violencia alguna, ya que la violencia podría estropear todo el plan. Reducido a sus líneas esenciales, el problema era:

a) Matar al conde en su "muladar" sin que pudiera ver a su agresor, o

b) Salir de los sótanos logrando que el conde indemne aún, permaneciera en ellos.

c) Conseguir que las dos puertas de la escalera fueran cerradas.

d) Concentrar la atención del conde en la puerta del sótano.

Como el obstáculo mayor estaba en las puertas y había cuatro: la principal del apartamiento, las dos de la escalera y la del sótano central que comunicaba con el vestíbulo del edificio, Roberto de la Cruz decidió utilizarlas simplificando todos sus movimientos al mayor grado posible. La solución y el plan quedaban entonces trazados de esta manera:

Uno y dos. Del modo anteriormente descrito.

Tres. Una vez abajo, diría al conde que tenía ciertas ideas sobre el modo como podrían arreglarse ordenadamente las "colecciones". Empezaría a explicar sus ideas.

Cuatro. Se interrumpiría de pronto, fingiendo contrariedad, miraría su reloj y explicaría al conde que tenía que hacer una llamada urgente por teléfono Ericsson. En el apartamiento del conde no había más que Mexicana.

Cinco. Si las puertas de la escalera quedaban abiertas por alguna circunstancia, pediría al conde que le permitiera salir por la directa del sotano central.

Seis. Si estaban cerradas, fingiría tener que tomar de su abrigo, que dejaría arriba, un sobre con el número del teléfono al cual debía supuestamente llamar.

Siete. Se opondría de modo terminante a que el conde subiera con él, subrayando lo innecesario de esta molestia y el interés que tenía en acabar de explicarle, tan pronto como volviera, sus ideas sobre la mejor disposición de las colecciones.

Ocho. Sugeriría que el conde le facilitara las llaves de las puertas de la escalera, que él le tiraría desde arriba, indicándole que llamaría a la puerta del sótano para entrar por allí. Era poco probable que el conde, una vez entre sus "colecciones", se tomara la molestia de subir y bajar nuevamente para cerrar las puertas de la escalera.

Nueve. Saldría del sótano primero, poniéndose los guantes en la sala, y del apartamiento después, cuidando de dejar abierta la puerta de éste.

Diez. Saldría del edificio como si, en efecto, fuera a telefonear.

Once. Regresaría inmediatamente. Si no había nadie en el vestíbulo, introduciría una llave cualquiera en una de las cerraduras de la puerta del sótano para producir un ruido capaz de inquietar al conde y de atraer toda su atención hacia esa puerta

Doce. Subiría en tres saltos el primer tramo de doce escalones y en dos el segundo de ocho que conducían al primer piso.

Trece. Entraría en el apartamiento, echando el pestillo.

Catorce. Tomaría el saco de munición de la bolsa de su abrigo.

Quince. Atravesaría la sala, el pasillo y la recámara.

Dieciséis. Bajaría la escalera tratando de no hacerla crujir. Lo había ensayado y conseguido en sus visitas anteriores, en las que siempre había dejado adelantarse al conde.

Diecisiete. Cruzaría el sótano central para darse idea del lugar preciso en que se encontraba el conde.

Diecinueve [*sic*]. Si le daba la espalda, llegaría hasta él de puntillas y lo golpearía con el saco de munición.

Veinte. De otro modo, ápagaría la luz. Sabía que el sótano central tenía alrededor de diez metros que él podía cubrir en unos doce pasos, de modo que le sería fácil calcular la distancia en la oscuridad.

Veintiuno. En caso de lucha, sujetaría al conde por la garganta con la mano izquierda, previamente enguantada y en-

vuelta en un pañuelo, y lo golpearía en la cabeza con el saco de munición que sostendría en su mano derecha.

Veintidós. Depositaría el saco de munición en el sótano de pinturas.

Veintitrés. Cerraría con llave la puerta inferior de la escalera, subiría apagando la luz desde arriba, cerraría la segunda puerta, y pasaría a la recámara.

Veinticuatro. Depositaría las llaves del conde en el saco de uno de los trajes que guardaba en el armario, volviendo a cerrar éste.

Veinticinco. Iría del corredor a la sala, donde se pondría su abrigo.

Veintiséis. Abriría la puerta principal y vería si nadie pasaba. En el primer caso se limitaría a salir cerrando la puerta tras de sí; en el segundo, fingiría despedirse.

Veintisiete. Bajaría la escalera sin prisa, con las manos en los bolsillos del abrigo para disimular sus guantes.

Veintiocho. Saldría a la calle.

Veintinueve. Tomaría el primer coche libre, en el que se quitaría los guantes.

Treinta. Se cambiaría de ropa en su casa.

Otra vez treinta puntos. Se daba cuenta de que, aun simplificado, el plan podía rodar por un solo detalle. Si el conde subía con él por ejemplo, todo estaba perdido y habría que sacrificar algo y matarlo, ya fuera en el apartamiento alto, por la espalda, ya fuera en el sótano, de frente. Pero él quería hacerlo en el "muladar" y sin ser visto, y así lo haría.

Comprendió de pronto ese miedo del estreno que sienten los actores, algunos inclusive diariamente, antes de entrar en escena y que los franceses llaman *trac*. Era un involuntario estremecimiento de artista. Pensó también que no hay que sobreensayar, y después de repasar someramente su plan, se entregó a dormir.

No logró descansar. Pasó largo rato presa de una creciente agitación. Con los ojos entrecerrados empezó a hilvanar ideas vagas que se transformaban pronto en otras diferentes, y a perseguir imágenes que se disolvían en inesperadas formas sin perduración. Le pareció, también, oír voces que sonaban en su cabeza pronunciando palabras incoherentes que caían en

sus propios oídos como pesos enormes. Dos veces tuvo la sensación de perder pie —una vez al caminar, otra al bajar la escalera secreta del conde— y de hundirse en el vacío. Se sobresaltó, pero no llegó a abrir los ojos. Se adormeció al cabo, lentamente; pero entonces, cuando empezaba a sentirse irreparablemente envuelto en el sueño, recordó lejanamente que no había puesto su despertador. Una indecible angustia le exprimió la garganta. Con extender una mano habría podido tocar el despertador, pero no logró hacerlo. Ni sus ojos ni sus manos obedecieron la nebulosa orden de su cabeza. Se sintió hundir cada vez más profundamente en el sueño.

Recordó entonces el sistema de ascensores continuos instalado años atrás en el antiguo edificio Gore. Vio los pequeños carros, para dos o tres pasajeros, que subían y bajaban sin interrupción, y sintió como si, después de vencer un terror extremo, saltara a uno de ellos. El ascensor subía piso tras piso y él sentía confianza porque sabía que arriba estaba el despertador. Veía entonces los enormes engranes de los ascensores que a él le parecían los del reloj, y tendía las manos hacia ellos; pero no podía salir del ascensor porque no había lugar donde poner los pies. Hacía un esfuerzo gigantesco por coger los engranes. Veía, además, una especie de manecillas que marcaban las horas, y entonces, en una sacudida el ascensor pasaba al otro lado y empezaba a bajar velozmente, sin darle tiempo a tocar las grandes ruedas dentadas. Bajaba vertiginosamente, y el juego se repetía abajo, donde había otros engranes idénticos y otras manecillas. El ascensor se movía lateralmente y volvía a subir antes de que él lograra fijar el despertador. Subió y bajó tres veces, sintiendo cada vez una angustia más densa y envolvente en todo su cuerpo. Cuando estaba a punto de llegar por tercera vez a los engranes inferiores, sintió que el ascensor se paraba de pronto, que toda la maquinaria se detenía, como si se le hubiera acabado la cuerda, y que él quedaba encerrado en la jaula ante una pared de hierro. En ese momento un timbre se puso a sonar furiosamente. Él sabía que era el despertador, y experimentó el horror y la asfixia de no poder salir. A la vez, de algún modo, veía alejarse y perderse de vista al conde Schwartzemberg, y golpeó rabiosamente la pared de hierro transparente, hasta hacerla retroceder.

Cuando abrió los ojos vio sus puños cerrados en el aire, como objetos desprendidos de su cuerpo. El teléfono estaba sonando. Se levantó como un sonámbulo para contestar. Al sonido de la voz que hablaba al otro extremo del hilo experimetó la sensación de un baño de frescura y sintió que resbalaban lágrimas de sus ojos. La señora de Cervantes le reprochó con dulzura su alejamiento y lo invitó a cenar esa noche.

—Es preciso que no falte usted, se lo ruego. Estamos tan solas. Mi marido sigue lejos y yo me siento muy deprimida. La pobre Nena me da la impresión de una gatita encerrada. Creo que nos vamos a volver locas. ¿Convenido entonces? Lo esperamos a las ocho.

Él dudó un segundo, pero volvió a sentir aquella muda furia que había observado en él cada vez que estas mujeres estorbaban sus planes, y quiso negarse categóricamente. Sin embargo, lo hizo con bastante torpeza y acabó por prometer que, si quedaba libre antes de las nueve, iría a tomar café con ellas. Pero no podía faltar a una cita previa, un negocio importante. Lo sentía muchísimo.

"Cobarde, maldito cobarde", pensó mientras colgaba.

Miró su reloj: eran las siete y veinte. Tenía apenas tiempo de vestirse y llegar. Pasó al baño, abrió las llaves del lavabo y hundió la cabeza en el agua fría y picante.

c

El conde Schwartzemberg abrió cautelosamente la puerta principal de su apartamiento; asomó los ojos, más desorbitados que nunca, y al reconocer a Roberto de la Cruz se apartó para dejarlo pasar. Llevaba puesto el hábito franciscano que usaba como bata de casa, y los pies desnudos, metidos en huaraches. Su vestimenta sorprendió a Roberto de la Cruz menos que su aspecto de fatiga y su amarillez, increíblemente acentuada. Se sentaron y el conde le sirvió un *highball* sin cuidarse de reprimir el temblor de sus manos. Él no tomó nada.

Roberto de la Cruz lo examinó con curiosidad. Le había parecido siempre que el amarillo conde se encontraba en ese periodo ambiguo de la madurez en que la edad del hombre es indefinible y cambiante; ahora lo veía de pronto envejecido de una manera tan súbita como total, envejecido como si saliera de un gran cataclismo del que fuera el único superviviente.

"Viejísimo y espantoso", pensó.

"El hombre de sebo", pensó.

"Está casi muerto", pensó.

El conde se excusó con voz débil. No podría cenar con él porque se sentía enfermo, se había sentido enfermo todo el día y no creía estar en posibilidad de probar bocado. Pero se sentía bien para jugar un bridge luna de miel si su querido amigo aceptaba. El querido amigo aceptó, pero antes quería hablarle de algunas ideas que tenía para el mejor arreglo de sus "colecciones". El conde sonrió débilmente, aunque mostró un interés inmediato en la cosa. Fue el primero en levantarse y en proponer que bajaran. Llegaron al corredor y Roberto de la Cruz tuvo una inspiración repentina.

—Lo alcanzo en seguida. Voy a dejar mi sombrero en la sala.

Maquinalmente lo había llevado consigo. El conde movió la cabeza sin responder y siguió caminando como un hombre abrumado. Roberto de la Cruz se dirigió rápidamente a la sala, tiró su sombrero junto a su abrigo, en un sillón, y después de percatarse de que el conde no lo seguía, llegó hasta la puerta. Sin el menor ruido la entreabrió y quitó el pestillo. Luego empujó silenciosamente la puerta dejándola cerrada en apariencia; pero de modo que pudiera abrirse sin esfuerzo desde afuera.

Alcanzó en la escalera al conde, que bajaba trabajosamente. De este modo, la puerta superior de la escalera quedó abierta. Cuando estuvieron en el sótano de las joyas, el conde no pareció preocuparse tampoco por cerrar la puerta inferior. Era evidente que estaba bajo el peso de una preocupación muy grave. Pasaron al sótano central y Roberto de la Cruz empezó a exponer su idea. La sala de las alhajas, como la llamaba el conde, tenía espacio suficiente para concentrar en ella muebles y tapices de un mismo periodo. Empezó a señalar las piezas.

—Por ejemplo, este bargueño y este...

—Amigo mío.

La voz del conde sonó inesperadamente grave. Roberto de la Cruz se volvió a mirarlo.

—Amigo mío, no puedo más, ¡no puedo más!, ¡no puedo más! Estoy en una situación espantosa, ¡espantosa!

Esta vez el tono era sincero, y la repetición lastimosa en vez de exasperante. Roberto de la Cruz esperó una explicación que no vino. El conde lo tomó por las solapas y lo miró con ojos suplicantes.

—Si usted pudiera ayudarme... Pero no puede, ¡no puede!

Roberto de la Cruz preguntó por qué no podía y ofreció sus servicios con vivacidad. Pero el conde siguió adelante sin oírlo.

—El único que puede ayudarme es Herrera. Ese ladrón, ese policía de Herrera. Lo he pensado todo el día, ¡todo el día!, y no me he decidido. Sé que abusará de la situación.

Miró en torno suyo desconsoladamente, como si alguien estuviera quitándole todo el oro y las piedras de su "muladar".

—Lo he pensado todo el día, pero ahora es de noche. ¿Quiere usted hacerme un servicio?

—Por supuesto.

Roberto de la Cruz pensó que si aquel hombre lo enternecía con alguna historia, iba a destruir todo su plan, y tuvo que hacer un esfuerzo para contener un principio de cólera.

—Mi teléfono está descompuesto, y no creo que sea una casualidad.

—¿Teme usted que lo roben?

—No me pregunte nada. No puedo, no debo decirle nada. Llame usted a Herrera. Hay un teléfono en la esquina, del otro lado, en una tiendecita. Llámelo y dígale que venga a verme, ¡pero que venga pronto!

Roberto de la Cruz abrió la boca.

—No me diga nada, no me pregunte nada: ¡Por favor! Sea buen amigo.

Parecía que iba a llorar histéricamente. Con deliberación, Roberto de la Cruz se dirigió al sótano de las joyas, como para tomar la escalera.

—No, no, por aquí. Es más corto.

El conde quitaba la gran barra de hierro de la puerta del sótano central. En seguida metió las dos llaves en las cerraduras y las hizo girar simultáneamente. Roberto de la Cruz sintió correr un escalofrío por todo su cuerpo. Esto lo simplificaba todo. Dijo: "Inmediatamente, querido amigo", y salió con rapidez. En el zaguán se volvió. El vestíbulo estaba desierto, y vio cómo el conde cerraba nuevamente la puerta del sótano. Oyó el ruido de las llaves. Esperó unos segundos y entonces regresó hasta la puerta, que empujó violentamente. En cinco zancadas se encontró ante la puerta del apartamiento del primer piso. Envolvió su mano en un pañuelo. En su cabeza giraba vertiginosamente, hasta aturdirlo, la música de *El príncipe rojo*. Empujó la puerta del apartamiento. Con exacta prisa fue hacia su abrigo, sacó de él sus guantes, se los puso, y entonces extrajo el saco de munición. Avanzó cautelosamente, con pasos como de sueño, porque no tenía sensación de hollar el suelo, hasta el pasillo, que estaba desierto. Entró en la recámara, consciente de que podía toparse de manos a boca con el conde, y, conteniendo el aliento, apartó la cortina de terciopelo verde y empezó a bajar la escalera. Ni un crujido. Pero el mismo silencio de las cosas le permitió oír su propia respiración y los latidos de su sangre, y se detuvo en mitad de la escalera, a punto de caer exhausto. Llegó a la puerta inferior y vio que el primer sótano estaba vacío. Avanzó entonces con lenta seguridad hacia el segundo. No sentía ya su cabeza en sus hombros y le parecía que el aire en vez de ser aire fuera música, la música de *El príncipe rojo* en un torbellino aterrador. Se detuvo en la entrada del sótano central y desde allí vio al conde, que volvía a cerrar la puerta. Era evidente que la había abierto al oír aquel ruido deliberadamente causado por él. Avanzó tres pasos. En tres más estaría precisamente detrás del conde. Esgrimió el saco de munición con las dos manos. Era un movimiento bien ensayado. Avanzó un paso. El conde empezó a colocar la pesada barra de hierro. Su cuerpo temblaba como aquel día en el Paseo. Avanzó un paso más. El conde terminó de colocar la barra.

Los dos brazos de Roberto de la Cruz se levantaron sosteniendo el saco de munición y bajaron vertiginosamente desde lo alto. El conde Schwartzemberg cayó de frente golpeándose de paso contra la barra y la puerta. Su cuerpo quedó en decúbito dorsal, como lentamente pensó Roberto de la Cruz que

dicen los médicos legistas. El huarache se escapó de su amarillo pie izquierdo.

Roberto de la Cruz esperó unos segundos, sintiendo que iba a caer, él también, como arrastrado por el peso del saco de munición, que sostenía aún entre sus manos. Se quedó mirando, fascinado, el cuerpo del conde Schwartzemberg, y la eléctrica corriente del tiempo lo revivió de pronto. Esta vez había conseguido lo que quería. Había encontrado su objeto, realizado su destino. La música que lo envolvía se desvaneció repentinamente, como si ya no fuera necesaria. Él sintió que su cabeza bajaba desde el fuego para acomodarse nuevamente en sus hombros. Con gran esfuerzo, apartó al fin los ojos del cuerpo inmóvil del conde, y entonces, con paso mecánico pero seguro, se dirigió al tercer sótano y, sin encender la luz, llegó al cuerto, que contenía las pinturas. Arrojó el saco de munición en uno de los rincones y regresó al sótano central. Allí seguía el conde, en la misma postura, muerto en su "muladar" de joyas y muebles. Sintió el impulso de coger todas las joyas y tapices y echárselas encima, como para sepultarlo de una vez; pero estaba fuera del plan, era una especie de improvisación, y le repugnó. Echó una ojeada a su reloj. Eran las ocho y treinta y tres. El crimen, desde el momento en que subió la escalera exterior no había llegado a durar cinco minutos, contándolo todo. Pero ya estaba, ¡ya estaba! Había acabado con eso, tal como quería. Por lo menos, el conde Schwartzemberg había pasado al otro mundo sin pensarse traicionado por su nuevo amigo. Era una buena obra, tan gratuita como el crimen mismo. Las ocho treinta y cuatro. Se había quedado mirando su reloj sin darse cuenta. Podría ir a tomar el café a la casa de las Cervantes. Ahora ya no se interpondrían entre él y su destino. Sería un alivio verlas sonreír. Sobre todo a la Nena. Podría estar, y mostrarse, contento entre ellas.

Buscó las llaves con los ojos. El conde las había dejado escapar de su mano derecha. Las recogió, pero al inclinarse vio un objeto que brillaba junto al huarache separado del pie, y lo tomó. Era el anillo de amatista. Indudablemente el conde lo había tenido en la mano izquierda, listo para regalarlo a su querido amigo. Roberto de la Cruz recordó entonces. Había prometido aceptar la joya hoy. Se la puso en un bolsillo

del chaleco, dirigió una última mirada al cuerpo del hombre de sebo, y llegó a la puerta del sótano central, cuya luz apagó. Atravesó el sótano de las joyas sin apresurarse, echando una última ojeada a los objetos. Un instante pensó en tomar algunos corales, pero sintió que una gran indignación se levantaba en él. Había recogido el anillo porque era un regalo del conde, pero nada más. No podía llevarse otra cosa sin convertirse en un ladrón cualquiera. Apagó la luz y traspuso la puerta inferior de la escalera, volviéndose a cerrarla con las dos llaves. Subió la escalera, apagó la luz y cerró la segunda puerta. En la recámara, fue hacia el armario, empujó una de sus puertas corredizas. Allí estaba el traje gris, de vicuña inglesa y con manchas de tinta y grasa que parecía haber sido el predilecto del conde Schwartzemberg. Depositó las llaves en la bolsa derecha del saco, cerró la puerta del armario, apagó la luz y atravesó el pasillo, cuya luz apagó también. En la sala seguía encendida la luz. Cuidadosamente, Roberto de la Cruz se puso su abrigo, abotonándose allí mismo, y tomó su sombrero. Llegado a la puerta, entreabrió apenas, soltó el pestillo recogido y salió sin apagar la lámpara. No había un alma a la vista. Cerró entonces la puerta de un golpe y bajó la escalera con tranquilidad.

En el zaguán sintió un furioso deseo de fumar y se detuvo desenguantando su mano derecha para sacar sus cigarrillos y su encendedor. Conservando viva la llama de éste, dirigió una mirada a las puertas de cristales esmerilados de los sótanos. Todo parecía seguir en perfecto orden. Pero en ese momento recordó la súplica que le había hecho el conde en el sentido de que telefoneara al ex inspector Herrera, y determinó que debía hacerlo. Hubiera sido desatento no satisfacer el último deseo del difunto conde Schwartzemberg.

Aspiró el humo con tanto deleite como el aire, respirando a plenos pulmones y arrojando el humo con voluptuosa lentitud. Por escrúpulo, buscó la tiendecita desde la cual le había pedido el conde que telefoneara. Marcó el número del ex inspector y esperó. Contestaron al cabo. El ex inspector no estaba allí, no sabían a qué hora volvería, pero como estaba en contacto continuo con su oficina, podrían transmitirle el mensaje.

—Dígale usted que el señor conde Schwartzemberg tiene urgencia de verlo esta misma noche.

Colgó el auricular y salió de la tiendecita. El aire era verdaderamente delicioso. Faltaba un cuarto para las nueve. Decididamente, no tendría tiempo de cambiarse, pero no importaba. Esta vez no había una sola mancha de sangre en su traje, ni una sola mancha de humor en su ánimo. Abordó un coche y dio al chofer la dirección de la señora de Cervantes.

d

Roberto de la Cruz despertó a las ocho de la mañana con la agradable sensación de haber tenido un sueño tranquilo y reparador. A pesar de lo avanzado del otoño, el sol penetraba a raudales absurdamente, por las ventanas, como invitándolo a desayunar en la calle. Alegre ante la perspectiva de un jugo de toronja y de unos huevos con chorizo, se bañó, se afeitó y se vistió en menos de una hora. Eligió un traje claro y una corbata de dibujos Paisley, bastante juvenil. Sentía correr por sus venas una extraña felicidad, y todos sus movimientos eran alegres y ligeros. No incurrió, sin embargo, en ningún detalle de mal gusto, no rió, no silbó; un momento pensó en lo espantoso que le había parecido el conde Schwartzemberg la noche anterior, pero desbarató en seguida su pensamiento con una cierta indignación moral. Cuando salió a la calle habían sonado ya las nueve.

A pesar de la brillante apariencia del sol, soplaba un airecillo cortante. Así era México, lleno de contrastes absurdos, de contradicciones vivas. Roberto de la Cruz, caminó ligeramente hasta llegar a la Reforma. Compró *El Universal* y *Excélsior* en una esquina, pero los dobló sin mirarlos, reservando su lectura para el desayuno. Quizás no contuvieran ninguna noticia todavía. No le importaba. Ahora que había hecho lo que debía hacer, ahora que sentía su vida completa, no tenía la menor prisa.

Llegado al Hotel Reforma, entró por la calle de París y se detuvo a comprar un paquete de *Luckies*. En seguida captó su atención una caja de hoja de madera, con dibujos policromados, que contenía jabones, loción y talco; el empaque imitaba virutas de madera. La compró y esperó pacientemente a que la empleada la envolviera mientras hablaba a gritos, como siempre, de quién sabe qué cosa con la encargada de la tabaquería. Penetró entonces en el restaurante de la Terraza Azul, recién lavado, que le comunicó una agradable sensación de frescura. Se instaló ante una mesa y ordenó su desayuno. A su izquierda había una mesa vacía que poco después ocupó un viejo matrimonio norteamericano. En la mesa de la derecha había dos hombres. Uno estaba de espaldas a él, y el que quedaba de frente estaba cubierto por un periódico. Su desayuno estuvo listo bastante pronto. Aplastó en el suelo —porque allí nunca había ceniceros— el cigarrillo a medio consumir, y empezó a tomar a pequeños tragos su jugo de toronja.

El hombre sentado a la mesa de la derecha, que le daba la espalda, dijo algo a media voz. Su compañero bajó el periódico que lo cubría. Roberto de la Cruz sintió el movimiento sin verlo. El hombre del periódico dijo:

—Es la cosa más rara que he visto.

Roberto de la Cruz saltó sobre su asiento y se volvió. El ex inspector Herrera le hizo un saludo amistoso con la mano derecha, mientras con la izquierda se llevaba a la boca su taza de café. El hombre que estaba de espaldas se volvió y lo saludó también, con alegre buenos días. Era el agente Madrid, de la Procuraduría del Distrito.

—Qué casualidad verlo a estas horas, amigo. Precisamente me proponía ir a saludarlo.

El ex inspector Herrera se había levantado, acercándose a la mesa de Roberto de la Cruz.

—Pensé que quizás pudiera usted darme algún informe sobre esto, y rogarle que nos acompañara. Si quiere, esperaremos a que acabe su desayuno.

Colocó la segunda sección de su ejemplar de *Excelsior* sobre la mesa de Roberto de la Cruz, señalando descuidadamente el encabezado central.

Roberto de la Cruz leyó:

Voraz incendio en la Reforma

y más abajo:

Edificio de apartamientos totalmente consumido por el fuego

y en seguida:

Todos los inquilinos rescatados, menos el conocido coleccionista Conde Schwartzemberg (*sic*).

Roberto de la Cruz cerró sus manos hasta sentir que las uñas se le hundían en las palmas como si fueran a atravesarlas. No se movió un solo músculo de su rostro, pero comprendió que se ponía blanco. Sin saber por qué, evocó la sonrisa magnética de la Nena Cervantes, y entonces sintió que sus colores volvían. Se propuso, sin embargo, no hacer la menor demostración y continuó desayunando después de decir:

—Es increíble. ¡Pobre diablo!

—Tengo mis razones para creer que esto es raro —continuó el ex inspector Herrera sentándose a su lado.

El agente Madrid se reunió con ellos.

—¿Raro?

—Ya le explicaré por qué, algún día.

—Lo dudo. Usted pregunta mucho y explica poco.

El ex inspector Herrera rió bonachonamente.

—Cosas del oficio, amigo. ¿Vamos allá?

Roberto de la Cruz dio un último trago de café y encendió otro cigarrillo, desdeñando la mitad de sus huevos con chorizo.

—Mal apetito, amigo —dijo el ex inspector Herrera levantándose—. Le hace daño levantarse temprano, por lo que veo. No, no, permítame.

Pagó la cuenta de los tres. Roberto de la Cruz recogió sus periódicos y su paquete. Salieron.

—¿Por qué cree usted que yo puedo darle algún informe? —preguntó agresivamente—. ¿Me toma por un incendiario o por un bombero?

Los otros dos rieron discretamente.

—Se había usted hecho medio amigo del conde últimamente.

Caminaban de prisa.

—Medio, usted lo ha dicho.

—Claro, claro —dijo el otro sonriendo—. Mire, no me haga caso.

Había un pequeño grupo de curiosos, policías y algunos bomberos frente a las ruinas de la casa. No quedaba nada de ello, en efecto, más que los cimientos y un montón de piedras como tatemadas y de maderos ennegrecidos por el fuego.

—Aquí se quedó —dijo el ex inspector Herrera—. Pensar que este conde a la parilla era un buen cliente.

e

Roberto de la Cruz volvió en seguida a su apartamiento. Despachó a la criada con brusquedad, y al quedarse solo se arrancó literalmente el saco y el chaleco, desprendiendo los botones que rodaron por el suelo. Desgarró su corbata de *foulard* con diseños Paisley al quitársela, y la tiró sobre la alfombra donde se retorció como un grotesco dibujo. Paseó de un lado a otro gesticulando, haciendo ademanes, perdiendo todo su control ¡Este era su objeto! ¡Este era su destino! Había perdido semanas de su vida, años de su pensamiento preparándolo todo para esto. Había tenido hasta la atención de matar al conde Schwartzemberg procurando que éste lo ignorara, para esto. El crimen perfecto. Tan perfecto que nadie lo descubriría jamás. Había matado al conde para realizar su vida ¡y pasaba esto! Nadie sabría ya que el conde había sido asesinado, nadie sentiría ya la justicia humana y poética que había en la muerte del odioso hombre de sebo.

Febrilmente, mientras paseaba, reunió sus recuerdos de la noche anterior. Repasó, uno a uno, todos los detalles. No, el conde no estaba fumando cuando él lo hirió. En realidad, contra su costumbre de "colear" los cigarros no había fumado uno solo en el tiempo que pasaron juntos. Él tampoco había fumado en los sótanos ni en el apartamiento. Era un descuido sin duda, un descuido de la criada al desmanchar un traje con gasolina, o algo semejante.

Recorrió los diarios con la misma desorbitada, desenfrenada fiebre. Concordaban en afirmar que el fuego se había iniciado en la azotea, debido quizás a la incineración de un bote de basura, pero era imposible precisar nada. Era un hecho que había venido de arriba abajo, puesto que los primeros advertidos habían sido los inquilinos del tercer piso, que habían dado parte a los bomberos y a la policía. Los del segundo piso habían recibido aviso de ellos y salido a tiempo, lo mismo que los sirvientes alojados en la azotea. Sin embargo, a pesar de la pronta intervención de los bomberos, los depósitos de gas

habían estallado, comunicándose el fuego a las tuberías que conducían el gas hasta las estufas y calentadores. Por la declaración de la silenciosa criada del conde Schwartzemberg se supo que él se encontraba enfermo aquel día y que no había salido. Sin embargo, los vecinos habían llamado repetidas veces a la puerta de su apartamiento y a las de su bodega, inútilmente, antes de salir, por lo cual dedujeron que el conde no estaba allí. La Cruz Verde había recogido sus restos casi incinerados. Seguía un comentario sobre el descuido de los sirvientes, y luego la indicación de que el edificio, propiedad de los señores Lévy y Lévy, solventes judíos franceses estaba asegurado en doscientos mil pesos.

Roberto de la Cruz golpeó el suelo con el pie; luego se tiró en su cama deshecha escondiendo la cabeza en la almohada. Su llanto fue silencioso, pero no menos amargo ni más breve por eso. Lloró como un niño.

TERCERA PARTE

Capítulo primero

La ley fuga

a

Los meses rodaron desordenadamente y a veces fueron interminables y a veces parecieron acortarse hasta lo absurdo, telescopiarse, perseguirse entre ellos como si, roto el molde de los días, el tiempo hubiera perdido sus formas convirtiéndose en una cosa informe y oscura.

Roberto de la Cruz jugó a las cartas perdiendo todo freno, pero su misma, apasionada despreocupación lo hizo ganar más que nunca. Viajó aquí y allá, ahogando el tiempo en carreteras y balnearios, evitando el trato humano, leyendo a veces, pensando involuntariamente siempre en su fracaso. No pudo dar otra forma a su pensamiento. Había fracasado. Sin embargo, había dado muerte al conde Schwartzemberg buscando una satisfacción interior puramente, de orden casi estético, para resolver y llevar hacia una salida la negra fuerza que se había movido en él desde siempre. Pero se sintió incómodo a todas horas, presa de un desasosiego de extrañas manos, que parecían devanarlo y volverlo a enredar lo mismo que si fuera un hilo.

El incendio del edificio del Paseo de la Reforma había sembrado en él una especie de mal incurable, una duda que no se decidía a desnudarse por completo. Comprendió poco a poco, mientras vagaba desesperadamente de un extremo a otro del tiempo, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. La semejanza vertiginosa que hay entre el crimen y el sueño le apareció al fin en toda su deslumbrante simplicidad. Sin una comprobación, sin quedar registrado dentro del marco de

la realidad por la policía, la autopsia y los periódicos, su crimen permanecía perdido en una zona irreal, en una especie de limbo, encerrado en el dominio del sueño.

De nada le servía su conciencia, porque no era un mecanismo que el remordimiento pudiera poner en marcha de modo que él escuchara su tic tac ensordecedor todas las noches en la frontera del sueño y la vigilia o en el desierto del insomnio. Suprimir al conde Schwartzemberg no era cosa que pudiera constituir un motivo de remordimiento, y, con la ayuda de factores imprevistos, el asesinato venía a ser una cosa sin contacto con la realidad.

Roberto de la Cruz siguió paseando en las mañanas por la Reforma, pero sus paseos lo llevaban a diario hasta las ruinas del edificio, y allí se detenía a fumar un cigarrillo. Las piedras ahumadas y los restos de la antigua estructura desaparecieron pronto. Había una fiebre de construcciones en la ciudad, por ser la única inversión segura, que pronto el solar devastado se confundió con los otros mil solares que había. Pronto, también, arquitecto y albañiles empezaron a trabajar con una especie de mecánica pasión, y una nueva estructura y nuevos bloques de piedra reemplazaron a los anteriores, hasta que un día el edificio estuvo terminado sin que el menor detalle de su construcción recordara la casa cuyos sótanos habían servido de "muladar" al conde Schwartzemberg.

De este modo desapareció la última referencia de orden material. Era como si aquella otra casa no hubiera estado nunca allí, como si el conde Schwartzemberg no hubiera existido jamás, como si todo hubiera sido un breve sueño, un sueño de cinco minutos, cada vez más borroneado en la memoria de Roberto de la Cruz. La disposición de la casa era de tal suerte diferente, que resultó inútil tratar de encontrar en la realidad referencia alguna al sueño. Concluido el edificio, fueron gentes a habitarlo. Al pasar por allí una mañana, Roberto de la Cruz se estremeció. Había dos mujeres en bata asomadas a la terraza del apartamiento del primer piso, charlando alegremente. En la entrada de la casa jugaba un grupo de niños. Este sencillo hecho lo puso tan fuera de sí que tomó un avión para Acapulco el mismo día.

El calor y la vista del mar lo aliviaron un poco durante unos

días, especialmente en los crepúsculos; pero pronto volvió a sentir el mismo vacío que no podía explicar. Él había matado al conde Schwartzemberg. Recordaba con una claridad cegadora cómo se le habían facilitado de pronto las cosas aquella noche, cómo había salido del edificio y vuelto a entrar, cómo había acechado al conde desde la entrada del segundo sótano; cómo había dado tres pasos hacia él, que permaneció de espaldas y no pudo ver a su matador. Sintió un dolor agudo en los músculos de los brazos al recordar el golpe. De este modo nadie sabía que él era el asesino. Nadie ni siquiera aun el propio conde Schwartzemberg. Recordó después la cena en casa de las Cervantes, su propia ligereza, la animación con que habló porque había salido de sí mismo y creía que su destino estaba realizado. Las dos mujeres lo habían mirado como si no lo hubieran conocido antes; como si, desgarrando un oscuro velo, él hubiera sacado de pronto a la luz su personalidad de triunfador, de hombre con un destino completo. Sus frases, sus anécdotas, sus observaciones, habían encendido una serie de sonrisas maravillosas en la Nena Cervantes y dado un curioso tinte, un brillo especial a las miradas de la madre.

Esa tarde tomó el avión para México, fue a jugar a la casa de Asuara, ganó a montones —ganó como un tonto, según su propia expresión— y al día siguiente se marchó a Cuernavaca, donde permaneció enfermo una semana, solo en su cuarto del hotel, sin poder leer siquiera porque no entendía nada y cada vez que volvía una página tenía que retroceder para enterarse de lo que había leído. Cuando se hubo recuperado fue a Iguala, luego a Taxco, luego, otra vez, a Acapulco; luego volvió a México y de allí fue a Veracruz y después nuevamente a México. Le parecía imposible detenerse, como le parecía imposible dormir y, a menudo, comer. Continuamente lo mordía el pensamiento de volver a su ciudad natal, con sus torres que el Papa envidiaría, con sus montañas áridas y sus nubes fabulosas. Pero continuamente lo apartaba, sintiendo una amargura previa ante la idea de regresar allí, solo y sin nada que exhibir de su vida, tan aburrido, tan desnudo, tan sumergido como se había sentido antes de partir por vez primera a la capital. Su caja de música lo acompañó en todos estos viajes, pero nunca se decidió a ponerla en marcha Se

sentía muerto y le parecía que aquella música estaba muerta también, que eran ellos y no el conde Schwartzemberg los que habían muerto.

b

El cansancio lo hizo aterrizar finalmente en México. El cansancio lo hizo aceptar la antigua rutina de su vida. Siguió jugando de noche y caminando de mañana, aunque cambió el Paseo de la Reforma por otros lugares. Recorrió desde Chapultepec hasta los jardines de todas las colonias elegantes, y luego todos los jardines de barriada, que lo conmovían con la tristeza particular de su césped mal cuidado, de sus fuentes secas, de sus bancas viejas, de sus arbolillos enfermizos. El cansancio lo hizo aceptar sin discusión un trato frecuente con las Cervantes, que habían reanudado ya parte de su vida exterior. Se le vio a menudo con ellas en Sanborn's, en Lady Baltimore y en Swástica. La observación casual de un conocido le hizo descubrir que las gentes le atribuían un fin matrimonial. Después de todo, nadie esperaba que la Nena Cervantes permaneciera viuda toda su vida, especialmente después de un matrimonio tan efímero. Aquel hombre extraño y atractivo, de mediana edad y de ojos dorados, que se había conducido con tanta caballerosidad en el caso de Patricia Terrazas, resultaba un partido interesante, aunque nadie sabía nada concreto sobre él o su fortuna.

Los rumores llegaron hasta la casa misma de Asuara, visitada ahora por políticos del nuevo régimen, tan parecidos a los otros que era imposible distinguirlos. Roberto de la Cruz pensó un poco en aquella especie de paralelismo que había entre el matrimonio de la Nena Cervantes y su crimen. También a ella debía de parecerle un sueño todo. Sin embargo, se propuso evitarla en adelante. Rechazó varias invitaciones, sin brusquedad, pero tan categóricamente que sintió a través del teléfono el asombro de la señora de Cervantes, que era casi siempre quien lo llamaba.

Una tarde a las siete, parado en el Cincó de Mayo, consumía un *Lucky* en espera de un coche libre que lo llevara a su casa y que no pasaba nunca. Mientras pensaba en lo intenso

y lo bárbaro del tránsito en México, lo tocaron suavemente en un brazo. Se volvió temblando, a tal grado estaban descubiertos sus nervios.

—Si no lo encuentro en la calle no lo veo nunca.

A través de la marea de gentes se abrieron paso, charlando de vaguedades, hasta el Café Viena, donde ordenaron cafés a la vienesa y pasteles de queso. La señora de Cervantes clavó en él, con suavidad, sus ojos que parecían crecer cuando miraban, y él se dio cuenta entonces, por primera vez, de su extraordinario color violeta.

—¿Por qué nos ha abandonado usted?

Conservaba el luto e iba impecablemente vestida. Se quitó con lentitud los largos guantes de cabritilla, descubriendo poco a poco sus manos fascinantes, delgadas y perfectas. Él eludió su mirada y no contestó. Ella tiró los guantes sobre su gran bolsa de charol haciendo un gestecillo que él nunca le había visto y que la rejuvenecía de un modo prodigioso. No hizo más que adelantar levemente el labio inferior y luego torcer un poco la boca hacia la derecha, pero el efecto fue notable. Le pidió un cigarrillo que él encendió sin mirarla. La mesera trajo el servicio. Ella dijo:

—Me encanta el café vienés, creo que me rejuvenece —mientras daba un pequeño sorbo a la crema.

Él se decidió entonces a hablar, con el propósito de acabar allí las cosas. Con lenta deliberación, con palabras precisas, pero sin dirigir una sola vez los ojos hacia ella, expuso su situación. Ella lo dejó hablar, escuchándolo mejor que mirándolo con sus magníficos ojos crecientes, hasta que al fin captaron la mirada de él. Cuando Roberto de la Cruz hubo terminado, ella dijo con sencillez:

—Me parecería maravilloso que fuera así.

Esta vez él la miró a los ojos.

—Y creo que también a la Nena —terminó ella.

Él no supo qué decir. Dio un gran trago a su café y encendió un cigarrillo. Callaron.

—Pero qué le vamos a hacer si no nos corresponde usted —dijo ella de pronto, repitiendo su pequeña, cautivadora mueca.

Roberto de la Cruz tartamudeó un poco. Trató de explicar su vida mientras ella sonreía siempre. Se decidió al fin.

—Soy jugador y no podría vivir sin jugar. Un jugador no debe casarse.

La señora de Cervantes miró el relojito de oro que llevaba prendido al pecho.

—Tengo que irme. ¿Quiere usted llevarme al coche? Debe de estar estacionado en Bellas Artes.

Caminaron en silencio. Él la observaba moverse con tranquila seguridad, sin provocación, pero con una fina conciencia de ser quien era, contestar con una mirada, con una sonrisa o con un ademán, según el caso, los saludos que recibía. La *limousine* estaba, en efecto, cerca del Palacio de Bellas Artes. Al despedirse, como resumiendo la conversación, la señora de Cervantes dijo:

—Si no es más que eso, puede usted venir a casa a jugar con nosotras. También nosotras somos grandes jugadoras.

—Me agradaría mucho que me llevara usted alguna vez a una casa de juego.

Roberto de la Cruz se quedó inmóvil, con la boca abierta, mientras el gran coche arrancaba.

c

Algunos días más tarde la señora de Cervantes le recordó por teléfono su promesa. Él se defendió.

—Yo no he prometido nada.

Sin embargo, acabó por prometer que vería si era posible, y en la noche le preguntó al gordo Asuara, que movió la cabeza.

—Claro que la conozco muy bien, pero todo el mundo la conoce y no quisiera yo chismes, viejo. Tú sabes cómo es la gente. El mundo es mula, como dijo Shakespeare. Además, no hemos tenido aquí a ninguna mujer desde que se escabecharon a la pobre Patricia.

Reflexionó un momento y se echó a reír.

—Bueno, tráela, pero que venga con su marido. O somos o no somos casados.

Se apartó para recibir a un personaje importante.

Cuando Roberto de la Cruz explicó esto por teléfono a la señora de Cervantes, ella no se alteró.

—Veré si es posible —dijo—. El pobrecito trabaja horrores, y

es muy difícil apartarlo de sus estudios arqueológicos. Pero voy a preguntarle. Espere usted un momento, ¿quiere?

Unos instantes más tarde aquella magnética voz suya volvía a vibrar al otro extremo del hilo.

—Convenido. ¿Quiere usted que sea el viernes? Bueno, ¿dónde nos reunimos? ¿Por qué no viene usted a cenar? Así podría charlar un poco con mi marido.

Roberto de la Cruz aceptó. El viernes era dos días más tarde. Sin quererlo se inquietó mucho ante la perspectiva de volver a estar con la familia, especialmente con la Nena. Mató el tiempo como mejor pudo, pero tuvo que confesarse la mañana del viernes que tenía tanto miedo como deseo de volver a experimentar aquella sensación de vida que le daba la sonrisa de la joven viuda. Se arregló aquella noche con tanto esmero que, cuando estuvo listo, se encontró recargado. Cambió su camisa y su corbata, y largo rato dudó en cambiar de traje, pero lo hizo al fin eligiendo un gris muy oscuro en vez del azul que se había puesto. Sin embargo, le sobraba tiempo. Decidió caminar, por lo menos un poco, y mientras caminaba recordó que no había leído los periódicos ese día. Recorrió varias cuadras antes de encontrar un papelero que tuviera ejemplares de *El Gráfico*. Compró uno y ojeó distraídamente la primera plana. Se detuvo como si, de pronto, hubiera perdido la capacidad de andar. Su corazón latió desordenadamente. Unos pasos más allá había una luz que salía de una tienda de abarrotes. Entró y pidió una coca cola. Mientras se la traían releyó el gran encabezado:

Fin de un Célebre Asesino

José Asturias Muerto Cuando Trataba de Huir.

Examinó después los grabados. El primero era una fotografía de la casa de Yucatán 48. A la derecha había un retrato, probablemente muy viejo y privado de todo parecido por la gruesa cuadrícula del grabado, que, a creer lo que decía el pie, representaba a la aristocrática víctima de aquel ruidoso crimen, a la señorita Patricia Terrazas. Abajo, a la izquierda, venía la fotografía de Asturias, cuyos rasgos simiescos parecían todavía más exagerados. Roberto de la Cruz reconoció aquellos ojos de mirada lenta que tanto lo habían inquietado, y la obscenidad de los labios gruesos y desagradables. Al lado

derecho había otro grabado en el que aparecía el cuerpo de Asturias. Cerca de él aparecían algunos soldados con sus rifles en la mano, en posición de firmes. Las grandes manos velludas se veían también, caídas a los lados del cuerpo, una de cuyas piernas estaba doblada.

La información hacía la historia del misterioso crimen, incluyendo la anécdota de que el propietario de la casa inútilmente había tratado de encontrar un nuevo inquilino, aun cediéndola gratis por un año. Luego venía un resumen, breve, pero completo, del error policiaco de que había sido víctima el distinguido caballero don Roberto de la Cruz, y del descubrimiento de la culpabilidad de Asturias. El último párrafo epilogaba el asunto de este modo:

Cuando el tren que conducía la cuerda de presos a las Islas Marías se detuvo, hoy a las ocho, en la estación de Ortega, para tomar agua, Asturias pidió permiso de bajar con el pretexto de caminar un poco. Bajaron con él el oficial de la escolta, capitán primero Diódoro Martínez, y dos soldados. Por lo visto, aún camino de las Islas Marías el monstruo seguía gozando de los privilegios con que escandalizó a la Penitenciaría entera. Una vez abajo, encendió un cigarro y paseó un par de minutos de un lado a otro del pequeño andén, charlando con el capitán Martínez. De pronto, el despachador de la estación, Antonio Perea, se acercó para entregar un telegrama al capitán Martínez. Mientras el oficial leía el mensaje, José Asturias arrojó precipitadamente su cigarro y echó a correr en dirección del pueblo. A los gritos de los soldados, el jefe de la escolta se dio cuenta de lo que sucedía y corrió tras el asqueroso asesino exhortándolo a detenerse. Asturias se volvió dos veces y siguió corriendo. Entonces el capitán Martínez, en cumplimiento de su deber, sacó la pistola y disparó. Los soldados apuntaron sus rifles haciendo varios disparos, y Asturias cayó al fin, atravesado por cinco balas. Triste pero merecido fin de uno de los asesinos que mayor y más repugnante celebridad han alcanzado en los anales de la delincuencia en México.

—Si no toma usted su coca cola se le va a calentar.

El abarrotero era un español colorado y sonriente, sin afeitar.

Roberto de la Cruz bajó su periódico, dio uno o dos tragos a su coca cola, a boca de botella, pagó y echó a andar. Después de un momento miró su reloj. Iban a dar las ocho. Abordó un coche que pasaba y dio al chofer la dirección de la señora de Cervantes.

d

El señor Cervantes era uno de los pocos aristócratas que gozaban de una consideración respetuosa por parte del gobierno gracias a la desinteresada seriedad de sus trabajos arqueológicos. Sin alcanzar en este campo la estatura de Alfonso Caro, se había distinguido bastante. Era maduro y agradable, vestido con un tono siempre cortés y mesurado. A través de su cortesía se percibía una peculiar resequedad interior. Sin embargo, su sonrisa no carecía de cordialidad. Era católico, y el rasgo saliente de su carrera burocrática —de la que no necesitaba para vivir— había consistido en rehusarse en 1934 a tomar parte en una manifestación, antirreligiosa en el fondo de solidaridad con la política educativa del Presidente Rodríguez. Lo cesaron, por supuesto, pero fue uno de los pocos que se atrevieron a obrar en aquella ocasión con apego y respeto a sus convicciones. Su actitud contrastó violentamente con la de un hombre distinguido, embajador de carrera, que había asistido a la propia manifestación cubriéndose la cara con un pañuelo.

La señora de Cervantes llevaba un traje de noche negro, excepcionalmente elegante en fuerza de sobrio, sin más adorno que una única orquídea de matices oscuros, y no tenía una sola alhaja encima. Tomaron un coctel y pasaron al comedor. Con gran desconcierto de Roberto de la Cruz, la Nena Cervantes no asistió a la cena. Había ido a jugar bridge en casa de sus primas, según explicó la señora.

La conversación giró naturalmente en torno a la muerte de José Asturias.

—Pobre hombre —dijo la señora de Cervantes.

En su mirada brillaba, quizás, la sugerencia de que no merecía tanto mal un hombre que no había hecho más que ma-

tar a un ser dañino como Patricia Terrazas. Pero era sólo tristeza, ningún rencor, ningún indicio de una pasión baja.

El señor Cervantes hizo algunos juicios sobrios y certeros. Después de trazar un retrato bastante realista y justo de la víctima del crimen, dijo:

—Es vergonzoso que sucedan estas cosas en México.

Después del café se sirvieron licores de una séxtuple botella de Bols. El señor Cervantes contempló pensativamente los visos de la luz en su *benedictine*.

—Tenemos —dijo— una Constitución elástica como un guante elástico. Cualquier mano entra en ella y la reforma, la reforma con *d*. Se ha llegado hasta a sacrificar el principio revolucionario de la no reelección para servir a los hombres y a los intereses políticos del momento. Se ha llegado a no castigar a muchos delincuentes por no reunir las tres agravantes de alevosía, premeditación y ventaja, cuando este criterio emana de una errata de imprenta, ya que el original, a lo que entiendo, precisaba: alevosía, premeditación *o* ventaja. Y, sin embargo, se sostiene la exclusión de la pena de muerte en el Distrito Federal.

Dio uno, dos, tres pequeños sorbos. Encendió un cigarro.

—Sería más decoroso —continuó siguiendo con ojos pensativos la trayectoria espiral del humo—, sería más decoroso ejecutar con el aparato de la ley a un asesino, que aplicarle la ley fuga. Un gobierno no debe asesinar nunca, de acuerdo con los principios democráticos. Asesinar a un asesino en vez de ajusticiarlo es un síntoma degenerativo, es peor que todo.

Aunque la conversación se prolongó un poco en torno a la justicia y sus formas, llegaron temprano a casa de Asuara. Había pocos jugadores y el Gordo completó el cuarto con ellos, manifestando una cortesía que estaba en tan completo antagonismo con su grueso buen humor habitual, como un frac con un cargador de número. Se jugó fuerte. El señor Cervantes se distraía con frecuencia. La señora, en cambio, jugaba como una estatua iluminada apenas por el fuego del azar. Aunque Roberto de la Cruz no pudo apartar de su cabeza el recuerdo de Asturias, viendo a cada instante su rostro simiesco, su mirada lenta, su obscena sonrisa, sus enormes manos velludas, y recordando la abyección de su tono en la confesión

parcial que había hecho, poco a poco se dejó cautivar por la impasible gracia con que la señora de Cervantes ganaba y perdía. La veía manejar mecánicamente sus fichas, siempre ordenadas, arreglar, dejar o cambiar sus cartas sin la menor prisa, sin que un solo movimiento amenazara siquiera romper su plástica. De vez en vez le dirigía una mirada amistosa, como excusándose de que el juego los separara un poco. Se habló fragmentariamente, entre mano y mano, de Patricia Terrazas y de José Asturias. Sus nombres estaban juntos para siempre en la imaginación popular, como los de los amantes célebres o los de los matrimonios ilustres.

"El matrimonio del infierno y del infierno", pensó Roberto de la Cruz mientras barajaba. "Pero, si hay dos infiernos, ¿cuál es el verdadero?"

Decidió que, en apariencia, el de Patricia Terrazas era el verdadero infierno, pero que en sustancia lo era más bien el de José Asturias.

"Morir por una mujer así", se dijo y un estremecimiento lo recorrió íntegro.

Aunque muchos de los concurrentes al pokarito conocían a los Cervantes y cambiaron saludos con ellos, el gordo Asuara se condujo como todo un hombre de mundo y no hizo presentación alguna con los demás. Esto a pesar de la indudable sensación que la señora de Cervantes había creado en el reducido garito.

"Más de un jugador habrá dejado pasar su gane por volverse a mirarla", pensó Roberto de la Cruz.

Instruida por Asuara de la obligación que el ganador tenía de invitar a los perdidosos, la señora de Cervantes insistió al levantarse en que todos tomaran algo con ella. Había ganado más de tres mil pesos, y nada lo denunciaba en ella, como no fuera la sonrisa exquisita con que acompañó su invitación. Era tan fascinadora que el gordo Asuara dijo:

—Señora, es la primera vez en la historia que dejo este pequeño infierno en manos de los diablos menores, pero lo dejo.

Tomaron juntos dos botellas de champaña y un poco de caviar en el *Tap room* del Reforma.

Obsesionado como estaba por la muerte de Asturias, al hacer su balance del día —su "examen de medianoche"—

mientras fumaba un último *Lucky* en la cama. Roberto de la Cruz no pudo menos que reconocer que había echado de menos a la Nena Cervantes, que el señor Cervantes era todo un caballero y que la señora de Cervantes era una persona excepcional.

e

Se levantó tarde y de lúgubre humor. A ratos había tenido malos sueños. En uno de ellos vio a José Asturias, vivo y de pie, y conversaron sobre el "incidente". Minuciosamente Asturias le había mostrado en sus ropas los agujeros de las cinco balas, con su sonrisa obscena y su lenta mirada; su dedo índice parecía más grande que toda su mano.

—No, no me dolió —había explicado.

Y ante la angustiada pregunta del hombre que soñaba, había añadido:

—Sí, estoy vivo. Más vivo que ella.

Mientras desayunaba, Roberto de la Cruz recordó que siempre que alguien cercano a él había muerto, él lo había soñado vivo y conversando de su muerte con él. Hasta el mismo Felipe Inclán...

Al apartar su periódico donde leía los detalles complementarios del asesinato de Asturias, hizo caer un sobre al suelo. Se inclinó para recogerlo, extrañado de tener una carta. La letra del sobre escrito era vulgar y desigual, a todas luces obra de un hombre inculto. Sin embargo, la desigualdad de los rasgos lo hizo estremecerse, como si viera en ellos el reflejo de una personalidad física igualmente desproporcionada. Rasgó el sobre y leyó:

Señor De la Cruz:

Me llevan en la cuerda y sé que van a matarme; eso está fuera de duda. Las gentes me odian, por la campaña de prensa que se hizo contra mí. Le hablo, pues, como una persona que está en artículo de muerte, y usted sabe que las gentes que van a morir no mienten nunca. Yo no maté a la señorita Terrazas, Por Dios le juro que soy inocente, pero de todos modos me van a matar. Soy una víctima de los periodistas. Con los trabajos fotográficos que hice en la Penitenciaría logré juntar sesenta pesos que entregué al director. A usted le ruego ahora que los recoja y que si es necesario complete lo que falte para comprarle un radio a mi madrecita. Es muy viejita y ya vive sola y las gentes no quieren hablarle porque creen que yo maté a esa señorita. Mi madrecita vive en la calle del Álamo 144 en una vecindad. Dios le pagará lo que haga usted por ella. Usted tuvo que decir que me había visto para poder salvarse y no le guardo rencor, yo hubiera hecho lo mismo. Le ruego que atienda la última súplica de un moribundo inocente.

S.S.S.
José Asturias

Roberto de la Cruz sintió un nudo de lágrimas en la garganta y empezó a temblar. Presa de un frío mortal, sin saber por qué tomó el teléfono, marcó un número y preguntó por la Nena Cervantes. Apretando la voz para no echarse a llorar, le pidió que se vieran. Ella aceptó tomar el té aquella tarde en Swástica. Su voz era refrescante como un clima templado, y él colgó el auricular sintiendo que una gran paz sucedía a su crisis.

Salió poco después y, sin cuidarse de recoger el dinero que Asturias había depositado con el director de la Penitenciaría, fue al Banco Nacional, por dinero, compró el mejor aparato de radio que pudo encontrar y, metiendo quinientos pesos en un sobre, hizo enviar las dos cosas a la madre de José Asturias. Un momento pensó en ir personalmente, pero le faltó el valor.

Capítulo segundo

Carlota y el sueño

a

Si a algo podía comparar aquella primera cita privada con la Nena Cervantes, era al emocionante preludio de una primera comunión. Mientras se dirigía hacia Swástica, Roberto de la Cruz recordó con una sonrisa pueril los primeros pantalones largos que había usado, unos pantalones blancos de lana que le había puesto su madre para que fuera a ofrecer flores. Había querido ir solo, y se lo habían permitido, aunque no tenía más que ocho años, porque la parroquia quedaba a dos cuadras de la casa de su padre. Era mayo, pero había llovido. Con sólo bajar los ojos reveía los charcos que parecían de esmalte sobre el enlosado. Era por la tarde también. Un carro había pasado de pronto, y los cascos de los caballos y las ligeras ruedas rompían en mil cristales de lodo el esmalte de un enorme charco. Cuando vio sus pantalones blancos manchados por mil lunares, lloró amargamente y quiso no ir a la iglesia ya. Pero algo le dijo que no podía faltar, e hizo el resto del camino como un sonámbulo. A la entrada de la parroquia unos niños se rieron de él. Quizás Felipe Inclán estaba entre ellos. El lodo había llegado hasta su blusa blanca, y tuvo la impresión de que las flores que conservaba en una mano volante, separada de su cuerpo, estaban ajadas todas. Sin embargo, persistió y entró en la iglesia conteniendo sus lágrimas. Estaba seguro de que la Virgen no se fijaría siquiera en sus flores; pero, a la vez vivía esa edad milagrosa en la que todo parece posible, y cuando depositó en el altar su ramo manchado de lodo, alzó sus ojos de oro, tímidos como si fueran de cobre, hacia la Virgen, y la vio sonreírle y bajar los párpados en un comprensivo gesto. Y esa noche soñó que hablaba con la Virgen. *El Príncipe Rojo* no había sonado aún en su vida.

Así se sentía ahora, mientras el coche de alquiler rodaba por el camino de Las Lomas, lleno de lodo hasta las pestañas, exactamente como en aquel día de mayo. Sus manos le parecieron de pronto tan ajadas como aquellas flores, y el cigarrillo que tenía en la derecha se desprendió de pronto, cayendo "como un sexto dedo". ¿Dónde había leído aquello?

Cuando el coche se detuvo, todo el encanto de la evocación desapareció. Sintió el impulso de retroceder, de volverse en el mismo vehículo a sí mismo —¡se sentía tan distante de sí mismo!—. Pero entonces, como en el pasado, una fuerza extraña lo empujó hacia adelante. Cuando volvió a sentir miendo era ya tarde. El coche se había ido. Entró valientemente en el café, con la conciencia dolorosa de unos puños apretados y de una pera de ahogo en la garganta. Echó una mirada a las mesas vacías, con excepción de una que ocupaba una pareja muy joven.

Se instaló ante una mesa y ordenó una crema mientras esperaba. Esperó largo rato, aunque había llegado sólo unos minutos antes de la hora convenida. Esperó inútilmente más de una hora, fumando cigarrillo tras cigarrillo, bebiendo crema tras crema. La Nena Cervantes no llegó a la cita. Al pagar la cuenta sintió un deseo frenético de desprenderse de sus manos, de arrojarlas lejos de sí como flores secas, manchadas.

b

Este pequeño episodio le fue muy útil después. En primer lugar, se burló un poco de su confusa evocación, que había mezclado su primera comunión y su primer ofrecimiento de flores y la encontró cursi, aunque sin exageración. Pero comprendió en seguida que aquel deseo de desprenderse de sus manos no era más que un gesto de neurastenia, y que sus nervios estaban a punto de estallar por otras razones que nada tenían que ver con su cita frustrada. Había ido a ella, quizás por primera vez en su vida, con un impulso de abandono, de entrega y de fuga. No se arrepentía, pero era una suerte que la Nena no hubiera llegado. Lo que más había trabajado sus nervios era la muerte de Asturias, la ola de envidia y de miedo que lo había ahogado al ver que Asturias había podido cerrar la

curva de su destino. Así como otros hombres se sienten excluidos implacable, lastimosamente, del amor, del poder o de la riqueza y levantan al cielo una mirada blasfematoria que grita: "¿Por qué yo no?" sin darse cuenta, él se había sentido excluido del crimen, que estaba al alcance de Asturias y cualquier hortera. Y esto era lo que le había dado miedo. Razonó el recuerdo y el símil de las flores y no lo encontró tan desacertado, a pesar de su leve cursilería, puesto que quizás había ido a la cita con la intención secreta de entregar sus fracasos —sus flores ajadas— a aquella muchacha como estatua. Ciertamente había ido para fugarse, para renunciar a sus intenciones de antes, tratando de cambiar de un golpe el curso de su vida. Sin este propósito latente, ¿por qué habría llamado a la muchacha a raíz de leer la carta de José Asturias? Por segunda vez se alegró de que la Nena no hubiera acudido a Swástica.

Luego analizó fríamente sus relaciones, explicándose por primera vez la odiosa atracción que habían ejercido sobre él Patricia Terrazas y el conde Schwartzemberg, los seres que no merecían vivir ni gozar del sol, y la nostalgia mezclada de miedo que le habían inspirado siempre la madre y la hija. La señora de Cervantes y la Nena merecían el sol y la vida, y él nada tenía que hacer con gentes así, tan apartadas de su destino.

Dejó el coche en el centro y se puso a caminar, siguiendo mecánicamente a los transeúntes con la esperanza casi muerta de cruzarse con alguien que no mereciera vivir, que le produjera la misma reacción que había experimentado en presencia de Patricia Terrazas y del conde Schwartzemberg. Pero no encontró a nadie, y sintió como si las calles hirvientes en gente estuvieran desiertas.

Si había sentido ese impulso de fuga era porque, sin explicárselo bien, se sentía perdido y fracasado. En ese caso, ¿por qué no torcer el rumbo y casarse con la Nena? La señora de Cervantes le había dicho...

—¡Roberto!

Una mano enguantada lo llamaba desde un coche, entre el estrépito de los claxones.

—Suba, acompáñeme.

Le sorprendió ver que la Nena se había quitado el luto, y

aunque llevaba colores discretos —marrón y gris— era una aparición excesivamente luminosa. Mientras el coche rodaba sin rumbo, moviéndose lentamente en el denso tránsito de lentitud de aceite y ruido de infierno, ella se disculpó con naturalidad y sencillez. Se había demorado con la modista, luego había esperado largo rato un coche, y cuando había llegado a Swástica él ya no estaba allí. Lo sentía tantísimo. Le pidió que su madre no llegara a enterarse de su tontería. Sí, su madre sabía que él la había invitado a tomar el té, y parecía haberse alegrado tanto, que no quería darle ahora esa desilusión. Las palabras fluían de sus labios delgados, pero encendidos y exquisitamente modelados, como perlas sonoras, en una dicción perfecta y en un tono que subrayaba el magnetismo de la voz.

"Hay veces que quisiera uno besar, y aun morder", pensó Roberto de la Cruz. ¿No es así como se prueban las piedras preciosas y las monedas de oro y plata?

—¿Podemos ir a algún sitio donde no haya conocidos? Es el primer día que salgo de color y me apena un poco exhibirme.

Él ordenó al chofer que entrara en las calles del Correo Mayor, y bajaron del coche ante un hotel en cuyo primer piso había un restaurante donde se servían platillos árabes y café turco y donde se fumaba en *narghileh*. El lugar era un tanto sórdido, aparentemente equívoco, pero la Nena Cervantes no pareció darse cuenta de ello y subió la escalera con una dignidad y una gracia que recordaban el equilibrio de su madre.

Roberto de la Cruz ordenó anís con agua, café y cigarrillos turcos, y una "botana" que consistía en jocoque, tomates y pepinos rebanados, grandes aceitunas negras y tortillas de harina. Todo pareció ser una deliciosa novedad para la Nena. Se quedaron charlando no menos de dos horas, estimulados por el ambiente. Roberto de la Cruz logró, tras mucha insistencia, que el patrón les trajera una *narghileh* con su gran trozo de tabaco rubio, su agua y sus brasas ardientes, y que les tocara en la victrola discos de música oriental. Fumaron por la misma boquilla con gran diversión de la Nena. Todo le parecía perfecto.

Ella lo instó a hablarle de sí, de su vida, de sus emociones de jugador, del asesinato de Patricia Terrazas, de su estancia en la Penitenciaría, y él satisfizo su curiosidad con sencillez,

sin entregar ningún secreto, pero sin omitir ningún detalle interesante. Ella escuchaba apasionadamente, interpolando algunas preguntas en el relato de él. Sus ojos eran menos bellos que los de su madre, pero tenían también esa mágica cualidad de crecer cuando miraban.

—Tal vez no debiera decírselo —dijo mientras él ordenaba nuevos anises.

Roberto de la Cruz la miró.

—Tal vez no debiera decírselo, pero se lo diré. Hablé varias veces de usted con el pobre Felipe, y él me contó...

Se detuvo como para tomar aliento.

—Me contó que cuando usted era muy joven, en provincia, le había dicho a su hermana que quería ser un gran santo o un gran criminal. ¿Es cierto?

—Era cierto —dijo él con cierta melancolía.

—Hubiera sido apasionante —dijo ella.

Y los dos callaron, pero pronto sus copas de anís con agua, que sugerían ajenjos, los pusieron nuevamente en vena de charlar y de reír. Él recordó entonces su emoción cuando la vio sonreír por primera vez en "Lady Baltimore", y se la contó en pocas palabras. Ella dijo:

—Me acuerdo —y ante la mirada indrédula de él repitió—: le aseguro que me acuerdo. Me llamaron la atención los ojos de usted desde el primer día, cuando Patricia Terrazas lo presentó con mi madre sin presentarlo conmigo.

Fumaron un poco más, saboreando el humo frío que llegaba a través de la larga boquilla dejándoles un regusto inusitado. Después él miró su reloj y pidió la cuenta.

—Acompáñeme usted a casa —dijo ella— y si está allí mi madre, no la desilusione acerca de nuestra primera cita. ¡Todo ha salido tan bien!

Cuando iban a bajar la escalera él sintió que su brazo, del que ella se había tomado, rozaba un seno firme y electrizante. Ella no pareció darse cuenta. Él no caminó, mirándola.

—¿Qué le pasa?

—Estaba pensando que no sé su nombre.

Ella rió.

—Lo perdí desde hace mucho. Las gentes me dirán Nena hasta que me caiga yo de vieja, pero me llamo Carlota.

Él la miró sin responder y los dos bajaron la escalera, demasiado juntos, según pensó él.

c

Siguieron días de un plácido abandono, días de paseos a pie y de paseos en coche en los que a menudo los acompañaba la señora de Cervantes. Roberto de la Cruz pudo darse cuenta de que se sentía lentamente envuelto en algo, pero que le agradaba sentirse envuelto. Se negó solamente a jugar con ellas en su casa y siguió yendo a la de Asuara. La señora de Cervantes nunca volvió a manifestar deseo alguno de ir allí, ni mencionó ante Carlota ningun detalle de aquella noche.

Una mañana, a pesar de todo su indolente abandono, Roberto de la Cruz sintió deseos de reflexionar a solas. Al salir recordó el consejo del ex inspector Herrera, tomó un coche y se hizo llevar a Las Lomas de Chapultepec, por un paraje en el que estaba seguro de no encontrar a ninguna de las dos mujeres. El sol era agradable y le pareció sabroso caminar por las avenidas tranquilas, limpias y llenas de flores, sin pensar en nada, olvidadizo del objeto que lo había llevado allí. Escuchó un grito de pronto.

—¡Hey!

Hubiera seguido adelante a no venir un segundo grito.

—¡Hey, amigo!

Se volvió a todos lados sin ver a nadie.

—¡Aquí, hombre, aquí!

Una mano se agitaba en el aire. Roberto de la Cruz dio algunos pasos en su dirección y encontró al ex inspector Herrera cómodamente sentado en el prado y fumando un cigarro de hoja con el aspecto de un hombre que disfruta de unas vacaciones.

—Aquí reflexionando, amigo. Siéntese.

Veinte pasos más allá estaba su coche, en el que se encontraba el chofer instalado ante el volante con tanta seriedad como si estuviera guiando.

—Desde que se lleva usted con personas decentes ya casi no me da oportunidad de verlo. No, hace mucho que no voy a casa del Gordo. Tengo un quehacer endiablado. ¿Cuándo es esa boda?

Roberto de la Cruz respondió secamente que no había que creer en rumores.

—¡Ah, qué yo! Siempre de entrometido.

—¿Qué le pareció lo de Asturias?

El otro se encogió de hombros. Roberto de la Cruz le mostró entonces la carta que había recibido del asesino, asesinado, y que conservaba en su cartera. El ex inspector Herrera la leyó con atención y se la devolvió en silencio mientras se dibujaba en sus labios una peculiarísima sonrisa.

—Bonito autógrafo —dijo al fin—. Ya le tengo dicho, amigo, que después de muerta Patricia Terrazas seguirá dando quehacer.

—Al contrario del conde Schwartzemberg, que sólo dio quehacer en vida, ¿no?

—Bastante poco. Pero quizás llegue a darnos alguno ahora él también.

Roberto de la Cruz lo miró fijamente.

—No lo digo por nada especial, pero soy hombre de corazonadas. Por eso no di la medida como burócrata de la policía. Pero, en fin...

Se levantó de pronto, con una agilidad sorprendente.

—Yo siempre despidiéndome como el aire. Hasta la vista, amigo.

Roberto de la Cruz lo miró dirigirse hacia su coche y subir en él, aunque el coche no arrancó sino después de casi un minuto, a poco de que hubo pasado otro automóvil en dirección de la ciudad. Iba a buen paso, pero era un coche de toldo plegadizo y largas líneas aerodinámicas y llevaba el capacete bajado, de modo que Roberto de la Cruz alcanzó a distinguir una figura vagamente conocida. Reflexionándolo, recordó que, a través de toda su breve conversación —salvo en el momento de leer la carta de Asturias— el ex inspector Herrera mantuvo los ojos fijos en un punto invisible para él. Indudablemente andaba siguiendo a alguien. A alguien que iba en ese coche —quizás al hombre a quien Roberto de la Cruz había creído reconocer al verlo pasar—. No logró recordar de quién se trataba, y mató una hora más caminando sin cumplir con su propósito de reflexionar. Llegó hasta un sitio de automóviles y tomó uno para dirigirse al centro de la ciudad.

Sin embargo, optó por detenerse en su casa primero y encontró allí un recado de Carlota Cervantes —una cita para almorzar en el Ritz si le era posible alcanzarla—. Volvió al coche y se hizo llevar a la avenida Madero. Se asomó al restaurante del hotel Ritz y lo encontró casi vacío. Dio su nombre al jefe de meseros, explicando que si una o dos señoras, que respondían a tal descripción, llegaban, las introdujera al bar o fuera a llamarlo a él allí.

El bar estaba tan atestado como de costumbre y no había una sola mesa libre. Roberto de la Cruz permaneció de pie ante el mostrador, donde tomó un *highball* a lentos sorbos. Mientras lo hacía, llegó un grupo de gentes haciendo gran ruido. Eran tres o cuatro jóvenes excesivamente bien vestidos, que acompañaban a un hombre maduro y obeso, de cabellos blancos aunque de rostro más bien juvenil. Le pareció reconocerlo. Uno de los aliñados jóvenes se desprendió de pronto del grupo y se acercó hacia Roberto de la Cruz saludándolo con afectada cordialidad.

—¡Pero si es usted! ¡Con los deseos que tenía de verlo! ¿Dónde se le ve, dígame?

Roberto de la Cruz tardó unos segundos en reconocer a su interlocutor, que siguió hablando sin detenerse.

—¿Qué toma usted, un *highball*? ¡A ver, tú, muchacho, dos *highballs* aquí!

El cantinero los sirvió con relativa prontitud mientras el joven seguía:

—Me he acordado muchísimo de usted en estos días, pero no sabía dónde localizarlo. ¡Qué bueno que lo encuentro!

Dio un trago a su *highball* haciendo un pequeño gesto.

—He pensado que podría usted tener interés en recuperar esta joya de familia, que tanto estimaba.

Exhibió un objeto en su mano izquierda. Roberto de la Cruz reconoció el camafeo italiano rodeado de rubíes oscuros que el conde Schwartzemberg había regalado a Luisito, y por el propietario del cual había pretendido hacerlo pasar.

—Sigue siendo divino, como usted ve, ¡sencillamente divino! ¿Quiere usted comprarlo?

Roberto de la Cruz tomó la joya y la miró como si la examinara. En realidad, pensaba en el "muladar" del Paseo de

la Reforma, en el hombre de sebo vuelto de espaldas, y en un saco de munición que caía.

—Usted apreciará esto mejor que nadie. Me duele desprenderme de él, pero no hay otro remedio. ¿Cuánto me ofrece usted?

La actitud descarnada del joven incomodó a Roberto de la Cruz.

—Quinientos pesos.

Luisito se echó a reír con una afectación insoportable.

—El conde me dijo que le había dado a usted mil quinientos pesos por él.

—Es posible, pero yo doy quinientos, y es mucho ya.

El joven protestó acaloradamente. Entraron en el bar dos hombres en quienes Roberto de la Cruz reconoció a dos políticos cotidianos concurrentes a la casa de Asuara. Uno de ellos que tenía con él la confianza que da el perder mucho dinero, le guiñó el ojo diciéndole al pasar:

—¡Cuidado, amigo De la Cruz!

Sintió una molestia inefable. Luisito seguía hablando.

—Déme usted mil trescientos siquiera. Es regalado.

Su molestia se trocó en una indignación creciente. Apuró el resto de su *highball,* ordenó otra tanda, y con estudiada frialdad refirió a Luisito la historia del camafeo. El joven lo escuchó desorbitándose. Un par de cabellos se desprendieron como por encanto del alisado conjunto de su cabeza, y al volverlos a su lugar se despeinó bastante, con lo cual daba pruebas inequívocas de una violenta indignación.

—¡Pero qué joto hijo de...! Siempre fue un cochino. Me da gusto que se haya achicharrado. Sin embargo, eso no le quita valor al camafeo. Déme usted mil pesos y es suyo.

—Cuatrocientos —dijo Roberto de la Cruz.

El otro se congestionó.

—Acaba usted de decir quinientos.

—Trescientos entonces.

Experimentaba un morboso placer, y aunque en realidad sentía deseos de adquirir el camafeo, le complacía golpear así al equívoco sujeto, que parecía que iba a desmayarse de un momento a otro bajo el chubasco de su propia indignación.

El *maître* del restaurante se acercó en ese momento a Roberto de la Cruz para decirle que la señora había llegado y le rogaba que se reuniera con ella en el comedor.

—Si quiere usted —dijo a Luisito—, nos veremos aquí mañana a estas horas. Y si le conviene mi precio, trato hecho. Pero la advierto que sólo me interesa comprar esto en recuerdo de la historia que le he contado.

Se alejó sin estrechar la mano del joven. En el restaurante lo esperaba Carlota. Experimentó una sensación de alivio al verla, vestida de gris, con un traje que le hacía parecer de dieciocho años aunque tenía más de veinte. Comieron hablando de cualquier cosa, con muchas pausas. Al llegar al café le dijo:

—Creí que quería usted verme por alguna razón especial.

Ella lo miró con cierta turbación.

—Así es —dijo—, pero no sé por dónde empezar. En primer lugar quiero preguntarle una cosa. ¿Verdad que no es cierto que usted quiera...?

—¡Carlota!

No habían sentido llegar a la señora de Cervantes, pero allí estaba junto a ellos, más estatuaria y pálida que nunca, con un traje azul gris que le sentaba maravillosamente. Roberto de la Cruz se había levantado, electrizado por el tono de la voz de la mujer. Ordenó otra taza de café para ella.

—Te he buscado por todas partes, Nena —dijo la señora de Cervantes recobrando su tono habitual—. ¿Por qué has hecho esto? ¿Qué intentas?

Carlota la miró con frialdad, y las mejillas de la señora de Cervantes se encendieron gradualmente, hasta adquirir un tinte rosa oscuro. Las dos se miraron sin hablar, y Roberto de la Cruz sintió que había una tensión entre ellas, un choque absurdo que él jamás hubiera creído que pudiera llegar a existir. Carlota fue la primera en bajar los ojos, pero a pesar de eso habló. Habló cuidadosamente, sin elevar la voz, como si tuviera miedo a mutilar una sola sílaba de sus palabras.

—Cuando llegaste iba yo precisamente a hacerle una pregunta, madre. La pregunta es ésta, Roberto: ¿verdad que no es cierto que usted quiera casarse conmigo?

Roberto de la Cruz las miró alternativamente. La señora de Cervantes había recobrado toda su graciosa majestad. No hizo un gesto ni dijo una palabra. Carlota encendió un ciga-

rrillo con movimientos precisos, pero un temblor casi imperceptible de sus dedos y sus labios denunciaba su estado de extrema nerviosidad.

—Sí —dijo él lentamente—. Es verdad. Quiero casarme con usted, Carlota.

Se alegró de haberlo dicho al mirar el destello que pasó por los ojos violeta de la señora de Cervantes, pero se arrepintió en seguida ante la extraña mirada de cólera que le dirigió Carlota. Repitió:

—Es la verdad.

Carlota se levantó sin violencia. Su madre la imitó con tan exacta rapidez, que era imposible decir de pronto cuál de las dos se había levantado primero.

—Nos perdonará usted que nos vayamos —dijo la señora de Cervantes con su voz magnética y profunda—. Lo llamaremos por teléfono pronto.

Él las miró alejarse y salir al vestíbulo del hotel. Liquidó su cuenta unos minutos más tarde y se metió en un coche para ir a su casa. Necesitaba pensar. Cuando se había tirado apenas en su cama y se preparaba a encender un cigarrillo, la campanilla del teléfono repiqueteó violentamente. Respondió de mala gana. Una voz masculina, un tanto apagada, sonó al otro extremo del hilo.

—¿Qué hay, amigo? Va usted a decirme que, como de costumbre, me meto en lo que no me importa. Pero quiero hacerle una pregunta.

Roberto de la Cruz esperó sin contestar.

—¿Compró usted el camafeo ese?

Al oír la negativa de Roberto de la Cruz pareció como si el ex inspector Herrera suspirara con alivio.

—¿Cuánto le pidió?

—Mil quinientos, mil trescientos, mil...

—¿Cuánto ofreció usted?

—Quinientos, cuatrocientos, trescientos.

—Es usted una verdadera perla. Voy a pedirle un favor. Baje su oferta a doscientos.

Roberto de la Cruz explicó que había prometido pagar trescientos al día siguiente, si Luisito se decidía. No podía faltar a su palabra.

—Falte usted para servir a un amigo. Además, le hago un favor. Ofrézcale doscientos y verá como acepta. Tiene que aceptar.

—Lo siento, pero no puedo servirlo en una cosa así. Me molesta romper una promesa.

—En ese caso no la rompa usted. Gracias de todos modos.

El ex inspector Herrera se había despedido como siempre, como el aire, pero Roberto de la Cruz encontraba demasiados motivos de reflexión en la escena del restaurante con la señora de Cervantes y su hija para dejarse preocupar por el incidente. Le inquietaba, sobre todo, y lo asombraba aún, su categórica afirmación de que quería casarse con Carlota Cervantes. Tuvo de pronto la impresión de que toda la cosa había sido sabiamente escenificada para precipitar su confesión, pero evocó la figura de la señora de Cervantes y su impresión le pareció absurda y estúpida y la rechazó de un golpe. De todos modos, allí había algo...

Se apoderó de él una agradable modorra, y, sin darse cuenta, se durmió en pocos minutos.

d

Primero fue el sueño del camafeo. Ante todo, Roberto de la Cruz soñó que despertaba, se levantaba y se dirigía a la casa de Luisito, que lo recibía vestido con un hábito de franciscano en el sótano de las joyas del conde Schwartzemberg. Le decía, con una voz lejana:

—Mire usted mis colecciones —y señalaba las paredes desnudas añadiendo:

—Pero sólo puedo venderle esto.

Entonces enseñaba el camafeo.

—Pero tiene usted que darme más.

Y Roberto de la Cruz lo compraba. Pero entonces el joven empezaba a señalar desenfrenadamente a todos lados.

—Pero tiene usted que darme más.

Y Roberto de la Cruz volvió los ojos desatentadamente a todos lados y veía las paredes tapizadas de camafeos.

Y empezaba a comprarlos todos, uno por uno, pero no podía acabar. Y entonces, por un megáfono, sonaba la voz del ex inspector Herrera:

—Menos, menos, menos.

Y las paredes volvían a aparecer desnudas. Y Luisito gritaba, mesándose los cabellos:

—¡Más, más! ¡Más!

Y las paredes volvían a aparecer cubiertas de camafeos. Y Roberto de la Cruz seguía comprando. Tenía los bolsillos llenos y no le quedaba espacio para uno solo; pero seguía comprando, y los camafeos llovían de sus bolsillos sobre el suelo, y las paredes seguían llenas de ellos. Y la voz del ex inspector Herrera volvía a sonar:

—Menos, menos, menos.

Y Roberto de la Cruz, para no pisar los camafeos, adelantó su pie buscando dónde apoyarlo, lo apoyó al fin y cayó vertiginosamente en el vacío.

Abajo estaba Lavinia, en un prado verde donde había un parche de sol y tenía puesto el camafeo. Pero cuando Roberto de la Cruz se acercaba a ella, retrocedía hasta un parche de sombra en el que no caía un solo rayo de sol, y él veía entonces que no era Lavinia, sino Carlota. Pero mirando de más cerca, la sombra del paraje se hacía más intensa, y la mujer no era Carlota: era la señora de Cervantes, que se llevaba las manos al rostro y, como si apartara una máscara, se convertía en Carlota, y luego en el camafeo y luego en Lavinia, y otra vez en Carlota y de nuevo en ella misma. Y cuando era ella misma hablaba mucho, angustiosamente, con una voz de sombra, palabras que Roberto de la Cruz quería oír sin poder lograrlo.

Entonces soñó que se acostaba y que se ponía a dormir, como para reanudar un sueño, y veía a Patricia Terrazas y la golpeaba cruelmente, con una ira rítmica; pero ella reía y decía algo con su desagradable, aguda voz. Roberto de la Cruz apartaba entonces el aire con las manos, para poder oírla, y la oía al fin decir:

—...muerta. Yo ya estoy muerta.

Y él se volvía entonces y descubría a José Asturias, que lo miraba con lentitud y sonreía, en realidad no podía ver más que la sonrisa, y él abría la boca con dificultad, y hablaba, y entonces José Asturias caía muerto y él lo veía tirado en el suelo, con una pierna encogida, como en la fotografía del

periódico, y hacía una bola el periódico y lo arrojaba a un rincón. Quería recogerlo y se dirigía hacia el rincón; pero allí estaba el conde Schwartzemberg, tendido en el suelo con su hábito de franciscano y con un enorme anillo de amatista en un dedo descomunal —y la amatista irradiaba una luz tan poderosa que, al reflejarse sobre el periódico hecho bola le prendía fuego—. Y Roberto de la Cruz trataba de apagar el fuego pisoteando el periódico; pero era inútil. Lo apagaba en un rincón, y la amatista volvía a encenderlo en otro, y en otro y en otro, y el fuego subía por las piernas y los brazos de Roberto de la Cruz, lentamente y sin quemarlo, hasta llegar a sus ojos.

Lo despertó el sol crepuscular y se incorporó en la cama, un poco tembloroso; encendió un cigarrillo y fumó, recordando puntualmente esta sucesión de sueños. En realidad, él había matado a José Asturias con su denuncia. No era un crimen gratuito, puesto que lo había hecho para salvarse de la cuerda; pero quizás esto resolvía su destino. Había matado al conde Schwartzemberg también. ¿Por qué había experimentado entonces aquel sentimiento de frustración? Tal vez las cosas estaban bien como estaban. Comprendió que había realizado imperfectamente su sueño porque los sueños nunca se realizan por completo, y el que los realiza muere, como Asturias. Ese es el precio. Su camino era claro. Tenía que escoger entre aquel sueño y la realidad. Y Carlota era la realidad.

Repasó en su imaginación la escena ocurrida en el restaurante. Quizás no había sido deliberada; pero, en todo caso, él había caído en una trampa que, involuntaria o no, había resultado bastante eficaz. Le molestaba un poco la vulgaridad de haber caído por una fórmula de contradicción. Quizás si Carlota se hubiera mostrado interesada en casarse con él, él habría rehuido toda declaración. Ahora ya estaba.

Se lavó la cara y, cuando se secaba, sonó el teléfono. La voz de Carlota le produjo como un golpe de sangre.

—Tengo que pedirle perdón por lo de hoy. Estuve muy tonta y toda la cosa fue de muy mal gusto. ¿No está usted enojado?

Él aseguró que no, añadiendo que era preferible no volver a mencionar el asunto. Ella pareció contenta con la solución, y se despidieron prometiendo verse muy pronto, aunque sin precisar ninguna fecha.

Cuando Roberto de la Cruz se preparaba a salir volvió a sonar el teléfono. Era la señora de Cervantes, que quería agradecerle su actitud, aunque temía que todo no fuera más que un sueño, y lo sentía infinitamente. Él dijo algunas cautelosas trivialidades, sin comprometerse en modo alguno esta vez.

Al salir a la calle, sin objeto inmediato, el aire cálido lo incomodó. Pensó, mientras caminaba, que no había que precipitar las cosas. Esperaría algún dato, algún aviso exterior o interior para saber en dónde estaba su destino, si en proseguir su sueño de crimen o en casarse con Carlota. Carlota y el sueño. Tuvo, de pronto, la impresión de que tendría motivo para recordar más adelante sus sueños de aquella tarde, y se estremeció desapaciblemente.

Capítulo tercero

El vals olvidado

a

Al mediodía siguiente Roberto de la Cruz fue a tomar un *highball* al bar del Ritz. Luisito lo esperaba allí, más peinado que nunca, y una especie de ansiedad parecía rezumar de su habitual compostura. Roberto de la Cruz estuvo un poco cruel, evitando, durante un buen rato, mencionar el camafeo. El otro se dejó vencer pronto. Sacó la joya y la puso sobre la mesa, entre los dos vasos.

—¿Conque...?

Aunque había concurrido a la cita resuelto a cumplir su promesa, Roberto de la Cruz se descubrió de pronto un escondido deseo de complacer al ex inspector Herrera, ya que seguramente le había hecho aquella súplica con una intención especial. Explicó que había estado pensando en el asunto y llegado a la conclusión de que el camafeo no valía más de doscientos a doscientos cincuenta pesos. La indignación de Luisito era lastimosa. Daba pena oírlo hablar de la antigüedad de la joya, de las piedras que tenía, de lo maravilloso del tallado. Parecía que iba a soltarse llorando. Roberto de la Cruz le indicó que había encontrado una manera de mejorar su oferta. El otro calló instantáneamente y adelantó los codos y la cara para escuchar mejor en el pequeño tumulto de voces del bar. Podría jugarla. Si Roberto de la Cruz ganaba, no le daría más que doscientos pesos; si perdía, le pagaría quinientos. Luisito hizo una mueca, pero al fin aceptó. Después de todo, los dos tenían posibilidades iguales. Roberto de la Cruz sacó una moneda.

—¿La tira usted o la tiro yo?

—Usted —dijo Luisito con nerviosidad—, y yo apuesto.

La moneda de un peso giró en el aire.

—¡Sol! —gritó Luisito fuera de sí.

La moneda cayó en el suelo, cerca de sus pies. Los dos se inclinaron para verla. Erá águila.

—Lo siento —dijo Roberto de la Cruz.

Lo sentía sinceramente. En aquella clase de seres la desesperación, el abatimiento, la impotencia, adquirían las proporciones de una pasión patológica, abyecta casi; pero que le inspiraba una profunda lástima. Una vez salidos de su seguridad habitual que los hacía insolentes y terribles, se perdían en un bosque sin esperanza. A pesar de todo, Luisito hizo un esfuerzo victorioso por conservar la línea. Se encogió de hombros y dijo con una sonrisa:

—Bueno, cosas de la suerte. No estuve de suerte hoy.

Pero en el brillo de sus ojos había secas lágrimas de rabia muertas en un embrión de luz. Tendió el camafeo al hombre de los ojos dorados, que lo tomó sin sonreír y le entregó dos billetes de cien pesos.

Charlaron unos minutos aún, especialmente de literatura francesa; pero Luisito se había violentado en exceso para no perder el equilibrio, y se despidió al terminar su segundo *high-ball* dejando que Roberto de la Cruz se encargara de la cuenta. Toda la piedad de éste desapareció ante una fugaz idea:

—Lo que no irá diciendo de mí para sus adentros, los nombres que no me aplicará. Esas gentes tienen un vocabulario de infierno.

Rió ante la idea y se marchó a comer una sopa de cebollas en Gallia. Llegando a la esquina de Madero y Gante pensó que después de comer podría pasar por la oficina del ex inspector Herrera, en el Cinco de Mayo, para darle la noticia. Pero dos pasos adelante, del modo más deliberadamente casual, se dio de manos a boca con él. Deliberadamente casual, porque era evidente que Herrera lo había observado y seguido.

—Gracias, amigo. El truco del "volado" fue genial. Así quedó usted bien consigo mismo y me hizo un favor.

Roberto de la Cruz lo miró sin sonreír.

—Me sacó usted la vuelta por el Pasaje San Carlos, ¿verdad?

Él otro rió, bonachonamente.

—¿Por qué no se hace usted detective?

Roberto de la Cruz lo invitó a comer siguiendo un repentino impulso. Tenía deseos de averiguar la razón de todo aquello. Pero el ex inspector Herrera volvió a reír.

—¿Dónde va usted a comer?

Dijo el nombre del restaurante, y el otro continuó:

—Allí tienen muy buenos vinos, me emborracharía usted para sonsacarme.

Y con tono más serio:

—No, gracias. En realidad tengo mucho quehacer.

Y al acabar la frase se había marchado ya.

Roberto de la Cruz iba a tomar su primera cucharada de sopa cuando recordó de pronto el incidente de Las Lomas. Se sintió seguro de que la persona a quien el ex inspector Herrera parecía vigilar, a quien él había tratado de identificar en el pasajero del coche gris de líneas aerodinámicas, era Luisito. No cabía duda. También había creído reconocer al hombre maduro que lo acompañaba la vispera, y que era evidentemente el que conducía el coche.

Comió con buen apetito, y al sacar su cajetilla de *Luckies* palpó el camafeo en su bolsa. Lo contempló amorosamente, sin sentir el menor remordimiento por haberlo comprado tan barato, y sonrió pensando de pronto que sería un bonito regalo para Carlota, si lo aceptaba.

b

Durante una semana esperó inútilmente aquel aviso que le daría evidencia de su destino. El recuerdo de Asturias se apagó en él y, poco a poco, los contornos de su sueño parecieron perderse. Volvió a saborear el baño y la comida, y a detenerse ante los escaparates de las tiendas de antigüedades y a sentir veleidades de comprar cosas gratas al tacto y a la vista. En realidad, la idea inexpresada de que su destino le prohibía amontonar objetos en su vida y ser dominado por ellos, lo había disuadido hasta entonces de adquirirlos. Pero se sentía cada vez más libre, y durante esa semana compró todo lo que le pareció atractivo, sin ponerse freno alguno ni detenerse ante ningún gasto. Comprendía que esto era tanto como quemar sus naves; pero sabía también que, si llegaba a ser preciso, lo abandonaría todo con impasibilidad.

A la octava mañana, sintiéndose ligero de ánimo, se presentó cerca de las once en casa de las Cervantes para invitarlas a dar un paseo. La señora de Cervantes había salido, y Carlota bajó unos minutos más tarde, lista para salir también. Fumaron un cigarrillo y entonces él extrajo de su bolsa el camafeo y se lo mostró. Se alegró de haberlo comprado ante la magnética mirada que le dirigió Carlota. Cuando la vio fascinada le indicó que era para ella; pero ella se echó a reír, rechazándolo con buen humor. Él no insistió y volvió a guardarse la joya en el bolsillo. Después de todo, esto era la realidad, no el sueño y había que aceptarla tal cual era.

Carlota se levantó. Explicó que iba a salir, aunque sin rumbo, con el objeto de caminar un poco. Si él quería acompañarla...

Cuando se dirigían a la puerta les dio alcance una criada: llamaban por teléfono a la señora Nena. Carlota reflexionó un segundo, echó una ojeada a su reloj, y ordenó a la criada que dijera que se había marchado ya. Roberto de la Cruz no tuvo tiempo de preguntar a qué obedecía aquella súbita prisa. Se la explicó cuando vio el gesto de contrariedad de Carlota al encontrarse con su madre, que bajaba de la gran *limousine* en el momento en que ellos llegaban a la puerta. La señora de Cervantes se mostró encantada por el encuentro, aunque siempre a su distante, majestuosa manera. Dejó unos paquetes en la casa y salió a caminar con ellos.

Caminaron morosamente un rato. De pronto, la señora de Cervantes recordó que tenía que visitar a una amiga enferma en el Hospital Inglés. Tomaron un coche para ir a Anzures.

—Den una vuelta y pasen por mí después, si quieren. Sí, es una buena idea. Pasen por mí y lo detendremos a usted a comer. Su reaparición merece ser festejada.

Se volvió.

—¡Ah! —dijo—, por cierto que aquella amiga suya dejó ya el departamento. Pagó sólo un mes al terminarse el contrato, y se fue.

La miraron alejarse, y Roberto de la Cruz volvió a admirar aquella silueta fina y erguida que parecía caminar sobre nubes sin hollarlas. Carlota sorprendió su mirada y sonrió.

—¿No es verdad que mi madre es admirable? Cuando em-

pecé a usar tacones altos y a bailar, después de mi presentación en sociedad, a menudo sentí celos de ella.

Él sonrió con incredulidad, mientras echaban a andar rumbo a Chapultepec.

—Sí, sí, celos; pero celos terribles. Nunca lograba verme tan bien vestida ni tan linda como ella. Llegó a creárseme un complejo tal que dejé de asistir a bailes y fiestas por un tiempo. Las cosas han cambiado después. Ahora ya no le tengo celos.

Vibraba una nota extraña en su voz. Él se volvió a mirarla y la vio palpitar como en una actitud de orgulloso y satisfecho desafío. Se echó a reír de pronto.

—Era lindo ese camafeo; pero para aceptar un regalo así hay que ser novia o esposa. Quizás eso me decidiera a casarme con usted.

Bromeaba, en toda evidencia, pero sus palabras parecían disimular un pensamiento cuidadosamente oculto. Él sonrió sin contestar y no hizo el menor ademán de sacar el camafeo.

—Debe usted de creer que estoy loca —dijo ella ligeramente, sacudiendo un poco la cabeza hacia atrás con un movimiento fascinador que entregaba al sol su cuello largo y fino.

Había llegado a la pequeña calzada que está al otro lado de la vía de los tranvías y se instalaron en una banca. Encendieron cigarrillos y fumaron en silencio, saboreando el sol de mediodía. Unas niñas rubias, con los pies descalzos, jugaban a pocos pasos de allí. Una de ellas, de unos doce años, era deliciosamente fina y graciosa, con una sonrisa de cuento de hadas. Carlota suspiró un poco en broma.

—Y, sin embargo —dijo como si continuara un pensamiento previo—, me gustaría tener una hija.

Rápidamente borró la discreta melancolía de su tono añadiendo:

—Una hija que tuviera celos de mí.

Quizás era una broma solamente, quizás era algo más. Echó a andar delante de él y, unos segundos, él la dejó adelantarse para ver cómo se filtraba su cuerpo ondulante por el aire sin romperlo. Pensó que era el primer cuerpo de mujer que le daba un estremecimiento y le producía una emoción que se detenía

precisamente a la orilla de las lágrimas. No era, no podía ser solo un deseo cualquiera. Carlota se volvió, riendo:

—No se me pierda.

Él la tomó del brazo y caminaron de nuevo, sin apresurarse, hasta el Hospital Inglés. La señora de Cervantes estaba ya en la verja.

c

Como el señor Cervantes no comía ese día en casa, todo el método se dispersó, y los tres se demoraron tomando cocteles en una pequeña sala amueblada de modo exclusivo con muebles de corte griego, estilizado, y alfombrado de blanco. Roberto de la Cruz sacó de su bolsillo el camafeo y se puso a mirarlo.

—¿Qué es eso?

La señora de Cervantes se había inclinado hasta que su cabeza listada de canas rozó casi la de Roberto de la Cruz.

—Es precioso. ¿De dónde saca usted cosas tan lindas?

Con cierta deliberación él narró la historia de la joya, puntuando todos los detalles importantes, sin mencionar al ex inspector Herrera. Las dos mujeres sonrieron brillantemente ante la arrebatada pasión del pobre conde Schwartzemberg, y rieron ante el relato del "volado".

—Pensé ofrecérselo a Carlota y se lo ofrecí —dijo Roberto de la Cruz directamente al terminar la historia—, pero lo rehusó. ¿No se ofenderá usted si se lo ofrezco, señora? Tiene que quedarse aquí, es una joya que se parece a ustedes, y éste es su lugar.

La señora de Cervantes dijo simplemente:

—Gracias.

Tomó el camafeo y se lo prendió en el pecho. Roberto de la Cruz se volvió a mirar a Carlota y, aunque no hubiera podido jurarlo, tuvo la impresión de que se ponía encendida. La señora de Cervantes se levantó para mirarse a un espejo. Los dos la siguieron con los ojos y la vieron mover negativamente la cabeza.

—Es mío, ¿verdad? —preguntó.

Roberto de la Cruz afirmó con un movimiento.

—Me rejuvenece demasiado. ¿Puedo hacer con él lo que quiera?

Claro que podía hacerlo. Entonces, con una gracia delicada, la señora de Cervantes retiró el camafeo de su pecho, se acercó a Carlota y se lo prendió mientras sonreía. Si antes pareció incierto que Carlota hubiera enrojecido, esta vez era indudable.

Comieron a gusto en un pequeño antecomedor, alternándose las dos mujeres para servirlo. Sólo al final de la comida se dio cuenta Roberto de la Cruz de que Carlota se había quitado el camafeo. Prefirió no decir palabra, pero experimentó una gran molestia.

Tomaron el café en la sala griega, hablando sobre las terracotas que la adornaban. Había tres auténticas, nada más, pero era suficiente, y, además, la cabeza de mujer en mármol, con la nariz mutilada, que el señor Cervantes había comprado en Atenas. Ellas aludieron sin ostentación a sus viajes por el mundo entero, y él sintió una secreta vergüenza por no haber visitado aquellos lugares prodigiosos. La señora de Cervantes hizo traer licores, y cuando servía las copas, la criada de aquella mañana entró llevando un aparato telefónico, laqueado de blanco, que conectó en un extremo de la sala. Tendió el auricular a Carlota, pero la señora de Cervantes, dejando la gran botella séxtuple de Bols sobre la mesilla cubierta por un espejo, se adelantó rápidamente y tomó el aparato. Con una voz extraña dijo:

—Bueno.

Escuchó algunos segundos y, sin contestar, colgó el auricular. Carlota, que había estado mirando, inmóvil y tensa en su asiento, se levantó y salió de la pieza sin decir una palabra. La señora de Cervantes la siguió con sus ojos magnificados, en los que pareció brillar la luz de una lágrima. Como si nada hubiera ocurrido. Roberto de la Cruz le ofreció un cigarrillo, y ella agradeció el gesto con una mirada inolvidable. No dio la menor explicación. Él tomó su *chartreuse* y se despidió poco después sin que Carlota hubiera vuelto a aparecer.

d

El secreto que había entre las dos mujeres empezó a preocupar a Roberto de la Cruz. Era evidente que existía un estado

de choque entre la madre y la hija. Recordó las frases de Carlota acerca de los celos que sintió en un tiempo por su madre; recordó el incidente averiguado por el ex inspector Herrera: la señora de Cervantes era una mujer irreprochable, pero un extranjero le había hecho la corte y se había suicidado al día siguiente de su única entrevista con ella. Se abstuvo de especular por un prurito de respeto hacia la vida íntima de quienes le habían producido siempre un placer estético tan poco ordinario. Sin embargo, aquellas actitudes eran extrañas, para decir lo menos, y Carlota, con toda su excelente educación, estaba lejos de poseer aquel dominio de sí misma que tenía la señora de Cervantes, y que daba la impresión de acero revestido de nubes.

Al llegar a su casa buscó su ejemplar de Bécquer, empastado en vieja piel de Rusia, y leyó cada rima sintiendo que todas se referían a las dos mujeres. Dejó el libro y volvió a pensar en ellas. Recordó el incidente de la cesta de fruta que había recibido en la Penitenciaría, y su sueño del *Desayuno en el Jardín* pintado por Chirico en vez de Renoir. Recordó que, cuando el accidente de los Inclán, la señora de Cervantes había parecido más atribulada que Carlota, y que en el casamiento le había dado también la impresión de estar más alegre que su hija. Recordó las escenas recientes y, sobre todo, volvió a oír la voz de la madre insinuando que a la hija le encantaría casarse con él. Una idea absurda empezó a desperezarse en su cabeza. ¿Estaría enamorada de él la señora de Cervantes, y trataba de corregir esta inclinación pasándola a Carlota? Parecía ridículo pensarlo con sólo evocar esa distancia que se sentía en ella, esa órbita propia en la que parecía estar suspendida sobre un mundo al que se mezclaba, pero con el que no se confundía.

Hay otros misterios, pensó, aparte de los policíacos. Quizás era él quien estaba enamorado de la señora de Cervantes; pero eso lo había sabido siempre, sólo que era un amor de un género especial, que nada más parecía cobrar vida cuando se reconcentraba en Carlota. Eran cosas que sólo un detective de almas podría desentrañar.

Su pensamiento se desvió hacia el ex inspector Herrera. miró su reloj. Quizás podría hacerle una visita todavía y con-

fiarle su perplejidad con la esperanza de encontrar una solución a través de él. Pero eso sería lo mismo que contarle su secreto sueño de crimen, sería entregarle algo que era inseparable de su personalidad, y esas cosas no podían hacerse impunemente. Tanto valdría contarle la historia de la muerte del conde Schwartzemberg. Pensó, además quizás por la primera vez, en la turbia reputación del ex inspector Herrera. El juicio del conde Schwartzemberg no le pareció tan desacertado: el hombre era peor que un ladrón, era un policía.

e

La casa del gordo Asuara estaba rebosante de gente aquella noche. Hacía varias que Roberto de la Cruz faltaba de ella, y le sorprendió encontrar a casi todo el grupo de los primeros tiempos, con Roldán y los políticos pasados, al lado de los nuevos políticos y de los jugadores recién llegados. Había, también, dos norteamericanos, uno de ellos venido a México para negocios oficiales relativos al petróleo. Excepcionalmente, se sirvió coñac.

—¿Qué es lo que se celebra? —preguntó Roberto de la Cruz al gordo Asuara.

El gordo rió con su formidable risa.

—Estamos llorándole al muerto, mi hermano.

—¿Al muerto?

—Esto se acaba, viejo. Sin saberlo, has venido a velar y a despedir el cadáver de Birján.

Roberto de la Cruz lo miró incrédulamente.

—¿Estás de broma?

—Pero, ¿no sabes? Me han partido, hermano, me han partido por el eje. Oye, si ponemos una coma y una E la cosa resulta graciosa: me han partido, por el Eje.

Soltó una carcajada pantagruélica.

—A través de toda mi carrera he procurado contar con la amistad de los políticos, evitando los empleos y las sinecuras; pero, por desgracia, en este gobierno tengo amigos de lo más influyentes, las pilas de amigos, así.

Hizo con la mano ese expresivo ademán que consiste en juntar y separar rápidamente todos los dedos...

—Si tienes tantos amigos, no hay razón para temer nada.

—Cuando te digo que me han partido. En fin, me explicaré. Uno de mis más grandes y buenos amigos es miembro del gabinete. Me pidió mi opinión legal en un asunto que afecta internacionalmente al Estado. Se la di sin cobrarle, ¡hace uno cada tarugada!, y entonces se lo contó a todo el mundo. La cosa llegó a oídos del Presidente y me mandó llamar. Parece que mi consejo fue muy útil, y el Presidente dijo que un hombre de mi valía debe colaborar con el gobierno.

—¿Y eso es todo?

—Viejo, ¡me han nombrado ministro de la Suprema Corte, aprovechando que acababa de morirse uno entre dos plenos! Y yo seré lo que sea, pero no soy ningún pinche descastado. Tengo qûe respetar mi puesto.

Volvió a reír.

—Vamos a decir salud, que hace mucho que estamos callados, y vamos a darle al pokarito con los gringos.

Se jugó hasta cerca de las tres de la madrugada. Los ganancios fueron uno de los norteamericanos, Roldán, Asuara en persona y Roberto de la Cruz.

—Bueno, vamos a despedir el cadáver —dijo Asuara riendo estruendosamente.

Los cuatro invitaron a los demás, y todo el grupo se dirigió al "123". El pequeño club estaba cerrado ya, pero Asuara era gente de influencias y, más aún el norteamericano recién llegado. Pepe Algara en persona les abrió la puerta. En el interior quedaban dos parejas solamente; pero cuando los dieciséis jugadores se instalaban en cuatro mesas, se oyó un estrépito ensordecedor en la calle, acompañado de ruidosas interjecciones en inglés. Indudablemente alguien había estrellado su coche contra un poste. Unos momentos más tarde, dando grandes traspiés, penetraban en el salón dos norteamericanos. Uno de ellos era un millonario famoso por sus millones como por sus parrandas, que había tenido la fantasía de vestirse de mujer, con un traje de noche color orquídea, sobre el que llevaba su esmoking, y que lanzaba violentos juramentos al tropezar, a la vez que con trabada, pero exquisita cortesía, se excusaba ante los concurrentes. El incidente causó una divertida sensación; pero de pronto el grupo que formaban Roberto

de la Cruz, Asuara, Roldán y un hábil político de la pelea pasada, se olvidó del fantástico millonario. Se bebió champaña, y Asuara hizo una regocijada crónica de su "muertito". Menudearon anécdotas brillantes o gruesas y sonaron nombres famosos en la historia política de México.

—El que me lanzó por la pendiente fue Pancho Serrano —dijo Asuara a guisa de comentario marginal, entre una partida de póker y varias botellas de coñac—. Era un gran tipo. Se hubiera matado con cualquiera por México, pero se habría jugado a México al cubilete.

Hacía largo rato que el acordeonista vienés tocaba su instrumento yendo de una mesa a otra. Por entre las rendijas de la ruidosa plática, Roberto de la Cruz había ido reconociendo fragmentos de viejas melodías europeas y, como callaba todo el tiempo, sin dejar de atender a la charla, había jugado consigo mismo a decirse los títulos de las melodías. Pero no podía nombrar la que resonaba en este momento, aunque estaba seguro de que le era conocida hasta el tedio.

"Son cosas que pasan", pensó.

Se dio por vencido al cabo de un momento e hizo una seña al acordeonista, que se acercó y respondió a su pregunta sin dejar de tocar.

—¿Cómo se llama eso?

—*El príncipe rojo,* de Waldteufel.

Un frío de muerte erizó sus cabellos y quemó sus pies. No podía ser. Aquello no podía ser. No podía ser.

Pidió al ejecutante que volviera a tocarlo, una, dos, tres veces. Se aisló en un planeta propio, concentrando toda su voluntad en escuchar la melodía de su caja de música. Aquel olvido era sólo, sin duda, efecto del alcohol y del aturdimiento, un triunfo del ruido sobre la música. Quizás era sólo la diferencia de instrumento, como ocurre con algunos rostros familiares que no podemos situar al verlos fuera de su ambiente habitual. Pero su cabeza ascendería hasta el fuego de un momento a otro. Podría matar a cualquiera de los hombres que había allí, gratuitamente desde Asuara hasta el norteamericano vestido de mujer, que brindaba con él desde lejos. Aguardó con toda su vida pendiente del ondulante hilo de música. Aguardó, completamente sobrio, con todos sus sentidos vivos

y activos como si no hubiera tomado una sola copa. Aguardó inútilmente. Aquel vals no le decía nada ya. Inútilmente evocó el episodio de su infancia que le había dejado aquel trauma. Inútilmente pensó en Patricia Terrazas y en José Asturias. Inútilmente miró sus manos que levantaban y dejaban caer un saco relleno de munición sobre la calva sebosa del conde Schwartzemberg.

Estaba vació y desprovisto de resortes, y sentía como si las voces circundantes entraran y salieran por él azotando puertas y ventanas sin poner en movimiento una sola sombra de su vida anterior. Estaba vació. Salió. Nadie se dio cuenta de su partida. En la calle soplaba un aire frío que lo hizo tiritar con desamparo. Estaba vacío.

f

Desde su ventana vio amanecer mientras fumaba. Poco a poco los nubarrones grises fueron orlándose de un color de fuego, hasta que al fin no hubo ya más que fuego en el cielo. Curiosamente, no sentía el menor cansancio, y quemó cigarrillo tras cigarrillo hasta que el día, como un enorme rompecabezas, quedó formado por su incalculable número de piezas de extrañas formas. Empezó a escuchar los ruidos sin miedo del día, el sol mismo parecía un tambor de fuego; los pasos de los lecheros, los gritos de los vendedores de periódicos y de los voceadores de camotes o tamales; los carros recogedores de basura pasaron también, y la vida quedó reconstruida nuevamente por algunas horas. A las ocho entró en el baño y dejó correr el agua mixta de las llaves hasta llenar la tina para un largo baño caliente que lo alivió un poco.

Su sirvienta le trajo el desayuno y los periódicos, a los que no echó una ojeada siquiera. Comprendió que este era el signo, el aviso que había venido esperando a través de tantos días, y que tocaba el fin de su sueño exactamente igual como si él hubiera muerto. Miró estúpidamente las conchas que formaba en el ambiente el humo de su cigarrillo, que se deshilachaban luego en finísimas hebras. Se vistió con cuidado, procurando decorarse lo más que pudo en cada detalle. Sin embargo, a las diez estaba listo. Era demasiado temprano todavía, y fue

al Banco Nacional, donde las gentes parecían más numerosas que de costumbre. Al pasar vio la fecha que marcaba el calendario; era el 30 de junio, lo cual explicaba el movimiento del banco. Era día último, también para su sueño. Buscó entre los estuches acumulados en su caja de seguridad hasta encontrar el viejo anillo de oro cincelado que había servido para la boda de su madre, y antes para la boda de su abuela y antes para la de su bisabuela, y así hasta quién sabe para cuántas generaciones de novias vestidas de blanco. Ahora el traje no podría ser blanco, pero esto no era más que un detalle en una gran catástrofe.

A las once y media llamó a la casa de las Cervantes y preguntó por Carlota. Esperó casi un cuarto de hora recorriendo el gran vestíbulo, en el que había ejemplares arqueológicos cuidadosamente dispuestos, y fumando incesantemente sin que una sola aspiración de humo le produjera el placer habitual. Carlota apareció al fin, toda vestida pero sin pintar. Parecía pálida y ojerosa. Entraron en la blanca sala griega, y allí, de pie, él le tomó las manos, que sintió finas y palpitantes entre las suyas. La miró a los ojos, y con una voz dispersa por un gran viento emotivo, dijo al cabo:

—He venido para pedirle que se case conmigo. ¿Acepta usted, Carlota?

Ella lo miró profundamente, con un desamparo y un desaliento que parecían hacerla más frágil y delgada.

—Gracias, Roberto —dijo con una pequeña voz—. Esta vez no lo dejaré ir.

Él abandonó sus dos manos, que ella dejó caer a sus costados como si le pesaran demasiado. Él sacó entonces de un bolsillo del chaleco el viejo anillo de oro cincelado y se lo mostró. Carlota tendió su mano derecha, y él le colocó el anillo diciendo:

—Era de mi madre.

Se besaron. El cuerpo de ella se aflojó tanto en aquel beso que él tuvo casi que sostenerlo en vilo, como una cosa inefable y aérea.

Capítulo cuarto

La boda

a

La noticia de la boda fue recibida con general beneplácito, si bien es cierto que todo se debió al entusiasmo desplegado por la señora de Cervantes. Otra vez parecía ella, mejor que su hija, quien se casaba. Aun cuando sería una ceremonia limitada a los familiares de la novia y a un pequeño grupo de amigos, por el luto reciente de Carlota, no se descuidó un solo detalle. El señor Cervantes se empeñó en regalar una casa a los novios; Roberto de la Cruz se empeñaba en rehusarla, y descubrió al fin, en la Colonia Roma, en las Calles de Mérida, una casa perdida entre el conjunto, pero que había conservado su fina estructura francesa de fin de siglo y constituía un espécimen bastante raro en México por su sobria elegancia, que parecía haber captado toda la esencia y sólo la esencia, del gusto finisecular. Tenía dos pisos, techos altos y molduras exquisitas. El papel tapiz era un hallazgo.

Como bajo el efecto de una fiebre intermitente, Roberto de la Cruz se entregó a la tarea de buscar mobiliario y tapices y candiles del último tercio del siglo XIX, que parecía ahora lo más elegante. En las pausas de su actividad —cuando la fiebre desaparecía— iba a ver a Carlota; pero su noviazgo y su amor parecían desenvolverse lejos de ella, con los muebles, las sedas, las alfombras y los candelabros. Predominaba el magenta como unidad de color. Roberto de la Cruz visitó los últimos rincones de las casas de antigüedades, recorrió las secciones del Aviso Oportuno en busca de hallazgos, y gozó en aquellas semanas más que en toda su vida, olvidando todo lo demás.

Gracias a un aviso aparecido en *El Universal* encontró el regalo para Carlota: un aderezo de corales holandeses que le

recordaron los del conde Schwartzemberg, pero que eran indudablemente hermosos y vivos —parecían palpitar cuando se los tocaba, y su contacto frío a los labios dejaba como una turbación en el espíritu. El vendedor vivía en la Villa de Guadalupe y cuando Roberto de la Cruz se dirigía a casa de los Cervantes, decidió de pronto detenerse en su apartamiento del Neva, que había conservado, para lavarse un poco. En realidad, la casa del vendedor de los corales le había parecido húmeda, sucia y sórdida. Encontró un mensaje urgente del ex inspector Herrera pidiéndole que se comunicara en seguida con él.

Después de lavarse echó una ojeada a su reloj. Eran casi las doce, y sabía que Carlota debía estar a las doce y media en casa de María Pavignani, adonde había prometido acompañarla. Descolgó el auricular, pero antes de marcar el número del ex inspector Herrera decidió que sería mejor hacerlo después. Colgó el teléfono. Acababa de salir cuando la campanilla repiqueteó insistentemente. Nadie contestó: también la sirvienta andaba en la calle. Se le fue el día sin que pudiera encontrar un momento libre, y acabó por olvidarse del asunto.

Cenó en la casa de las Cervantes, donde fue presentado con un grupo selecto de la interminable familia de Carlota. Todos los parientes parecieron encantados, y Carlota estaba deslumbrante; llevaba puesto el camafeo. Al volver a su casa, Roberto de la Cruz encontró un nuevo, urgente mensaje del ex inspector Herrera, pero era más de la una de la madrugada y no supo adónde llamarlo. Al desvestirse descubrió que había conservado en el bolsillo del saco el estuche con el aderezo de corales, y le incomodó no encontrar explicación alguna de cómo había podido olvidarse de enseñarlo a la señora de Cervantes. Al cambiarse para la cena se lo había puesto en la bolsa con esa intención; pero, en realidad, no quería que Carlota lo viera sino la víspera de la boda.

A la mañana siguiente salió antes de las nueve, absorbido por la preocupación de terminar el arreglo de la casa de Mérida, pues la fecha de la boda estaba próxima. Unos minutos más tarde, el ex inspector Herrera llegaba a buscarlo. Dejó con la criada un recado escrito que decía solamente:

"Comuníquese conmigo. Es muy importante."

La sirvienta guardó el recado en su delantal y se olvidó de

él. Roberto de la Cruz no llegó a recibirlo nunca. Siguió entregado al placer nuevo de reconstruir algunas habitaciones de su bazar de provincia, o de realizar al fin viejos sueños estéticos, creando un ambiente perfecto en la casa. Si algún sentimiento profundo, si el misterio del amor existía entre él y Carlota, no pudo darse cuenta. Sus encuentros, sus pláticas, fueron públicos siempre. Ni siquiera habían vuelto a besarse. Es cierto que, trastrocado su tiempo por aquel vértigo en que vivía, llegó dos o tres veces tarde a reunirse con Carlota. Ella no le hizo reproche alguno, pero, en cambio, faltó dos veces a sus citas con él. La segunda fue particularmente desagradable, porque él estuvo esperándola en la calle más de una hora.

Cuando desesperó de esperar tomó un coche y fue a buscarla a su casa. La sirvienta lo hizo pasar a la pequeña sala griega, que había llegado a ser su predilecta, y regresó un cuarto de hora más tarde para decir que la señora Nena no podía bajar por que no se sentía bien. Roberto de la Cruz experimentó una viva inquietud, a la vez que una gran contrariedad. En el fondo no era tanto su temor por la salud de Carlota como un impreciso miedo de que se le desbaratara aquella realidad que buscaba. Pensó que podía quedarse con la casa puesta, con un sueño de realidad soñado y realizado a medias, y fumó unos momentos solo, reflexionando sobre lo que le tocaba hacer. Al fin se decidió a subir. Aun cuando no entrara en el cuarto de Carlota, podría por lo menos oír su voz desde la puerta, saber qué era lo que tenía y definir el programa del día siguiente. No faltaban más que cuarenta y ocho horas para la boda. Salió de la salita griega y empezó a subir la escalera cuando vio bajar a la señora de Cervantes. Parecía muy pálida y tenía huellas de haber llorado; pero conservaba toda su dignidad y toda su reserva, y ni una vez hizo alusión alguna a lo que le ocurría.

—La Nena está durmiendo —explicó—. Tiene una gran fatiga nerviosa, pero es cosa sin importancia. Mañana estará mejor.

Él le refirió, con cierto mal humor, que se había quedado esperándola más de una hora en la calle. La señora de Cervantes movió la cabeza.

—Lo sintió muchísimo, pero no pudo salir. Yo no estuve en casa por la tarde y sólo me enteré al volver. Hace poco.

Por eso no fui en su lugar. No había medio de llamarlo por teléfono y, además, es el día de salida de la servidumbre. No tenemos más que a la muchacha que le abrió a usted, y no podía dejar sola a la Nena. Perdónela usted.

Hablaron un momento aún sobre los detalles pendientes. El templo de Guadalupe estaba arreglado ya. El matrimonio civil sería en la casa de las Cervantes, la misma mañana. La señora se encargaría de dar los toques finales a la casa de Mérida, si él no tenía inconveniente.

Unos cuarenta minutos después de haber llegado, Roberto de la Cruz se despedía. Estaba fatigado él también, y esperaba que Carlota amaneciera mejor. Llamaría por la mañana temprano para informarse. Cuando salió, la noche había cerrado y amenazaba lluvia. Cerró la verja sin hacer ruido, y echó a andar después de cruzar a la acera opuesta. Caminó una cuadra y se detuvo para encender un *Lucky*. Sin deliberación, y más bien para evitar el viento, se volvió hacia la esquina de la casa de las Cervantes a fin de encender. Entonces vio un automóvil que se detenía. Aunque no le era posible precisarlo, pensó que se había detenido ante la verja que él acababa de trasponer. Miró con fijeza hacia aquel punto y vio que una mujer bajaba del automóvil. La oscuridad era grande; sin embargo, aun así, Roberto de la Cruz tuvo la sensación de que la mujer que había bajado era Carlota. Parecía absurdo, pero... Un gran camión cerrado que pasaba interceptó instantáneamente su visión, deslumbrándolo un tanto con sus faros. Un momento después pudo ver que el automóvil había arrancado en dirección opuesta y que no había un alma en la calle. Pensó en volver a la casa de Carlota con cualquier pretexto, para convencerse. Pero esta idea se le antojó pueril. Sin duda la mujer a quien él había tomado por Carlota había entrado en alguna de las casas vecinas, y él no sabía lo que veía. Aunque en toda puridad no estaba enamorado, había empezado a perder un poco la cabeza en aquella cabalgata de compras apresuradas. Esa misma mañana había pagado con un billete de cien pesos un objeto que valía diez, y había salido de la tienda sin esperar su cambio. La empleada lo había alcanzado en la calle, corriendo tras él.

Caminó largo rato antes de tomar un coche para volver a

su casa. Era temprano, pero le convenía descansar. Ahora que la casa de juego de Asuara había desaparecido como otro de sus sueños, se aburría a menudo en las noches, pero las cosas iban a cambiar seguramente.

b

En su apartamiento de la calle del Neva encontró al ex inspector Herrera, que lo esperaba fumando tranquilamente en un sofá. Era una sorpresa. Se excusó por no haberse comunicado con él y le ofreció un whisky que el otro aceptó. Cuando hubieron dado el primer trago, el ex inspector Herrera abrió la conversación sin circunloquios.

—¿Le regaló usted ya a su novia los corales que compró en la Villa de Guadalupe?

Roberto de la Cruz sintió otra vez aquella molestia de ver sus acciones descubiertas por el hombre de los cigarros de hoja. Lo conocía lo bastante, sin embargo, para saber que sus preguntas eran siempre pertinentes y tenían una base seria.

—No —replicó con mal humor—. Pensaba dárselos mañana.

—¡Magnífico!

El ex inspector Herrera dio otro sorbo a su whisky.

—Magnífico. ¿Me permite usted verlos?

Roberto de la Cruz se dirigió a su recámara y regresó un momento después con el estuche, que tendió al visitante. El hombre echó sólo una ojeada al aderezo, cerró el estuche y lo devolvió a su dueño.

—Es un regalo estupendo —dijo.

—Supongo que no quería usted verlo nada más para darme su visto bueno.

El otro rió, bonachonamente como siempre, y frotó un cerillo cuya llama llevó con cuidado hasta su apagado cigarro de hoja.

—¿O es que he vuelto a comprar chueco?

—No se preocupe. Necesitaba convencerme nada más de que era este mismo.

—¿Lo conocía usted?

El ex inspector Herrera se rascó la punta de la nariz.

—Entre nosotros —dijo—, este juego formaba parte de las alhajas que le recobré a nuestro amigo el conde.

—Me pareció reconocer los corales, pero luego tuve la impresión que éstos eran mejores.

—Cuestión de limpieza.

Roberto de la Cruz reflexionó.

—Usted los recobró. ¿Quiere decir entonces que volvieron a robárselos al conde?

—No me sonsaque, amigo. Le acepto otro whisky, pero no espere ninguna confidencia.

Roberto de la Cruz sirvió dos *highballs* más.

—Es fastidioso —dijo—, porque si es mercancía de chueco voy a tener que devolverlo.

—¡Bah!

El otro hizo chasquear expresivamente su lengua.

—¿En cuánto se lo vendieron?

—Querían mil seiscientos; lo saqué por mil doscientos.

—¡Una ganga! Vale dos mil cuando menos. Es bastante antiguo.

Sin transición, añadió:

—¿De modo que se casa usted?

—Pasado mañana. ¿Solamente para esto quería usted verme?

El ex inspector Herrera dudó por una fracción casi imperceptible de segundo.

—Nada más. Le queda poco de vida, entonces. Estaba pensado que si no se casara usted ya no tendríamos lugar donde encontrarnos por la noche. Esto de que el gordo Asuara se haya retirado es una verdadera catástrofe.

Roberto de la Cruz encendió un *Lucky*.

—Usted debe de conocer muchos sitios donde perder al póker.

—¡Claro! Pero ninguno me parece tan cordial ni tan seguro. Es una lástima. En fin, usted se casa, de todos modos.

Apuró su *highball* y se levantó.

—Bueno...

—¿Qué hacemos con esto?

Roberto de la Cruz agitaba en su mano derecha el estuche que contenía el aderezo de corales. El ex inspector Herrera se encogió de hombros.

—¿Quién va a reclamárselo? Yo quería verlo nada más, por

un detallito. Si no es usted supersticioso, y creo que no lo es, pues guárdelo y se acabó. Pero entonces no podré devolverle su dinero.

Buscó su sombrero, abrió la boca, como si fuera a decir algo que acabara de venirle a la cabeza, pero volvió a cerrarla sin hablar.

—Bueno —dijo ya en la puerta—. Que sea usted feliz. Ahora va a ser difícil que nos veamos, pero ya sabe usted dónde encontrarme.

Hizo una pausa.

—Si se me ofrece algo yo lo buscaré por la calle de Mérida. Por cierto que le está quedando bonita la casa.

Rió.

—Usted ya ni se sorprende con mis descubrimientos, ¿verdad? En todo caso, dudo que nos veamos en mucho tiempo.

—¡Quién sabe! —contestó Roberto de la Cruz.

El inconteniblemente añadió:

—Creo que conozco al fin mi objeto y mi destino.

—¡Quién sabe! —dijo a su vez el ex inspector Herrera.

Le estrechó la mano vigorosamente y se alejó unos pasos. De pronto se volvió.

—Hombre, por cierto, quería decirle... Aquella amiguita que tenía usted, la que me presentó una vez a la salida de "Leda"...

—¿Sí? ¿Qué tiene?

—Es buena chica, ¿verdad?

Roberto de la Cruz asintió con la cabeza.

—¡Lástima! Ha caído allí en manos de un tarzancillo que la explota, y la pasa bastante mal.

Roberto de la Cruz lo alcanzó cuando bajaba la escalera.

—Soy un distraído. Espero que no falte usted a mi boda.

El otro se echó a reír.

—Ya me extrañaba... Iba yo a ir, de todas maneras.

Al quedarse solo, Roberto de la Cruz examinó con atención el aderezo de corales. En realidad, lo que él había visto y notado en el cuarto de las joyas del "muladar" era el collar únicamente, los aretes y la pulsera resultaban nuevos para él, pero correspondían sin duda al juego. El tono de los corales era de tal suerte fascinante, que se quedó contemplándolos y

acariciándolos largo rato, sin que el más leve recuerdo del difunto conde Schwartzemberg se interpusiera entre él y su placer estético. En otras condiciones hubiera reflexionado sobre la singular circunstancia de aquel nuevo robo al conde, pero ahora no podía detenerse en esto. Se decidió al fin a cerrar el estuche, pensando que al día siguiente lo entregaría a Carlota, y se dirigió a su recámara. Mecánicamente guardó el estuche en su armario, y al hacerlo tocó un objeto suave y sedoso al tacto. Sacó su caja de música y la contempló largamente. Luego sin la menor inquietud, la puso en marcha. Miró el movimiento pautado de las figuras y escuchó el hilito de música con intensa atención. Al cabo de un momento se descubrió en el acto de pensar que se había olvidado de comprar en "Artículos Ingleses" unas corbatas que le habían gustado mucho. Bostezó y detuvo la marcha de la caja de música. Cuando iba a guardarla se le ocurrió que se vería muy bien en una consola que había comprado, y decidió llevarla al día siguiente a su casa de Mérida.

—Un recuerdo —se dijo.

c

Por la mañana lo despertó la campanilla del teléfono. La voz de Carlota sonaba un tanto quebradiza y extraña. Se sentía mucho mejor, pero no podría verlo esa mañana. Iba a levantarse tarde y, además, tenía mil cosas que hacer. Pero se verían en la noche, a las siete. Debían cenar en casa de un tío que faltaba conocer a Roberto de la Cruz, el miembro con título de la familia, que vivía en una de las más bellas casas coloniales de México. Él sintió un deseo inexplicable de verla, de tocarla. Insistió.

—No, esta mañana no puedo. Por la tarde, ¿quieres?

Roberto de la Cruz aceptó. Se vistió rápidamente y desayunó de prisa porque había un aviso en *El Universal*, relativo a un candil almendrado, a un estuche de cubiertos de plata y a un juego de cristal cortado, franceses todos. Tomó un coche y fue a ver los objetos, que resultaron sin ningún interés. Sin embargo, adquirió una miniatura deliciosa, mexicana, de mediados del siglo XIX, y se dio por satisfecho, dirigiéndose al centro con el propósito de comprar aquellas corbatas ingle-

sas y de ver si Roldán y Asuara, querían servirle de testigos. Era un detalle en el que no había pensado, despreocupado de él por la circunstancia de que familiares de Carlota lo apadrinarían en la iglesia. Escogió sus corbatas sin prisa y salió de la tienda minutos después de las once. No era inverosímil que Roldán estuviera en Sanborn's, pues con frecuencia salía de su tienda para desayunar allí. Recordó el gran patio con la vista. No quedaba mucha gente a esa hora ya, pero no podía decirse que hubiera poca. De pronto vio salir a Carlota de uno de los compartimientos pullman. Esta vez era indudable que se trataba de ella. Del mismo compartimiento emergió un hombre alto, maduro, vestido con un buen traje gris. Los dos permanecieron parados allí un momento. Carlota dijo algo, el hombre movió la cabeza negativamente, con una sonrisa. Carlota echó a andar hacia la puerta que da a la calle de la Condesa. El hombre la alcanzó rápidamente y le entregó un objeto no muy grande, que ella guardó en su bolso con una sonrisa, a la vez que seguía hablando con él. Roberto de la Cruz tuvo miedo a hacerse visible, pues aunque involuntariamente, en realidad había estado espiando a Carlota. Salió por la puerta de cristales que lleva hacia la avenida Madero, atravesó rápidamente el departamento de perfumería y dio la vuelta tomando por el pasillo de la farmacia, de modo de llegar a la puerta lateral del comedor antes de que Carlota hubiera salido. De este modo podía fingir un encuentro casual. Ella no dio la menor muestra de emoción al verlo aparecer. Tendió la mano al hombre con quien hablaba y le dijo:

—Mándame la cuenta a la casa de mi madre entonces —mientras dirigía una sonrisa un tanto pálida, pero siempre encantadora, a Roberto de la Cruz.

—Me alegra que hayas podido salir temprano a pesar de todo —dijo él sin poner gran intención en el tono—. ¿Quieres que tomemos una naranjada? Mira, allí hay un pullman libre.

Se dirigió al mismo de donde un momento antes se había levantado ella, pero Carlota lo detuvo, señalando otro al lado opuesto.

—Es mejor éste.

Cuando él hubo ordenado dos naranjadas, la miró profundamente a los ojos.

—Estás muy pálida. No debiste salir hoy.

—Estaré bien mañana —sonrió ella—. Te lo prometo.

Él se daba claramente cuenta de que Carlota le ocultaba algo, y le divertía la idea de descubrir de qué se trataba, pero no sentía irritación ni celos de ninguna especie. Le ofreció un cigarrillo, separando otro para él, y al prepararse a encenderlos se dio cuenta de que había olvidado su encendedor en su casa. Buscó con la vista a la mesera y a Pancho, el enano vendedor de cigarros, pero ninguno apareció. Entonces, sin mayor deliberación tendió la mano hacia el bolso de Carlota diciendo:

—¿Tienes un cerillo?

El movimiento con que ella apartó su bolso le pareció demasiado enérgico, y un tanto medroso. Sonrió.

—Quería un cerillo, repitió mirándola.

Fuera de aquel movimiento, ella permaneció absolutamente serena. Abrió el bolso, pero para buscar sus cerillos tuvo que sacar parcialmente un objeto, indudablemente el que le había entregado el hombre unos momentos antes. Era un estuche de felpa morado oscuro.

—¿Qué es eso? —preguntó él con tono casual.

Ella lo miró como si no entendiera. El señaló el estuche y ella lo guardó en su bolso, otra vez con excesiva energía y con un poco de miedo. Él no había dejado de mirarla. Ella sonrió entonces, pálidamente.

—Soy una tonta —dijo—; pero no quería enseñártelo hasta mañana. Es un retrato.

El tendió la mano con una sonrisa. Ella cedió.

—Mandé hacer un retrato especial con el hombre que estaba aquí. Pero preferiría que no lo vieras hasta mañana. De veras.

Había una súplica en su voz, una súplica un tanto infantil. La mesera trajo las naranjadas. Cuando se hubo alejado, él insistió. Ella dudó un momento. Él recordó la miniatura que había comprado y la sacó del bolsillo.

—Dando y dando —dijo.

Ella le tendió entonces su estuche, volviendo a sonreír. El estuche de felpa morado oscuro contenía una miniatura con

un marco de diamantes. Era un trabajo frío, pero minucioso y fino, de Juan de Dios Hoyos.

—Se diría que es tu madre, mejor que tú —dijo Roberto de la Cruz después de una pausa.

—Me peiné como mi madre para que me la pintara. Pensaba darte la sorpresa mañana, y ya ves: lo has estropeado todo. Debería yo enojarme.

Él sintió, con una claridad vertiginosa, que Carlota mentía. Sin embargo, no hizo la menor observación. Volvió a pedirle un cerillo, encendió los dos cigarros y habló de otra cosa. Un cuarto de hora después, salían.

—¿Te llevo a tu casa? —propuso él.

Carlota movió la cabeza.

—Tengo cita con mi madre en "El Palacio de Hierro". Está empeñada en regalarme un abrigo de pieles y yo me he hecho rogar hasta hoy, porque no me gustan los abrigos de pieles, pero no puedo desairarla.

Hicieron el camino a pie, deteniéndose ocasionalmente ante algún escaparate, saludando gentes al paso. Cuando él la tomó del brazo para atravesar una bocacalle, sintió que ella se apretaba contra él y experimentó de nuevo aquel roce eléctrico de su seno. Encontraron la *limousine* de la señora de Cervantes estacionada cerca de una de las puertas en la calle de Venustiano Carranza.

—Sonaba mejor Capuchinas —pensó él involuntariamente.

—¿Subes? —preguntó Carlota.

Roberto de la Cruz movió la cabeza. Él también tenía que hacer. Saludaría a la señora por la noche. Entre tanto...

—Devuélveme eso primero —dijo ella tendiendo su fina mano enguantada.

Ante la mirada de él, repitió:

—Devuélveme mi retrato, te lo ruego. Será tuyo mañana.

Otra vez sintió él palpitar la mentira en su voz. Sin una palabra, sin un gesto de contrariedad, le entregó el estuche. Ella hizo ademán de devolverle, a su vez, la otra miniatura, pero él no aceptó. No era tan formalista y prefería dársela desde ahora. Ella sonrió, esta vez de un modo más luminoso, y desapareció entre las gentes que entraban y salían de la gran tienda.

—Sé que mintió —pensó Roberto de la Cruz—. Pero, ¿por qué mintió?

Se encogió de hombros y echó a andar hacia la tienda de Roldán. En el camino se detuvo para llamar por teléfono al magistrado Asuara.

d

El timbre de la puerta sonó con insistencia. Roberto de la Cruz se puso el saco y fue a abrir, recordando que era el día de salida de su sirvienta. Al ver a Carlota experimentó una auténtica sorpresa.

—¿Quieres entrar o prefieres que salgamos?

Ella entró sin responder, mirando en torno suyo, y se sentó en un sillón. Él lo hizo en el sofá, cerca de ella.

—¿Te desagrada mi casa de soltero? La de casado será mucho más bonita, te lo aseguro.

—Roberto...

Había angustia en su voz. Él la miró, esperando.

—No habrá cena esta noche; el tío tiene un ataque de gota. Quise avisarte a tiempo.

Él miró su reloj: no eran más que las cuatro y media. No se explicaba aquella prisa, una llamada telefónica hubiera bastado.

—Ya sé —dijo ella—, pero quería hablarte además.

Tomó alientos.

—Roberto, esta mañana te dije una mentira.

—Ya lo sé —repuso él sin alterarse—. ¿A cuál de las tres te refieres?

Carlota lo miró desconcertado. Él ennumeró, un tanto divertido por la situación:

—El joyero fue la primera; la segunda, que era tu retrato; la tercera, que me lo devolverías mañana.

—¡Oh, no te burles! No me hagas peores las cosas.

—Además —añadió él obedeciendo a una repentina inspiración—, anoche no estabas enferma. Te vi llegar, casualmente, a tu casa en un coche de alquiler. Acababa yo de salir.

Ella se llevó las manos a la cabeza y le pidió un cigarro.

Cuando hubo arrojado algunas bocanadas de humo, empezó a explicarse.

—Es cierto. Por la misma causa falté a nuestra cita. El retrato es de mi madre. La persona a quien se lo recogí era amigo de casa, pero un día empezó a ponerse absurdo. Tú sabes que mi madre es encantadora y muy atractiva. El señor se llevó el retrato en una de sus visitas. Mi madre le pidió mil veces que se lo devolviera, él se negó, y ella tuvo que pedirle entonces que no volviera por casa.

La verdad sonaba ahora en sus palabras.

—Yo no sabía nada. Cuando mi madre me preguntó el otro día, delante de papá, qué regalo quería yo, le pedí esa miniatura. Papá protestó porque le tiene un cariño especial, y luego se puso a buscarla. Ya te imaginarás que no la encontró.

Roberto de la Cruz movió la cabeza sin hablar.

—Entonces mi madre me lo contó todo, y yo me empeñé en recoger el retrato. Aquel señor había dicho que lo devolvería sólo que mi madre fuera a recogerlo personalmente. Ella no podía hacerlo, de modo que fui yo ayer. Por eso no llegué a la cita contigo. Me entretuvo mucho tiempo, hablándome de su amor por mi madre y cosas así, y me ofendí tanto que me marché sin la miniatura.

Roberto de la Cruz recordó que los ojos de la señora de Cervantes tenían huellas de llanto la noche anterior. Tampoco ahora dijo nada.

—Comprendí que había sido una tonta. Hablé con ese señor por teléfono, y supliqué y amenecé con decir la verdad a mi padre. Entonces él me citó en Sanborn's. Eso es todo, pero sentía yo vergüenza de haberte mentido, y sabía que tú sabías que no te había dicho la verdad.

—¿Te regalará tu madre la miniatura? —preguntó Roberto de la Cruz.

—¿Quieres decir que no sentiste celos, desconfianza, algo? preguntó.

—No —repuso él, y no cabía duda alguna de que decía la verdad.

Ella hizo un gesto de desconcierto, adelantando un poco el labio inferior y desviando luego la boca ligeramente hacia la derecha. El mismo gesto que lo había cautivado en la señora de Cervantes. Se inclinó hacia ella y se besaron, pero Carlota se apartó pronto:

—Tengo que irme —dijo.

La boda se celebró al día siguiente. Las dos ceremonias fueron sobrias y perfectas, como todo lo que hacía la señora de Cervantes. Carlota vistió un traje largo de mañana, de color azul gris, y un gran sombrero de paja con cintas del mismo tono. Se veía lindísima. Llevaba el collar y los aretes de corales, aunque su madre se había opuesto. El grupo que asistió a la iglesia resultó bastante numeroso, a pesar de la supuesta intimidad en que debía tener lugar la boda. Roberto de la Cruz, arrodillado, miraba de soslayo a Carlota, más estatuaria y más semejante a su madre que nunca, sintiendo un reposado goce de orden estético. Pensó mucho, mientras el atezado y viejo sacerdote recitaba sus latines, en su madre y en su hermana, que no habían vivido lo bastante para verlo casado. Pero no perdió su lucidez un momento. Se dio cuenta de mil pequeños y grandes detalles; pudo ver a la señora de Cervantes, radiante y hermosísima, y al desviar ligeramente la cabeza alcanzó a percibir la sonrisa del ex inspector Herrera.

Ningún detalle desentonó de la sobriedad de toda la ceremonia. Los abrazos mismos y los apretones de manos fueron tan mesurados, que Roberto de la Cruz sintió de pronto como si estuviera lejos de todo el mundo, o como si todo el mundo estuviera lejos de él, aislado en el centro de un frío círculo. Cuando hubieron desfilado ante él todos los concurrentes, se volvió hacia Carlota y la vio hablando en voz muy baja con la señora de Cervantes. Una voz conocida sonó junto a él timidamente.

—He venido para desearle que sea usted feliz.

Era Lavinia, vestida con un traje negro impecable. Roberto de la Cruz sintió, al fin, un principio de emoción. Estrechó la mano delgada de la mujer, pero antes de que pudiera contestarle ella se había perdido ya entre la pequeña multitud.

El lunch-champaña fue igualmente sobrio. No faltaba un solo detalle material; pero todo el tiempo parecía faltar algo

indefinible, interno, quizás un poco de calor. La cosa era explicable. Casi ninguna de las sesenta personas que asistieron conocía a Roberto de la Cruz, fuera del gordo Asuara y de Roldán. Por otra parte, era indudable que aquellas gentes no habían olvidado aún a Felipe Inclán, y Roberto de la Cruz alcanzó a oír sonar el nombre del muerto en uno o dos grupos. Hubo un momento en que se sintió horriblemente solo, y experimentó un tardío miedo. Había alcanzado la realidad, había encontrado su destino, pero, ¿cómo iban a ser en detalle los días de su vida de ahora en adelante? Nunca se le había ocurrido pensar en eso. El dinero no le preocupaba. A pesar de lo que había gastado le quedaba bastante. Sus ganancias al juego habían sido frecuentes y jugosas. En cambio, le inquietaba el camino que tomaría su actividad.

La señora de Cervantes se acercó a él con dos copas de champaña, le tendió una y lo condujo a la sala griega.

—Quiero darle las gracias —dijo con un tono vibrante—. Sí, sí, no proteste. Las gracias más profundas. Y quiero pedirle que quiera a la Nena y sea paciente con ella. Es una niña todavía en muchas cosas. Y quiero regalarle esto, terminó antes de que él tuviera tiempo de hablar.

Lo que le tendía era el estuche de la miniatura.

—La Nena me ha contado las mentiras que le dijo ayer, y he querido que, por lo menos en un detalle, no mintiera. Le prometió esto para hoy, y aquí está.

Se levantó.

—Ahora quédese usted aquí un momento y voy a traérsela. Va siendo ya hora de que se marchen.

Él señaló su traje de etiqueta matutina, ella sonrió.

—Si yo fuera usted —dijo—, la llevaría primero a mi casa y después al viaje de bodas a Guanajuato... y ¿adónde más irán?

—A Guadalajara y a Morelia —contestó él, consciente de que la señora de Cervantes trataba de atenuar un poco su insinuación.

—Eso es. Váyanse luego, en mi coche.

Salió ligeramente. Roberto de la Cruz abrió el estuche morado oscuro y contempló a sabor la miniatura. Luego la guardó y encendió un cigarrillo.

—¿Se siente usted feliz?

El señor Cervantes lo miraba con una sonrisa cordial. Él sonrió a su vez, sin contestar. No podía decir que se sintiera feliz. Lo que pasaba por él era otra cosa, más importante quizás que la felicidad. Se sentía enteramente vacío, interiormente desnudo; pero, a la vez, se sentía enteramente tranquilo. Enteramente no, en realidad. Le remordía un poco la conciencia valerse de aquellas gentes para dar un objeto a su vida, refugiarse en ellas sin hacerles ninguna confesión.

La señora de Cervantes regresó en ese momento. Algo había cambiado en ella, a pesar de su apariencia deslumbradora, su sonrisa no era ya la misma de antes. Probablemente no era más que una figuración de Roberto de la Cruz.

—Carlota vendrá en seguida —dijo—. Está despidiéndose de un amigo que acaba de llegar apenas.

Se volvió a su marido y añadió, en tono de explicación.

—Pedro.

El rostro del señor Cervantes se iluminó.

—Voy a saludarlo. ¿Me permite usted, Roberto?

Carlota se cruzó con él en la puerta. Venía vestida con un traje de lana gris y un abrigo ligero.

—Las maletas están ya en el coche —dijo, colgándose del brazo de su marido.

Tenía los ojos enrojecidos. La señora de Cervantes siguió la mirada escrutadora de Roberto de la Cruz.

—Creo que no hay mujer que no llore el día de su boda —dijo—, aunque a todas nos parece cursi antes y después.

Salieron por el jardín, donde estaba la *limousine,* Carlota y Roberto de la Cruz subieron en ella. El coche arrancó suavemente. Al llegar a la verja, los dos se volvieron hacia atrás, asomando las cabezas y agitando las manos ventanillas afuera, en un último gesto de despedida.

En la escalinata estaban, inmóviles, el señor y la señora de Cervantes; pero junto al señor había un hombre en quien Roberto de la Cruz reconoció al que había visto el día anterior en Sanborn's con Carlota, el hombre de la historia de la miniatura. ¿No le había dicho Carlota que no los visitaba ya? Pero pensó en seguida que era lógico que el hombre aprove-

chará esta ocasión para presentarse, y olvidó por completo el incidente.

Lo extraño era que la señora de Cervantes y Carlota no habían cambiado ni un beso ni un abrazo, aunque podía ser que lo hubieran hecho a solas. Esto también quedó olvidado un instante después.

Capítulo quinto

La caja de música

a

El viaje de bodas duró un mes y, como la ceremonia nupcial fue impecable, pero sin entusiasmo. Al principio, Roberto de la Cruz se sintió lleno de curiosidad. Nunca había convivido con una mujer, fuera de su madre y su hermana, y le atraía la intimidad que podía desenvolverse entre marido y mujer en la alcoba y en el tocador. De pequeño solía sentarse en una sillita forrada de terciopelo rojo y observar en silencio los movimientos de su madre ante el tocador, mientras se peinaba. Recordaba las largas manos, que manejaban con suave destreza horquillas y peinetas, y cómo el cepillo, al pasar, parecía extender en una especie de manto inefable la cabellera oscura. Había respirado allí el olor de los perfumes un poco apagados que usaba su madre, y el peculiar aroma de los polvos de arroz. Olvidó la marca, pero era un olor que había recuperado siempre al entrar en una dulcería fina o al comer pequeñas delicias semejantes; pero Carlota, sin decir una palabra, conservó su distancia en todos los detalles posibles, así que la esperada intimidad nunca llegó a establecerse por entero. Los dos eran de maneras suaves, y bastante atentos en general a sus mutuos deseos y necesidades. Jamás chocaron, pero tampoco llegaron a fundirse en uno solo.

Vivieron a gusto ese mes en hoteles de provincia, de muebles anticuados, un poco ridículos a veces, pero siempre con uno como espectro de perfume, de pasado, que saborearon a placer. Diferían en pocas cosas. No hubo discusiones entre ellos. Carlota tocaba cuando había un piano a mano, leía bastante y escribía mucho. Escribía todos los días a su madre, ocasionalmente a amigas o parientas, y siempre dejaba los sobres abiertos al alcance de su marido, que, por su parte, res-

petaba su correspondencia y no la tocaba nunca. Salían juntos a pasear, a visitar los lugares de tradición o, simplemente, a observar los cambios del paisaje bajo el curso del sol, descubriendo a menudo cosas más memorables y mejores que las establecidas por la mano del hombre. Carlota le contó que le fascinaban las nubes desde cuando, de pequeña, se levantaba temprano en el colegio y las copiaba para su clase de dibujo. Roberto de la Cruz le compró una cámara fotográfica, y lo mismo en Guanajuato que en San Miguel Allende, en Guadalajara que en Morelia, se levantaban a buena hora y pasaban mañanas enteras fotografiando nubes. Carlota era encantadora sin dejar de ser distante.

Sólo una vez olvidó su reserva habitual. Había música en el hotel, en Guadalajara, había un baile. Bebieron champaña, bailaron y volvieron a beber champaña, ya en su cuarto. Esa noche Roberto de la Cruz tuvo por fin la impresión de conquistar a Carlota. Ella pareció abandonarse y entregarse por entero. La noche fue como la magnificación del primer beso que se habían dado. La música sonaba a lo lejos.

Él preguntó:

—¿Cómo se llama esa pieza?

Ella le dijo el nombre; era un vals norteamericano.

—No la olvidaré nunca —declaró él, y la besó.

Pero tan pronto como la invisible orquesta hubo dejado de sonar él se dio cuenta de que había olvidado completamente la melodía, para siempre.

Su vida siguió adelante sin que se repitiera aquella noche, aunque más de una vez él trató de provocarlo. Carlota le leía de vez en cuando las cartas de la señora de Cervantes. Cuando el viaje tocaba casi a su fin, le leyó un párrafo de una:

Quiero que Roberto me ayude a manejar mis cosas, que lo administre todo. Tu padre y yo no servimos más que para gastar. Dile que no puede decirme que no, que es un favor que yo le pido.

Él sintió inmediatamente un furioso deseo de decir que no, pero no llegó a externarlo. Cuando hubieron vuelto a México, antes de que pudiera rehusar, la señora de Cervantes le dio las gracias con un encanto tal en la voz y en la sonrisa,

que él pensó que era mejor ocuparse en algo así que en un empleo o un negocio propio, y se puso a hacerlo con entusiasmo casi. De este modo vino a separarse diariamente de Carlota algunas horas, y cada reunión después de estas separaciones contribuyó a prestar un brillo aparente a su vida. Carlota era una mujer ocupada. Iba con frecuencia a la Cruz Roja, donde servía como enfermera; participaba en varias obras de caridad, y tenía una partida semanal de bridge con amigas. Por lo demás, parecía encantarle su casa, y se recreó largamente en cada detalle. La caja de música la fascinó. Roberto de la Cruz no quiso, sin embargo, que la tocara; le dijo que tenía rota la cuerda y que la mandaría a arreglar. Ella no volvió a mencionar el asunto. Sin embargo, un día que él regresaba a su casa para comer. Carlota le dijo:

—No está rota la cuerda. Maquinalmente la puse a andar, y me encanta lo que toca y cómo se mueven las figuras. Probablemente lo habías olvidado.

Él volvió a mentir. No, no lo había olvidado; aquel vals le traía recuerdos tristes de su infancia.

—Entonces guardémosla —dijo ella—. Es lástima sólo porque es tan decorativa.

Él se negó a guardarla y ella, entonces, propuso una transacción; no la tocaría nunca cuando él estuviera allí.

Fuera de los señores Cervantes, no recibían casi a nadie, y aun ellos sólo vinieron a almorzar y a comer media docena de veces en un mes, durante el cual Roberto de la Cruz trabajó encarnizadamente poniendo en orden los negocios de la señora de Cervantes, que eran bastante variados.

Una mañana que Carlota había salido temprano, cuando Roberto de la Cruz se preparaba a hacer otro tanto, la criada le anunció que una señora deseaba verlo con relación a un departamento vacío. Él miró su reloj con cierta impaciencia, pero la hizo pasar. La señora era Lavinia. Los dos se miraron en silencio. Él se puso en guardía, espoleado por una súbita desconfianza. La hizo sentar y esperó, de pie.

—No voy a mentir —dijo ella—, no voy a mentirle a usted en todo caso. No vine a tratar sobre ningún departamento.

Él siguió esperando y recordó lejanamente que antes se ha-

bían tuteado. La discreción de la mujer lo hizo sonreír interiormente.

—Vine a pedirle ayuda —dijo ella—. Ya sé que no debía venir aquí y pensé escribirle; pero las cosas se han precipitado. Nadie más que usted puede ayudarme.

Su voz sonaba tan discretamente desesperada, que él se conmovió un poco. Se sentó, sacó cigarrillos y escuchó el relato de Lavinia mientras fumaban. La historia era sencilla, y Roberto de la Cruz recordó pronto que la conocía en parte por un informe que el ex inspector Herrera había dejado caer. Lavinia se había enamorado de un hombre que resultó ser un explotador. La había dejado ya sin nada de lo que Roberto de la Cruz, con tanto desprendimiento, le había regalado. Y ahora que ya no le quedaba nada que vender, el hombre quería usarla para otros fines. Lo dijo valientemente, pero asomó una lágrima a sus ojos. No, no quería ya a aquel hombre para nada, pero no sabía cómo desprenderse de él. Roberto de la Cruz pensó un poco la cosa. Aconsejó a Lavinia que dejara al hombre desde luego, y le dio dinero para que fuera a un hotel mientras él encontraba la manera de alojarla en un pequeño departamento. Ella le dio las gracias con sencilla entereza, aludiendo a su gran bondad; añadió que temía a aquel hombre más de lo que ella misma hubiera creído, y entonces intentó, sin mucho éxito, dar otro tono al final de la conversación. Elogió la casa y el buen gusto de todos los detalles. Luego clavó un momento los ojos en la caja de música y preguntó qué era. Él se lo explicó sin sequedad, pero en un tono que claramente indicaba que la entrevista había concluido. Ella dijo: "¡Qué linda!" y se levantó para acercarse a verla. En seguida se despidió, ofreciendo informar a Roberto de la Cruz de su paradero.

Cuando Lavinia se hubo marchado, Roberto de la Cruz pensó, con una sonrisa, que, en rigor, había exagerado siempre su idea del parecido que podía haber entre Lavinia y Carlota. En realidad, no era tanto. Pero no salió ya. De pronto, mientras dejaba consumirse su cigarrillo sin aspirar el humo, se dio cuenta de que hacía mucho que no pensaba en sí mismo, y de que vivía sin hacer la menor reflexión sobre su vida. ¿Era feliz? Sí, si la felicidad era el vacío que sentía, el vivir en un

clima que no ponía a contribución ningún esfuerzo o pasión de su parte. En realidad, no sabía nada, ni adónde iba ni lo que quería. Ni siquiera extrañaba el juego. Se limitaba a dejarse llevar, y comprendía que la realidad tardaría mucho en llenar el lugar del sueño, infiltrándose en él tan lentamente. Pero el sueño había terminado para siempre en él al dejar de animar su cuerpo y su cabeza.

Carlota lo encontró lleno de nostalgia de cosas que él mismo no hubiera podido definir. Se portó encantadora, aunque parecía tan abrumada que él llegó a inquietarse y la apremió hasta que ella le hubo confesado que no se sentía bien. Pero no quería un médico, no lo necesitaba. Sería mejor tomar un pequeño descanso.

—Mi madre se va a Cuernavaca mañana. ¿No podríamos irnos con ella un par de días?

Él encontró bien la idea. Después de comer, Carlota, que apenas había probado nada, tuvo una violenta jaqueca que culminó en una pequeña crisis de lágrimas. Parecía tan frágil y quebradiza que él la llevó en brazos a su recámara y se tendió a su lado en la cama, confortándola lo mejor posible, hasta que ella se adormeció.

Roberto de la Cruz pasó la tarde revisando papeles, nuevas cuentas de la señora de Cervantes. Cerca de las seis sonó el teléfono. Lavinia quería avisarle que había ido al Hotel Montejo, pero que había tenido que desistir de ello porque el hombre la había seguido, haciéndola volver a su lado con amenazas. Sin embargo, la había dejado sola un rato por la tarde, y ella se había escapado. Tenía miedo. Había tomado un coche y rodado al azar, y desde el coche había visto un anuncio de cuartos amueblados en la esquina de Tonalá y Colima. Acababa de tomar un cuarto allí, pero tenía miedo y quería hablar con él, verlo. Él se excusó, la tranquilizó un poco y quiso despedirse; pero entonces ella le confesó que el hombre la había amenazado con matarla. Él le explicó que tendría que salir al día siguiente a Cuernavaca con su mujer. Si algo urgente se ofrecía, podría comunicarse con él al Hotel Chula Vista o al de la Selva, no sabía en cuál pararían. Pensó decirle que hablara con el ex inspector Herrera, pero la voz de Carlota, llamándolo, se lo impidió.

Carlota se sintió mejor por la noche, en apariencia. Cenaron con la señora de Cervantes y decidieron salir a Cuernavaca el sábado temprano. El señor Cervantes, entregado a sus exploraciones arqueológicas, estaba fuera de la ciudad por una semana.

b

Sábado y domingo transcurrieron morosamente. Hacía mucho calor y había poca gente en Cuernavaca. Los tres mataron el tiempo charlando, bebiendo refrescos, jugando un poco a las cartas, leyendo a ratos y mirando nadar a unas cuantas norteamericanas en la alberca del hotel Chula Vista.

Mientras comían el domingo, Roberto de la Cruz propuso que volvieran a México, y Carlota se mostró muy indecisa. Hubiera preferido quedarse uno o dos días más. La señora de Cervantes la secundó. ¿Por qué no quedarse? Él se sentía un tanto a disgusto, sin confesarlo, y pretextó que tenía mucho trabajo al día siguiente, acabando por admitir que Cuernavaca lo aburría. Se encontraba incómodo, además, por no haberse afeitado, había olvidado su navaja y le disgustaban mucho las barberías. Convinieron, al fin, en que él regresaría a México esa tarde y volvería a Cuernavaca el martes para recogerlas. Pero no se llevaría el coche: prefería viajar en un turismo. En ese caso le parecía mejor salir alrededor de las cuatro, para no hacer el viaje de noche.

Cuando se despidió, Carlota lo besó de un modo poco usual en ella, un modo casi apasioando. Parecía muy deprimida todavía y, mientras viajaba en el turismo, Roberto de la Cruz se sintió libre y tranquilo, abandonándose a las pequeñas, renovadas sorpresas del paisaje. Llegó a México a buena hora, y antes de las seis estaba en su casa. Las criadas habían salido. Cuando abría la puerta oyó sonar el teléfono. Era Lavinia. Su voz parecía llena de angustia. Explicó que lo había llamado a Cuernavaca dos horas antes y al saber que no estaba ya en el hotel, había esperado una hora y media y marcado su número diez veces desde entonces. El hombre la había localizado nuevamente, ella había tenido que mandar a buscar alguna ropa. No sabía qué hacer. Roberto de la Cruz le propuso verla en algún café, en cualquier lugar; pero ella tenía miedo. Acabó por decirle que fuera a su casa y que allí hablarían. Pero ella no sabía a qué hora podría escaparse; temía que el hombre pudiera seguirla y detenerla en la puerta.

—Dejaré la puerta abierta —dijo Roberto de la Cruz—. Tome usted un coche en cuanto pueda y entre directamente. Yo estaré aquí. Las criadas han salido.

Colgó el teléfono y encendió un cigarrilio. Sonrió. Era curioso que una mujer que tenía miedo de ser asesinada recurriera a él. Patricia Terrazas había hecho otro tanto, aunque él siempre creyó que se trataba de una engañifa. Sin embargo, la habían asesinado. Asturias u otro, daba igual. Comprobó que estos recuerdos no lo impresionaban en lo más mínimo, y volvió a pensar en hablar con el ex inspector Herrera para encargarle el caso de Lavinia. Marcó los dos números de su oficina inútilmente. Entonces buscó en el directorio su teléfono personal. No estaba. Marcó 04 y esperó. La cosa fue un poco larga, porque no sabía la dirección de Herrera, aunque creía recordar que vivía en las calles de Londres. Le dieron al fin tres números, alguno de los cuales podía corresponder a él. Marcó el primero, y cuando una ineducada voz de sirvienta le indicó que el señor ingeniero no estaba en casa, comprendió que no era ese el número correcto; colgó y marcó el segundo. Contestó una voz de mujer, que le informó que con mucha frecuencia llamaban allí al ex inspector Herrera porque tenía el mismo nombre y apellido que su esposo; pero no era allí donde podía encontrarlo. La explicación fue cortés, pero excesiva. Era evidente que la señora no tenía quhacer esa tarde y que le agradaba la conversación. Roberto de la Cruz dio las gracias, volvió a colgar y descolgar el auricular, y marcó el tercer número. Los dos zumbidos continuos que indicaban que la línea estaba ocupada se dejaron oír, repetida, desagradablemente. Roberto de la Cruz hojeó una revista reciente, y luego volvió a marcar el número, que otra vez sonó ocupado. Fumó entonces un poco y llamó nuevamente. Esta vez la llamada resonó con inútil insistencia. No contestó nadie.

Roberto de la Cruz puso a hervir un poco de agua en la estufa para afeitarse, bebió un *highball* a pequeños sorbos y, mientras el agua se calentaba, insistió en el teléfono con el mis-

mo resultado negativo. Por prurito de no dejar de hacerlo, marcó de nuevo los números de la oficina del ex inspector Herrera, sin mejor éxito que antes. Entonces recogió la pequeña olla de esmalte blanco que contenía el agua hirviendo, y la puso en el lavabo del baño. Al quitarse el reloj se dio cuenta de que eran ya las siete y treinta y cinco minutos. Se despojó de su camisa, cubriéndose con una ligera bata de seda azul oscuro, y entró en el baño para afeitarse. Hizo espumar su jabón de Yardley, cuyo olor a lavándula le produjo una grata sensación de alivio y frescura, y sistemáticamente, se pasó tres veces la brocha y la navaja libre por el rostro. Era un placer especial, siempre nuevo para él. Iba a dejar la navaja para enjuagarse el rostro, cuando de pronto, brutalmente, se sintió arrebatar. Su cabeza se desprendió vertiginosamente de sus hombros y flotó en un ambiente de plomo caldeado y de fuego devorador. Hacía mucho que eso no le ocurría, pensó lejanamente. ¿Por qué ahora? Por entre el fuego, como gotas de metal fundido, parecían caer desde lo alto las notas de *El príncipe rojo*. Quiso refrescarse el rostro, pero no pudo. Entonces salió del baño con pasos de plomo. Como en una pesadilla, sus pies pesaban tanto que parecía cosa imposible levantarlos. Pero la música seguía sonando siempre. Sonaba en toda su cabeza, sonaba en toda la casa. Tratando de pensar, tuvo la impresión de que el sonido venía de abajo, y entonces bajó la escalera lentamente, apretando en la mano derecha su navaja de afeitar. No era una ilusión. La caja de música estaba sonando en la sala.

Llegó hasta la puerta de la sala. Estaba toda a oscuras, y solo la leve luz que entraba de afuera le mostro una silueta de mujer, inclinada en el sofá, de espaldas a la puerta, sobre la caja de música, que sonaba y sonaba y sonaba. Era Lavinia.

Repentinamente sintió que la pesadez de sus plantas lo abandonaba, y le dolió la mano en que apretaba la navaja, tan ledjanamente como si, desprendida de su cuerpo, ardiera. Con una ligereza que era también de sueño, llegó hasta el sofá. La silueta de Lavinia seguía inmóvil y oscura. La música llegaba a su culminación.

Roberto de la Cruz alzó y bajó el brazo derecho. No hubo un grito. Entonces, sin intención, el brazo del hombre repitió

su movimiento, una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once veces, y se detuvo en el aire, dejando caer la navaja. Roberto de la Cruz sintió su boca seca hasta parecerle que su paladar y su garganta iban a estallar. Apenas si podía distinguir el bulto informe caído sobre el sofá. La caja de música se había parado.

Quizo encender la veladora, pero sintió una inhibición extraña. La pobre Lavinia había venido a él por miedo de morir. El hombre salió de la sala cerrando la puerta tras sí y subió nuevamente al baño, donde se inspeccionó con gran cuidado. Había algunas manchas de sangre en su bata, pero eran pequeñas. Su mano derecha estaba tinta en sangre, y se descubrió algunas gotas en el pecho y unas salpicaduras muy finas en la cara. Se lavó minuciosamente y, mientras se cambiaba de ropa y hacía un pequeño lío con la bata y lo arrojaba en el calentador prendiéndole fuego, pensó. Pensó con una fría desesperación en lo que acababa de hacer. Pensó que esta vez había realizado su destino. Pero, ¿por qué ahora? Le preocupaba de un modo creciente el pensamiento de la señora de Cervantes. Era curioso, pero le preocupaba más que el pensamiento de Carlota. Se vería envuelta en un escándalo, y él quería evitar eso. Pero, ¿cómo? Había matado a una mujer y, absurdamente, la había matado en su propia casa. La había matado, además, de la manera que siempre le pareció más odiosa; con efusión de sangre. No podía, simplemente, sacar aquel cuerpo de allí y arreglárselas para tirarlo en algún lado. Volvería a mancharse de sangre y, además, el sofá y la alfombra estaban manchadas también y no era posible borrar eso. Otra cosa: las criadas no tardarían en volver.

¿Por qué era ahora cuando había venido a realizar, inesperadamente, su destino? Él había abandonado su sueño, había buscado una salida a la vida, a la realidad, que lo protegiera. Además, nunca había tenido más que simpatía por Lavinia. Esto hacía perfectamente gratuito su crimen, realizaba absolutamente su destino y su objeto. Pero, ¿por qué ahora? "Todo nos llega tarde: hasta la muerte", pensó haciendo a un lado el verso.

Se miró al espejo y se encontró muy pálido; pero quizás no era más que un efecto de la luz. Al ponerse el reloj se dio cuenta

de que pasaban sólo seis minutos de las ocho. La bata se había consumido en el calentador. Cuidando de no ensuciarse, recogió las cenizas y las arrojó en el excusado haciendo correr el agua. Fue a su despacho entonces, se sirvió un *highball* y encendió un *Lucky*. Era claro que debía irse de allí antes de que volvieran las criadas. Una necesidad inexpresable de ver a Carlota se levantó en él. Lo mejor sería volver a Cuernavaca en seguida. Diría que el coche de turismo se había descompuesto en Tres Marías y que él se había quedado allí, vagando, perdido, hasta que pasó un camión o un coche. Esto no era muy verosímil, pero, además, se había cambiado de ropa. Rápidamente se quitó el traje que se había puesto, reemplazándolo por el que tenía antes. Mientras lo hacía reurdió la historia que iba a contar. Había bajado del turismo en Tres Marías, con cualquier motivo, y el turismo había partido sin él. Tomaría un coche o un camión que lo llevara a Tres Marías, se bajaría allí y contaría primero su historia a alguno de los campesinos que nunca faltan en los merenderos. Inclusive tomaría una copa con él, y aun haría por pasar allí la noche, regresando a Cuernavaca solo a la mañana siguiente. Pero entonces estaría sin Carlota, y quería absolutamente verla. En fin, dejaría esto un poco al azar, esperando que las circunstancias lo favorecieran permitiéndole encontrar en Tres Marías un medio de transporte después de plantar su coartada. Se había afeitado, pero a la mañana siguiente tendría barba otra vez, y aun podría contar que había conseguido una navaja prestada en Tres Marías. Todo esto lo revisaría en el camino hasta edificarlo de un modo indestructible.

Una prisa vertiginosa presidió sus acciones. Borró todas su huellas del baño, tomó su maleta y su sombrero y bajó rápidamente la escalera. Se detuvo un instante a la puerta cerrada de la sala, sin percibir ruido alguno. Salió cerrando la puerta tras sí, de un golpe. En cuanto a Lavinia, ¿no tenía su mejor coartada en la historia del hombre que había querido asesinarla? No sería difícil que la policía diera con él, ni era imposible que le atribuyeran el crimen tomando en cuenta sus antecedentes y sus intenciones. Así la señora de Cervantes quedaría a salvo del escándalo. Lavinia había tenido una relación estrictamente de amistad con él; sentirse en peligro,

había ido a buscarlo para solicitar su ayuda. El hombre la había seguido y la había matado. Eso era todo. Él no sabía cómo habían entrado en la casa, no sabía nada.

Había llegado a la esquina y se detuvo, escrutando las calles mal iluminadas en busca de un coche. Alguien lo tomó de pronto por un brazo, y una voz jadeó junto a él.

—Tenía miedo, miedo de llegar demasiado tarde.

Él se volvió sintiendo que todo el mundo se detenía y se desgoznaba derrumbándose ensordecedoramente en un silencio sin fondo. Lavinia estaba frente a él.

c

Roberto de la Cruz pensó en el cuerpo que estaba en la sala, y esta vez el verso le pareció justo: "Señor, ¡y qué solos se quedan los muertos!" Sintió que él mismo hubiera podido morirse allí mismo en aquel mismo instante; pero que, puesto que no había muerto bajo el choque, había que obrar con rapidez. Tomó el primer coche y se hizo conducir a la terminal de los camiones de Cuernavaca, explicando a Lavinia que él tenía que regresar, y que valía más que ella siguiera hasta Taxco o Acapulco y se quedara allí por algún tiempo. En el fondo se alegró de ver que Lavinia vivía aún y que él no la había sacrificado.

No encontraron camión ni turismo, pero sí un coche de alquiler que él contrató hasta Taxco, a petición de Lavinia. El chofer era experto y conocía bien la carretera. Había poco tránsito además, y Roberto de la Cruz, escuchando lo que Lavinia tenía que decirle, fumó mucho y pospuso todo su pensamiento sobre su propio caso hasta que la hubiera dejado en Tres Marías. Si algo podía inquietarlo era la sangre fría de que dio muestra todo el camino.

Lavinia le contó cómo aquel hombre la había amenazado esa tarde con una navaja de afeitar. Él no pudo reprimir una sonrisa al oír este detalle. Se sentía frío a pesar de que los cristales estaban subidos, y Lavinia acabó por abrazarse a él. Él la rodeó con un brazo, desinteresadamente. Le dijo que haría intervenir al ex inspector Herrera para poner en orden a aquel sujeto, y la tranquilizó hablándole. Ella se mostró llena de su-

misión y de gratitud, y él sintió por primera vez cierta pena de dejarla ir de nuevo sin aceptar lo que estaba seguro de que ella había querido ofrecerle siempre. Llegó hasta a olvidar por un momento lo que había hecho en México esa noche. Sólo de vez en cuando un pequeño, angustioso calor, le recordaba la existencia de un factor nuevo en su vida. Le incomodó la idea de dejar sola a Lavinia por el resto del viaje; pero tenía que pensar en la señora de Cervantes primero.

El chofer parecía un hombre honrado y, además, él tomaría por precaución el número de las placas del coche. Aconsejó a Lavinia pasara la noche en Cuernavaca, explicándole que no podía seguir con ella hasta allí y que se detendría a esperar otro coche. Tal como lo anticipaba, ello lo atribuyó a un deseo de su parte de no alterar la tranquilidad de su esposa con cualquier indiscreción. Su expresión de tristeza y las lágrimas que resbalaron de sus ojos se perdieron en la oscuridad.

Llegaron a Tres Marías a las nueve y media. Él tomó el número del coche y el nombre del chofer, que sonrió benévolamente ante aquellas precauciones.

Lavinia le tendió las manos.

—Nunca olvidaré lo bueno que ha sido usted conmigo.

Dudó un segundo.

—Quisiera darle un beso siquiera.

Él la besó en la mejilla, cerca de los labios, sintiendo que los labios de ella lo rozaban con una frescura inesperada, y miró alejarse el coche. Se apartó de los merenderos de la carretera y vagó un poco por el pequeño poblado desierto, sin más luz casi que la de los puestos de fritangas y tequila.

¿A quién había matado entonces? La pregunta que había venido sofocándole todo el tiempo reventó de pronto. No esperaba más que a Lavinia y a las criadas. Una de estas dos era delgada. Probablemente en la sombra la había tomado por Lavinia, ya que tenía la certeza de no esperar a nadie más, y no era imposible que en el momento de su vértigo esta idea se hubiera convertido en una fijación. En ese caso, pobre mujer; pero esto hacía su crimen más gratuito y más perfecto todavía. Sintió que lo invadía una gran tranquilidad, a pesar de que no había resultado en definitiva su coartada. Podía, inclusive, regresar a México y participar a la policía o al ex inspector Herrera, si lo encontraba, el descubrimiento del cadáver de aquella mujer en su casa. Esto era complicado, pero no más que todo lo que había pensado antes. Sin embargo, lo que él quería era volver al lado de Carlota.

Vagó un buen rato y descubrió de pronto que se había alejado demasiado de la carretera y que se había perdido. Quizás esta involuntaria realización de su pretexto lo ayudaría. Trató de orientarse, prestando el oído a los ruidos familiares del campo, que tienen siempre algo de contradictoriamente silenciosos. Sin embargo, una angustia fue apoderándose lentamente de él. Trató de organizar sus nervios y de orientar sus ojos, pero ahora la oscuridad era absoluta. Aunque sintió deseos de silbar, comprendió inmediatamente que no podría silbar más que *El príncipe rojo*, y no se atrevió a hacerlo. Aquella música había normado su destino. Pero, ¿se detendrían allí las cosas? ¿No volvería a pasarle lo mismo una vez y otra vez? ¿No sería un juego interminable de ecos y de reflejos? Sin embargo, no le quedaba la menor duda de haber logrado al fin, de un modo definitivo, su propósito. Había fracasado dos veces, porque el incendio, de manera inexplicable, había destruido toda su seguridad en el caso del conde Schwartzemberg. En cambio, ahora todo estaba bien. No quería ningún fruto exterior, ninguna notoriedad. Pondría en juego todos los recursos de su inteligencia para limitar las cosas a la secreta satisfacción de su deseo.

—La tercera es la vencida —se dijo.

Estos pensamientos lo tranquilizaron bastante. Sin embargo, cuando, a fuerza de andar, acabó por distinguir las lucecillas de los puestos, echó a correr hacia ellas con la sensación de que volvía a respirar después de un largo ahogo. Comió algo y bebió una coca cola y café caliente; pero soplaba frío, y a poco ordenó un tequila doble para entrar en calor. El lugar donde se había metido era una especie de cantina de madera, en la que una orquesta de mariachis tocaba sin detenerse, mientras campesinos con guayaberas y sombreros de palma, que celebraban todavía su día de asueto, bailaban unos con otros haciendo grandes movimientos y riendo en tanto que los espectadores llevaban el compás con pies y manos, profiriendo de vez en vez obscenidades que sonaban del modo más extraor-

dinariamente inocente. Un campesino de unos treinta años empezó a hacer figuras caricaturales: se separaba del indio que bailaba con él, que tendría dieciocho años, y, sin soltar su mano, lo hacía girar provocando grandes risas entre todos. Los demás bailadores se apartaron a los extremos, dejándoles el terreno. Cuando terminaron hubo aplausos, carcajadas y gritos.

Roberto de la Cruz sintió un momento, ante aquel espectáculo, que un pensamiento malicioso asomaba en él. Lo desechó pronto, pensando que quizás no se trataba más que de una alegría tan estúpida como sana. Explicó al chofer de un camión de carga, que se había dejado en Tres Marías, donde había esperado hasta ahora un vehículo que lo llevara de regreso a Cuernavaca. Ofreció diez pesos, además de pagar la merienda al chofer, que se mostró satisfecho. Llegaron a Cuernavaca cerca de media noche, y Roberto de la Cruz dejó el camión en la plaza, se orientó y caminó hasta el Hotel Chula Vista.

En el hotel Chula Vista habían tomado un departamento que reunía tres piezas, dos recámaras con una sala intermedia. Roberto de la Cruz entró en la que ocupaban Carlota y él, procurando no hacer ruido. Al comprobar que no escuchaba respiración alguna, encendió la luz. La cama estaba tendida, aunque las arrugas de la colcha permitían ver que Carlota había estado tirada allí. Sobre la cama había una novela de Aldous Huxley, abierta.

Todo el deseo que Roberto de la Cruz sentía de ver a Carlota se le exasperó ante la idea de que había ido a acostarse con la señora de Cervantes. Probablemente dormían ya. Sin embargo, tenía que verla, no sólo porque lo deseaba casi angustiosamente, sino porque ella era parte de su coartada. Se dirigió al salón intermedio y, a tiempo de prender la luz en él, oyó abrirse la puerta de la otra recámara. Se volvió. La señora de Cervantes, completamente vestida, estaba allí. Hubo una pausa de un segundo antes de que ninguno de los dos hablara. Él tuvo la impresión de que la señora de Cervantes no encontraba las palabras precisas, ni él tampoco, para tal caso. Al fin dijo ella:

—¿Ha vuelto usted?

Era una pregunta enteramente superflua. Sin darle tiempo a contestar, añadió:

—Me pareció oír el ruido y pensé que Carlota había regresado. —Él la miró sin comprender.

—¿Carlota? Creí que estaba allí.

Señaló hacia la recámara. Ella pareció palidecer más. Su voz sonó metálica, extraña.

—Soy una tonta; en realidad no tenía por qué esperar a ninguno de los dos. La Nena se fue a México media hora después que usted.

Roberto de la Cruz hizo un esfuerzo para dominar aquella amarga marea de absurdos que sentía fluir como náuseas en su garganta. Mintió.

—Yo no pude llegar a México. Me quedé en Tres Marías accidentalmente, y no me fue posible regresar hasta ahora.

La señora de Cervantes pareció aliviada.

—Es una lástima. La pobrecita se sentía deprimida y quería estar con usted.

Él tuvo la impresión clarísima de que la señora de Cervantes mentía. Sintió que no podría resistir un segundo más, y dijo:

—¡Hasta mañana, señora!

Ella contestó casi imperceptiblemente. Él esperó hasta verla entrar en su cuarto, y entonces salió del salón y bajó a la cantina, que estaba cerrada ya. Tuvo alguna dificultad para obtener una botella de whisky, y, cuando al fin se la dieron, bajó a la terraza que da sobre el estanque, se sentó ante una mesilla y se sirvió un vaso lleno, apurándolo de un trago.

La noche era clara, estrellada, exquisita, y en el silencio que sentía en torno suyo, Roberto de la Cruz comprendió, aceptó al fin la verdad. Ahora sabía quién había matado.

Pasó toda la noche sentado en aquel lugar.

Capítulo sexto

El ex inspector Herrera

a

El proverbio que pretende que las malas noticias viajan de prisa quedó sin confirmación por esta vez. Roberto de la Cruz tomó un largo baño caliente a las siete, y empezó a vestirse para desayunar cerca de las ocho. La botella de whisky, que había consumido en el curso de la noche, no dejó huella alguna en él y al salir del baño le pareció como si no hubiera bebido nada más que fatiga. Sabía que había pasado algo terrible, algo que, sin embargo, era comprensible a la luz de su viejo sueño. Había matado lo que representaba su realidad, su resignación, la nueva forma de su vida. Y, sin embargo, experimentaba la sensación de que faltaba lo peor y, de un modo y otro, nada podía hacer por impedirlo. Iba a ordenar su desayuno en su cuarto, por teléfono, cuando llamaron a la puerta. Estaba completamente vestido ya, de modo que se limitó a gritar: "¡Adelante!"

La señora de Cervantes echó una ojeada a la cama casi intacta y movió la cabeza. Estaba muy pálida.

—No ha comido usted —observó—. ¿Quiere que desayunemos en el saloncito?

Él dio la orden por teléfono, encendió un cigarrillo y los dos se sentaron en el salón a esperar, hablando en momentos palabras sueltas sobre cualquier cosa. Era indudable, pensó él, que la señora de Cervantes se encontraba también bajo una gran tensión, sin que él se preocupara por descubrir el motivo, y que, en apariencia, esperaba que él enchufara la plática, por decirlo así, en un tópico determinado. Como él no lo hizo, ella se decidió al fin a decir:

—¿Volveremos a México hoy? La Nena se llevó el coche.

El mesero que trajo el desayuno les explicó que los periódicos no habían llegado aún, añadiendo un cantinflesco comentario sobre el inusitado retraso. Los dos desayunaron en silencio, al cabo de un rato él pareció volver a la realidad. Como todavía resonaba en sus oídos la última frase de la señora de Cervantes, le pareció natural decir:

—Si usted quiere, podemos regresar en un coche de alquiler.

Bajaron a la terraza algunos momentos más tarde, siempre en igual situación. Tras un largo, lento pensar, Roberto de la Cruz descubrió que no podía explicarse la actitud de la señora de Cervantes; pero, a la vez, confirmó que nada quería preguntarle. Cuando echó una ojeada casual a su reloj iban a dar las diez.

—¿Quiere usted que caminemos un poco antes de irnos? —preguntó.

En ese momento el mozo llegó hasta ellos llevando los periódicos. Una mirada bastó a Roberto de la Cruz para darse cuenta de que, debido al retraso, el hombre no había echado una sola ojeada a los diarios. O quizás, por alguna circunstancia, no había aparecido noticia alguna aún. Sin embargo, iba a saberlo ahora. Conservaba un dominio absoluto sobre sí mismo. Dando las gracias al mesero, tendió *El Universal* a la señora de Cervantes, y él conservó el *Excélsior*. Un segundo todavía pudo pensar que Carlota vivía aún y que él había hecho mal en dejarse llevar por sus emociones. Sin abrir su periódico, encendió un cigarrillo y de pronto lo dejó caer. El ejemplar de *El Universal* había rodado por el suelo. La señora de Cervantes cayó desmayada sin un grito. La terraza estaba desierta todavía, de modo que él la levantó, abanicándola con los papeles y dándole palmadas en las manos. Sobrevino un mesero, que trajo rápidamente coñac y agua. Lentamente, la señora de Cervantes volvió en sí. Roberto de la Cruz tuvo apenas tiempo de leer los encabezados:

Distinguida Dama Salvajemente Asesinada

La señora Carlota Cervantes de De la Cruz degollada con una navaja de barba en su residencia de la Colonia Roma.

La Policía está Sobre la Pista del Probable Asesino

¿Crimen vulgar o Drama Pasional?

—Nunca aciertan —pensó Roberto de la Cruz inclinándose sobre la señora de Cervantes, que abría los ojos. Los volvió a todas partes como deslumbrada, vio el rostro de él y dijo, con una especie de sonrisa:

—Pobre amigo.

Se incorporó un poco, recobrando gradualmente su majestad de siempre.

—Vamonos en seguida —añadió.

Él ordenó un coche y los dos empacaron rápidamente sus maletas. Roberto de la Cruz fue el primero en terminar. Esperó en el saloncillo devorando los diarios. El crimen había sido notificado a la policía a las once de la noche por las sirvientas de su casa, Petra Ramírez y María Hernández, que habían regresado del cine a esa hora. El cuerpo de Carlota presentaba once heridas hechas con una navaja de afeitar —las mortales estaban en el cuello— una había roto la yugular, y en la espalda. Es decir, que podía haber muerto de una o de otra, sin que pudiera precisarse cuál había sido inferida primero. El encarnizamiento del asesino había sido espantoso. El arma estaba de tal suerte manchada de sangre que era imposible precisar las impresiones dactiloscópicas del asesino. Junto al cadáver de la joven dama se había encontrado una caja de música, manchada de sangre —la figura del hombre se había desprendido de ella, rompiéndose en dos pedazos. Al entrar en prensa la edición del diario no era posible determinar el móvil del crimen. Sin embargo, nada había sido substraído en apariencia, y el redactor encargado de la nota pretendía tener buenos motivos para creer que se trataba de un delito de orden pasional.

Excélsior añadía, con cierta intención, que la víctima, viuda del conocido arquitecto Felipe Inclán, se hallaba casada con don Roberto de la Cruz, cuyo nombre había sonado mucho en ocasión del asesinato de Patricia Terrazas. Las sirvientas habían declarado que, a conocimiento suyo, sus amos se encontraban pasando el fin de semana en Cuernavaca.

La señora de Cervantes salió de su recámara llevando una maleta de mano. Si alguna vez pareció de veras una estatua fue ahora. Miró a Roberto de la Cruz con unos ojos huecos y extraños, y repitió su frase de antes:

—Pobre amigo.

Roberto de la Cruz estaba horriblemente deprimido. No por lo que sabía ya desde la noche anterior, sino por el sufrimiento que torturaba sin duda a la madre de Carlota. La admiró, sin embargo, porque aun en ese instante tenía tiempo de pensar en él y de compadecerlo.

Cuando iban a subir al coche, el agente Madrid llegó al hotel. Saludó a Roberto de la Cruz con expresión de pesar, y se hizo presentar a la señora de Cervantes, explicando que había venido para acompañarlos a México. La policía se había encargado ya de avisar al señor Cervantes por telégrafo. La señora de Cervantes le dio las gracias con un movimiento de cabeza y llamó aparte a Roberto de la Cruz.

—¿Va a venir en el mismo coche que nosotros? —preguntó moviendo la cabeza en dirección de Madrid.

Roberto de la Cruz hizo un movimiento afirmativo. Pareció como si ella quisiera decir algo más entonces, pero se limitó a cerrar la boca apretando los labios. Apoyó su mano izquierda en el brazo derecho de él y lo oprimió repitiendo por tercera vez:

—Pobre amigo.

Roberto de la Cruz sintió un violento impulso de decirle la verdad en voz baja, en tres palabras: "Yo la maté". Pero no pudo hacerlo. El agente Madrid se acercó a ellos y los tres subieron al coche.

b

El viaje fue silencioso, salvo algunas preguntas que hizo el agente Madrid para fijar ciertos pormenores del regreso de Carlota a México. Todo el tiempo, Roberto de la Cruz sentía crecer en él dos interrogaciones, pero no podía contestarlas. Además sentía la muerte de Carlota como un dolor en todo su cuerpo, más bien, como una llaga enorme, indolora, pero incurable. ¿Por qué la señora de Cervantes se había turbado tanto la noche anterior al verlo? ¿Por qué estaba a oscuras Carlota en aquella sala, tocando la caja de música?

Al llegar a México, la señora de Cervantes habló por primera vez para indicar que necesitaba ir a su casa a fin de ponerse un vestido negro. La acompañaron, Roberto de la Cruz

sugirió entonces que, mientras la señora se vestía, el agente Madrid podía acompañarlo a él a comprarse un traje en *High Life*. No tenía traje negro y, además, su casa estaba ocupada por la policía. Madrid no lo acompañó, pero le permitió ir solo —había sido siempre de lo más cortés con él—. Si tardaba mucho, podría alcanzarlos en la Inspección de Policía.

Roberto de la Cruz tomó otro coche y en el camino volvió a sentir en él aquellas interrogaciones sin respuesta; pero estaba tan deshecho físicamente que no se hubiera movido de su lugar ni para salvar la vida. Se compró un traje de confección en *High Life*. No tuvo que identificarse pues lo conocían bien, tenía cuenta allí, y, en atención a las circunstancias especiales, le arreglaron la valenciana del pantalón y otros pequeños detalles en menos de un cuarto de hora. Nadie dijo palabra, pero el rostro del empleado que lo atendió no perdió un segundo su expresión de discreta condolencia. Cuando salió de la tienda era la una menos cuarto.

Afuera, mientras el tránsito se hacía ensordecedor y la gente caminaba a duras penas, los voceadores gritaban ya *El Universal Gráfico* y la primera edición de *Ultimas Noticias*. Roberto de la Cruz los compró y se metió en un coche dando al chofer la dirección de la señora de Cervantes. Sentado ya, ojeó los encabezados y se sintió palidecer:

El Degollador Aprehendido

Decía *Últimas Noticias. El Gráfico* era más discreto:

El presunto Asesino Detenido por la Policía

y más abajo:

Se Trata del Lic. Pedro Varona, Muy Conocido en la Sociedad Metropolitana.

La información era bastante sencilla e incompleta, y explicaba que ciertas presunciones policíacas habían determinado la aprehensión, o por lo menos la presencia del conocido abogado en la Inspección de Policía. Como la noticia había llegado cuando los diarios vespertinos entraban en prensa, era imposible ampliarla dando algunos pormenores. No faltaba, sin embargo, un elogio a la rapidez de la policía.

Pareció a Roberto de la Cruz que despertaba de un largo sueño. El tránsito era asfixiante, y su coche, obstruido por otros vehículos y por los semáforos de la avenida Juárez, avanzaba con una torturante lentitud. No pudo pensar en nada concreto en el camino, dispersas todas sus ideas; pero la detención de Pedro Varona, que no podía ser otro que el hombre de la miniatura, fue el pensamiento que lo atenaceó con mayor frecuencia. Había algo que no entendía en todo esto, algo que se daba cuenta de que no quería entender. Sentía algo cerrado en él, y no quería que se abriera. En cambio, le parecía absurdo que alguien más pagara por su crimen, y no sin cierta amargura pensó que la historia se repetía siempre para él. Le ocurrió de pronto que la señora de Cervantes debía de haber salido ya de su casa, y que él perdía el tiempo al dirigirse allí. A la altura de la Secretaría de Relaciones ordenó al chofer que lo llevara a la Inspección de Policía, a la que llegó primero que la señora de Cervantes. Se hizo anunciar y fue recibido inmediatamente.

El Inspector General de Policía era un hombre maduro, agradable, nativo de Jalisco o Michoacán, a juzgar por su acento. Era general del ejército y había desempeñado un alto puesto de confianza cerca de un presidente de la República. Hizo sentar a Roberto de la Cruz y, después de indicarle que, aunque él deploraba aquella fórmula, tendría que hacerlo identificar el cadáver de su esposa, le anunció que, en su opinión, tenían ya al asesino. Roberto de la Cruz explicó que conocía sólo de lejos al licenciado Pedro Varona, que sabía que no era un asiduo de los Cervantes, y que no entendía en qué virtud podía habérsele detenido en relación con este asunto.

El Inspector de Policía declaró entonces que la señora de De la Cruz había sido vista la noche anterior, precisamente en la esquina de su casa, en compañía del licenciado Varona. Unas personas que pasaban y que conocían al licenciado Varona, los oyeron discutir. El Ingeniero Robles y su esposa oyeron decir a Varona: "Si haces eso, te mato". Al sentirse vistos y escuchados, la señora de De la Cruz y el licenciado Varona habían reanudado su camino por la calle de Mérida, seguramente

en dirección de la casa de la primera. Pero el ingeniero Robles y su esposa comentaron el hecho con gran extrañeza y, al leer la noticia del crimen por la mañana temprano —el ingeniero era madrugador por razón de su trabajo— creyeron de su deber poner en conocimiento de las autoridades lo que sabían.

Era indudable, dedujo el inspector, que el licenciado Varona había acompañado a la señora de De la Cruz hasta su domicilio, aprovechando la ausencia del marido; que habían continuado peleando allí, y que entonces se había precipitado el desgraciado desenlace. Naturalmente, el licenciado Varona aseguraba ser inocente; pero no podía explicar el empleo de su tiempo entre el momento en que había sido visto en aquella esquina y las once y media de la noche, en que había vuelto a su casa.

Roberto de la Cruz hizo un gesto de impaciencia. ¿Qué motivo podía haber tenido el licenciado Varona para asesinar a su esposa? Se arrepintió de la pregunta apenas la hizo. Comprendió que había abierto aquella puerta cerrada que no quería abrir, y pensó que la señora de Cervantes iba a verse comprometida; pero la cosa no tenía remedio ya. El Inspector de Policía tomó un aire grave, de hombre de mundo, abrió un cajón de su escritorio y sacó de él un paquete de cartas.

—He procurado que esto no llegue a conocimiento de los periodistas —dijo—, pero no puedo ocultarle la verdad a usted.

Le tendió el paquete. Roberto de la Cruz leyó dos veces, sin entender el sobrescrito de la primera carta. Decía:

Señora Elena M. de Cervantes

Apartado 2840
México, D.F.

Maquinalmente sacó el pliego que contenía y pasó la vista por él. Estaba escrito, como el sobre, con la letra angulosa, del tipo llamado del Sagrado Corazón, que tanto le gustaba en Carlota. Estaba fechado en Guadalajara, mes y medio antes. Decía: "Pedro adorado: No puedo más..." A la vuelta, inconfundible, estaba la firma de Carlota. Roberto de la Cruz reflexionó unos segundos.

—Siento ser yo quien le dé esta noticia —dijo suavemente el Inspector de Policía—. Por su actitud veo que no sabía nada. Puede usted conservar las cartas.

Siguió hablando, mientras, vertiginosamente, Roberto de la Cruz se dejaba llevar por aquella cascada de luz. Carlota lo había engañado. Carlota, que dejaba los sobres abiertos de sus cartas al alcance de él, que dirigía a nombre de su madre las cartas para su amante. Carlota. que mentía del modo más seguro e infalible: con la verdad. Y su amante estaba preso. Sería difícil que la averiguación pudiera tener sospecha alguna hacia él, marido engañado. Podía aceptar la situación tal como estaba. Pero, ¿qué maldición era entonces aquella que pesaba sobre él? ¿También ahora iba a perderlo todo?

—Señor inspector...

El general volvió la cabeza, impresionado por el tono de su interlocutor.

—Puede usted poner en libertad al señor licenciado Varona. Fui yo quien maté a mi esposa ayer noche.

El Inspector de Policía lo miró con una divertida incredulidad, como miraría un hombre mareado o golpeado en la cabeza.

—La maté con mi navaja de afeitar, señor inspector.

El Inspector de Policía siguió mirándolo de hito en hito.

—El señor licenciado Varona es inocente —terminó Roberto de la Cruz, silabeando casi.

El Inspector de Policía oprimió un timbre. Roberto de la Cruz sintió que iba a desmayarse, pero hizo un gran esfuerzo, se clavó las uñas en las palmas de las manos hasta sangrarse, y esperó. Iba a luchar por su objeto y su destino.

c

El interrogatorio fue uno de los más extraordinarios de que el señor Inspector de Policía tenía recuerdo. Robero de la Cruz relató brevemente su regreso de Cuernavaca, donde había dejado a su esposa y a su suegra.

—¿Pero usted sabía, o sospechaba, que su esposa sostenía relaciones ilícitas con el licenciado Varona?

No, no lo sabía ni lo sospechaba. Le pareció prudente de-

jar fuera del asunto a la señora de Cervantes y a Lavinia, y se limitó a explicar que, cuando terminaba de afeitarse, había oído sonar música abajo —una música que le traía recuerdos tristes de infancia— que había bajado, llevando su navaja abierta en la mano, que había visto una silueta en la semioscuridad, y, sin saber cómo ni por qué, había avanzado hasta ella y había hundido en ella su navaja varias veces, quizás once.

—¿Pero usted sabía que era su esposa?

—No, no lo sabía, no lo pensé siquiera, puesto que la había dejado en Cuernavaca en compañía de la señora de Cervantes.

—Entonces, ¿pensó usted que se trataba de un intruso, de un ladrón?

—Probablemente —no sabía qué era lo que había pensado. Explicó de qué modo, al serenarse, había quemado su bata y hecho preparativos para volver a Cuernavaca.

—¿Por qué borró usted sus huellas, cuando pudo alegar que creyó que se trataba de un ladrón? ¿Por qué huyó?

—No podría explicarlo —no lo entendía él mismo.

—Si sabía usted que había matado a alguien, ¿por qué no telefoneó a la policía? ¿Por qué no encendió la luz para ver a quién había matado? Era lo más lógico.

Quizás, pero a él no le pareció así, no lo pensó de ese modo.

—¿No comprendía usted que alguien sería inculpado por ese crimen? ¿Tuvo miedo?

Era posible, pero él no podía precisarlo.

El Inspector de Policía volvió a empezar, pacientemente, y llegó a otro punto.

—¿Por qué regresó usted de Cuernavaca a México cuando pudo quedarse allí con su mujer y con su suegra hasta el martes, por lo menos hasta el lunes por la mañana? ¿Con qué objeto especial regresó?

Con ninguno. Se aburría en Cuernavaca, tenía quehacer al día siguiente en México. No sabía, no le importaba.

—¿Está usted seguro de que no regresó sólo con el objeto de dar oportunidad a su esposa de volver sola a su vez, por su cuenta?

Por supuesto que estaba seguro.

—La cosa se plantearía así entonces —dijo el Inspector de

Policía después de que el Jefe de Investigaciones le habló al oído unos minutos—: usted sabía que su esposa lo engañaba. Regresó a México deliberadamente para darle oportunidad de que hiciera otro tanto, decidido ya a sorprenderla.

Roberto de la Cruz negó enfáticamente. En ese caso no habría matado a su mujer en su casa, sino en el lugar donde hubiera estado con el licenciado Varona. Además, su mujer sabía que él estaba en su casa.

—Pero, —intervino vigorosamente el Jefe de Investigaciones—, pero su mujer riñó con el licenciado Varona. En vez de pasar la noche a su lado, como probablemente proyectaba, tuvo que volverse a su casa. Allí tuvo usted una explicación con ella y entonces la mató.

Ilógico, puesto que en ese caso él no la habría sorprendido en compañía de su amante. No. Él había matado a esa persona, sin saber quién era, en la oscuridad y por la espalda.

—¿Por qué?

Ya lo había explicado, había sentido un impulso, sin discernir su naturaleza, y lo había satisfecho.

La atmósfera se hizo cada vez más opresiva. Era evidente que los señores funcionarios no entendían bien aquello. Ante el aluvión de preguntas, Roberto de la Cruz se refugió en la teoría de que, si hubiera matado a Carlota por celos, habría bastado un solo golpe, no eran necesarios tantos.

—Al contrario —protestó el señor Inspector de Policía—, ¡al contrario! Hirió usted cegado por la cólera. Sólo así se explica su encarnizamiento. En el otro caso no tendría razón de ser.

—¡Claro! —exclamó el Jefe de Investigaciones—. ¡Claro!

—Veo que no nos entendemos —dijo Roberto de la Cruz, y los señores funcionarios se encolerizaron un poco ante su frialdad.

Entonces hizo un poco de historia. Les recordó que había estado en la Penitenciaría y que se había hombreado con la crema de los asesinos mexicanos, y les explicó cómo los había oído describir el horrible deleite que había en hundir una y muchas veces un arma que penetraba "como en mantequilla". Quizás eso había sido todo.

El jefe de Investigaciones protestó coléricamente ante aquel infundio. El Inspector de Policía se retiró con aquel a un rin-

cón donde los dos hablaron tan sigilosa como animadamente por espacio de varios minutos. Roberto de la Cruz encendió un cigarrillo.

—En resumen —dijo el señor Inspector de Policía volviendo a él—, tenemos dos líneas paralelas que no se juntan nunca. Por una parte, sabemos que la esposa de usted lo engañaba con un hombre con quien, según las fechas y los textos de sus cartas, había tenido relaciones ilícitas desde antes de casarse con el arquitecto Inclán. Toda la historia está allí.

Roberto de la Cruz se estremeció. Ahora comprendía de un golpe muchas cosas que le habían parecido incomprensibles siempre. Por ejemplo... Pero el Inspector de Policía no lo dejó encerrarse en sus pensamientos.

—Por consiguiente —continuó—, la señora se casó con usted siendo ya la amante del licenciado Varona. Al descubrirlo, pudo usted divorciarse de ella como haría un hombre moderno; pero probablemente la quería usted demasiado, se cegó y la mató entonces. Hasta aquí, exceptuando su salvaje encarnizamiento en el crimen, tiene usted una cierta justificación, y las cosas parecen bastante sencillas.

El señor Inspector de Policía tomó aliento. Roberto de la Cruz lo miró de un modo extraño, como si sus ojos sonrieran.

—Por el otro lado —siguió diciendo el alto funcionario—, tenemos una versión fantástica. Usted no sabe que su mujer lo engaña. Se encuentra usted en Cuernavaca con ella, y la deja allí sola sin motivo alguno, y se vuelve a México. Está usted afeitándose con una navaja libre a las siete y media de la noche, que es una hora bastante rara para afeitarse, a menos que vaya uno a un baile. De pronto, oye sonar una música que le trae recuerdos tristes de su infancia. Baja usted la escalera, ve un bulto en la sala a oscuras, se precipita sobre él y *sin el menor motivo,* le infiere once navajazos. No se preocupa siquiera por saber a quién ha matado. Cierra la puerta de la sala, quema su bata manchada de sangre, toma su maleta y se vuelve a Cuernavaca. Y si te vi, no me acuerdo. ¿Cómo puede sostener un fárrago tal de mentiras, en contradicción con los hechos lógicos y, hasta cierto punto, naturales? Está usted complicando su caso y saldrá perjudicado.

—Señor Inspector, ¿tiene usted alguna idea de lo que es un crimen gratuito?

El señor Inspector de Policía se llevó las manos a la cabeza.

—Averiguaremos la verdad —declaró con violencia—. Entre tanto, irá usted a un separo.

Llamó y dio orden de que vinieran dos policías y un agente, a quienes indicó adónde deberían llevar al detenido. Cuando salía, Roberto de la Cruz le oyó decir:

—No sería difícil que fuera inocente, en un descuido. Los culpables nunca se enredan tanto.

En el corredor se cruzó con la señora de Cervantes, acompañada por el agente Madrid, que le dirigió una mirada llena de súplica.

d

La señora de Cervantes obtuvo permiso para visitarlo aquella tarde. Le llevó cigarrillos y un cesto de frutas parecido al que le había enviado a la Penitenciaría.

—Vengo a pedirle perdón —dijo con su voz magnética, sin mirarlo.

Él contestó sólo:

—Pueden oírla a usted, puede haber un micrófono aquí.

—¡Qué importa! —dijo ella sentándose y encendiendo un cigarrillo—. Yo también pasé la noche sin dormir, angustiada por la idea de que había usted descubierto ya lo de ella. Por eso no me atrevía a preguntarle nada, ni a hablar, por miedo de denunciar a Carlota.

La expresión de su voz era dura al pronunciar el nombre de su hija, diferente del tono con que decía "la Nena". Él se llevó la mano al bolsillo y sacó de allí el paquete de cartas de Carlota, que no le habían recogido.

—Lléveselas usted, si puede, y destrúyalas.

La señora de Cervantes miró varios sobres y palideció.

—Mandaba estas cartas dirigidas a mí —dijo con un tono que no era ni afirmación ni pregunta—. Y así le hacía creer a usted, como a Felipe, que me escribía a mí.

Miró el humo de su cigarrillo.

—Es una historia vieja —continuó—. Hace varios años que un hombre me hizo el amor. Yo estaba casada, quería a mi mari-

do de un modo tranquilo, como se quiere a quien ha conocido una toda su vida. Tenía a mi hija, muy joven y ya celosa de mí, de mis trajes, de mis alhajas, de todo lo mío. No crea usted que quiero acusarla porque sí. Aquel hombre era extranjero, ofrecía toda la novedad que había faltado siempre en mi vida; era muy guapo además, y me enamoré de él. Resistí mucho. Él me asedió en todas las formas, y al fin un día le concedí una entrevista privada. Le expliqué mi situación, le pedí que desapareciera de mi vida dejándome un buen recuerdo. Él me juró que lo haría si yo...

Vaciló un segundo y luego, con su majestad sin par, siguió, como quien habla de una cosa pura, limpia y alta.

—... si yo me entregaba a él. Y yo accedí, sabiendo que esto sería lo único de verdad mío que tendría yo en mi vida. Fue inolvidable todo, y él cumplió su juramento. Desapareció de mi vida dejándome un recuerdo incomparable. Se suicidó al día siguiente.

Roberto de la Cruz pensó que él sabía ya esto último, pero prefirió no decirlo. La miró simplemente, desnudando en sus ojos por primera vez aquella admiración apasionada que había sentido siempre por ella. La señora de Cervantes pareció comprender la mirada, se mordió ligeramente los labios y continuó hablando.

—Pasé por una crisis espantosa de la que no se enteró ninguno de los míos. Pero un día, Pedro Varona, que era un viejo amigo, me sorprendió llorando. Me interrogó con mucho interés y en un momento absurdo de debilidad se lo conté todo. Entonces me dijo que él me había querido siempre, que ahora no tenía ya por qué ocultarlo, y me pidió algo por callar. Yo me indigné, rehusé, lo despedí de casa; pero él siguió yendo. Un día se llevó mi retrato, la miniatura que usted conoce, y, al fin, dejó de perseguirme y aun de mirarme. Me sentí tranquila, y tardé bastante en darme cuenta de que estaba enamorando a Carlota, a quien había conocido desde niña. Me pareció monstruoso. Además, él es casado. Intervine, tratando de alejarlo, pero me amenazó con decir la verdad a mi marido. Tuve que soportarlo todo. Desde entonces mi vida fue vigilar de día y de noche a Carlota, no vivir más que para cuidarla y salvarla. Fue inútil. Carlota se había enamorado

de Pedro; sólo mi vigilancia le había impedido entregarse.

Se detuvo, abrumada. Él quiso tomar su mano para alentarla, pero pensó que sería horrible tocarla con la mano que había matado a Carlota.

—Esas cosas suceden siempre y no hay manera de evitarlas —dijo ella después de una pausa— y sucedieron entre Carlota y Pedro, no sé cómo. Yo lo ignoraba. Felipe Inclán se presentó en ese tiempo, pareció agradar a Carlota, y me propuse casarlos. Con gran sorpresa mía, ella aceptó. Pero la víspera de la boda sorprendí una conversación entre Pedro y ella y me di cuenta de la verdad. Carlota y yo tuvimos una explicación. Se portó atrozmente. Me confesó que era amante de Pedro y que Felipe le parecía un marido muy cómodo porque era homosexual. Así podría seguir siendo amante de aquel hombre. Entonces se casaron, y sucedió lo que usted sabe. Viuda se sentía libre de vivir su vida como quisiera. Yo no supe qué hacer. Usted parecía interesarse en ella, y yo fui lo bastante baja para alentarlo. Tenía la idea de que sólo otro hombre verdadero podría curarla de aquel mal. Hablé con Pedro, le pedí que la dejara en paz, y él se comprometió a hacerlo. Y yo cometí el crimen de casarlo a usted con ella.

Una gran lágrima se deslizó silenciosamente por su rostro.

—Varias veces, estuvo usted a punto de no casarse la víspera misma. Carlota descubrió mi retrato entre las cosas de Pedro, se inquietó mucho, tuvo una escena con él, pero él le ocultó la verdad. Entonces ella determinó que no se casaría. La convencí al fin de que lo hiciera por su padre, a quien quería mucho, y me sentí más tranquila y esperé. Pero Carlota siguió enamorada de Pedro. Le escribió todos los días, a mi nombre, lo acosó. Pedro me había hecho la promesa de dejarla, y, además, no la quería ya, nunca la había querido de veras, y se lo hizo sentir así. Carlota estaba desesperada, especialmente en los últimos días de la semana pasada. Me pidió por teléfono que la llevara a Cuernavaca, para ver allí a Pedro, pero yo me negué. Entonces lo convenció a usted de ir con nosotros, y yo telefoneé a Pedro para rogarle que no fuese. Cuando usted se marchó ayer, ella no pudo resistir más. Al averiguar que Pedro no estaba en Cuernavaca, a pesar de mis ruegos, de mis órdenes, de mis amenazas, tomó el coche y vino a México.

La señora de Cervantes tomó un cigarrillo con mano temblorosa, y aceptó el fuego que le ofrecía Roberto de la Cruz. Había apagado apenas su cigarrillo anterior. Aspiró y exhaló el humo varias veces.

—Hace una hora estuve con Pedro y me contó toda la verdad. Carlota lo obligó a salir de su casa ayer para pedirle una explicación. Le dijo que iba a dejarlo a usted, lo excitó a que se escaparan juntos. Él se negó. Caminaron por las calles discutiendo. En la Plaza del Ajusco ella lo amenazó con el escándalo, con el suicidio, con todo, si no se iba con ella. Entonces él perdió la paciencia. Le dijo que nunca la había querido y que estaba enamorado de mí, que sólo por despecho la había tomado a ella, y fue lo bastante imprudente para hablarle del hombre que se mató por mí. Luego la obligó a caminar hacia la casa de Mérida. Ella estaba abatida, según Pedro, pero al llegar a la esquina de la avenida Chapultepec cambio de actitud. Dijo que si Pedro no se la llevaba, se lo contaría todo a su padre. Esto no impresionó mucho a Pedro, pero entonces ella agregó que contaría a mi marido la historia de aquel hombre conmigo. Y entonces fue cuando Pedro le dijo: "Si haces eso, te mato". La obligó a entrar a su casa y se fue. Caminó sin rumbo hasta que se decidió a irse a dormir.

La señora de Cervantes volvió a detenerse. Ahora que no tenía ya nada que decir, parecía vieja por primera vez, como si su secreto hubiera sido lo que mantenía en pie su juventud y su belleza de estatua.

—Usted lo sabía, ¿verdad? ¿Sabía que ella...?

Él no contestó.

—Siento que haya muerto tan horriblemente, eso me duele hasta darme deseos de morirme, pero no era una criatura hecha para vivir. ¿Le confesó algo anoche?

Roberto de la Cruz sintió, por primera vez, un impulso desenfrenado de hablar, de decir también él su secreto, aunque se desmoronara para siempre toda su vida. Pero la señora de Cervantes se había levantado ya.

Dijo:

—No diga usted nada. Perdóneme si puede.

Traspuso la puerta. Roberto de la Cruz siguió como una

mirada turbia de lágrimas aquella figura que, esta vez, salía para siempre de su vida.

e

Los interrogatorios sucesivos no dieron mejor resultado que el primero. Sin embargo, arraigaron en los funcionarios policíacos la teoría del asesinato por celos, a pesar de las protestas, cada vez más vehementes, de Roberto de la Cruz. Los periódicos del cuarto día consiguieron la verdad oficial de los hechos, y no se habló en toda la ciudad de otra cosa que del horrible crimen pasional en que había perdido la vida la bella Nena Cervantes. Cuando Roberto de la Cruz leyó los diarios, creyó que iba a morir de rabia y despecho. Después de una horrible crisis de lágrimas en su separo de la Inspección de Policía, procuró calmarse un poco y pidió hablar con el señor Inspector, a quien tenía que hacer nuevas, importantes declaraciones. Esta vez tuvo que esperar bastante, pero al fin se encontró en presencia del Inspector.

—¿Va usted a darme la razón por fin?

No, no iba a dársela. Con una voz a duras penas mesurada le explicó quien era. Él no era un asesino pasional. Relató de un modo conciso, pero impresionante, el deseo de toda su vida: cometer un crimen gratuito. Habló de su estética del crimen, hasta agotar el tema, y terminó jurando que no había sabido que mataba a su mujer y que, en cambio, había creído cometer, matando a Lavinia, de quien habló en detalle, un crimen de una perfecta, de una absoluta gratuidad.

—He estudiado el punto —repuso el señor Inspector después de cambiar una gran sonrisa con el Jefe de Investigaciones—, y algunos especialistas en psiquiatría me dicen que se trata de un complejo de... bueno, de algo, que se presenta a menudo en los hombres muy celosos. Envuelven sus acciones de celos en todos los pretextos imaginables para convencerse a sí mismos de que no obran por celos, de que no son celosos. El crimen de usted es el crimen pasional más salvaje, es cierto, pero el más elemental que se ha cometido en México en los últimos años, señor De la Cruz.

Roberto de la Cruz se levantó violentamente de su asiento,

dio un golpe en la mesa del señor Inspector y, con voz silbante y sofocada por una mala respiración nerviosa, confesó todo lo demás. Desde siempre anheló cometer el más gratuito y el más mexicano de los crímenes. Quiso asesinar a Patricia Terrazas sin tener el menor motivo para ello, y al ver que se le habían adelantado, había desviado las sospechas hacia él. Pero eso no era todo. Él había matado al conde Schwartzemberg con la misma falta de motivos. Acumuló febrilmente los detalles, poseído como un artista o un sabio que explica el milagro de la creación o la ciencia de la transformación; relató su sistema de cálculo y de ensayo, todo, en fin, lo que había constituido el mecanismo de su pensamiento y de su vida durante el último año. No calló más que una cosa: su trauma de infancia y el efecto peculiar que tenía sobre él la música de *El príncipe rojo*. Lo calló, en medio de toda su excitación, porque tenía la conciencia clarísima de que hay en el hombre cosas que no pueden transmitirse a nadie más. Sus declaraciones fueron vertiginosamente taquigrafiadas, y, ante aquel arrebato suyo, los dos funcionarios dejaron de sonreír. Cuando Roberto de la Cruz hubo terminado, el señor Inspector de Policía le ofreció un cigarrillo, le dio una palmada en el hombro y lo acompañó personalmente hasta su separo.

Se llamó en consulta a varios psiquiatras distinguidos. Desgraciadamente, las declaraciones de Roberto de la Cruz parecieron incoherentes, mutiladas por la descuidada versión taquigráfica, y los periódicos las alteraron todavía más. Se comentó, con irónica simpatía, el caso del hombre que creía haber matado a Patricia Terrazas y al conde Schwartzemberg, cuando todo el mundo sabía que la estrafalaria dama había muerto a manos de José Asturias, y que el distinguido coleccionista de arte había perecido en un incendio. Se añadió que Roberto de la Cruz se jactaba de otros crímenes igualmente imaginarios. Los periódicos alimentaron por varios días la voraz curiosidad pública con éstos y otros cuentos semejantes. Los psiquiatras, que examinaron repetidas veces a Roberto de la Cruz, lo clasificaron como paranoide y perseguido perseguidor, conviniendo en que había entrado en un estado de franca crisis, gracias a sus anomalías congénitas, después de matar, por celos, a su esposa. Un sentimiento universal de simpatía se le-

vantó hacia él, y sus pocos amigos comentaron el caso melancólicamente.

—Jugaba como un demonio de cordura —dijo el gordo Asuara—, pero ganaba como un loco.

Y rió de una manera que, en él parecía discreta.

Roberto de la Cruz fue llevado al Manicomio General, donde la señora de Cervantes arregló que se le instalara en el departamento de distinción, y en la vecindad de los casos más benignos que estuvieran en vías de alivio.

f

La reacción de Roberto de la Cruz fue lenta, pero luminosa. Comprendió que no tenía prueba alguna en su favor. La única persona que podía conocer su viejo deseo de ser un gran criminal, era la señora de Cervantes, a quien era fácil que Felipe Inclán o Carlota lo hubieran confiado; pero comprendía que entre ellos dos no podía haber ya más que un gran silencio.

Cambio de actitud, abandonó la exasperación y la violencia, y empezó a mirar filosóficamente las cosas, tratando de calcular cuánto tiempo podría permanecer cuerdo en aquella pesadilla a mediodía que era el Manicomio de la Castañeda. Trató de organizar su vida y de preservar su razón. Llevaba cuatro días en el manicomio cuando le anunciaron que tenía visita. Experimentó una gran alegría al pensar que no todos sus lazos con el mundo exterior estaban rotos.

El ex inspector Herrera había logrado que los dejaran solos en la oficina de uno de los médicos. Le tendió la mano con su bonachona manera habitual, y lió metódicamente un cigarro de hoja.

—Tiene usted mala suerte, amigo —dijo sin reír—. Hay mucho que hablar sobre su caso, que he estudiado de cerca, y tengo que confesar que la policía y los psiquiatras han estado a la altura del suelo.

Lanzó una bocanada de humo y continuó:

—Sin embargo, eso pasa siempre. Parece que hay que estar fuera de la policía oficial para ver con claridad las cosas.

¡Al fin, un creyente! Aquí había un hombre que no reía, que no compadecía, que usaba su cabeza.

—La intervención de usted en el caso de Patricia la entien-

do muy bien, y puedo explicarla, sólo que, aprovechando la llave que me dejó usted, fui a hacer una visita y recogí ciertos datos que cambian mucho el aspecto de la cosa. Pero tengo gran interés en que me cuente usted lo de nuestro amigo el conde.

Roberto de la Cruz encendió un cigarrillo y, casi alegremente, hizo un relato lúcido y conciso de sus relaciones con el hombre de sebo y de la forma en que lo había asesinado, sin omitir detalle alguno. El ex inspector Herrera lo escuchó moviendo la cabeza afirmativamente de vez en cuando. Al terminar Roberto de la Cruz, el otro hizo una observación extraña:

—Hubiera sido más justo así.

¿Qué quería decir con aquello?

—Ya sabe usted que yo tengo mis teorías y que nunca me fallan. Tengo una alrededor de estos casos, y voy a explicársela. Pero primero prepárese a recibir una sorpresa. Usted no mató al conde Schwartzemberg, amigo.

Roberto de la Cruz no pudo menos que echarse a reír.

—No se ría. Además de mis teorías, tengo mis pruebas. Yo creo que hay gentes marcadas, que sólo existen para que las asesinen, y Patricia y el conde eran de ésas. Cualquiera hubiera querido matarlos, cualquiera los habría matado, y cualquiera los mató. Personalmente, por respeto a su desinterés yo hubiera preferido que fuera usted, sólo que las cosas nunca son como uno quiere.

Roberto de la Cruz le dirigió una extraña sonrisa que el otro cogió al vuelo y devolvió como una pelota.

—Usted está pensando: Éste es el que debería estar en el manicomio, no yo. Bueno, pues puede que sí.

El ex inspector Herrera reencendió su cigarro de hoja.

—Es un caso muy bonito el del conde. Usted lo mató en el sótano de su casa, según me cuenta, con un saco relleno de munición. Esa noche encontré en mi oficina una llamada urgente del conde. No sonría, ahora ya sé que fue usted quien llamó. Yo sabía que él andaba en un lío muy gordo, así es que me fui para allá. El sótano y el departamento estaban cerrados, pero, como me doy mis mañas, abrí el departamento por si acaso había pasado algo, y me encontré allí al conde muerto como un rey.

—¿En el sótano?

—No, amigo, en el departamento. Para ser más preciso, en esa recámara de franciscano que tenía.

Esta vez Roberto de la Cruz no sonrió. Adelantó una mirada de profundo interés, y el ex inspector Herrera, encantado como un chico del efecto que producía, siguió hablando.

—Muerto, además de una puñalada en el corazón. Se la dieron con un puñalito lleno de piedras que tenía allí en su mesa.

Roberto de la Cruz recordó aquel puñal florentino.

—Es absurdo —dijo—. Imposible por una sola razón.

Volvió a explicar cómo había cerrado con doble llave las puertas de los sótanos que comunicaban con la escalera secreta, y cómo había puesto las llaves en el bolsillo de una americana del conde Schwartzemberg en el armario.

—Muy bien ideado todo —aprobó el ex inspector—, un saco de munición sería más seguro que uno relleno de arena, y es generalmente al contrario.

Roberto de la Cruz insistió. El conde Schwartzemberg se había quedado allí, muerto en su hábito de franciscano y, sobre todo, sin llaves.

—No conocía usted al conde, replicó el otro pacientemente. Era también una de esas personas que dan quehacer hasta después de muertas —hasta después de dos veces muertas— y tenía la cabeza más dura de lo que pudiera creerse. Yo me imagino que la cosa fue así: recibió un golpe muy fuerte antes de las nueve, ¿no es eso? Al cabo de una media hora se repuso, aunque debe de haberse sentido bastante mal. Probablemente con gran esfuerzo, se levantó y subió a su recámara.

—Imposible —dijo Roberto de la Cruz secamente—, puesto que no tenía las llaves.

El ex inspector Herrera sonrió.

—Yo lo traté mucho, lo relacioné con vendedores de chueco y con mil gentes raras. Le regalé, además, una llave maestra que llevaba colgada del cuello por debajo de la camisa, y de la que no se separaba nunca. Al recuperarse del golpe, usó la llave maestra y subió a su recámara. El hombre que lo asesino llegó poco después. Sé que tenía una cita previa. El conde mismo le abrió la puerta.

Roberto de la Cruz calló. No podía dudar ya del relato del

ex inspector Herrera. Ahora comprendía claramente aquella extraña sensación de inquietud que había quedado en su ánimo después del incendio —la incertidumbre, la irrealidad del sueño borroneado, todo, en suma, lo que lo torturó y lo hizo aceptar al cabo la boda con Carlota como un escape.

—De algún modo —continuó diciendo el ex inspector Herrera—, el asesino consiguió entrar en la recámara con el conde. No he aclarado muy bien lo que pasó allí, pero me lo figuro. Quizás acabaron por discutir y entonces el asesino apuñaló al conde con aquella daga. Eso fue lo que el conde se buscó. Por eso le decía yo que me parecía más justo que hubiera muerto de la otra manera. Las puertas de los sótanos estaban abiertas, y el asesino se había despachado con la cuchara grande. Se había llevado todas las alhajas que valían algo. Pero dejó un datillo por ahí...

El ex inspector Herrera rió socarronamente.

—Yo creo que se dio cuenta de que lo había dejado, y era un dato de lo más positivo. Regresó a recogerlo, pero probablemente no pudo entrar ya, o no se atrevió a hacerlo, y entonces discurrió entrar a la azotea y pegar fuego al edificio. Le advierto que el incendio me sorprendió a mí tanto como a usted. En todo caso, yo ya sabía a qué atenerme. Además, pude seguirle la pista gracias a las alhajas que iba vendiendo. ¿Se acuerda de los corales que compró usted?

—¿Y por qué no informó usted a la policía?

—Yo soy lobo viejo, amigo, y ando solo.

—¿Y lo ha aprehendido usted?

—Me costó trabajo, porque es muy listo, pero...

Un grito aterrador llegó hasta ellos —uno de esos gritos que no se oyen más que una vez en la vida—.

—Mírelo cómo se defiende, como lo que es, el desgraciado.

El ex inspector Herrera se levantó y fue hacia la ventana. Roberto de la Cruz lo siguió. A través de los cristales pudo ver cómo tres policías sacaban casi a rastras a un hombre, una figura delgada, desmelenada, que los sacudía vigorosamente debatiéndose entre ellos a la vez que profería con voz chillona los insultos más soeces.

—¡Qué lengua! —dijo el ex inspector Herrera cerrando la

ventana, que había abierto un momento—. Es peor que todo lo demás.

Observaron la escena unos segundos aún. El hombre no cejaba y, al fin uno de los policías tuvo que darle un golpe en la cabeza. El cuerpo cayó al suelo, y sólo entonces se dio cuenta Roberto de la Cruz de que estaba cubierto por un pijama y una bata de seda que se habían desgarrado en la lucha. Los policías levantaron el cuerpo y lo sacaron del edificio.

—¿No lo reconoce? —preguntó el ex inspector Herrera—. Usted fue, en realidad, quien me puso sobre la pista definitiva.

—¿Quién es?

—¿Se le ha olvidado la historia aquella del camafeo?

—¿Luisito?

Parecía increíble, al evocar la figura aliñada, el pelo compuesto hasta el vértigo, las delicadas características femeninas del sujeto.

—Es un demonio, como buen representativo de la jotería. Cuando sintió que le llegaba la lumbre a los aparejos, se vino acá pensando hacerse pasar por loco, pero no le valió conmigo. Entre paréntesis, puede interesarle a usted saber que fue también él quien mató a nuestra amiga Patricia, para robarle un aderezo de brillantes fantástico y otras cosillas.

Roberto de la Cruz sintió frío:

—Asturias era inocente —dijo con una voz blanca.

—Pobre diablo. Llegó después, como usted. A Patricia le gustaba mucho Luisito, y como es un tipo de doble escape, pues le dio gusto primero. Tengo mis sospechas de que hizo otro tanto con el conde, y que lo mató en el curso de una escena amorosa. Después de asesinar a Patricia mató a un colega suyo, por celos, en el mingitorio de una cantina.

Volvió a encender su cigarro de hoja, lanzó un hilillo de humo, y lo dejó apagarse de nuevo en seguida, mientras reflexionaba.

—Lo que son las cosas. Él quiso hacerse pasar por loco sin conseguirlo, y usted, en cambio, ya ve...

Reaccionó vigorosamente.

—Voy a decirle lo que pienso sobre su caso, amigo. Se habló en los periódicos de una música que le traía recuerdos de infancia. Yo creo que no eran no más recuerdos tristes, sino

de algo que usted vio de chico, que lo impresionó y que le fue formando el deseo de matar. De matar para hacer justicia, o de matar por un sentido de imitación. Se dan casos.

—Nadie le dio importancia a ese detalle —dijo Roberto de la Cruz con melancolía, pero sin confirmar ni corregir.

—Así pasa —continuó el otro—. Un día le volvió esa idea, y cuando conoció usted a Patricia quiso ponerla en práctica, o quizás la misma Patricia se la despertó. Valía la pena, no era hacerle daño a nadie. Pero se le adelantaron. Alrededor de todo crimen hay siempre muchos interesados: usted, Asturias, Luisito y alguna otra gente que yo me sé.

Sacó otro cigarro de hoja y empezó a prepararlo.

—El conde Schwartzmberg era otro de ésos, un tipo que andaba por ahí diciendo: Matadme. Usted, Luisito, muchos *homos* y muchos rateros. El tercer caso parece diferente, y, sin embargo, la esposa de usted tenía algo especial, dentro de su distinción y su belleza, que hacía pensar en una muerte así. Tuve esa impresión muy clara el día que se casó usted. Además, yo supe algo, algo que pesqué un día que ella estaba en un café del Hipódromo con Pedro Varona. Oí el nombre de usted y me puse a escuchar la conversación. Estuve a punto de prevenirlo cuando le fui a hablar de los corales.

Roberto de la Cruz recordó que, en efecto, le había parecido aquel día que el ex inspector Herrera dejaba de decirle algo.

—Sólo que no sabía yo nada concreto, usted se casaba dos días después y no había tiempo para cerciorarse. Pero me quedó una especie de duda, una comezón...

Reflexionó un momento.

—Hizo mal en casarse, pero supongo que por esta vez hubo algo de cierto en lo que dijeron los periódicos. Usted no sabía que era ella, creía que era Lavinia, ¿verdad?

Roberto de la Cruz movió con lentitud la cabeza.

—Y, sin embargo, mire, aun en este caso, había lo mismo: si no la mata usted, la mata Varona o se mata ella. Estaba marcada también.

—¿Y qué voy a hacer yo ahora? Si alguien puede comprenderme es usted. No soy un asesino pasional, no soy un cualquiera. Preferiría estar en la cárcel que aquí. Usted sabe que no estoy loco.

El ex inspector Herrera sonrió agradablemente.

—¡Qué loco va usted a estar, hombre! Sin embargo, vale más que se quede aquí por un tiempo. Esto es mejor que la Peni o que las Islas. Pero los crímenes son como los libros: unos los escriben a tiempo y otros los copian. Usted quería ser un gran criminal como otros quieren ser grandes escritores o grandes policías, y se quedan en la aproximación. Yo también estoy en su caso. No he podido ser un gran detective.

—Pero, ¿qué haré aquí?

Vibraba una angustia lastimosa en la pregunta de Roberto de la Cruz.

—Deje a los médicos que crean que lo curan. Ellos tienen la locura de querer curar a los locos.

—Yo le daría los datos que le faltan, usted podría ayudarme a probar la verdad. ¡Ayúdeme!

Era la primera vez en su vida que suplicaba. El ex inspector Herrera movió la cabeza.

—No, amigo, cuídese. Tiene usted que olvidar ciertas cosas, y puede que este lugar no sea tan malo para eso.

Roberto de la Cruz lo miró en tal forma que el otro se conmovió un poco.

—Si yo probara eso, y es difícil que me crean, lo mandarían a usted a prisión para toda su vida, o le aplicarían la ley fuga alguna vez, cuando ya resultara usted un estorbo y no pudiera dar publicidad a los jueces y a la prisión. De aquí puede salir en poco tiempo, relativamente. Las gentes lo compadecen, lo ayudarán después a rehacer su vida. Un marido que mata a la mujer infiel tiene siempre un —¿cómo le dicen?— un *sex-appeal* para nuestras razas salvajes. Sea usted un asesino pasional.

—Pero, ¿qué haré aquí?

El otro sonrió discretamente.

—¿No hay aquí uno que se cree Napoleón, o Hitler o Dios, y otros que se creen poetas o que se creen un asesino gratuito? Y no tenga miedo, volverse loco es más difícil de lo que creen las gentes.

—No tengo miedo. Si le digo el origen de todo esto, lo que me dio la idea, lo que me hizo sentir así... es toda mi vida.

El ex inspector Herrera le estrechó la mano y volvió a mover la cabeza.

—Guarde usted su secreto.

Se dirigió hacia la puerta mientras Roberto de la Cruz permanecía sentado, mirando la faja de sol que iluminaba el suelo, sintiendo que despertaba al fin, con una resignación sin manos y sin voz, a la conciencia de su fracaso. Sonrió amargamente. Recordó, de pronto, la serie de sueños que había tenido aquella tarde, después de almorzar con Carlota Cervantes en el Ritz, y se los explicó al fin. Había tenido la clave de todo en sus manos, desde entonces. Levantó la mirada, una mirada de animal acorralado, como si buscara un apoyo, un gesto de piedad humana.

Su visitante había abierto la puerta. Desde el umbral se volvió con una sonrisa.

—Aquella chica, Lavinia, se libró ya del tipo; lo encerramos. Lo sabe todo, pero no tiene miedo, quiere venir a visitarlo. Yo se la traeré.

Roberto de la Cruz no respondió. Un instante después el ex inspector Herrera había salido.